

BU
78

15678

T. 50719

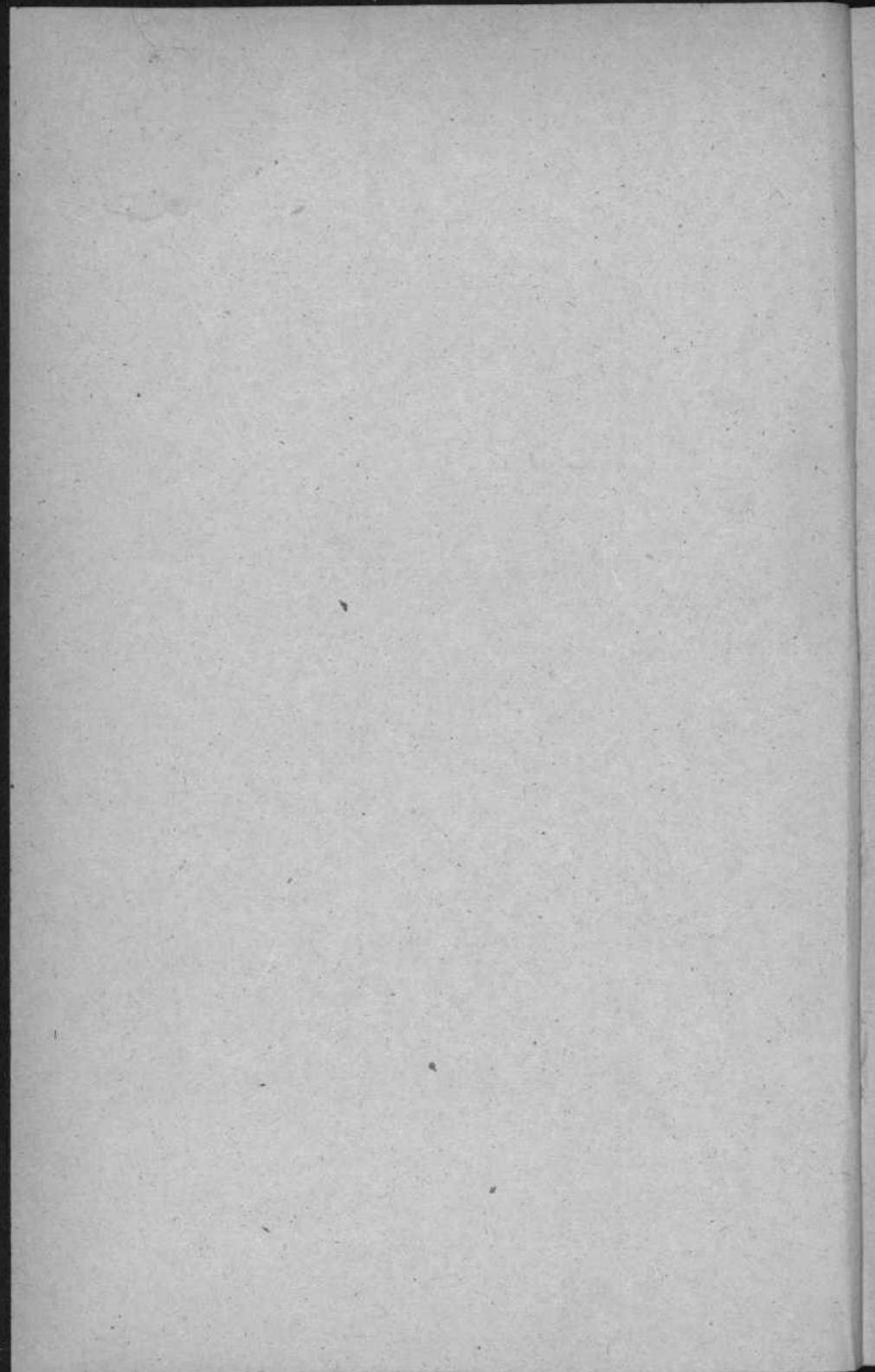
BPE Burgos



3369590 BU 878

BU 878

BU 878



132

TREINTA DIAS

DE UN

DIARIO DE NAVEGACIÓN



Para los efectos de la Ley de Pro-
piedad intelectual

Alfredo Novales Florenti



B.P. BURGOS
N.R. 101152
N.T. 50319
C.B. 69590
BU
507

TREINTA DIAS

DE UN

DIARIO DE NAVEGACIÓN

por

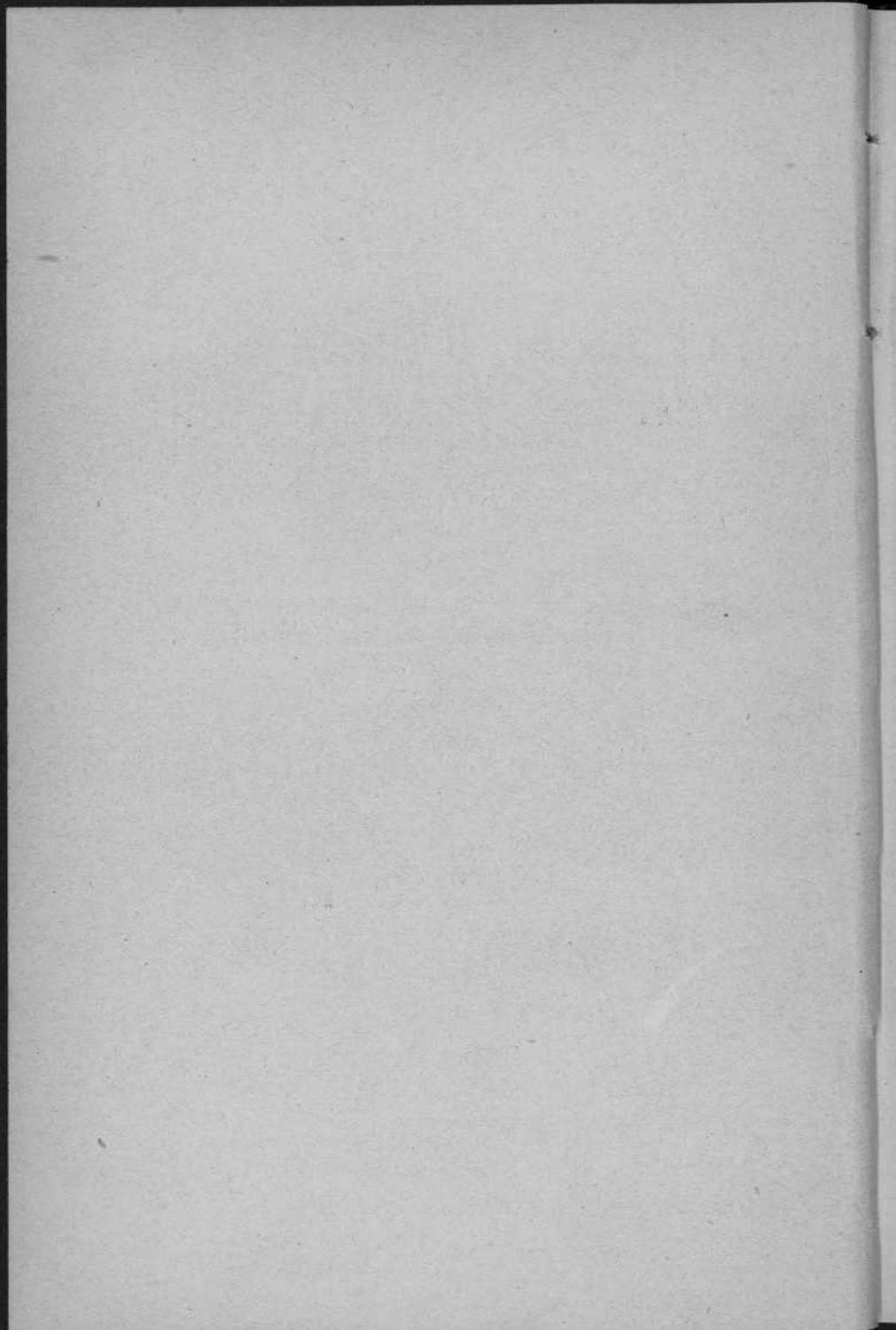
ALFREDO BÁRCENA LLORENTE



BURGOS:—1899.

Imp. y lib. de Hijos de Santiago Rodríguez,

Pasaje de la Flora, número 12



Al Excmo. Sr. D. Claudio López,

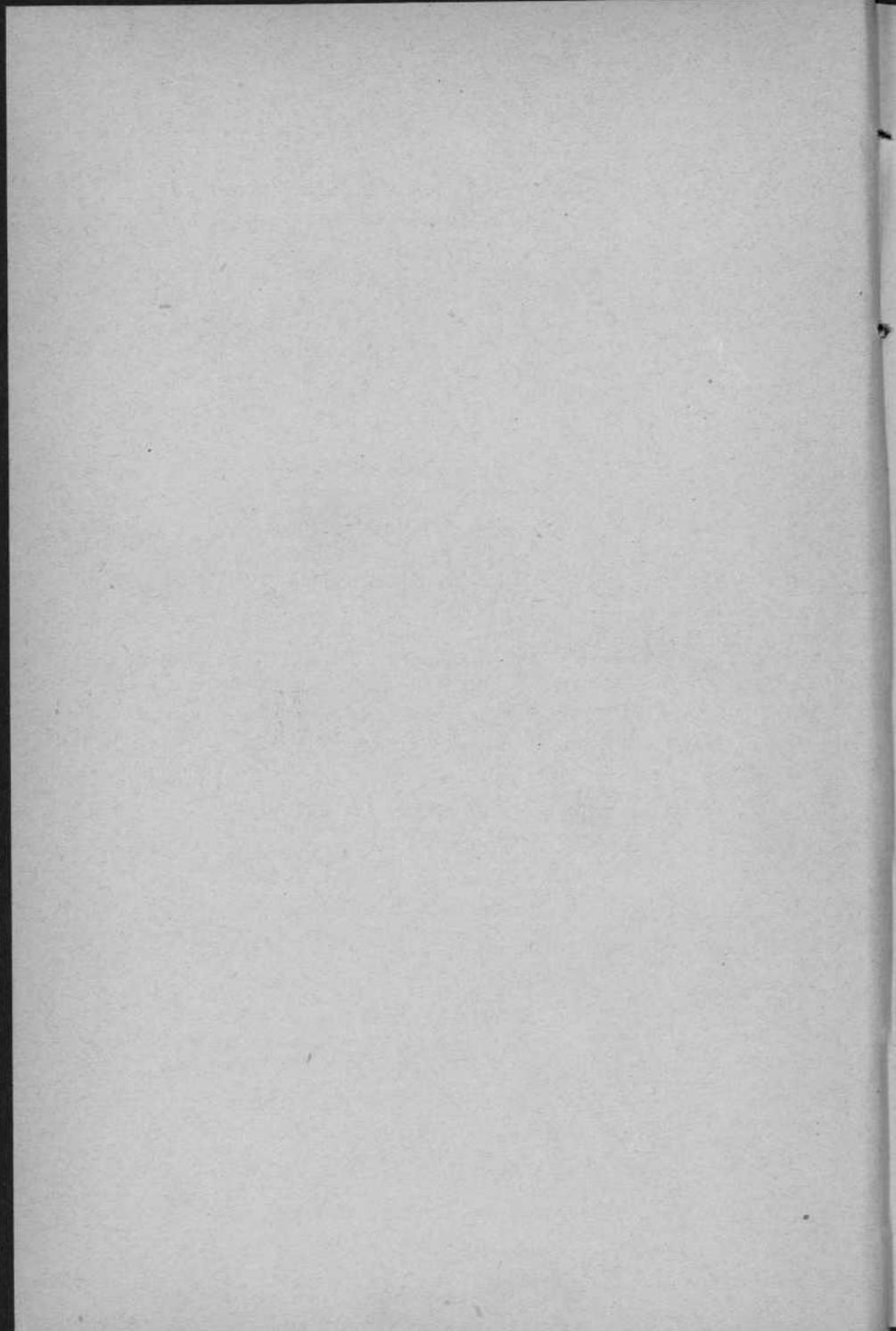
Marqués de Comillas.

Una disposición emanada de V. E. motivó mi embarque en el vapor San Ignacio de Loyola: aquí aprendí á sentir, y hoy abrigo la pretensión de que tales sentimientos é impresiones lleguen á honrarme con su admisión en el rincón último de su morada.

El aceptar este pequeño trabajo será la recompensa mayor que pudiera soñar quien en un tiempo fué su subordinado y siempre respetuoso servidor,

q. b. s. m.,

Alfredo Bárcena Florente.





DOS PALABRAS

En el año 1895, estando accidentalmente con mis padres corriendo su suerte como hijo de familia en una villa de la provincia de Burgos, recibí de un amigo y paisano una carta cariñosísima y que el párrafo principal decía así:

«...He sabido que vas á embarcar muy pronto en un vapor de la Trasatlántica, y si en algo estimas nuestra amistad, no interrumpida desde la cuna, te suplico me comuniques tus impresiones marítimas, pues ya sabes que viviendo tierra adentro, estamos completamente á obscuras de ese género de vida, creyendo la mayor parte que embarcarse es como si dijéramos ir en busca del fin próximo de la vida.»

Fiel á las tradiciones de la amistad, fuí enviándole por días las impresiones y sucesos más salientes ocurridos durante un año de mar y de los que

ni remotamente me acordaba, pero habiéndole obligado un caso particular de familia á solicitar mis consejos, pobres é inexpertos, vino á esta ciudad burgalesa, y una vez terminada nuestra conferencia, desató un gran rollo de papeles que traía consigo y dejándolo encima de la mesa, me dijo sonriendo:

—Ahí tienes eso.

—¿Qué es?—le pregunté.

—Nada. Pero yo te animo á que organices estas cartas; después en una imprenta las mandas hacer en letras de molde, pones un papel regularcillo y unas pastas bonitas y *hágote libro público*.

—¡Qué locura!

—Bueno; tú lo pensarás.

Despidióse de mí, y aún no habría llegado á la calle, cuando ya empezó á tentarme el diablo con la dichosa publicidad. Buscaba infinidad de medios para hacerle responsable de mis actos; quería que el público le dijese: «¡Qué mal!» y á mí me absolviera: no siendo esto posible, me decidí, apelando al definitivo recurso de todos los mortales: «Que sea lo que Dios quiera.»

Al siguiente día empecé con febril excitación, como quien está premeditando un grave delito, á organizar mis ya pasadas impresiones contenidas en aquellas cartas amistosas y como es natural tocó el turno á la primera, en que le decía:

Día 22 de Julio de 1895

Querido amigo: Estoy á bordo del hermoso trasatlántico *San Ignacio de Loyola*, á cinco horas de Barcelona camino de Filipinas. ¡Qué animación en el muelle momentos antes de zarpar!..... Jamás desaparecerá de mi vista la hora de las tres de la tarde, en que cientos de lanchas surcaban la bahía en todas direcciones, conduciendo en su pequeño casco á la inmensa multitud que se dirigía hasta el costado del buque, con el fin cariñoso de acompañar hasta lo último á seres queridos que partían á lejanas tierras. Tuve que abrirme paso á través de aquél mar de cuerpos humanos, á fuerza de codazos á derecha é izquierda, si bien, rindiendo culto á la verdad, más que los codos, me sirvieron mis divisas nuevas y *flamantes*, que dábanme el carácter, para mí superior, de oficial del buque. Por fin, un botero, fijándose sin duda en mi gerarquía, me condujo al *San Ignacio*. Pagué, subí por aquella escala aérea que, partiendo de la cubierta, lamía con su meseta las tranquilas aguas de la bahía, y héme en mi casa flotante, en la que, como no tenía aún ocupación alguna, me dediqué á ser testigo de las muchas y tristes despedidas que en la cubierta del barco tuvieron lugar.

El reloj de la Capitanía del puerto, ese sucursal de la muerte que con su negra mano nos marca las horas de vida que se van, dejó caer pesadamente su férreo martillo sobre la

metálica campana, y entre un murmullo lastimero se oyeron confusamente las cuatro, hora de zarpa del vapor-correo para Filipinas. Entonces ocurrió uno de esos cuadros en que la impresión es tan grande y duradera, que solo se siente, mas no puede exteriorizarse debidamente. Todo contribuye á realzar la sublimidad de la escena: nada más conmovedor ni nada tampoco más sublime.

El ruido del cabrestante que la fuerza del vapor hacía girar rápidamente para echar el ancla á bordo: el ¡arria! de los marineros; el ¡adiós! de una madre estrechamente abrazada al hijo de sus entrañas; los gritos de los boteros que invitan á los que se quedan vuelvan á tierra en sus diminutas embarcaciones; el silbato del contraмаestre ordenando las maniobras; los sollozos de los hermanos confundidos con el ruido incesante de las maquinillas que cobran los cabos y estachas á bordo; y por último tres pitadas semejantes á los mugidos de un buey monstruoso, y cuyo sonido produjo en el ánimo el efecto de una ley suprema á cuyo mandato no es posible resistir porque era una orden transmitida por medio del vapor á los que quedaban, para que cesaran los abrazos y volvieran á tierra, completaron aquel cuadro de sublime belleza y desconsoladora amargura. Y que indudablemente el acto participaba de estos caracteres: Sublime; porque mirado á simple vista, lo era por su grandeza: Desconsolador; porque analizando los sentimientos y afectos que en aquellos momentos se sucedieron en muchos corazones, hubieran revelado los caracteres de indecible amargura. Pero hay más: puedo asegurar que para algunas almas solo existiría el dolor, la angustia; mientras que para otras, únicamente lo bello, lo sublime. ¿Hay duda? Pues que hubieran dicho á una madre (que ve partir á su hijo) en el momento que el buque, libre de los cabos que le sujetaban á la boya, comenzó su majestuosa marcha impulsado por las primeras revoluciones de la hélice, que le hubieran dicho, repito, que aquello era bello. No respondería, y únicamente hubiérase leído en su rostro las infalibles señales de una tristeza interna, reveladas al exterior por los sentimientos imposibles de dominar de su cora-

zón. ¿Qué de bello habrá para esta madre que sigue al buque en su bote hasta el antepuerto, y aquí, el estampido del cañonazo de zarpa, que es como el último adiós á nuestra España, le hace exclamar con acento desgarrador «¡escribe, hijo!» no sabiendo que su cariñoso encargo fué ahogado por el eco de una boca de bronce, que percutiendo en las ondas perdióse en la falda montañosa del Monjuich? No; para este ser, el sentimiento de lo bello no tiene cabida en su alma, poseida como está del más profundo dolor. ¿Cómo se va á pretender que el vacío producido por la marcha del hijo en su corazón se llene con la contemplación de lo sublime? Imposible; no hay medio de acallar los impulsos del corazón: únicamente haciéndonos violencia podremos impedir la natural expresión de nuestros afectos. Así, aún concediendo que esta madre tenga el valor de decir que aquel instante es grandioso, bello; ¡sin embargo! su vista, debilitada por tantas lágrimas, buscará entre los pasajeros que ya en marcha lanzan mudos adioses con sus pañuelos, el blanco de su hijo que bordó ó marcó con toda la perfección que le permitían sus años, para que este adiós llene el vacío de su corazón con el recuerdo. Y cuando la infeliz piense en aquel momento, que aquella mole de hierro y acero conduce á su hijo á través del piélago inmenso quizá para no volverle á ver, y que aquél ser que tantas veces estrechó contra su pecho puede ser arrojado al agua como una mercancía inútil, que cualquiera se acerque y le diga:— ¡qué bonito! — Seguramente contestaría:— ¡usted no tiene hijos; no sabe lo que es ser madre; es usted un mero curioso que ningún afecto le une estrechamente con los que se van; para mí, no hay más que tristeza, amargura y desconsuelo!

Después de contemplar á esta y otras muchas madres, desoladas y anegadas en llanto, hé echado una mirada retrospectiva sobre aquella masa de simples curiosos que desde el muelle agitaban sus pañuelos en señal de despedida, nada más porque sí. Para estos, el espectáculo que presentábase ante su vista era grande, majestuoso, sublime. Porque no ven más que unos cientos de almas que se embarcan, y que durante un mes ván á ser tratados (si el tiempo no lo impide) *á cuerpa*

de rey. Estos son como los *reporters* en campaña, que léjos de las balas en el elevado cerro de una montaña, observan la acometida belicosa y enérgica de los ejércitos, y exclaman: —¡bonita carga!—Claro está, que si de este modo se miran los viajes por mar, convengo que «no son una cosa del otro mundo.» Pero yo he mirado el cuadro desde dos aspectos diametralmente opuestos, y he hallado diferencia esencialísima en los sentimientos que abriga el corazón de los muchos que contemplan la salida de un buque para Cuba ó Filipinas. Unos sienten, admirando; ¡sienten los otros..... sufriendo! Así es la vida.

Voyme recreando demasiado en impresiones tan tristes, y casi lloro.... Sí, á mi nadie me ha despedido; ningún pañuelo me ha dicho con su mudez elocuente:—¡adiós, hijo!..... ¡No he tenido á mi madre hasta el último momento, y he embarcado, no para un mes, sinó hasta que Dios quiera!.... Pero basta: á pesar de que las lágrimas asoman á mis ojos, este sentir halla favorable acogida en mi mente. Recordaré mis impresiones de á bordo; quizá me sean más gratas.

Al estar francos del puerto, y libres de todo inconveniente, el capitán hizo funcionar el telégrafo del puente, transmitiendo al maquinista la orden de:—toda máquina.—La mano del hombre hizo girar la manivela, abrió las válvulas, y libre el vapor de las trabas que le retenían en las calderas, se precipitó por las diversas ramificaciones de tubos haciendo que la máquina, alardeando de su fuerza, imprimiera á la hélice un movimiento de 55 revoluciones por minuto. Este girar vertiginoso de las cuatro palas de bronce, dá por resultado un andar de 12 millas por hora.

El *San Ignacio*, majestuoso y pesado como los ancianos, pues él también lo es, tiene que, para sostener esta marcha, levantar con su esbelta proa pequeños esquifes de espuma, al tiempo que la hélice abre un surco profundo en las aguas, las que, según su ley, al verse así hostigadas y alterada su falsa tranquilidad, se apresuran á cubrir de nuevo.

Yo á todo esto, he permanecido como sumido en dulce letargo. He creído soñar, despierto. ¡Qué diferencia de cuando

yo contemplaba el mar aprisionado entre las altas y escarpadas montañas que circundan el Abra de Bilbao!... ¡Nunca la azulada llanura habíase presentado ante mi vista confundido su horizonte con el cielo!

Vagando de un lado á otro por la cubierta del buque como aquel que por vez primera se encuentra en un edificio y no sabe qué dirección tomar, he oído una voz que me llamaba por mi nombre. Ha sido el Capitán. Dignóse darme la orden de que esta noche me correspondía la guardia de 8 á 12, y que podía irme á comer. Gracias á él, que yo no había sentido la campana situada en el castilío de proa llamando á los pasajeros á la vida nutritiva. He penetrado en un comedor que respiraba un lujo oriental, y entonces créime en una de aquellas habitaciones encantadas de que abundaban los cuentos que en noches crudas de invierno relatábanme mis abuelos sentados alrededor del hogar y al resplandor de la llama de un madero de roble ó de la muerta luz de un candel.

Terminada la comida, he subido nuevamente á cubierta más atontado que antes, debido á ese estado patológico en que se sume el organismo después de una comida opípara. En esta situación me han sorprendido las ocho de la noche. Subo al puente por una escala más propia para gatos que para persona humana; relevo al oficial de guardia entregándome el rumbo S 50° E, y entonces..... entonces ¡despertél!... ¡Pero de qué manera!... ¡En medio del mar!... ¡En los brazos de una madre sin entrañas que no tiene otro lema que la destrucción, que nada respeta, todo lo arrolla, avasalla y envuelve en sus nevadas espumas!... En este momento, verificóse en mí esa operación que los metafísicos llaman «reflexión», esto es, el alma volvió sobre sí misma y poniendo en ejercicio mis facultades intelectuales, pude darme cuenta de mi situación.

A las ocho en la mar y sobre todo en Julio, todavía la noche no envuelve en sus tinieblas á los navegantes. Así que instintivamente he dirigido los gemelos por la popa del *San Ignacio*, y confusamente entre las sombras, aunque á 30 millas del puerto, distinguí la luz del Monjuich: ví desaparecer las luces situadas en el puerto: ví desaparecer la población:

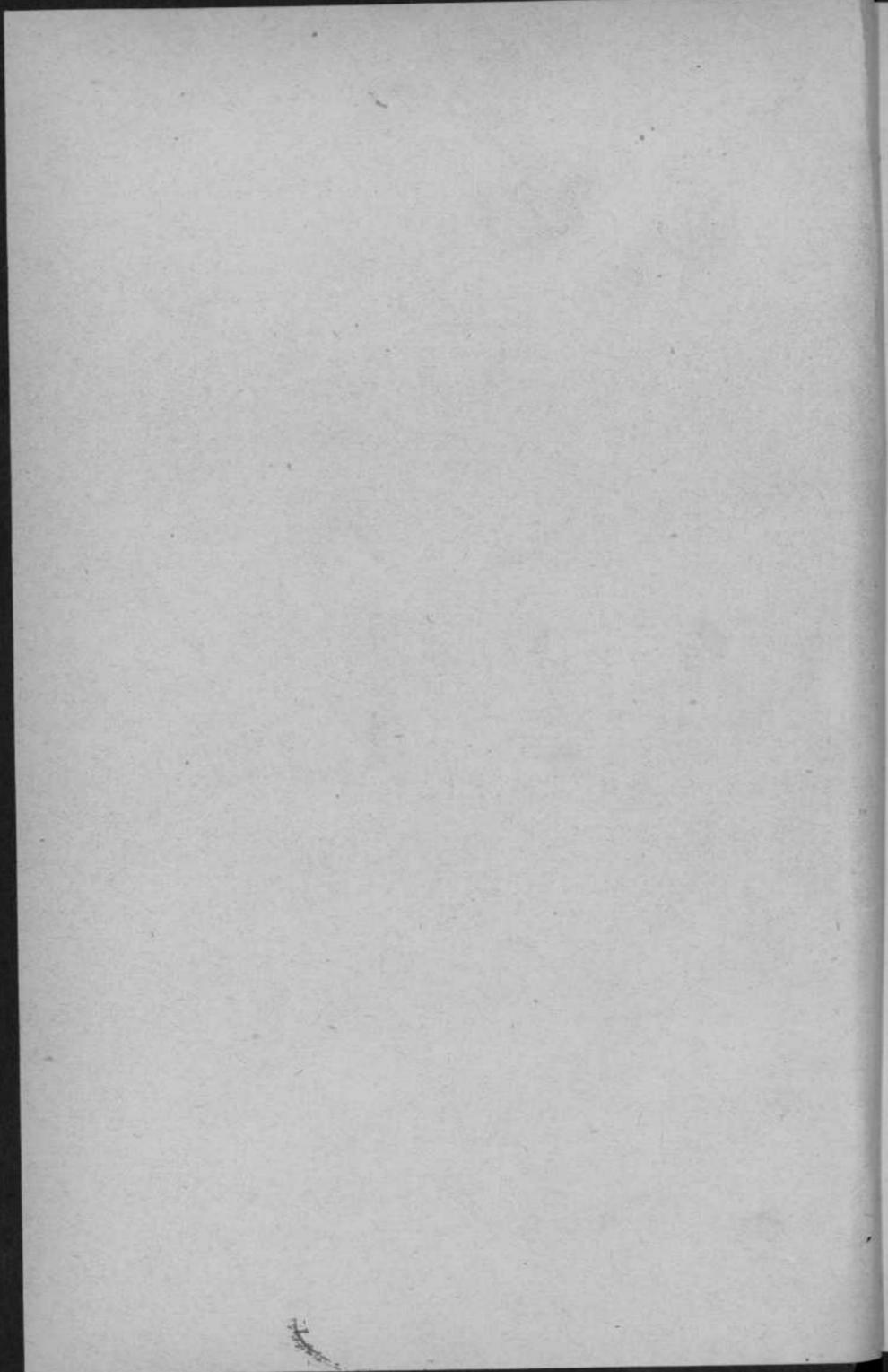
ví también como el monumento á Colón, único punto visible de la ciudad, se extinguía como silueta gigantesca destacada sobre negra sombra; los destellos luminosos de la luz del castillo reducidos al brillo de una luz que espira desaparecieron también, y, por último, ¡desapareció España! Pero mi imaginación calenturienta no ha podido detenerse allí. Ha querido avanzar mucho más sugerida por un torbellino de ideas, y arrastrada en alas de su fantasía, penetró á través del monte, de las aguas y del llano, para recrearse con el recuerdo de lo que durante dos días, su estado de ensimismamiento le había hecho olvidar. De modo, que trasportado mentalmente á las llanuras de Castilla, he querido convertir en realidad mi ficción. Bajo este punto de vista, he contemplado aquellos parajes recorridos en mi viaje terrestre: he figurado ver una carretera, elevados árboles, un coche que arrastrado por *escuálidos* corceles dejada en pos de sí revuelta nube de polvo; he querido ver muchos, pero muchos amigos despidiéndome con sus pañuelos, y... ¡vana ilusión!... Mi vista se ha estrellado ante una inmensidad de agua que se agitaba juguetona en derredor del barco, como festejando quizá que ya tenía en su seno un rival ó una víctima más. Después al contemplar aquel sol que había ocultado su resplandor por Occidente, y que sus rayos todavía comunicaban un ligero tinte rosado á las nubes iluminando el horizonte, acaso, decía yo, ilumine la casa de mis padres, de mis amigos... Más tarde, el brillo de este astro fué extinguiéndose poco á poco, y todo quedó sumido en la más profunda obscuridad. Por allí... ¡ondas y sombras! ¡Agua y cielo! por allá; por todas partes... ¡lo inmenso y lo infinito!

Un viento fresco del Sudoeste comenzó á soplar con bastante fuerza, y por cierto que mi frente bien lo necesitaba, pues parecía hallarse colocada en la boca de un horno. En esto, dieron las nueve. ¿Una hora nada más?... ¿Una hora que en aquel puente he tenido á mi cargo la vida de tantas almas y yo creía trascurridas las cuatro horas?... ¡Una hora!... Y aun sentía sobre mis hombros los cariñosos abrazos de los amigos, y en mis mejillas la humedad de las lágrimas de la

madre y el calor de sus ardientes labios!... Y sin embargo, era verdad. Bajo mi cuidado se hallaba esta isla artificial habitada por 500 almas, y que el timonel secundariamente dirigía manteniendo la proa al rumbo indicado.

Paseando de derecha á izquierda, ó de babor á estribor, técnicamente hablando, se han pasado las cuato horas, que cada una ha debido tener noventa minutos. ¡Pobres piés! ¡Pobre cabeza! ¡Y, pobre cuerpo! Por fin... ¡las doce! Entrego la guardia, y no sé si bajando ó rodando la escala del puente y otras dos más, me he dirigido al camarote. Aquí me encuentro con un cajón, colgado y fuertemente adherido á uno de los costados del buque y de la forma de un ataud, salvo su construcción rectangular. Lo veo cubierto con una colcha fina, almohadas y blancas sábanas de hilo, y me *encajono*. ¿Dormiré? Allá veremos.

En el Mediterráneo.



Día 23

¡Qué noche más infernal he pasado!... Ayer puse en duda si podría conciliar el sueño, y desgraciadamente he tenido el fatal acierto de experimentar la realidad. ¿Dormir? Imposible: la estrechez del *cajón-cama* que obligaba á tener los brazos extendidos á lo largo del cuerpo como aquel á quien van á amortajar; las olas que al romper en el costado arrullan de un modo bastante esquivo; las cucarachas y ratas (indispensables en toda embarcación) corriendo de un lado á otro; el ruido infernal de la máquina, y aquella colchoneta maldita, que además de parecer rellena de nueces hacía insuficientes mis diez dedos para apagar con las uñas los sendos pinchazos que me daba, han hecho... lo que tenía que suceder; en lugar de convidar al descanso, un conato de martirio. Pero yo no me he conformado con aquellos *cariños* de la colchoneta, y la examino minuciosamente hasta por el interior. ¿Y qué resultado he conseguido con tan concienzudo análisis? Pues la *satisfacción* de no hallar remedio. Hállase rellena de crin vegetal, muy parecida á la de los caballos, pero más fuerte; de aquí que las que se ponen de punta, pasan la tela y en las primeras noches no se puede dormir.

¡Ya lo creo que han pasado la tela!... y algo más; que yo tengo el cuerpo como si me hubiera acostado con un ejército de pulgas. Menos mal que el viento fresco del N. con que

3



amaneció el día, hízome olvidar parte de la noche; mejor dicho, no tanto el viento como el Golfo de León, sitio donde amanecemos. Este señor León parecía tener *constipado*, pues mostrábanos sus colosales *narices* algún tanto abultadas. Resultado de su mal humor ha sido, que él *tosta* y los pasajeros se han visto obligados á *expectorar*. O lo que es lo mismo, él *pedía* y los demás tenían que hacer frecuentes *cambios* y corresponder á su petición con sustancias alimenticias. Como yo no me mareo, he contemplado las caras de los mareados que en nada se diferencian de aquel que ha salido de una enfermedad. La cara desencajada, los ojos hundidos, las mejillas, unos azules, otros amarillas, algunos hasta sin color; dando tropezones aquí y allá, y cayendo sobre cubierta á los bandazos del buque como muñecas de cartón. Las caídas no me han extrañado, pues voy llevando algunas; que esto me parece irremediable hasta aprender á andar. Porque en estas casas flotantes hay que olvidar lo que le enseñó á uno la niñera, aprendiendo por cuenta propia y propio riesgo verdaderos equilibrios. Y esto, creo no debe conseguirse en quince ó veinte días, sinó que harán falta meses, y aún pudiera poner como término de aprendizaje los años.

A las diez anunció la campana que el almuerzo estaba servido, y pocos han sido los que le han hecho los honores debidos; y de estos, muchos picados por la envidia (forzosa) abandonando su asiento, iban á regalar al Mediterráneo lo poco que su estómago les ha permitido, formando con los de arriba una orquesta de quejidos, con algunos «ayes» acompañados de abundante bilis. He visto cuadros que, para el no mareado, abundan en situaciones cómicas de gran efecto. Por un lado, un esposo diligente sujetando la frente y cabeza de su cara mitad como á un chiquillo cuando se dá un golpe; el infeliz, que está sacando fuerzas de flaqueza, no puede más, y en el regazo de la esposa deposita el producto del *cambio*, consistente en garbanzos, sopa y algún pedacito de carne, nadando en un rio de café sin azúcar. Por otro, los hijos, unos arrastrándose por el suelo agarrados á las piernas del papá; otros metiendo la cabeza entre las faldas de la madre para librarse

de aquel chubasco *estomacal*; y á un lado dos marineros que con gran valde de agua y escoba de brezo, limpian la cubierta de tanta inmundicia, teniendo que meter algunos chiquillos en el valde y hacer en su cabeza, llena de partículas vegetales, un expurgo como á un barco que entra en puerto con patente sucia. Y yo creo que esto durará hasta Por-Said, en cuyo punto se verán las mesas con el número completo de pasajeros. Salvo alguno (pues me han contado casos) que se ha mareado á las dos horas de salir de Barcelona y no se le ha quitado hasta Manila, convirtiéndose el mareo en una enfermedad, que no permite al mareado más que tomar café, naranja y limón.

Hemos pasado lo peor del Golfo, y cuando al minutero del reloj de bitácora le faltaba poco en su carrera para llegar á las doce, estábamos fuera de sus desastrosos efectos. A esta hora, siempre que no hay tierra á la vista, se hace preciso la observación meridiana del Sol, para determinar la situación del buque: long. lat. R.^o y dist.^a navegada durante una singladura ó sean 24 horas. Como á esta observación concurre toda la oficialidad, allá fui yo con mi sextante, dispuesto no sé si á estorbar ó á hacer algo. Lo cierto es que coloqué el instrumento en la situación que según las reglas teóricas me habían enseñado, pues aún no tenía la práctica suficiente. Cuando creí tenerle colocado convenientemente, pongo el antejo á la vista y procuro mirar al sol. Yo no veía más que una cosa muy negra. ¿Pero el sol?... Ni por casualidad. Me cansé de cerrar el ojo izquierdo y el derecho; no veía el astro ni el espejo grande ni el pequeño; y tales gestos y figuras debí hacer con la cara, que estalló unísona carcajada entre los oficiales:

—¿Qué, no vé usted el sol?—Me preguntó el Capitán.

—No señor.

—Lo creo: está usted mirando á la chimenea.

En efecto, mi aturdimiento hizo que interpusiera entre el instrumento y el sol la chimenea, grande como el cuerpo de una locomotora. Después ya ví el sol; tomé su altura en el momento de pasar por el meridiano, y tuve el buen acierto

de obtenerla igual que los demás. Desde esta hora comienza un nuevo día para los que nos dedicamos á la navegación, porque empieza á mediodía y termina el día siguiente á la misma hora, mientras que en tierra se cuentan los días de doce á doce de la noche. Pero yo voy á adoptar en mi Diario el uso terrestre, prescindiendo del marino.

A las siete de la tarde, confundida casi con el horizonte, se avistó el faro de la isla Sancti-Petri (Cerdeña), lo que me ha hecho recordar en aquel momento, que este fué el punto donde tomaron asiento los fenicios, y desde aquí, convirtiendo en mal formadas naves los frondosos árboles de la isla, se trasladaron á España. Hemos continuado navegando con la costa de Cerdeña á la vista, y cuando la noche nos mostró sus densas tinieblas, solo se divisaban elevadas montañas, en cuya cima parecían posarse las estrellas.

Tengo que levantarme á las cuatro de la madrugada, y voy á descansar en compañía de los animalitos de la noche anterior, que si continúo escribiendo mi Diario, tendré el *gusto* de dedicarles un parrafito, por las muchas noches que velarán mi sueño.

A la altura de Cerdeña.

Día 24

Son las ocho de la noche, y después de ruda lucha entre el cuerpo que tiende al descanso y la imaginación al trabajo, vence la materia, y abandonando sobre la mesa el Diario, procuro descansar.....

.....

A las once de la noche:—¡No es posible dominar la imaginación!... Aquella victoria del cuerpo ha sido una ficción. ¿Cómo se vá á reducir el alma á dura cautividad sin antes expresar el sentir de tanta y tanta belleza con que apareció el día de hoy?... Aquél amanecer de buen cariz y horizonte despejado; aquél orto del sol; aquél panorama descubierto... Pero no te apresures, imaginación! No te apresures; ordena tus ideas; descríbelas á tu manera, más metódicamente, con enlace y orden, como ordenadas se han presentado las cosas que la naturaleza te ha hecho contemplar en todo el día... No te propongas el inconcebible método de exponer tus ideas en globo, según bullen en tu fantasía. La razón puede más que tú, y tus sujestiones absurdas no paralizarán su juicio razonado y metódico.

¡Pero si no sé por dónde empezar!... ¡Ha sido un día de emociones tan tristes y continuadas!... ¡Ah!... sí. Por aquel amanecer tranquilo y sereno; por aquella contemplación de

la inmensidad del mar en su grandeza; por aquel ancho campo que la vista tenía para espaciarse en todas direcciones; por aquel campo de visión, formado por una circunferencia que parecía trazada á compás por hábil geómetra; por aquí empiezo.

Aquella calma matutina daba á las aguas el aspecto de una inmensa blonda, que en su extensión indefinida, su azul acuoso, establecía una unión aparente con el azul purísimo del cielo. El gigante dormido me parecía infinito; aquella extensión que la vista creía infinita, sin embargo no lo era. El juicio de la razón que vale más que el de los sentidos, me decía:—esto tiene su límite—pero este límite que la razón consideraba remotamente próximo á su fin, mi vista no creía hallarle nunca. ¡Cuán grande parece el *San Ignacio* surcando estas aguas tranquilas, y cómo se convertirá en su juguete cuando estén malhumoradas!...

El fresco propio de la mañana convirtiéndose poco á poco en dulce y agradable brisa. Las estrellas que con su intranquilo centelleo y brillante luz nos habían alumbrado durante la noche á través de sus confusas sombras, apagaron su brillo, como conociendo que su argentada luz iba á eclipsarse por los luminosos rayos de oro del astro refulgente, al cual sirven y del cual dependen. El espacio celeste convirtió su azul oscuro en ligero tinte purpúreo, reflejándose en las aguas como en un espejo. La naturaleza toda se hallaba dispuesta para recibir á su señor. «La aurora con sus dedos de rosa abrió las puertas de Oriente», y el emperador de los astros comenzó á surgir de su trono con perezosa majestad. Los primeros y dorados rayos que á manera de régios correos anunciaban su llegada, reverberaban en las aguas tomando el aspecto de un camino chapeado de plata, por el que parecía iba á llegar hasta el buque este gran señor. Por eso aquí se han hecho los preparativos para recibirle dignamente. Los marineros, descalzos de pie y pierna, valdeaban el barco, convirtiendo su cubierta en elegante sala; los costados fuertemente cepillados, poníanles como recién sacados del dique; y los pasajeros, que parte de ellos habían pasado el disgusto del *cambio*, abando-

nando el cajón-cama esperaban la visita del régio huésped. ¡Pero no se ha dignado visitarnos!... sinó que dirigiendo un saludo desde el horizonte en contacto con las aguas después que apareció su resplandeciente faz, se precipitó como torrente devastador de calor y de luz, y comenzó su carrera elevándose por las etéreas regiones del espacio. Pero los fantasmas de la imaginación que en su constante ejercicio animan á la formación de ideas é imágenes, se deja llevar por una fuerza ciega é irresistible y obra sin sujetarse al mandato de la inteligencia y dictado de la razón, forma las más absurdas ficciones cuando se contempla el orto del sol en el mar. Y nada tiene de extraño. El astro, de ningún sitio parece salir sinó del seno de las aguas, no en un momento, sinó paulatinamente. Ese pequeño movimiento de ondulación con que se anima la superficie del mar á su salida, no parece efecto de la atracción de los rayos solares, sinó más bien que tiene su cuna en el fondo del abismo y que las aguas, haciendo oficio de sábanas, son elevadas al abandonar el sol su lecho, para iluminar con su potente luz el mundo entero. ¡Admirable secreto de la naturaleza!... ¡Mecanismo incomprensible en que solo el Sér Supremo tiene el hilo del misterio!

El sol había comenzado su marcha dejando en pos de sí un resplandor fosforescente á manera de dorada estela. Al verificar su ascensión, apareció á mis ojos un panorama que no sabiendo como calificarle, me figuré una escena representada en el enorme teatro del Mediterráneo. Al efecto, actuando el sol de telón, se levanta, ofreciendo al espectador la vista del escenario, ornado con una decoración sorprendente.

Allá, en lontananza, y como á un codo de elevación sobre la superficie acuosa, destacábanse multitud de puntos blancos semejantes á una numerosa bandada de palomas que hubieran tenido el don de fabricar su nido en las aguas. El *San Ignacio* continuaba avanzando. Deslizándose sigilosamente sobre la azulada llanura, parecía el protagonista de la acción, decidido á sorprender aquellos diminutos fantasmas que continuaban en provocadora inmovilidad. En verdad que el protagonista fué vencido. La naturaleza quedó vencedora. No podía el *San*

Ignacio saltar á romper aquella valla blanquecina que por la proa obstruía su camino, y tuvo que cambiar de rumbo obedeciendo al mandato de una voz que dijo:—¡á estribor!— Funcionó el timón y lo que nos impedía el paso quedó al costado de babor.

Al pasar de través y como á unas dos millas de distancia, aquello que yo creía mera ilusión, escena ficticia, convirtiéndose en pura realidad. Tenía ante mi vista la isla de Sicilia, y á orillas del mar los pueblecitos de Marsala y Granicola.

Edificados en una ligera pendiente, sus casitas blancas como el armiño, parecen forradas sus paredes de la piel de este animal ó construidas con pluma de cisne; haciéndome creer, observando su blancura, que manos infantiles se han recreado en hacer bolitas de nieve, y luego, formando un conjunto sistemático las han adaptado á la forma de viviendas. El plano de una casa ha debido utilizarse para todas; la inteligencia directiva, supeditada á una sola idea; la sencillez. Las fachadas desnudas completamente del más lijero adorno artificial; bien que la naturaleza siempre atenta, se encarga de prodigar sus favores allí donde vé mayor necesidad. Los rosales y parras que la mano del hombre no ha necesitado cultivar, forman círculo de verdura en derredor de la casita, trepando por sus paredes en caprichosos zig-zags, hasta que llegan á confundirse sus guías, y enlazadas, fabrican un segundo tejado donde se ostentan los atributos de nobleza poseidos por sus moradores, consistentes en redes de pesca que exponen á secar al sol, y que las escamas dejadas entre sus mallas por el pescado que hizo un último esfuerzo al salir de aquella prisión, brillan entre las hojas de la parra como si ésta tuviera un baño de plata, y los capullos del rosal mostrasen los filamentos de sus estambres convertidos en hilos de oro.

En cuanto á la colocación de los edificios, reina una especie de descuido artístico y bello desorden, que ni con calles ni plazas se ha querido alterar aquel cuadro de inusitada y natural belleza. (1)

(1) Describo y hablo únicamente de la parte de estos pueblos que se halla situada á orillas del mar, que es lo que yo he visto.

Estas casas-nidos se encuentran diseminadas aquí y allá por toda la ladera, ocupándola totalmente en una extensión considerable.

Al pié de esta pendiente se extiende solitaria una playa deliciosa ornada de botes de pesca encallados en sus arenas y que la mar con sus salvajes caricias á unos desbarata y á otros lleva consigo para servirle de juguete y bárbaro entretenimiento.

Nadie se hallaba entonces respirando la brisa suave de la mañana, y solo se percibía el vago rumor de las olas al exhalar sus violentos quejidos sobre la orilla. Bien que el aspecto presentado por la playa al herirle los primeros rayos de un sol matutinal, dejaba entrever que no era permitido á persona humana profanar sus auríferas arenas, sinó solamente ser holladas por una planta celestial. El sol, que parece complaciase en derramar á torrentes su luz sobre las conchas que el mar con cierto orden ha ido depositando en las orillas, hacía que el agua contenida en su pequeña concavidad despidiese límpidos destellos, semejantes á diminutas luces voltáicas desparramadas en la playa. Solo un faro de esbelta construcción parecía ser el impertérrito guardián de aquellas doradas arenas.

Con dolor del alma, que ibase alejando de la contemplación deleitable de lo bello, pues ya las casitas blancas iban perdiéndose de vista sin haber visto ninguno de sus moradores, cuando á una milla de distancia distingo un centenar de embarcaciones dedicadas á la ruda y penosa tarea de la pesca, única industria de los habitantes de esta parte de Marsala y Granicola. Desapercibidos pasaban para mí estos pobres pescadores; pero notando que al pasar el buque por encima de sus redes, de uno de los botes se afanaba una hermosa siciliana para cobrar á bordo sus atavíos de pesca, faltó poco para que siguiendo los impulsos de la voluntad, trasmitiese al marinista la orden de:—¡para!—No pude hacerlo, pero satisface mis deseos. Creí que sólo aquel sér que parecíame divino, había arrostrado las iras del mar que baña aquella parte de Sicilia y que se me escapaba al análisis, cuando con sumo

placer distinguí en cada embarcación una ó dos de aquellas hadas, y algunas tripuladas por estas hijas de Tétis.

Aunque he analizado su belleza demasiado veloz, sin embargo, cuando se recibe una impresión tan agradable, queda grabada en la imaginación de tal modo, que la imagen bella se presenta á nuestras facultades cognoscitivas á cada instante, aún cuando desaparezca la causa ú objeto que la produjo. Esto me ha ocurrido á mí. Perdilas de vista, pero jamás se me olvidará que cada barca de aquellas representa un idilio, una epopeya, que podría servir de fundamento para componer nuevamente hechos mitológicos como los de los antiguos griegos. Aquí me he hallado con un cuadro de la vida real: la belleza realizada por el contraste.

Al lado de un pescador de sucio y ensortijado cabello, se halla el ángel de salvación con negra y rizada cabellera que ligera brisa ondula y desparrama; junto á una mirada dura y enérgica que lanza chispas de coraje al ver sus redes vacías, estan unos ojos negros como el ébano que despiden fuego de bondad, elevando al cielo una plegaria muda implorando sus favores; ayudando á una mano callosa á sacar la pesca de su prisión, se ve otra de piel suave y delicada que no teme lastimarse con los cortantes hilos de las redes; confundida con una cara curtida y de brutal expresión, se vén unas mejillas sonrosadas que resaltan sobre un fondo de nieve y que sus labios parecen dos pedazos de coral robados á profunda vegetación del abismo; en fin, un ser humano y otro celesstial; la idea de hombre y la idea de ángel. Sobre la belleza de estas pescadoras, ha formado mi mente la idea de mujeres fantásticas é imaginarias. Ni los azotes de la lluvia y el viento han conseguido curtir estos rostos de inacabable beldad, que comparten con el pescador sus tareas fatigosas, esperando sin duda que la barbarie de los elementos se ha de rendir á sus plantas, no osando marchitar un átomo de su belleza. Belleza que la habilidad de un cerámico no lograría imitar sino muy confusamente; porque á pesar de una destreza asombrosa, su obra carecería de animación, de vida; no se descubriría esa plenitud abundante de formas, no sería capaz de producir la acción

vital en su figura, principio y signo de belleza; en una palabra, con todo su arte, no podría imitar á un ser que Dios parece ha colocado en la tierra como ángeles de salvación de los pescadores de Sicilia.

Si Ulises hubo de pasar el golfo de las sirenas atado al mástil de un navío para librarse del canto y hermosura de aquellos mónstruos, yo hubiera encallado el buque en las arenas de Marsala, y loco de alegría hubiera suplicado á estas sirenas del Mediterráneo, que por toda mi vida sería pescador descansando en las duras tablas del fondo de una lancha, pero que velaran mi sueño apoyando mi cabeza sobre sus brazos.

Comprendo ahora por qué Pedro III de Aragón aprestó una enorme flota para la conquista de Sicilia y que Alfonso V del mismo reino, á pesar de las reiteradas y constantes súplicas de los nobles para que regresara á su patria, se excusase con fútiles razones, dando lugar á que sus súbditos exclamaran: —que más parecía un rey siciliano que un monarca aragonés.

No había para mí en todo el orbe emperatriz ni reina que con su popular hermosura igualara á estas pescadoras. Todos esos séres que durante los ensueños se aparecen en las oscuras paredes de la habitación, no me parecieron nunca tan perfectos. Los suntuosos palacios que la leyenda construye sobre escarpada roca á orillas del mar, dábaseles por morada. Pero la realidad me las hacía ver más hermosas, en una débil barquilla por alcázar; por ricas alfombras, el agua que penetraba por entre las tablas mal unidas y en vez de orientales colgaduras de damasco, un pedazo de lona desgarrado y pendiente de tosco palo, única torre de su pobre palacio.

Pronto, ¡muy pronto!... se ha ocultado á mi vista aquel sencillo y portátil edén dulcemente mecido por las azuladas ondas, y entonces rogué fervientemente al Creador que infundiera un alma á mi buque haciéndole partícipe de mis sentimientos, para que así suspendiera su marcha y quedara en las aguas inmóvil como una roca. Comprendo que mi ruego era una loca aberración producto de un alma exaltada, y deshíceme en denuestos y maldiciones contra Papin Wat y otros

inventores del vapor, que por su culpa, cada golpe que las palas de la hélice dejaban caer vertiginosamente en las aguas, heríanme el corazón y martirizaban el alma, perdida ya la esperanza de habitar las casitas blancas, que al perderlas de vista presentaban el mismo aspecto que en el acto de la percepción.

El *San Ignacio* se deslizaba por la superficie inmensa empañando el azul purísimo del firmamento con negros torbellinos de humo, que en confuso tropel se elevaban en el espacio para disiparse al poco tiempo como mis quiméricas ilusiones. Después subí á la cofa del palo, y... ¡no he visto nada!... todo había desaparecido. Sólo el caos, la inmensidad, el vacío, parecían desafiarme á penetrar su infinita y dilatada planicie. Así, que lleno de pena, sumamente contristado, lacerado el corazón y el alma en duro cautiverio, porque á saber cuándo tendría ocasión de salir de él y contemplar otra belleza ideal, no he podido menos de exclamar similarmente la frase de Carlos I al abdicar su corona y despedirse de sus familiares: —¡Quedáos con Dios... hijas... que en el alma os llevo atravesadas!

Al remontar el cabo Passaro, último punto visible de la isla de Sicilia, y fuera ya de su abrigo y de la protección de sus hijas —recuerdo eterno en mi alma — comenzó á soplar un viento fresco del Oeste con mar gruesa, que obligaba al buque á dar fuertes cabezadas y bandazos, embarcando por la proa algunos golpes de mar y remojando á algún descuidado que por allí paseaba muy confiado en aquellos ataques injustificados.

Afortunadamente la bravura del mar no pasó de bruscas amenazas, y á las ocho, la campana dejóse sentir por todo el buque para después perder su sonido por los aires y todo este pueblo ambulante entendió que se le convocaba al Santo Sacrificio de la Misa. En la cubierta se instaló el altar, formando un pabellón con las banderas de á bordo y una mesa dedicada exclusivamente á este acto. El Capellán salió revestido del cuarto del timón, que hacía las veces de sacristía, y luciendo unas vestiduras que muchas capitales en sus iglesias no las ostentarán tan valiosas. Comenzó esta misa marítima servida

por un pequeño *pinche*, y á ella concurrió todo el pasaje ataviado con los *trapillos* del domingo, lo mismo que los marineros luciendo sus blancas blusas orladas con ancha cinta azul.

En medio de este acto tan sério y hasta sublime por el lugar donde se celebra, no deja de haber ciertos hechos que originan irremisiblemente la risa, pero sin hacer alarde de irreligiosidad. Sucede, que cuando más atentos están los pasajeros escuchando las oraciones al Sacerdote, viene un balance y... ¡plum! todos al suelo. Los que están de rodillas se sientan sin saber por qué, y los que quieren aguantar en pié el balance, caen de rodillas; de modo que algunas veces se ve un montón de tres ó cuatro feligreses rodando por la cubierta. Hasta el sacristán que generalmente cruza el mar por primera vez, se le vé ir á parar debajo de la mesa, (hágase altar) mientras que el Capellán, que es un marino consumado, aguanta con una mano el cáliz y con otra el misal; aunque más manos le hicieran falta, pues los candeleros van á alumbrar el santo suelo.

Por lo demás, una vez que el mar ha cejado en sus ataques y que á mí me parecía como que protestaba de aquel ruego que elevábamos al único Sér que con su poder supremo es capaz de dominarle para que nos fuera propicio durante la travesía, vuélvese á restablecer el silencio y la tranquilidad.

Las misas en el mar me han parecido distintas de las de tierra; es decir: identidad superficialmente consideradas y esencial distinción en el fondo. Aquí, todos los fieles están animados de la misma intención; el ruego, la adoración, el recogimiento; aquí no hay viejas que cuchicheen y duerman; ni beatas hipócritas que atropellen y salten por encima de la gente para ocupar el mejor sitio; no hay *tipos indigestos* que se muevan aquí y allá como si estuvieran montados en alambre, buscando la mirada de *otra idem idem*; ni chiquillos llorones que improvisoras mamás llevan al templo; ni criadas que conviertan la iglesia en una plaza cubierta, depositando á la entrada y en el interior su compra como si aquélla fuera un *fielato* ó una *aduana*; no existen tampoco esos sacristanes

viejos que sin duda creen, por sus largos años de servicio, tener derecho para hablar alto como en su casa y tratar á los Santos con la misma confianza que al campanero; aquí no hay nada de eso.

Enfrente de estos séres parásitos carcoma y martirio de los verdaderos devotos, se levanta la figura arrogante y forzada del marinero, sencillamente vestido, el rostro ennegrecido por la lluvia, el sol y el viento, y revelando su aspecto hercúleo cierta severidad religiosa. Hombres que jamás se doblegaron ante la fuerza huracanada de los elementos, y sin embargo hincan humildemente su rodilla ante un ser invisible, tratando de elevar su alma hasta Él por medio de esta prueba de humildad. No saben rezar; pero esta plegaria muda no tiene que romper el recinto abovedado de una iglesia, ni queda encerrada entre las verjas y húmedos sillares de las paredes de una capilla, sinó que camina directamente hasta el trono celestial impelida por dulce brisa ó por la fuerza furiosa del vendabal.

Está generalmente admitida la creencia de que el marinero es de intención depravada, innoble, sin sentimientos de ninguna especie, que de su boca no salen más que blasfemias y que no creen en Dios; en una palabra: una fiera con apariencias de hombre. ¡Injuriosa suposición!... ¡Calumnia lanzada á estos infelices, que no tiene en su apoyo más que el fundamento inverosímil de la apariencia!... Ciertamente que no ostentan títulos de nobleza, ni sobre la puerta de la miserable choza que les sirve de albergue se ve primorosamente labrado ningún escudo de armas; pero dentro de su pecho encierran la nobleza del alma, que es la verdadera nobleza, y su corazón endurecido por las tormentas, se ablanda y maneja á capricho mandándole con dulzura y amabilidad. Si se trata de hacer bien, nadie como ellos cumple su deber—que no todos los deberes se cumplen.—Tienen parte en salvar la vida de los pasajeros y cegados por la lluvia, deslumbrados por el relámpago y calados de pies á cabeza, trepan hasta la perilla de los palos horrorosamente sacudidos, exponiendo una y cien veces su vida por salvar la del prójimo. ¡Y aún dicen que no

son nobles!... Claro está que no lo son, si por nobleza se entiende la que consta en los pergaminos. ¿Pero es esta la verdadera nobleza? No: esa nobleza es una mentira moralmente considerada. Y se me ocurre preguntar: —¿Qué hechos han sido la causa de esa nobleza que hoy con dinero es tan fácil alcanzar?... Pues...; en fin, vale más no *meneallo*.

Ahora para destruir esa falsa apreciación respecto de la ternura y cariño de sus sentimientos, no tengo más que transcribir un hecho, referido por un compañero, hablando de estos seres casi excluidos por algunos del linaje humano.

—Para echar por tierra esa idea que el vulgo ignorante alimenta,—comenzó mi compañero—referiré á V. el siguiente hecho: Habíamos llegado á Vigo, donde muchos marineros tenían su familia, y nos impusieron, sin saber por qué, dos días de cuarentena. Entre los que tenían seres queridos á quien abrazar en este puerto, hubo uno que, no pudiendo dominar por más tiempo los impulsos cariñosos del corazón, determinó, exponiendo su vida, ver á su mujer é hijos antes que transcurrieran los dos días de cuarentena. Para ello amarró por un costado, á media noche, la escala de *gato*, y después de despojarse de su ropa, que ató con el cinto á la cabeza, se deslizó en silencio por la escala, comenzando á nadar por la bahía en dirección á la parte no custodiada del muelle. Una hora llevóse nadando, y por fin llegó á tierra. Abrazó á su mujer, entregó el dinero ganado en el viaje con tantas penalidades, derramó una lágrima sobre la cabeza de sus hijos, y al amanecer, á la hora del valdeo, estaba á bordo cumpliendo con su obligación. Por supuesto, que regresó empleando el mismo medio que á la ida.

Este hecho no ha podido menos de sugerirme la siguiente pregunta: ¿Habrà ahora quien diga que estas gentes están desposeídas de toda clase de sentimientos? Lo referido demuestra todo lo contrario. El hombre que nada dos horas por una bahía expuesto á ser triturado por un enorme cetáceo, sin otro fin que abrazar á su esposa é hijos, prueba un amor extremado y un sentimiento de afección á la familia no comparable con otro alguno; que sólo permanece á su lado dos ó

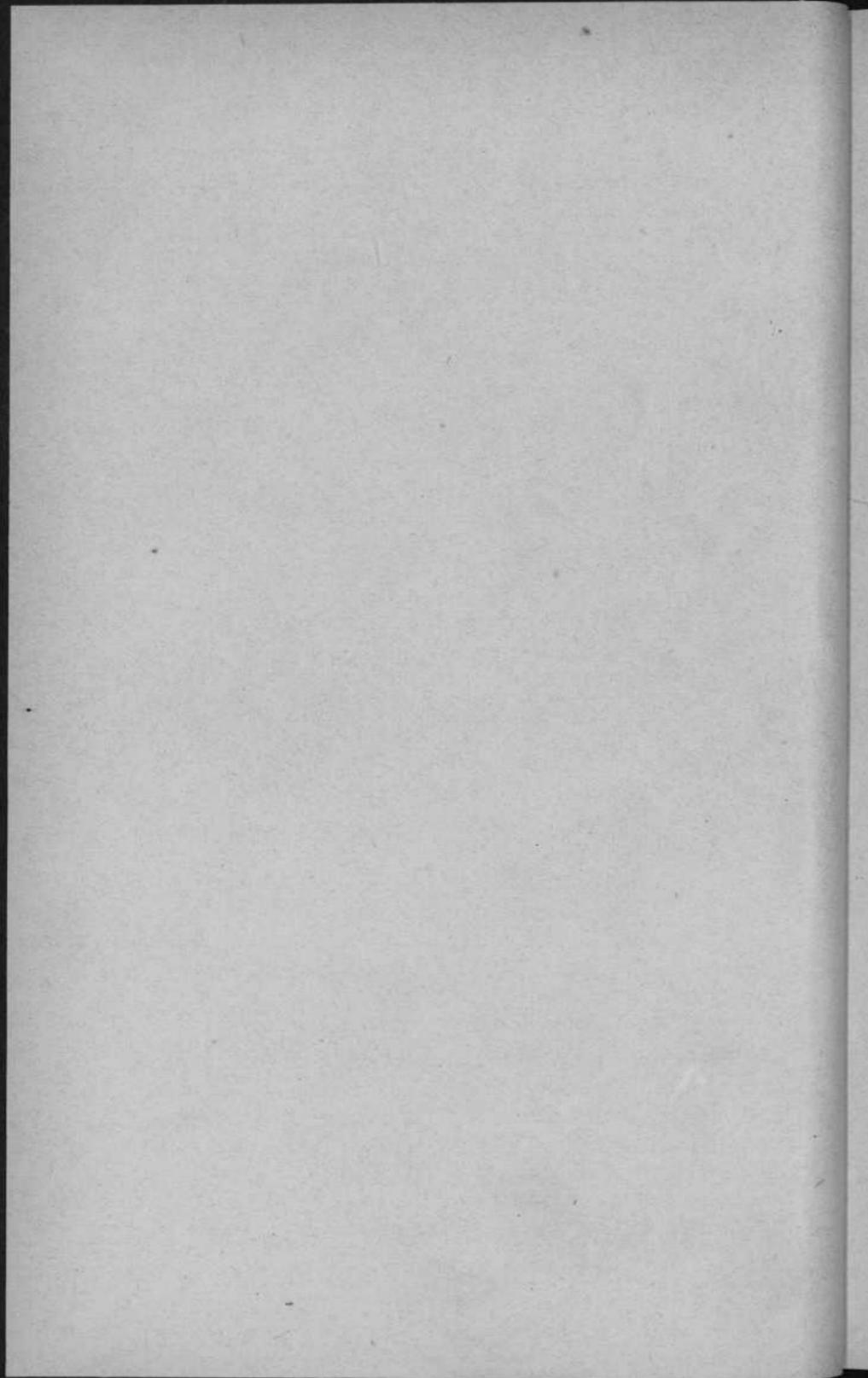
tres horas y que vuelve á cumplir su deber, estos hechos enseñan que este hombre, á pesar de su ruda ilustración y guiado únicamente por el instinto de sus sentimientos, conoce que no hay cariño como el del hogar, sin el cual no hay felicidad posible en la tierra. Y yo le conozco; está á bordo; y no es joven, sinó que se halla en una edad en que ya otros corazones hubiéranse secado para el amor y el cariño.

Y por último; la más absurda y descabellada opinión pesa sobre ellos al decir que no creen en Dios. ¡Que no creen en Dios!... ¿Por qué? ¿En qué se fundan para llamarles ateos? ¿Porque no rezan durante el día un millar de rosarios y no llevan consigo una librería para leer oraciones durante la misa? ¡Cómo van á rezar si no saben!... ¡Cómo leer si no han aprendido! Hijos del mar más que de su madre, quizá hayan visto por vez primera la luz del día en el húmedo y embreado lecho de un falucho envuelto entre redes impregnadas de salitre á falta de otros pañales; que de cuna les habrá servido la vela que el viento en un momento de furor deshizo en grandes girones, y de cabecera la dura tabla de un remo; que su primer bautismo acaso lo recibió en noche de lluvia y tormentosa, encargándose el mar de depositar en su boca las primeras sales; que la diligencia y cariño de una madre habrán sido su único maestro enseñándole el Padre Nuestro y Ave María é infundiendo en el ánimo de su tierno hijo el sentimiento de la religión, en el momento que perseguida su débil barquilla por el destructor elemento se encontró arrojada en una playa por el ímpetu borrascoso de la tormenta; en resúmen, que han nacido en el mar, crecen, se desarrollan y mueren en el mar. En cuanto se desprenden de los brazos de su madre, se lanzan á la lucha sin más defensa que una imagen del Cármen que nunca se aparta de su pecho. Sin la creencia en un Sér que vele por ellos, ¿cómo arrostrar tantos peligros? por eso cuando pronuncian el Ave María, no con los labios, sinó con el corazón, lo hacen con fé viva, y no puede menos de agradar al Señor esta corta oración, más que la colección de rosarios que muchos, para engañar al mundo fácilmente llevado por las apariencias, rezan á la sombra de un confeso-

nario dando solemnes cabezadas y pidiendo en cada uno una gracia. La nobleza del marino no permite la hipocresía; manifiesta lo que siente bueno ó malo á la faz del día, y en pocas palabras piden siempre lo mismo:—Que Dios aplaque el furor de los mares.—Y tal es su fé, que cuando el maderámen del buque cruje á impulsos de los ataques de las olas y exclaman: «¡¡Virgen del Cármen!!» creen que la Excelsa Patrona, rasgando las nubes que sostienen su trono, aparece en su auxilio diciéndoles:—Yo os salvaré.

Hé aquí, pintados á grandes rasgos, los hombres que la necia ignorancia se obstina en llamar insensibles, innobles é irreligiosos.

En el Mediterráneo.



Día 26

Pues, señor; está visto que aquí no se hace más que, 1.º, guardia y madrugar; 2.º, madrugar y guardia, y 3.º, guardia y madrugar. Hoy, por cierto, me han levantado, pero muy de madrugada, porque á las doce siento abrir la puerta del camarote al mismo tiempo que me enfilaban una fiternilla á los ojos. Por fin se dejó ver el sereno—que no era otro el que turbaba mi sueño—y me dice:—*Zeño Alfredo, la dose.*

—¿Y á mí qué me cuenta usted?—contesté malhumorado.

—*Pué que tié usté que ir de guardia.*

Ni remotamente me acordaba de la dichosa guardia, y mucho menos haciéndome unas dos horas que me había acostado. Así, que vistiéndome «como Dios me dió á entender» ó mejor dicho, como dióme á entender el sueño, fuíme al patíbulo, al balcón de Pilatos, al palomar, que de todos estos nombres se hace acreedor este maldito puente.

La más completa obscuridad reinaba á esta hora en todos los departamentos del buque, y un profundo silencio parecía dar á entender que nadie habitaba esta isla artificial. Sólo el oficial de guardia cubierto con un capotón de aguas blindado de pintura, interrumpía aquel silencio sepulcral tarareando la canción del pirata, en medio de un chubasco torrencial que caía en aquel momento. Algo me ha tocado de él.

Con el fin de que la guardia no se hiciera tan larga, en-

tablé conversación con el timonel—verdadero lobo de mar—y ciertamente, que muchas de sus palabras han sido para mí rusas ó siberianas, sacando en consecuencia que aquí no sé hablar. Y aunque esto á primera vista parezca fuera de sentido, no es así; pues del mismo modo que existen infinidad de idiomas y dialectos para comunicarse la humanidad sus impresiones, existe también un dialecto especial marino puramente técnico, que es necesario aprender, porque si no sería casi imposible entenderse con los marineros, que hasta en sus conversaciones se descubre ese tecnicismo arraigado en ellos desde los primeros años.

Observando este lenguaje, ha trascurrido la guardia, y á las cuatro de la madrugada, franco de servicio, he vuelto otra vez al camarote. Aquí siento el pito del contraamaestre—el *nostramo* como á bordo le llaman,—despertando á los marineros con tan extraña diana. Aparezco de nuevo sobre cubierta, y les veo salir del *rancho* (llamado así el lugar que ocupan en el barco) con sus escobas al hombro, vuelto el pantalón hasta la rodilla, la blusa al codo, luciendo unas pantorrillas envidiables y un brazo que... Dios me libre de una bofetada suya.

Con gran manga de riego, como si á regar fueran los jardines de un paseo, comenzó el valdeo, fregando la cubierta con arena y potasa, y poniendo los metales del buque como sacados del taller. La verdad es, que algo pueden limpiar y barrer 20 hombres durante cuatro ó seis horas; así que al visitar un barco, lo primero que llama la atención es esta esmerada limpieza que reina en todos sus departamentos; eso que la mayor parte de los visitantes no descienden á la máquina, donde apesar del aceite y carbón, no llega la limpieza y brillo de las cámaras á la observada en toda ella. Pero también es cierto, que si este aseo y limpieza fuera abandonado en lo más mínimo, se desarrollarían á bordo toda clase de enfermedades. Los miasmas y microbios se respirarían por todos los sitios, debido al excremento de toda clase de ganado y aves, necesario para alimentar tanta boca durante treinta ó treinta y dos días, é infestarían el buque convirtiéndole en un foco de inmundicia.

Terminado el valdeo, aún me quedaban unas horas de reposo; pero no quise aprovecharlas, y decidí permanecer en pie hasta ahora,—doce de la noche,—que rindo la guardia; todo con el objeto de observar la vida de los pasajeros, que no llevan más que cinco días de navegación y ya están aburridos.

Muy temprano abandonan el *cajón-cama* despertados por el alegre canto de los marineros y la lluvia artificial que inunda la cubierta. Después se desayunan y comienzan á llenar la toldilla de sillas y formar juegos con que entretenerse, no para un día, sinó durante un mes. Naturalmente que esta vida siempre igual y tan monótona, termina por cansar, y de aquí la causa de tanta desavenencia entre caracteres que es difícil se armonicen aun con el roce constante de tantos días. Unos juegan al ajedrez, por ejemplo, y se dan jaque-mate tirándose el tablero á la cabeza; los del tresillo hacen las puestas á cachetes, y el bello sexo con algún desocupado, habla: ¡Ojalá jugaran! ¡Qué cosas he oido en estos corrillos! ¡Cómo iba yo á creer que en estas pequeñas reuniones tuviera cabida la crítica!... Parece desgraciadamente cierto que esta es imprescindible en toda reunión. ¡Ah!... ¡La crítica!... Ese cáustico mordaz con el que se proponen convertir la más casta doncella en una mujer sin honor, donde la mujer casada, virtuosa y digna, la transforman en una adúlterina igualándola á Margarita de Borgoña; donde la viuda, que guarda el doloroso recuerdo del cariño de su esposo, es manchada con alguna nota denigrante, y donde el hombre honrado, que siempre pudo llevar su cabeza erguida, es sepultado en el fango por una lengua viperina. ¡Hasta en el mar viene á causar víctimas ese foco de maleza que el mundo llama sociedad!... Mas no esa sociedad universal á que todos por ley natural nacemos para formar parte, sinó esas sociedades *caseras*, por mal nombre, formadas para pasar los ratos de ocio y entretenimiento. Este es el resultado de la vida monótona de á bordo. Resultado, que en mi concepto destruye más vidas que los salvajes atentados del mar. El mar quita la vida, pero no la honra; y después que la parte material le ha servido de juguete, le arroja á la orilla saciado ya su feroz apetito. Pero

la crítica, la sociedad, mata el cuerpo y la honra; para ella, la parte principal no es quitar la vida, sinó vejar, envilecer y arrastrar por los suelos la honradez que los bramidos de la calumnia enfangó, propagándose de boca en boca como mortífero fuego, y llenando de alegría los ámbitos de corazones que con placer sarcástico rechazan la virtud y aplauden frenéticos el vicio. Y no hace, nó, la sociedad lo que el mar, que arroja los cadáveres á una playa para que manos caritativas les recojan, ó deja al náufrago sobre una roca para que se salve, sinó que retiene en su seno al víctima cerrándole toda salida y puerta de salvación, porque ya, envilecido, ¿á dónde dirigirá sus pasos que no dejen en pos de sí un rastro de murmullos venenosos taladrándole el corazón como agudos puñales, y creyendo que todos los ojos se fijan en él lanzándole mudos pero significativos reproches? No le queda más remedio á esta víctima, que permanecer entre las infernales mallas de esta red tan hábil y diestramente tendida. Finalmente: he adquirido la triste convicción de que esta *pesca de honras*—yo así la llamo—ejerce sus funciones á bordo, lo mismo que en los grandes salones de la..... etc.

Claro está que como consecuencia inmediata, vienen después los múltiples desafíos concertados entre los pasajeros, que la mayor parte son hijos del aburrimiento, teniendo generalmente especial cuidado de solventar la cuestión y firmar la paz antes de llegar á tierra. Solo uno, bastante original, me han dicho que se llevó á efecto en un viaje: el de un yerno que le dió una *estiva* de palos á su suegro apenas puse el pié en tierra, que le dejó bastante mal parado. Estoy seguro que habrá quien se desafie durante la travesía, porque alguien llegue á aburrirle con la frase sacramental:—Buenos días. ¿Cómo ha descansado V.?—Únicamente la dotación del buque vé desde la barrera estas *corridas*; aunque es preferible que á uno le coja un miura que no algunos pasajeros abordando á un oficial á preguntas:—Diga V.—preguntan—¿cómo el golfo de León no nos ha dado un susto?—¡Oh! pues en Cabo Guardafuí no nos escapamos. ¿Verdad?—O si no el Mar de China nos dará un mal rato.

—Pero, hombre,—hay que contestar,—¿á ustedes parece les escriben en el respaldo del billete esos tres puntos para que se encomienden á la Sacra Familia?

Hay mamá que toda asustada pregunta:— ¿Sabe usted si volverá á marearse mi niña hasta que lleguemos á Manila? ¡La pobrecita hace tres días que se alimenta con zumo de limón!

Pues bien, estos abordajes, que hay que evitar hasta de un modo brusco y grosero, se repiten con ligeras variaciones todos los días en el transcurso del viaje.

Hubo quien me preguntó al zarpar de Barcelona:—que cuándo llegaríamos á Manila; si de día ó de noche; y cuántas luces había á la entrada.—Supe que era un madrileño el que hacía tal pregunta, y aún cuando yo estaba aquel día más para hacer preguntas que contestarlas, no pude menos de decir interiormente:—Este prójimo creerá que esto es lo mismo que tomar el tranvía en la Puerta del Sol y en veinte minutos llegar á Vistillas ó Leganés, (eso si no descarrila).

También al Capitán y oficiales alcanza la crítica, aunque en pequeña escala. Seguro estoy que se entablarán diálogos como el siguiente:

—¿Ha observado usted cómo el Capitán obsequia con aceitunas á la señora que tiene á su derecha?

—¡Ya lo creo! Y el oficialito aquel que ofreció el brazo á la señorita H... para bajar al comedor, también lo he observado.

—Sí, sí; pero yo he visto más. El otro se le ofreció á la de Z... para subir, y...

—¿Qué? ¿Qué?—(*Con marcada complacencia*).

—Nada, nada. Mire usted: el de guardia no aparta los gemelos de la viuda X...

Esto, por supuesto, sin visos de verdad; y los (ó las) que así hablan, tienen especialísimo cuidado de encerrar su *veneno* en un frasco tan pequeño perfectamente esmerilado, que sus *evaporaciones* no las percibimos los interesados.

No faltan tampoco *tortolillos* que se enamoran con una velocidad de cuatro leguas por hora, sin otro objeto que hacer más agradable el viaje, pero con todas las apariencias de un

amor loco, apasionado y *efervescente*, porque suelen hallarse á altas horas de la noche apoyados en la borda del buque contemplando extasiados la inmensidad, y allí formulan miles de protestas y juramentos poniendo por testigo la opaca y débil luz de la luna que alumbra burlona el rostro compungido de los amantes, como si en realidad sintieran lo que dicen, pudiendo asegurar que si uno cayera al agua, el otro... se quedaba tan tranquilo.

En estas ocupaciones pasan el día los pasajeros, cuando yo me figuraba no tenían tiempo de hacer la digestión de tanto como *engullen*; pues á las seis se desayunan, almuerzan á las diez, á las dos un refresco, comen á las cinco, á las nueve otro refresco con carácter de cena, á las once se les apaga la luz eléctrica, y todo el mundo al *cajón*.

A esta hora queda sumido el buque en la más profunda obscuridad, y al avanzar esta mole por un camino de cintas plateadas que la luna con su amortiguada luz retrata en las ondas, parece una pequeña aldea desprendida de la tierra que camina empujada por una fuerza sobrenatural, rasgando suavemente el tenebroso velo de la noche. Sólo se distingue el tibio resplandor de tres luces: blanca, verde y roja, encerradas en el estrecho recinto de un farol, convenientemente colocadas para evitar funestos encuentros.

A las doce he terminado mi guardia. El trabajo de un día completo rendía mis fuerzas, y despedido por la brusca orquesta de los *pistones* al elevarse y descender sobre los cilindros, he abandonado el puente, dispuesto á continuar en mi Diario lo poco que me restaba de este día.

He dado fin, y como las impresiones de hoy han sido poco gratas y por demás repugnantes, no quiere la imaginación solazarse con ellas, y rechazándolas en absoluto me invita á un sueño pacífico y tranquilo. Pero antes de aceptar invitación tan halagüeña, quiero que conste en mi Diario los *cucara-chicidios* que acabo de cometer, y un delito frustrado de *raticidio*.

A la vista de la costa Africana.

Día 28

Dos días que la tierra se ha ocultado á mi vista... ¡Cuándo el vigía distinguirá la costa de Port-Said!...

Con estas ávidas consideraciones he comenzado el sexto día de navegación. Por cierto, que apenas empezaron fueron disueltas; porque al recibir las caricias ya algo fogosas de Febo, un millar de gaviotas salió á recibirnos con alegres graznidos, dando á entender que la tierra estaba cerca. El pronóstico cantado desde las vergas por estas aves marinas, no salió falso.

A las ocho avistamos como un gigante envuelto en trasparente velo, el faro de Damietta, donde el Nilo después de sus periódicas y destructoras inundaciones, viene sumiso á entregarse al Mediterráneo sepultándose en sus negras entrañas. Dos horas después, la bandera egipcia con su tela roja y blanca media luna izada en la Torre-faro de Port-Said y ondulando sobre los edificios de la población, indicaba que el puerto estaba franco.

Seis días sin interrupción alguna había funcionado la máquina de bordo, y á la una de la tarde, amarrado el buque á la boya del puerto, cerráronse las válvulas cortando la comunicación del vapor con los tubos, y el girar vertiginoso del

árbol de la hélice convirtiéndose en calma y reposo en la ciudad egipcia.

El *San Ignacio* fué asaltado instantáneamente por una turba de italianos, franceses, egipcios y árabes, que al trepar por los costados dando estentóreos gritos, parecía se trataba de un combate naval lanzándose al abordage. En cinco minutos, toda esta gente que trae la tienda á la espalda, forma en la cubierta un mercado de curiosidades, no sin pagar una peseta por verificar á bordo la venta.

Esta consiste principalmente en objetos que,—según ellos—están tocados ó proceden del Santo Sepulcro: crucifijos, devocionarios, candeleros del monte de las Olivas, floreros, pedazos de madera—que afirman ser de la Cruz;—¡dónde estaría ya la Cruz si toda la madera que enseñan y habrán enseñado procediese de la Cruz!—En fin; sería ruda tarea enumerar con minuciosidad todos los objetos y artículos que procuran, en chapurrado español, convencer el ánimo de que proceden de los Santos Lugares. Tapetes valiosos de las fábricas de Marsella, camisetas con la marca de casas catalanas, pañuelos... ¡Todo! está tocado de la Gracia Divina, de la que abusan de un modo soez y asqueroso sabiendo la fé y creencias de los católicos españoles. Hasta hubo uno que se acercó ofreciéndome un rosario de huesos de aceitunas, que decía «eran de las que habían comido los Apóstoles en la Cena.» Lo compré; pero fué para comerme los Padre Nuestros que eran unas avellanas riquísimas del Cairo.

Estos mercaderes, profanando nuestra religión, toman el Santo Sepulcro como medio directo de utilidad práctica para dar abundante salida á su mercancía, á semejanza de aquél que pregona: «¡espárragos de Aranjuez!» y son producto de algún inmundo corral. Esta irreligiosa farsa, no deja de ser creída por algunos pasajeros que, fácilmente engañados por estos *ratas* egipcios, hacen una razia en sus bolsillos, pagando á un precio elevado unas flores secas que algún egipcio cultivó en el portal, ó un pedazo de madera, que al avistar el buque se apresuran á cortar de la puerta de su casa.

Ciertamente que todos estos objetos sagrados se pueden

obtener en Port-Said con mucha facilidad, pero nó los que á bordo tratan de meter á uno por los ojos con aquellas caras hipócritas y negras, y que antes de presentarlos al pasajero besan repetidas veces y desenvuelven de entre una porción de trapajos, sinó que donde se adquieren es en tierra, en un convento—si no me equivoco—de Franciscanos, y allí, mediante una cantidad que se dá, no como pago sinó de limosna, se obtienen estos efectos sagrados y verdaderamente religiosos.

Poco tiempo hace que Port-Said es el punto de escala de los barcos que van á India y Filipinas, pues data desde la apertura del Canal; pero en este tiempo, los naturales, con esa agudeza peculiar suya, han cogido el lado flaco de los españoles explotando su fé y fervientes creencias con chucherías que ellos tratan de bendecir con un *fiat*, es decir, con la frase:—*¡Oh señor!... Cosa mu bona: menditu.*

Dejé por un momento esos engañosos mercaderes y dirigíme donde los *fellahs* ó cargadores de carbón aprovisionaban el barco de este mineral. La primera impresión fué apartarme de espectáculo tan repugnante. Hombres cubiertos desde la cintura á la rodilla con negruzcos harapos, cargan los barcos dando gritos desaforados, con agilidad de monos y sumisión de bestias; una capa de carbón cubre su cuerpo presentando el tipo del abandono y asquerosidad; y á través de este polvillo se ven en su semblante retratadas las huellas del hambre y malos tratamientos del iracundo jefe, que vestido con larga túnica azul, hace trabajar á estos diablos desnudos mediante dos grandes motores: el azote y el dinero. Lastimaban mis oídos estos gritos de dementes, inspirándome compasión, cuando veía que el copioso sudor al correr por sus espaldas, era enjugado por un fuerte palo que hacíales apretar el paso y arrancar un grito agudo de dolor.

Poco amigo de estas escenas que solo dan motivo para formar idea de lo que es el abuso de la superioridad en los países que su civilización no conoce el amor y compasión de nuestros semejantes, me decidí á saltar á tierra olvidando lo pasado con emociones más placenteras. Afortunadamente el bote de á bordo hallábase al pié de la escala, y no tuve nece-

sidad de aceptar los cansados y repetidos ofrecimientos de los boteros egipcios, que después de saber sus *mañas* los he calificados de verdaderos piratas en puerto, excediendo su ferocidad y malas ideas á Piali y Barbaroja. Al poner la planta en su embarcación, antes que hagan el servicio, exigen la peseta por hacer un recorrido que no pasa de veinte metros, y esto, que no obedece más que á una salvaje desconfianza, dá lugar á que algún pasajero se resista; entonces sin mediar explicaciones, porque su máxima es no admitirlas, le pegan un remazo, y si pueden, al agua. Llego á tierra huyendo de estos ladrones—no sé si disfrazados ó autorizados—y como por encanto me hallo rodeado de una nube de *ciceronnes*, que después de presentarme un ciento de tarjetas, el uno me agarraba del brazo, otro de la americana, aquel del pantalón, y cuando logro desasirme de esta plaga de bárbaros, entablóse un pugilato á puñetazos, en que el más bruto, como es natural, sigue al viajero, que quiera ó no, *ciceronne* al lado, sin que haya fuerza humana capaz de apartar este animal, que le sigue á uno como un *perro de caza*. No dejaba de extrañarme un número tan considerable de gente dedicada á este oficio, cuando la población puede verse en pocas horas sin necesidad de acompañante; pero no es su principal objeto enseñar las bellezas de la capital, que pocas ó ninguna encierra, sinó conducir al viajero á las casas de comercio, para que allí le esquilmén el bolsillo en la compra de ropas hechas *ad hoc* para atravesar el Mar Rojo. Yo que nada tenía que comprar, me propuse recorrer los tres barrios más principales: el de los europeos, formado por franceses é italianos—estos en mayor parte,—el egipcio y el árabe. Primero quise apartar el *pelma*, que como todos no me ví libre de él, para lo cual tuve que..... marchando «como alma que lleva el diablo.»

En la parte árabe y egipcia, como dice el Sr. Galiano, «oía constantemente las jotas, haches, eles y aes predominantes en el pentágrama musical de la lengua árabe: pero lo que he observado, y por cierto con bastante sentimiento, ha sido la belleza oriental femenina cubriendo su cara y hombros con el *habarah* y el *feredja*; maldito velo, que á pesar de mis

suplicantes miradas, ninguna osó rasgar mostrándome su rostro feo ó hermoso. Únicamente pude apreciar estas mujeres, que sólo dejan ver sus ojos negros despidiendo azules destellos, por la esbeltez de sus formas y airoso conjunto. Enemiga sin duda esta raza de los términos medios, adoptó desde el instante de su formación el uso exagerado de los vestidos y dijeron: ó desnudos ó vestidos. Y en efecto, los hombres muy desnudos y las mujeres tan demasiado cubiertas, que para respirar con libertad necesitan colocar una caña en el *habarah* á la entrada del órgano respiratorio, y que terminando en la frente facilita función tan importante para la vida orgánica. Generalmente visten de negro, y atentas siempre á las predicciones del Profeta, no reparan en atentar contra su vida, siempre que sea en pró de sus fanáticas creencias, usando tales vestiduras, de las que no se desprenden, creo que ni en casa, porque este signo de pudor, que desde luego no es más que exterior, es ostensible en ellas en todos los lugares, sin otro fin que seguir la costumbre legada por Mahoma, pero el rubor... no lo conocen ni de vista.

Rocorrí de extremo á extremo la población sin encontrar ninguna belleza artística, y aproximándose la hora de salida, regresé á bordo con los pies ardiendo tanto pisar las abrasadoras arenas de Port-Said. No he notado en esta nueva población la más ligera pendiente; hallándose edificada á orillas del mar y en medio de la llanura del desierto.

El Sr. Alcalá Galiano al hablar de Port-Said, lo define «como la capital de la *pillocracia* donde los *tres ratas* y los Leporellos de alto y bajo copete seducen y engañan á los Ulises de todos los continentes.» Y continúa: «que más que un puerto es una puerta que se abre mediante el sésamo de un cheque.»

A las ocho de la noche se abandonó el buque á las órdenes del práctico, y declinando en él todos sus poderes el Capitán, abocamos el Canal de Suez, cinta verde de 25 varas de ancho y 12 de profundidad, que ha puesto la remotísima India á tres semanas de Inglaterra, nación que negó la importancia del canal, hoy caído bajo la jurisdicción de sus accionistas. Es realmente pesado el paso por la gran obra de Lesseps, el

Moisés-ingeniero que en vez de separar unió las aguas de dos mares. En sus 87 millas de longitud, se tardan 16, 20, y hasta 24 horas, pues la estrechez del canal no permite el paso más que de un solo barco, teniendo que, cuando se encuentran, amarrar al que corresponda á una orilla y esperar dos ó tres horas á que pase el que viene con dirección opuesta, y no sé por qué ironía de la suerte ha de corresponder á los barcos españoles sufrir el amarre.

Según las rigurosas y terminantes instrucciones del canal, todo buque de guerra ó mercante llevará por la noche pendiente de la proa un potente foco de luz eléctrica convenientemente enfilado para iluminar el canal en una longitud de unas seis millas.

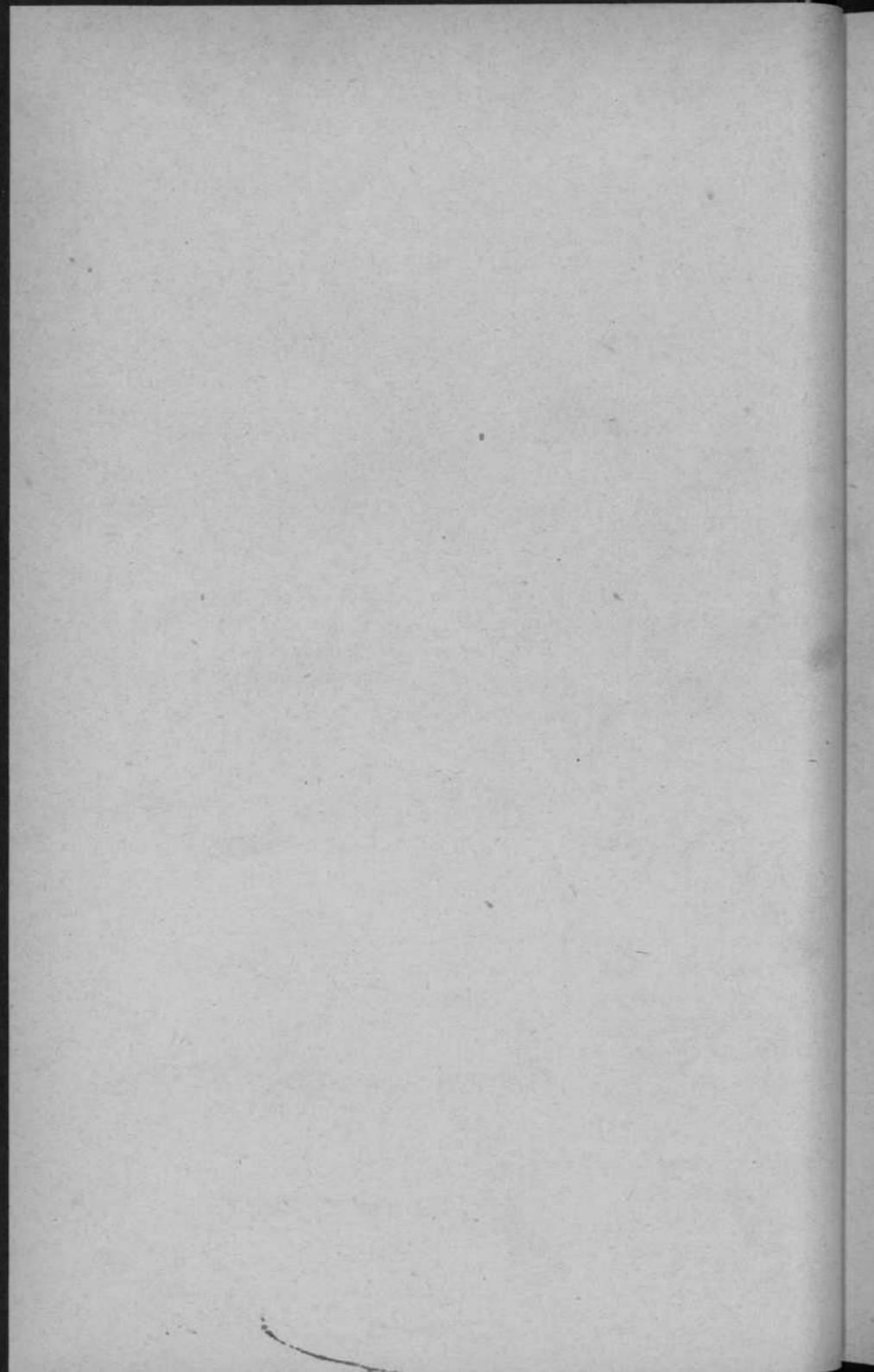
El cuadro que por la noche presenta dicho paso es en extremo agradable y sorprendente. Nuestro barco es iluminado por otro que sigue sus pasos á la vez que el *San Ignacio* alumbrado y es alumbrado por otro, que allá, á lo lejos, parece navegar por el desierto; resultando de esta combinación que se navega como en pleno día durante la obscuridad de la noche.

Yo también pedía á Dios iluminase mi alma haciéndole sentir los efectos de la contemplación estética, es decir, los efectos eran sentidos pero la causa resultante no acertaba cómo iba á definirla en mi Diario. La imaginación se ofuscaba en un torbellino de ideas que yo trataba de coordinar y reproducir al exterior por medio de mi actividad, entonces en estado completo de inacción. En aquél momento no sabía qué admirar más; si la inteligencia humana que con su ciencia ilimitada había sabido trasportar el más moderno de los inventos á tierras inhabitadas y jamás holladas por planta humana, ó aquel mar de arena que al recibir los resplandores voltáicos, dibujaba sombras gigantescas semejantes á fantasmas mónstruos revolcándose en su lecho heridos por los rayos del foco. El grito de algún caminante ó los rugidos de la fiera fuera de su guarida, se perdían en la soledad del desierto.

Navegamos con poca máquina, y creo hallarme en mi

tranquila casa, porque no siento la violenta sacudida de una trepidación constante. Aprovechando tan favorable coyuntura, quiero reposar, sirviéndome de estímulo la seguridad de amanecer en el canal y contemplar á la luz del día la arenosa llanura.

En el Canal de Suez.



Día 29

Al penetrar los primeros rayos de luz por la circular ventanilla del camarote, salté de la litera, y después de *afeminarme*, me situé en el castillo de proa con mi diario debajo del brazo, dispuesto á escribir mucho pero á no decir nada.

Allí, solo, me extasié ante el clarísimo horizonte egipcio, tan dilatado y extenso, que una pirámide distante que entonces aparecía á mi vista, tomaba las proporciones de un monte. Las pirámides, gigantes del desierto, que según Chateaubriand, «son unos palacios de la muerte, que duran más que los palacios de la vida.»

Continúo navegando y siempre el mismo panorama: las áridas llanuras del desierto extendiéndose á ambas riberas del canal, dando clara idea de lo que son los vientos abrasadores del África. La vegetación, si algún tiempo há la hubo, ha sido sepultada entre las arenas por horrorosos torbellinos elevados á la altura de las nubes, por la asoladora fuerza del *simoun*. Alguna palma triste y solitaria que se divisa en lontananza, es el débil vestigio de algún pequeño oasis abrasado por la cólera fulminadora del meteoro destructor. Al destacarse con aspecto funéreo en la hórrida soledad con sus hojas chamuscadas y la carcoma corroyendo su tronco, parece un viajero perdido que espera resignado la muerte en aquellas tierras castigadas por el sol que funde y el viento que sepulta.



Numerosas caravanas de peregrinos se suceden sin interrupción por la orilla izquierda del canal en dirección á Suez por donde van á la Meca. No sé que admirar más en estos hijos del desierto: si la estricta y fanática observancia de los erróneos estatutos de su secta, ó el valor de que se hallan revestidos al lanzarse por un camino sin vereda, andando durante muchas semanas bajo un sol abrasador, sin víveres y hasta sin agua, y expuestos constantemente á que el feroz guardian del desierto les haga sucumbir bajo montañas de arena. Pero todos estos constantes peligros sirven para templar su alma, que con crédula avidez espera el goce de placeres sensuales en la otra vida, y no reparan en los medios, siempre que alcancen el fin de rendir culto al vaticinador de sus falsos goces, á Mahoma.

He tenido ocasión de observar en estas caravanas, que el número de camellos es doble ó triple que el de personas; pero claro está, que teniendo en cuenta lo numeroso de algunas, pues llegan á centenares de individuos, necesario se hace este número tan considerable de animales; porque yo creo, que excepción hecha de las puertas y ventanas de sus casas, lo demás lo llevan consigo. Encima de las jorobas de este *ferrocarril cuadrúpedo*, se ven arcas, baúles, tiendas y un número mayor cargados con abundante cantidad de leña. En resúmen, todo de lo que no se puede prescindir para habitar en el desierto y á la intemperie, por espacio de varias semanas.

Cuando más ensimismado estaba contemplando una de estas caravanas, veo movimientos indicativos de amarre—por supuesto la cuarta ó quinta vez.—Efectivamente; dos horas de espera para que pasasen seis vapores; y no se han hecho muy largas, porque una veintena de africanos—no sé si los vomitó la tierra—se disputaban, armados hasta los dientes, el pan, naranjas y otros comestibles que arrojábanles los pasajeros á orilla del canal, devorándolo con alegría salvaje, y pidiendo más con aullidos de fieras.

Emprendida nuevamente la marcha, llegamos á Ismailia, pequeña población árabe situada á orillas del Gran Lago, y la

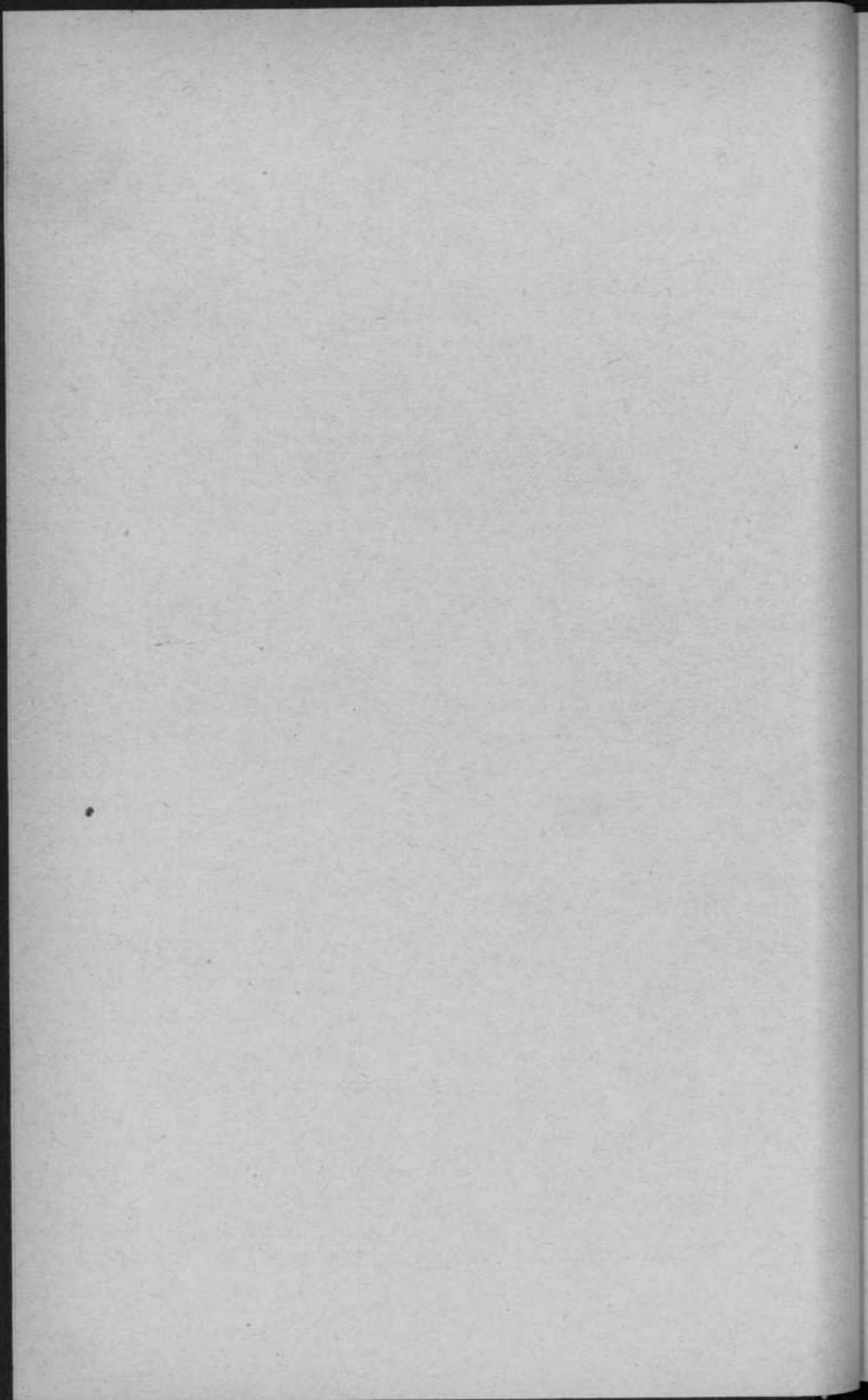
estación más importante del ferrocarril que desde Port-Said se extiende á Suez y Alejandría. Aquí se cambió de práctico, y entramos en el Gran Lago, de una hora y diez minutos de navegación á toda máquina, y donde se establecen verdaderas regatas entre los barcos que llevan el mismo rumbo, con objeto de ganar tiempo para entrar otra vez en el canal. Abocamos de nuevo el canal, frente á la estación de Cabret, no del ferrocarril, sinó del mismo canal; pues hay en su trayecto unas veinte estaciones, que por medio de grandes bolas blancas y negras, izadas en el tope de un palo enclavado en tierra, indican durante el día, qué buque tiene que sufrir el esquinazo, y por la noche, mediante luces blancas y rojas.

Cansado y aburrido de tener ante mis ojos desiertos á derecha é izquierda, cuando ya el sol hería perpendicularmente las arenas africanas y mi vista declarábase impotente para retener los colores brillantes que despedía tan aústeró paisaje, esperé resignado las pocas horas que faltaban para avistar la posesión inglesa de Suez.

A Dios gracias, á las dos de la tarde, el ancla se desprendió con estrépito de su aparejo, cayendo en la tranquila bahía de Suez. Nada he visto de esta población, por fondear á larga distancia y principalmente por la corta estancia en sus aguas, pues á la hora de dar fondo y cuando aún las ondas se empujaban unas á otras para volver después á su habitual reposo, se viró el ancla, y el *San Ignacio*, libre de esta prisión, comenzó su marcha hácia...—miedo me dá decirlo—¡hácia el Mar Rojo!!

En Suez, embarca un práctico árabe que nos conducirá á través de este peligroso mar y de sus hirvientes aguas.

En la bahía de Suez.



Día 30

Al desprenderse el sol de su traje de nieblas y nubes aparecieron las elevadas y áridas montañas de Arabia y Egipto, que forman el Estrecho de Jubal. Pero yo había oído que en este lugar se ve algo que impresiona vivamente, y abandonando un momento la guardia, bajo al cuarto de derrotas y busco en la carta un punto negro que, según mi situación, debía avistarse en aquel instante. Mis cálculos no salieron fallidos. Allá, á lo lejos, envuelto entre densa bruma, defendido por altas y escarpadas montañas, despidiendo fluidos vapores que las nubes al chocar con la cumbre recogían, se destacaba la sombra del histórico y tradicional Monte del Sinaí.

¡Qué impresión más grata recibió mi alma al contemplar extasiada lo que desde la infancia sólo firmemente creía por tradición de mis antepasados!... ¡Con qué placer se entregó á locos devaneos, y cómo traspasando montes y llanuras trasladóse al pié del monte bebiendo las salutíferas aguas de la fuente milagrosa!... ¡Cómo trataba de penetrar hasta las entrañas del monte, evocando los recuerdos que de la fé su seno encierra!... Entregada á transportes de loca alegría, se figuró ver cómo se rasgaban las nubes y envuelto entre aureola radiante de luz, aparecer la faz severa del Creador dando á su pueblo la suprema ley; hizo que los sentidos percibieran el

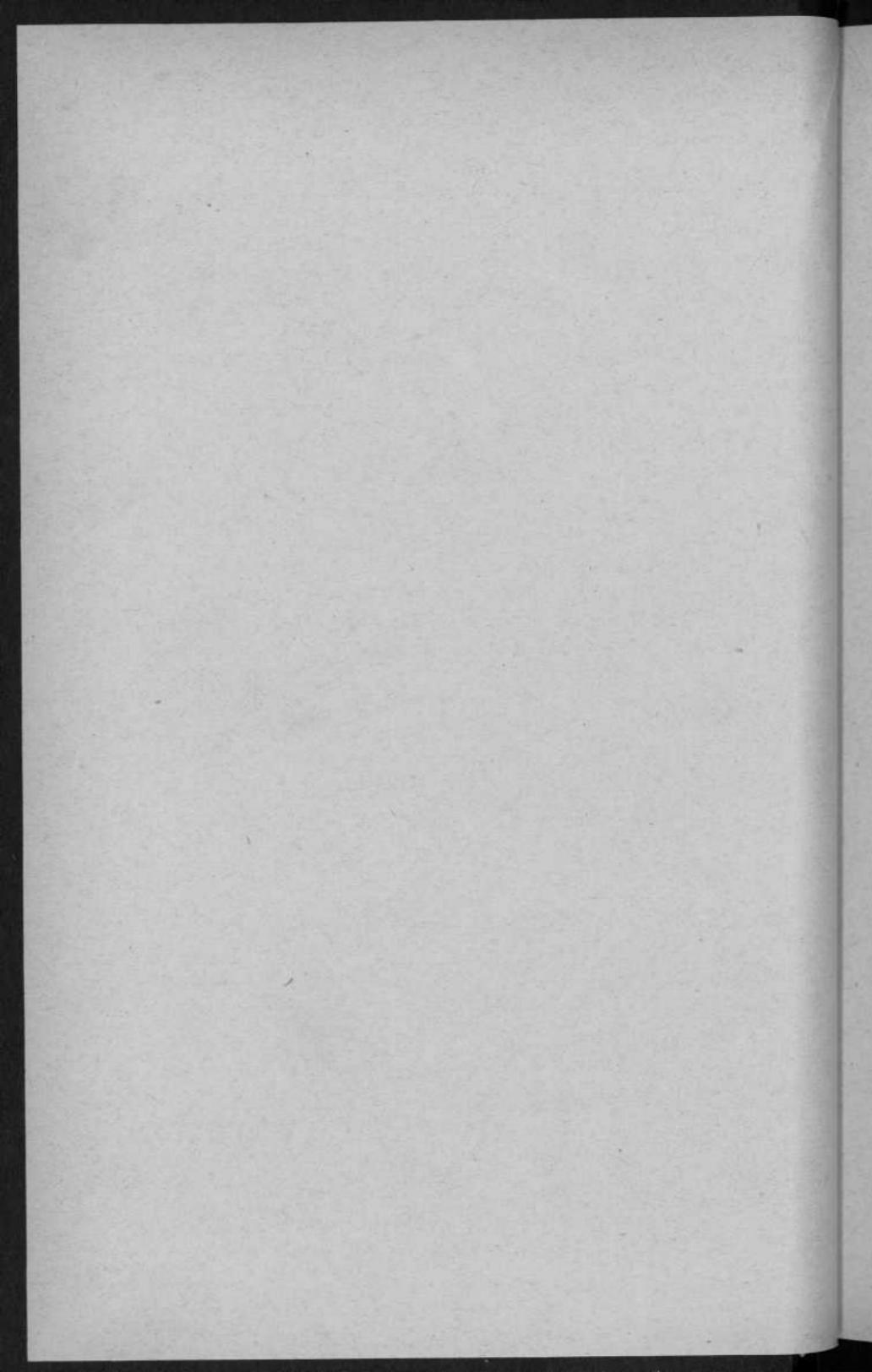
retumbar del trueno por la fragosa sierra, y que al horrífico resplandor del relámpago se imaginasen la figura de Moisés recibiendo en sus manos temblorosas los Santos Mandamientos. Todas estas impresiones recibió mi alma simultáneamente al avistar el Sinaí, que superficialmente en nada se distingue de los montes que le rodean: estéril como ellos; como ellos arenoso y desnudo del más ligero signo de vegetación. Pero sin embargo, se siente algo que no se explica al encontrarse ante este testigo mudo, en cuya presencia se promulgaron las divinas leyes que rigen á la humanidad sobre la tierra. Se le admira por el recuerdo y debía adorársele, porque fué la primera sala donde el Señor dictó el fallo á su pueblo por medio de Moisés. La fé renace y las creencias se renuevan, cuando el alma se embriaga con el néctar sagrado de una reliquia; pero al contemplar este sitio que el Rey de Reyes santificó con su presencia, la fé se convierte en entusiasmo y el alma se aferra cada vez más á sus propias convicciones.

Desde mis tiernos años, la solicitud de un pobre maestro de pueblo logró imbuir en mi ánimo etapas de nuestra religión acaecidas en lejanas tierras, y que yo ni remotamente soñaba llegara un día en que pudiera convencerme experimentalmente de lo real de su existencia. Así que muchas veces—á quién no ha ocurrido lo propio—me decía interiormente cuando llegué á edad de pensar:—¿El monte Sinaí?... ¡Está tan lejos!... ¿El Mar Rojo?... ¡Mucho más! ¿Jerusalén?... ¡No lo veré nunca!... Naturalmente, estos imposibles que mentalmente formaba, hacíanme dudar, no de los hechos, sino del lugar donde se verificaron; pues en mi poco discernimiento, creía que el maestro se equivocaba, y los lugares citados por él quizá existieran alrededor de mi pueblo, pero que su equívoca cita me impedía visitarlos. Mas han transcurrido los años de inexperiencia juvenil, y apoyo el lugar, creídos de antemano los hechos. He visto el Sinaí: lo he conocido aunque no hay ninguna señal que le dé á conocer. No sucede lo mismo en Cantára, pueblecito cerca de Suez, en cuyo lugar existe, no sé por qué milagro, una cruz monumental, emblema y gratisimo recuerdo, según referencia, de que por

allí pasó la Virgen en su huida á Egipto. Y respecto del Mar Rojo... ¡vaya si existe!... ¡¡Y tanto como existe!!...

Perdido de vista el Sináí, y conservando sólo el sombrío recuerdo de su mole, puedo atender á limpiarme el sudor producido por el fuego que lanza el Rojo hasta la desembocadura del Estrecho. He pensado dejar transcurrir el tiempo suficiente para formar una idea clara de lo que es este infierno acuoso. Los preparativos no empiezan mal. Acabo de suplicar á una *señora gruesa*, —que no ofenda la moral,— pues aún no estamos en el foco del calor y ya se despojaba en cubierta de sus vestidos, quedando demasiado *ligera*. Tomada nota de este *incidente*, cerraré el Diario hasta otro día, si él y yo no amaneecemos abrasados.

En la desembocadura del Estrecho de Fubal.



Día 1.º de Agosto

¡Me ahogo!... Esta es la primera exclamación que lanzo, al despertar en medio de un río de sudor, haciéndome creer que en sueños había cambiado la litera por un baño, amaneciendo en remojo como los garbanzos. ¡Treinta y seis horas llevamos navegando por el sitio más caliente del globo! Las planchas exteriores de los costados se han caldeado como en una fragua y á través de la madera penetra el calor en cámaras y camarotes convirtiéndolo en un horno de fundición. Trato de lavarme, pero no he podido resistir un agua á la temperatura que se emplea para pelar gallinas. La ropa quema y la mano no puede aguantar cinco minutos el calor de las paredes del camarote. ¡Si un infierno abrasa!... ¿qué harán tres? Por un lado, el sol, que á mí me parece cambia radicalmente sus dorados rayos en hilos de fuego; por otro, el agua despidiendo vapores como si se hallara constantemente en ebullición, y la máquina que ocupa medio barco, abrasándonos con sus veinte hornos ardiendo sin interrupción. Cada uno de estos elementos forma un infierno que hace de nosotros una zarza de Oreb, pues ardemos sin consumirnos.

Ligeramente vestido, salí huyendo de la *quema*, y al llegar á cubierta, me encuentro con que ésto parece un campo de batalla. Diseminados aquí y allá están los pasajeros postrados, aún con los toldos de lona que cubren todo el buque que

siendo impermeables para la lluvia, son débil gasa para el sol; todos están con pañuelos á la frente sujetando el hielo que es necesario aplicarles al cerebro, medio desnudos, sin pudor y hasta sin mareo. Hasta la dama más ideal y la jamona más dulce, se despojan de rellenos y atavíos, ofreciendo la desconsoladora metamorfosis de la realidad. Todo lo hace el sol; nivelador termómetro que con el mismo *fiat* viste á los árboles y desnuda á las criaturas.

Como al camarote me es imposible bajar, por ser joven y tener cariño á la vida, me sitúo debajo la quilla de un bote, donde no dá el sol y hay un charquito de agua, resto del recipiente valdeo. Aquí me coloco, tomando un baño de asiento (vestido) y me regocijo de hallar sitio tan agradable y relativamente fresco; no sin tener á mi lado una jarra de agua helada; un descomunal abanico en constante ejercicio; mi Diario sobre las rodillas; la cabeza un poco desviada para que las lágrimas transpirantes no caigan en el papel, y copiando exclamaciones de asfixia todas por el mismo estilo.

Uno:—¡¡Uf... me asol!...

Otro:—¡¡Aguaaaa!... ¡¡Hielol!... ¡Pero hasta cuándo va á durar esto; Dios mío!...

Un tercero:—¡Capitán!... ¡Que paren!... ¡Yo me quedo aquí!...

Todo esto lo oigo debajo de mi bote, y revolcándome en el charquito, que por cierto mi ropa va consumiendo paulatinamente.

—¡Me voy al baño, hasta mañana!—dice uno. Y efectivamente; se fué. Pero al segundo vuelve diciendo:—Que apenas metió el pié en el agua, se le levantó la piel.—Y lo creo; porque el agua de los baños es extraído del mar por medio de la máquina y estoy seguro que en estos momentos tendrá una temperatura poco menor que el agua hirviendo; como que si no fueran sus aguas renovadas por la trasfusión del mar Indico, se evaporarían á razón de treinta y tres pies anuales, dejando pronto un lecho de sal sobre un cáuce de arenas calcinadas.

Acurrucado en mi ratonera, tengo especial cuidado de no

ser descubierto, y desde aquí oigo á los pasajeros que se encomiendan á todos los dioses y se dan á todos los diablos, al saber que les quedan dos días de este mar, del que se alejan con espanto hasta las mismas aves marinas y los ríos le niegan su frescura. Uno ha dicho:—que esto es una cafetera colocada entre los desiertos de la Arabia y Egipto; entre dos infiernos, azotado por los vientos que llevan en sus alas la asfixia y la fiebre.—El simil me parece por demás semejante y desgraciadamente oportuno y verdadero. Pero yo le doy un cuarto de conversión, en esta forma: El *San Ignacio*, la cafetera; nosotros el café; pues si continúa este *hervidero*, quedaremos todos *molidos* y *colando* agua por todos los sitios. Y esta agonía *calorífera* tiene de duración cuatro días, durante los cuales no se come, y lo poco que se duerme, al aire libre y en parangón con nuestro padre primitivo.

No basta para formarse una idea de tal bochorno, leer sus efectos. Es preciso pasarlo envuelto entre una nube de vapores acuosos que vagan en una atmósfera de fuego, presentando la densidad de un velo que empaña el horizonte interpuesto entre el cielo y el agua como tejado de finísimo cristal, y que los palos del buque van rasgando para abrirse paso por el centro de esta muralla vaporosa; hay que pasarlo mascando una atmósfera saturada de flúidos salitrosos que, adhiriéndose por la noche al rostro, queman los ojos y convierte la piel suave y delicada en áspera y granulosa; hay que pasarlo pidiendo aire donde no hay más que fuego; agua que hay que beber en el mismo tubo de la nevera para no beber caldo; medios para huir donde no existen; favor, donde parece que Dios no ejerce su poder y ha dejado á los ardorosos elementos en completa libertad; y por último, hay que pasarlo, esperando morir por asfixia, ardiendo por los cuatro costados, causando náuseas el olor de la traspiración copiosa é incesante, que pegada á la ropa interior, produce un olor que no hay comparación gráfica aplicable, y con una calma chicha, que las aguas parecen una balsa de aceite que los infiernos calientan por el fondo para freir al navegante. Así se sabrá lo que es el Mar Rojo; mar de fuego, mar de los diablos.

Yo, fiado en la justicia de Dios y en su misericordia, creo que los seres que Él tenga destinados al purgatorio, y pasen el Mar Rojo, les descontará de la pena estos cuatro días; y si á mí, por ejemplo, me tiene reservado un lugar en el infierno, con permanecer treinta días en estas aguas, en varias veces, me dará la absolución de mi condena é iré derechito al cielo.

Un compañero me dijo ayer, que pasando él por este lugar en Julio del 91, por un fenómeno extraordinario, se hicieron insuficientes todas las mantas de á bordo, porque fué un frío excesivo. Pero yo lo paso en Agosto del 95 y aseguro que el pueblo de Israel no le pasó en este mes, pues si no, hubieran quedado convertidos en *fritura*.

Yo á todo esto, había ya secado el charquito de mi bote, y goteando como un perro de lanas, subí al puente al sentir las doce para empezar la guardia acompañado del práctico, egipcio por nacimiento y árabe por sus costumbres y traje.

Comencé la guardia con la *fresca*, y al cuarto de hora tenía la ropa más tostada que un *panecillo*. El puente echaba humo á pesar del doble toldo que le cubría, y viéndome arder, me decidí á quemarme charlando.

—¿Qué tal Mahomed?—que así se llamaba el práctico—
¿Hace mucho calor?

—No; no *hache*. *Al* noche *mocho* más.

Con esta respuesta me asustó, me desbarató, trabóseme la lengua, y me aparté de su lado viendo en él al demonio disfrazado de marino viejo. ¡Yo que anhelaba la noche para vivir... para respirar... para comer algo, tenía que renunciar á tan lisonjeras esperanzas, y prepararme á rendir mis cuentas al Divino Acreedor.

Esperaba ser, ó ver la primera víctima del calor, cuando á las dos de la tarde, por una de las mangueras de la máquina, (que son unos tubos de chapas de fleje de una vara de diámetro, que partiendo del fondo llegan hasta sobresalir dos ó tres metros de la cubierta donde termina en forma de sombrero para recoger el aire y comunicarlo á maquinistas y fongoneros) por uno de estos tubos veo subir á polea el cuerpo

yerto de un infeliz fogonero, que la asfixia producida en la máquina, le había puesto á un paso de la muerte. El desgraciado, necesitaba aire puro para volver á nueva vida, y este aire no existía en cubierta, donde con poca diferencia era otra segunda máquina.

—¡A la nevera!—Ordena el médico. ¡Orden inútil! Al ser conducido en brazos de dos marineros, espiró, herido de plano por los rayos del sol. ¿Quién será la segunda?... Y esta idea hizo se apoderase de mí un temblor convulsivo, y que en un raptó de desesperación dijera, que en estos lugares no deben regir las leyes celestiales, pareciendo ser del dominio absoluto de Lucifer.

El fuego apretaba más y más; los desmayos se sucedían sin interrupción, y ni la más leve brisa se permitía refrescar mi frente, que en aquellos momentos lo necesitaba y hubiese recibido con más alegría que los israelitas el *mandá* llovido del cielo. Cubierto con un pedazo de lona se hallaba el cuerpo del pobre fogonero pata ser dentro de poco arrojado al agua y convertir aquel hombre, que poco antes coadyuvaba con la actividad de su trabajo á alejarnos de estas aguas infernales, en una masa informe y putrefacta, que los habitantes del abismo marítimo devorarán en feroz y reñido bunquete.

Pero... ¡horror! El elemento, que ya no sé cómo calificarle, quiso que el cuerpo humano fuera acompañado de otro angelical. Apenas los marineros habían despedido á su infeliz compañero, diciéndole al mismo tiempo de tirarle al agua—Dios te perdone,—cuando acudieron presurosos á popa, en cuya toldilla una madre lanzaba gritos desgarradores. Verdad es que por desgracia tenía motivos para abandonarse á demostraciones inconsolables de dolor. Reteniendo con inconsciente satisfacción y angelical sonrisa la teta entre sus labios; apoyada su manita en el pecho maternal; la vista clavada en la madre, efecto seguro de alguna reciente caricia, así permanecía un niño ahogado por la asfixia en los brazos de la afligida madre, y que en seguida le arrancaron para arrojarle... iba á decirle al mar, pero no, su cuerpecito no tocaría en las aguas; multitud de ángeles le recibirían en sus brazos,

y formando celeste cuerda, transportaríanle hasta el cielo para formar parte del séquito celestial.

¡Dos víctimas en treinta minutos!... ¡Cómo luchaba mi alma por apartarse de estas escenas y no lo podía conseguir!... Gracias que al avistar la población árabe de Moka, á cuya vista pasábamos, pude sustituir el éxtasis del doloroso recuerdo, por el siguiente argumento: ¿Cómo es, decia yo al distinguir los elevados *minarettes* de sus mezquitas, que esos habitantes pueden vivir en ese desierto de fuego, si en este su mar, que generalmente hace más fresco, el sol nos abrasa? Un *cariño* bochornoso de la máquina, que recibí en el momento, me dió pié para contestar la inútil pregunta que me había hecho. Aquellos habitantes se defienden del ataque solar, no con un débil lienzo, sinó con espesas paredes impenetrables al sol, permitiéndoles guarecerse á la sombra; no caminan por una superficie casi en ebullición emanando insanos vapores; sus casas no son una mole de hierro que se caldea, ni se hallan adornadas de dorados metales donde se coloca un papel é instantáneamente se abarquilla; en la planta baja no tienen veinte hornos enormes ardiendo día y noche, y últimamente, sus paredes están desnudas, mientras las del *San Ignacio*, están llenas de numerosas y diversas ramificaciones de tubos, por donde se precipita el vapor á los departamentos que tiene que animar con su fuerza expansiva. Esto por una parte; y por otra la construcción mejor ó peor del buque y sus condiciones de ventilación, influyen de un modo poderoso en la suerte de muchos navegantes durante la travesía del castigado Mar Rojo. Barco alemán ha habido—El *Herschell*—que al llegar á Aden el día 29 de Junio del 89, había arrojado al Rojo diez cadáveres.

Después de hacer estas tristes reflexiones, me quedaba el *consuelo* de las palabras de Mahomed:—que *al* noche más calor.—Así que al terminar la guardia, completamente borracho, no sé si de tanto sudar, no veía la escala para apartarme de aquel diabólico práctico, que al ver mi torpeza, me miraba con cara y risa de idiota. No hice más que mirarle, pero de un modo tan iracundo, que claramente debí darle á

entender mi idea, pues interiormente le dije: Ojalá te carbonices.

Bajé del puente más aprisa que debiera, y me fuí flechado á mi escondite, cayendo á la sombra de la quilla de mi bote completamente *derretido*. Aquí tomé un pequeño refresco, y pude conciliar el sueño hasta que la claridad eléctrica del buque había sustituido al resplandor ardoroso del jefe de los astros.

Al despertar recreando mi vista en los puntos brillantes de la bóveda celeste, no pensaba que faltaba aún la última prueba: las terroríficas palabras de Mahomed.

A las diez de la noche, y en dirección hácia los desiertos de Arabia, apareció un nubarrón de color negruzco, que con veloz carrera avanzaba al mar con ademán amenazador y siniestras intenciones. Apenas fué visto por el árabe, comenzó á gritar desafortadamente diciendo en español bastante claro: —¡Sierral... ¡Sierra todo!... ¡Portas, escotillas, lumbreras... sierra!...

En menos de cinco minutos cerraron los marineros todas las portas y ventanillas secundando las órdenes del práctico. Yo, al mismo tiempo que pedía auxilio al Cármen, nuestra patrona, me preguntaba: ¿Pero qué significan tan terribles preparativos? Aquel hombre que con su serenidad me asustaba, no se engañó. Como signo precursor de la acción del meteoro, comenzó á soplar un viento que parecía originario del averno. Este viento quería destruirnos con su brisa caldeada. Ví que el moro y el oficial de guardia se colocaban unas enormes gafas, y yo entonces cubrí la cabeza con la gorra, los ojos con las manos, me resguardé un poco más, y diciendo: *In manus tuas commendo spiritum meum*, me hice un ovillo y esperé.

Al minuto pasó con la velocidad del rayo casi tocando en los palos del buque, el meteoro destructor y abriendo su seno despidió una lluvia de fuego arenoso, que parecía vomitada de la boca de un horno, en hirviente preparación para fabricar cristal. Los pasajeros, advertidos, habíanse refugiado en las cámaras, evitando así que la capa de arena de un dedo de es-

pesor de que se cubrió el barco, hubiérale puesto la cara llena de granos, como á mí, aun en el escondite del bote. De haber sido de larga duración esta lluvia de arena, todos hubiéramos perecido: unos abrasados en cubierta y otros asfixiados en las cámaras.

¡Un chubasco de arena en el mar! ¿Y cómo se llamaba aquel meteoro que había pasado como una visión? Nadie lo sabía, ni yo tampoco. Fué uno de tantos fenómenos que la naturaleza secretamente posee, y que con frecuencia nos muestra para estimular la ciencia meteórica y llegar á comprenderla; en una palabra: un fenómeno indefinible, y que todos desconocíamos las causas de su formación. Varias veces sucede que cuando soplan muy fuertes los vientos de tierra en el Mar Rojo, las arenas del desierto son arrastradas hasta el mar por su mucha proximidad, y envueltas con la lluvia, llenan las embarcaciones de una capita de barro pegajoso de color de barquillo. Pero esto es en toda la extensión del mar, no en un lugar dado y reducido. Así, que de esto á venir formando compacta masa en una nube algodónada y en un momento dado despedir con fuerza inverosímil arena solamente, nada más arena, hay tanta diferencia que no puede considerarse como resultante del caso que con frecuencia ocurre en las aguas que bañan las costas egipcias y árabes. Cierto que el práctico sabía iba á ocurrir esto, por ciertas señales no escapadas á su penetración y largos años de experiencia; mas éste, no sabía el nombre técnico, científico, ni las causas de su formación. También los pastores dicen: «mañana llueve» y aciertan; pero, ¿saben por qué? ¿Saben cómo se produce la lluvia? No: no tienen más que ese conocimiento precientífico que nada nos enseña. Pues esto ha hecho Mahomed: no nos ha sacado de dudas; no sabe nada. En fin, esta ha sido la última prueba, y que al resistirla, no pude menos de exclamar: ¡Aún vivo!

¡Bienvenido el meteoro por las consecuencias ulteriores que dejó én pos de sí! Cuando la sombra mónstruo del nubarrón, todavía al alcance de la vista, se retrataba en las aguas en su marcha vertiginosa, comenzó á soplar dulce,

X

fresca y agradable brisa, que todos nos afanábamos en respirar, llenando de alegría el corazón, y sobre todo, los *pulmones*. ¡Con qué placer dábamos aire con el abanico, las manos, el pañuelo y con todos los *elementos airosos* que había á nuestro alcance! Cuando salí de mi *ratonera*, pues yo permanecía aún debajo del bote, y me encontré respirando aire tan puro y con el semblante risueño y alegre de los pasajeros, no pude menos de gritar: ¡Esta es la tierra de promisión!

Todos nos habíamos metamorfoseado radicalmente; se restablecieron los juegos y las tertulias *criticonas*, y hasta quise pedir perdón al árabe por haber abrigado sentimientos tan bajos respecto de su existencia.

A las doce entré de guardia, y me acordé que Mahomed, quien me acompañaba, podía serme útil para escribir alguna curiosidad en mi *diario*. Así, que al mismo tiempo que la luna apareció en el horizonte, como un relicario iluminado en el pecho de un gigante, le abordé de la siguiente manera:

—Vamos á ver, Mahomed: ¿Cuántas mujeres tienes?

—Tres: una en Port-Said, otra en Suez y otra en Aden.

—¿Y cuántos hijos?

—No sé.

—¿Qué no sabes?—insistí admirado de aquella serenidad que no le importaba saber los hijos que tenía en este mundo.

—No: no lo sé—repitió;—porque á la de Port-Said hace cinco años que no la veo, y aunque la dejé con dos, no sé si tendrá más.

—Sobre todo—dije—la tranquilidad de espíritu.

—De las otras dos—continuó—tengo siete; cuatro en Aden y tres en Suez.

—¿Que no se conocerán?—interrumpí.

—No; no se *conochen*; ni las *muqueres* tampoco.

No dejaban de desconcertarme contestaciones tan lacónicas y secas, pero mi deseo de saber se sobrepuso, y le rogué me dijera cómo se verificaban en su país esas uniones polígamas. La contestación fué afirmativa, hija sin duda, de que él me había hecho preguntas análogas, que contesté benévolamente más por egoísmo que por complacencia. Comenzó mi

simpático Mahomed su relato, imponiéndome como condición que no le interrumpiera; fiel á mi palabra, hice de todo mi ser un órgano de audición, y por fin... *reventó*.

—Yo—dijo—hace veinte años que trato con españoles por estos mares, y sé todas las costumbres de vuestra nación, y por mis ojos, ví bastante, en una ocasión que hice un viaje á España en estos barcos, permaneciendo largo tiempo en la Corte y provincias del Oeste. Así que, partiendo de esta base, te diré: que nosotros somos más felices porque ni las mujeres nos hacen sufrir de solteros, ni sufrimos un desencanto después de casados. Nosotros vemos una mujer en la calle, cuya cara no conocemos por ir siempre cubierta con el *habarah* y nos casamos sin saber si es guapa ó fea. Con dos días que nos vea esperando en el umbral de su puerta para enterarnos donde vive, es lo suficiente. Nos hablamos porque esto no nos está prohibido, y le anunciamos nuestra *intención*. Dado su asentimiento, mandamos al siguiente día á una hermana, y en su defecto una parienta ó amiga, para que se entere en tal parte de las cualidades y modo de vivir de la mujer que allí habita. Delante de nuestra hermana ó amiga se descubre, y la enviada regresa diciéndonos si es guapa ó fea y si tiene este ó el otro defecto. Fiados en el resultado de la embajada y sus frases laudatorias, al siguiente día cuando el sol se prepara á broncear, como ves, nuestros rostros, estamos las familias esperando á la puerta de la mezquita hasta que el sol se deje ver por completo, obedeciendo esto á que tenemos firmemente arraigada la creencia, que verificando estos matrimonios al nacer el astro, como no reconocemos otro testigo, somos dueños de disolverle al ocultarse por la tarde. Una vez dentro de la mezquita, dá el novio á nuestro *imáns* (sacerdote) dos, tres ó cinco libras esterlinas segun su posición, y un cordero; y la novia dos gallinas. Hecha esta ofrenda, nos colocan espalda con espalda y rezando unas cuantas oraciones de nuestro rito, termina la ceremonia. Después, salen primeramente las mujeres acompañando á la novia, y cuando han llegado á su casa, salimos nosotros acompañando al novio, permaneciendo con ellos sus respectivos acompañantes, hasta que el sol se halla

en contacto con la tierra; pues entonces nosotros, nos dirigimos á casa de la novia, que espera en su habitación. En el instante mismo de verificarse el ocaso, penetra el novio, acompañado del padre de la *chica*, en la habitación contigua, y entonces se despoja del *habarah*. Y si al descubrirse, la cara que á la emisaria pareció hermosa, se convierte á los ojos del novio en cara de Sileno, sin decir una palabra dá media vuelta y se marcha; quedando los dos tan libres como antes de conocerse; él con unos duros menos y ella sin dos gallinas. Pero si se encuentra con un rostro de hada, también sin *chistar*, entra en la habitación, les cierran la puerta y... *fini*.

Hizo una ligera pausa el buen Mahomed mientras escuchaba el horizonte para ver si distinguía la luz-faro del bajo Dedalus, que debía avistarse de un momento á otro, y continuó:

—Conque ya ves si somos felices: si nos gusta nos quedamos con ella, y en caso contrario la dejamos. Pero ahora quiero decirte para terminar, y veas que soy franco é imparcial, que lo mismo que faltais vosotros á la religión del Crucificado, violamos nosotros la nuestra; que el fanatismo de que se nos acusa es más aparente que real; demostrándote con esto, que á pesar de ser severamente castigada la mujer descubierta ante un hombre, pocos son los que después de las ceremonias descritas, repudian á la elegida por compañera; pues antes que llegue este caso, como lo mismo anida el amor en nuestro corazón que en el vuestro, y seguro con más pasión en el árabe, ya hemos conseguido ver su cara y descorrer la *cortinilla* que las oculta, faltando á las prescripciones de nuestra religión, debido á la excesiva sensualidad de la mujer oriental; teniendo después que guardar los requisitos que sabes, por pura fórmula, pues á nadie consta que nos hemos visto las *caras* á la luz del sol, de la luna y de las estrellas. Aquí tienes como nosotros nos casamos.

—Gracias; mil gracias, Mahomed, por este curiosísimo *interview*.

—Yo,—continuó—nada de vuestras bodas ignoro. Ya se que los casados llevais una existencia penosa, por la interven-

ción en el hogar conyugal de las que allí llamais... ¿suegras?...
¿sogas?...

—Suegras, querrás decir.

—Sí, sí; suegras—replicó vivamente.

Al oír explicarse de este modo á mi práctico contesté con bastante enfado:—Eso no es cierto. Tú estás muy españolizado, y acoges como cierta esta creencia vulgar que á manera de estribillo se dice á cada momento, de toda mujer que llega á tener una hija *colocada*. Basta que una madre case á su hija, para que en seguida se diga: «esa es una suegra», como queriendo decir ¡un tiburón! ó ¡un bicho raro! Sí: desecha esa creencia, porque es una ridiculez y una idea muy gastada por su generalización. Pero Mahomed por única contestación, dibujó en sus salientes y gruesos labios una sonrisa de incredulidad, como diciendo: «no me la das».

—Sí, Mahomed—continué;—tienes que confesar ese falso testimonio... Y, apropósito, ¿cómo os confesais vosotros?

—¡Oh!... *Mu* bien. Cogemos un libro, nos vamos á la mezquita, y allí decimos todas nuestras cosas al cielo, á los hombres nó. Volvemos á casa, é hincados nos comemos una ración de pan y bacalao. Ni más ni menos.

Estas últimas palabras pronunciadas algun tanto amoscado, coartaron mi deseo curioso obligándome á poner dique á la lengua, que se movía inquieta como una fiera en el lazo.

Poco tiempo tuve que violentarme; pues la campana de proa anunciándome el término de la guardia, fué causa primordial de que rompiera mi trabajoso silencio para despedirme atentamente de Mahomet, con un «hasta mañana».

Hice mi cama en las duras y limpias tablas de cubierta, á pesar de estar fresquita la noche, y allí, libre de ratas, iluminado por los inofensivos y benévolos rayos de la luna, con mis brazos por cabecera, y resguardado por la quilla de un bote, se entregó el cuerpo al descanso, la imaginación á los ensueños y visiones, y acordándome de la mullida cama de mi casita.

Día 3

La mañana nos mostró sus encantos con un cielo claro, despejado, mar llana, aprisionados por las costas que forman el Estrecho de Bab-el-Mandeb, y en medio de los formidables cañones enclavados en los reductos de las fortificaciones inglesas que defienden ambos lados del Estrecho. Estas máquinas destructoras, custodiadas por fuerte destacamento, son las llaves del Océano Índico y Mar Rojo. ¡Con qué delicadeza y tacto especial se han aprovechado los hijos de la nebulosa Inglaterra de posiciones tan ventajosas y estratégicas!... Son los *porteros* de las principales puertas marítimas del mundo: Gibraltar, *puerta-falsete* del Atlántico y Mediterráneo; Suez, *gabinete-recibo* del Canal; Bab-el-Mandeb, *antesala* para pasar á la Arabia é India; Aden, el *Gibraltar indio*, como ha dicho un celebrado escritor; Colombo, fastuoso *salón* de la India; Singapore, el *vestibulo* del Mar de China; Hong-Kong, el *escritorio* comercial, en fin, sería prolijo enumerar todas las posesiones de incomparable producción y ventajosamente situadas, de que han sabido apoderarse los británicos en todas las regiones del Universo. No es difícil aventurarse y asegurar, que cualquier roca pelada que sobresalga una braza sobre la superficie del mar, es de los ingleses; que de esta roca, ya sabrán ellos sacar provecho y transformar en importante factoría ó punto indispensable para escala de alguna línea marítima.

En el momento que mi vista se recreaba en la contemplación de las sólidas murallas que rodean el fuerte y en la figura diminuta del centinela, observé un movimiento de unánime y general espectación en los pasajeros; víles abandonar precipitadamente las meridianas, colocándose en la banda de babor, y apoyando sus codos sobre la borda, exclamaban: «¡ya llega! ¡ya llega!»

Esta expansión de alegría que brotaba espontáneamente de lo más íntimo del corazón, era hija de la impresión gratísima que á su vista originó la proximidad del *Santo Domingo*, que con rumbo opuesto navegaba contento y echando fuego por su chimenea, á nuestra querida España. Al encontrarnos de través á un cuarto de milla de distancia, se desplegaron al viento los trapos gualdo y rojo, y cambiamos un mútuo saludo arriando respectivamente las banderas hasta lamer la ondulosa estela.

Estas banderas, describiendo graciosos movimientos en el aire al elevarse y descender sobre la driza de su asta, tenían algo de sublime, divino, de mágica elocuencia, llenando de alegría el corazón de todos los navegantes que se encuentran en el piélago inmenso, donde la soledad es su eterna compañía.

¡Con cuánto placer nos saludaban los que iban de regreso, y qué poco ondulaban los paños amarillos de los que nos íbamos!... La sirena del *Santo Domingo* percutió en las ondas potente, loca de gozo, como la voz de una doncella á quien no afligen penas; ¡la del *San Ignacio*!... chillaba desesperada, fuera de sí, rabiosa, semejante á los rugidos de una hiena cuando le apartan de sus crías. Los unos aumentaban la presión de sus calderas para recibir dentro de doce días las caricias españolas; ¡nosotros también la aumentábamos para apartarnos de aquellos pañuelos que con sus constantes saludos hacían crecer la envidia y el recuerdo de la patria!... ¡Qué dicha; regresar en el *Santo Domingo*!... No veía, no, en él, un barco vulgar que conducía muchos pasajeros; le veía, le admiraba, le respetaba, y me le figuraba convertido en un palacio de acero, que desprendido de la acción terrestre se desli-

zaba sigilosamente hasta adherirse á la primera costa española que encontrara en su carrera; veía en él á los pasajeros, ensayándose cómo habían de dar el abrazo á su madre, á su hermana, á los amigos...; veíales celebrando desenfrenada orgía, no del cuerpo, sinó pura y desinteresada fiesta del alma que alegría, cautiva, y se embriaga en el amor de la familia...; los confusos adioses que herían mi oído, no teníaes por tal, sinó una voz del corazón que decía de un modo sarcástico, para mí al menos, «¡nos vamos á España!»...

¡España!... Este nombre de sabor poético pronunciado en alta mar por el lenguaje mímico é inteligible del pito del buque y su bandera, tiene un encanto irresistible é impresión dolorosísima para el que se aleja de sus costas sin figurarse que puede no volver á guarecerse en ellas. Para saber lo que es el encanto de la patria, se hace preciso estar fuera de ella; para saber hasta dónde puede embargar al corazón la felicidad, recibir la epístola de los padres fuera de su suelo. Recibiendo simultáneamente estas dos impresiones, se siente no se sabe qué; se recibe una sensación que no se define; se ríe y se llora; en una palabra: peligra la vida ante emoción tan grata y encantadora. Por eso, cuando del *Santo Domingo* no quedaba más que una estela de humo pululando por los aires, y en lontananza se divisaba su mole con las apariencias de inmenso cetáceo moviéndose pausadamente, todos los pasajeros volvieron á su asiento con lágrimas en los ojos y la aflicción en el rostro, plenamente convencidos de la felicidad de aquellos seres que pronto recibirían brisas empapadas de aliento español.

Engolfado en tan tristes reflexiones, no me apercibí que la máquina había moderado su andar, hallándonos en la bahía de Aden y buscando sitio apropósito para fondear; lo que verificamos á las once de la mañana.

Apenas las uñas del ancla habían mordido tierra, empezaron á trepar por la cadena una multitud de *cetáceos humanos*, naturalmente vestidos, que por *encantamiento* parecían salir del agua.

En este puerto, el mercado que se forma por estos hombres

negros, lleno su cuerpo de cicatrices y garabatos, es un mercado zoológico compuesto de todas las familias del reino terrestre y marítimo. La cubierta del *San Ignacio*, desapareció bajo una capa de pieles de tigre, colmillos de elefante, finísimas boas, plumas gigantescas de todas clases de bichos raros, esqueletos de enormes pescados, armas ofensivo-defensivas del pez-sierra y pez-espada, espinas dorsales extraídas del fondo del mar, en resúmen; un gabinete de Historia Natural diseminados sus objetos en innumerables dueños, que tratan de vender á los pasajeros por medio de gritos, pero no á un precio bajo. Me convencí, que á pesar de su aspecto salvaje, no se dejan engañar fácil ni difícilmente; en caso de engaño, el que compra; muchos *cándidos* ví que, creyendo hacer una *ganga*, se llevaron un solemne petardo.

Dejo el mercado y me dedico á estudiar las formas de los árabes; he dicho mal. Aden, cierto es que está enclavado en Arabia, pero sus habitantes no lo son sino en número muy reducido. La mayoría son africanos procedentes de Cabo Juardafuf, distante 278 millas, desde cuyo punto se trasladan en pequeñas embarcaciones, para surtir á Aden de frutas, verduras y otros productos; pues la esterilidad de este pueblo es tal, que su vegetación se halla reducida á la nada. Estos comerciantes marinos, de feroz presencia, son de constitución formida, labios gruesos y pronunciados, bajo los cuales se esconden unos dientes blanquísimos que resaltan más por lo negro de su cara, el cabello abundante y ensortijado que dejan crecer á capricho, se lo queman con cal viva, presentando su cabeza el aspecto de un carnero con la lana chamuscada. Grandes nadadores, se arrojan desde lo alto de los palos de un buque atravesándole por bajo la quilla, y sacan del fondo piedras y conchas, haciendo tan expuesto trabajo por la cantidad miserable de dos ó tres perras, que al tirarles al agua envueltas en un papel, las cogen en el fondo ó antes de llegar á el. Beben el agua del mar y comen todo lo que es susceptible de esta función orgánica. Las mujeres solo se diferencian, en mi concepto, por ser más feas, y llevar al cuello, piernas y brazos, collares de cascabeles que muchos perros serían más

dignos de llevarles. En el acto del ocaso ví que todos se arrodillaban, hacían mil contorsiones y figuras, elevaban la vista al cielo, y durante su adoración se tapaban la cara con las manos, se hincaban, volvíanse á levantar, querían salirse los ojos de sus órbitas, se movían con flexiones de titiritero hasta tocar la frente en el suelo, abrían desmesuradamente la boca, y.....y yo me refa á mandíbula batiente. Yo me figuré adoraban al sol. Su oración, que es bastante breve, termina poniéndose las manos á la cabeza como si les viniera encima un ladrillo y de este modo se levantan. No dejó de llamarme la atención, que al terminar la plegaria, nadie osaba pasar por delante del que todavía se hallaba de rodillas.

No había visto la población, y abandonando el muelle, donde se levantan pocos, pero elegantes edificios habitados por la colonia inglesa, penetré en el verdadero Aden.

Para hacerme una descripción exacta de este lugar, nada —dije— cómo la comparación que espontáneamente formé: me pareció aquello una inmensa *cazuela*, con una de sus paredes horadada, por cuya abertura se penetra en el fondo. Esta abertura, cubierta con sólida puerta de hierro, se cierra al anochecer, no pudiendo entrar nadie, ni salir antes de abrirla. Las paredes completamente verticales de esta *cazuela*, están erizadas en sus bordes de modernas máquinas de guerra, dominando algunas millas de mar y tierra. El fondo, hállase formado por casuchas de tierra de un solo piso, sin más tabiques y departamentos que las paredes exteriores. Al pié de la pared norte de esta *cazuela*, se extiende una de las obras más grandes, según los inteligentes, que puede idear la humana inteligencia: «las célebres cisternas de Aden,» inmensos fosos de piedra sillería con un baño hidráulico, que recogen en tiempo de lluvia el agua precipitada á torrentes del monte, y lo conservan años para apagar la sed de sus habitantes. Yo no podía formar un cálculo, sin incurrir en error grandísimo, de la cantidad contenida de agua, y de lo que eran capaces de contener aquellos algibes; pero sí dije: si alguno me pregunta, diré que, hoy 5 de Agosto, según noticia fidedigna y reciente, hace próximamente ¡cinco años!

que nube alguna há humedecido estas tierras con una gota de agua. Según esto, continuaba yo diciendo, ya puede figurarse cualquiera las dimensiones de estos *cántaros*, para alimentar de líquido tan necesario á toda una población aunque no sea más que cinco años. A mí no me extrañaba ésto, porque horas antes de poder yo observar obra tan colosal, ya sabía por Mahomed haber conocido él un periodo de ¡once años! sin llover; y que, entre los naturales, existe la tradición de que en los tiempos primitivos pasóse un siglo sin que la lluvia dejara sentir sus consoladores efectos sobre este pueblo seco y estéril, encerrado en un círculo estrecho de áridos y escarpados montes. Pero allí están los ingleses haciendo frente á la naturaleza con sus fábricas de hielo, y surtiendo de agua condensada á los habitantes de Aden, aunque repito, las cisternas son capaces de contener agua, no para cinco años, sinó hasta ciento si preciso fuera.

«El que no se consuela es porque no quiere». En cambio cuando llueve, se exponen á sufrir los del fondo de la *cazuela* la suerte que cupo á los del diluvio; allí no es llover, es que las nubes todas del mundo se han reunido absorbiendo el agua de un mar, y corren presurosas á vomitarlo sobre esta posesión inglesa. Una prueba de lo que llueve. Referencia de un testigo ocular.—En el año 1879, no quedó en el puerto un bote, todos fueron á pique á las dos horas de comenzar la lluvia, y muchas casas, como construidas de tierra, quedaron convertidas en una masa de barro como la empleada para hacer adobes, y... —Basta, basta;— interrumpí al narrador— me voy á bordo por si acaso llueve.

Tomé un bote y remando para hacer ejercicio, llego á mi *casa* cuando las luces blancas indicaban íbamos á zarpar.

A palos, echóse algún negro rezagado que quedaba á bordo, y abandonamos el puerto para entrar en el Índico, travesía de ocho días, tan pesada, como limpia del más ligero atractivo.

A la vista de Ras Axir.

Día 7

¡Qué cautiverio está sufriendo mi espíritu!... ¡Qué espantosa soledad en mi derredor!... ¡Cuántos días monótonos lleva mi vista estrellada frecuentemente en la pared azul del extenso horizonte!... Hoy lo mismo que ayer... ¡Agua... solo agua!... Cielo, ¡siempre el mismo!... La extensión indefinida por todos los sitios. Y no hay medio de fugarse de esta prisión solitaria... Ningún panorama encuentro con que expansionarme y romper las trabas que me sujetan á esta constante y repetida monotonía... ¡Nada distrae ni alegra!... Son las diez de la mañana y ni el más pequeño indicio se descubre que pueda cambiar la faz de las cosas. Almuerzo en silencio, resignado á esperar la hora de guardia y ocuparme en algo... ¡Pero aún faltan muchas horas!... ¡Las doce!... ¿Qué hago?... Voy al camarote después de la observación meridiana y aprovecho la siesta... Enciendo un exquisito habano, regalo de un pasajero, y desde mi litera veo como el humo, formando variados espirales, se eleva y desciende buscando una salida que luego encuentra por la pequeña ventanilla, para perderse... allá; muy lejos...

¡No puedo dormir!... El barco vá muy cargado; se sumerge más de la línea de flotación y casi penetra el agua por la ventanilla... ¡Cómo dormir viendo desde la cama, no los colores chillones del basto papel de una alcoba, sinó el único,

incomparable y limpio color de las ondas marinas que al levantarse en pequeños esquifes, refrescan mi cara recibiendo las caricias perladas de sus gotas!... Está visto; no puedo conciliar el sueño. El portier infinito del firmamento, que en otro caso me serviría de sombra evitando me hiriera la claridad del día, tiene un atractivo que roba la vista, y se extasía ante los pabellones formados en la superficie por nubes sombreadas de un color blanquecino, que parecen delicados encajes orlando la blonda azulada de los cielos... Yo no duermo; pero el alma vá poco á poco rompiendo las cadenas de la monotonía, persiguiendo con afán creciente su afición favorita: lo bello, la poesía, algo en fin, para salir de esa ociosidad que le martiriza... ¡Parece que mi litera se mueve!... ¡Y camina!... ¿Adonde?... No lo sé... ¡Pero creo que es una góndola que surca las bonancibles aguas de un lago para llegar á un haren suntuoso, donde sus odaliscas me reciben con alegres cantos formando en mi derredor un círculo dánzante, hasta sentir las aspiraciones de sus incitantes perfumes y el roce de la débil gasa que cubre su contorneada figura!... ¿No será verdad esto que forja mi mente?... ¡Sí... me arrullan... me mecen como á un niño... me han embriagado con aromas que enloquecen... y... me... du... ermen.....

.....

.....

¡Qué sueño más delicioso!... He soñado que estaba en los brazos alabastrinos de mi hada... He sentido la respiración agitada de su seno, y los latidos de su corazón han acallado los míos... He querido hablar, y dos labios han sellado apasionadamente mi boca... He visto en sueños cubierto mi cuerpo con el alquicel y el turbante, y adorado por un coro de esclavas envueltas en sùtiles velos... ¡Qué lástima despertar siendo tan feliz!... ¡Ilusión desvanecida! No me queda más remedio que ceder ante lo real y dejarle el camino expedito, sepultando la idealidad de mi inquieta imaginación.

Pero aún despierto, espero que me saque de mi inacción la voz dulce de alguna ninfa, llevándome á pasear por frondosos jardines que embalsamen el ambiente con el néctar

almizclado de sus exóticas flores. ¿Y qué fuerza desconocida, sobrehumana, me retiene en la litera que no acierto á salir de ella?... ¡Ah!... Espero ansioso el aviso, y... siento sobre mí un golpe.—¡Ya llegó mi hada!! —exclamo loco de alegría. Le tiendo mis brazos, le sonrío con pasión, y... ¡que desencanto! Una rata como un *cordero* se desprendió del techo férreo del camarote, y fué á caer sobre mi cara con marcada complacencia. Me lanzo furioso en su persecución... y no la mato; pero cierto, que me despertó de un modo maravilloso.

¡Que transición más brusca!... Desde el haren oriental que representaba el fausto y la molicie, me encuentro al segundo en un departamento de ratas que me ensucian el rostro. No me acordaba que, «los sueños sueños son.»

¡Las siete menos cuarto señala mi reloj!... He dormido mucho. Me voy, que á las siete entro de guardia.....

Ya tengo á mi cargo el buque... ¿No hago la guardia en el sitio acostumbrado?... Parece que el *San Ignacio* se ha convertido en un trono, desde el que observo abstraído las bellezas que componen este inmenso salón-atmósfera, profusamente iluminado por los vivos colores de la aurora vespertina. Sin embargo, aunque estoy en el puente de siempre, yo veo algo nuevo; algo que no he visto nunca. ¿Qué es aquello? ¿Allá en el horizonte?... ¡Ah!... ¡Alma mía!... ¡Alégrate!... Vas á contemplar un espectáculo que nunca has presenciado: la puesta del sol en el Índico se presenta sorprendente. Rompe los grillos de tu cautiverio y, ensimismada, absórbete en este cuadro inusitado de belleza. ¡Todo es poesía!... Mira cómo el rey de los astros se va ocultando gradualmente en su carro de fuego, tiñendo de un ligero carmín las nubes que le circundan... Aquellas otras en forma de agudos y penetrantes filamentos, parecen las lanzas de los soldados de su séquito defendiendo aquella entrada formada por apretados y blanquísimos nubarrones cimentados en las aguas, terminando en pintorescos y rosados remates hasta tocar sus verjas aéreas y nebulosas en el claro y puro azul de los cielos... Mira aquellas otras nubes agrupadas en sublime desórden y terminando en

esbeltas cúpulas, cómo caminan rastreras por la superficie rindiendo homenaje á su señor... Parece se han alterado las leyes de la naturaleza, y el horizonte, perdiendo su forma circular, conviértese en ríos de sangre penetrando en caprichosas sinuosidades hasta llegar á aquel bosque incendiado, cuyos graciosos espirales de humo vaporoso adornan el firmamento, ofreciendo á tu vista el exámen de un manto azul bordado con hilos de plata, y que forman en su fondo dibujos raros é incomprensibles... Alma mía: nos hallamos en el centro de un círculo de fuego... Presta tu atención á ese rubí gigantesco, que desde las puertas del palacio solar llega á chocar con el tajamar de nuestro buque... Atiende que multitud de fajas áureas serpentean aquí y allá cruzando el espacio en todas direcciones, pareciendo parejas que danzan en una sala, en la que el buque hace las veces de colosal estátua situada en el centro, y en derredor del cual se destacan las paredes forradas de topacios y amatistas... ¡No volverá mi alma á contemplar un ocaso semejante á este!... En el momento que el mar abría sus brazos para recibir aparentemente en su lecho al astro de los astros, una sombra, un punto negro, obscurece su vivo resplandor, y como arrojado del palacio celeste, avanza con celeridad pasmosa temeroso de haber profanado aquellos dominios... Pero noto, que á medida que se desliza por la planicie indefinida del piélagos, vomita humo, no negruzco, sinó adaptando al parecer el color y forma de telas purpúreas, que se unen con aquellas que, en el espacio infinito, han acompañado al sol en su retirada. Trae consigo tres grandes columnas doradas, de las que parten muchos mantos ricamente recamados henchidos por dulce y suave brisa... ¡Ya llega!... ¡Sí!... ¡Es un vapor con todo su aparejo largo que parece procedente de la armada planetaria!... Pero á medida que se aproxima, se decolora, se afea y aumenta su tamaño... Ya le distingo á corta distancia, y... aparece á mi vista la triste realidad. El sol se ha ocultado; los montes y columnas se convierten en agujereadas lonas y toscos palos; ya no queda de tanta poesía más que lo que resta de una gran parada: el lugar. Las nubes se han despojado de sus colores deslum-

brantes y vivos, apareciendo desnuda toda su fluidez, empujándose unas á otras, estableciendo pugilatos en su carrera, y arrastrando en pos de sí otras más ténues y pequeñas que unen á su etérea masa, para precipitarse silenciosamente en el horizonte sin turbar el sueño que se hallan disfrutando el señor que las viste, adorna y domina. ¡Descansa, motor gigante del movimiento planetario!... que mientras se disipan las hogueras que por todo el horizonte dejaste en tu camino, están arreglando su tocado otros séres que temiendo ser eclipsados por tu pompa régia, no se han atrevido á verificar su aparición para esculpir el firmamento de brillantes.

Ya aparece Venus por el Oriente radiante de brillo, acompañada de una turba de damas bellas resplandecientes de pedrería, animadas de un centelleo juguetón, y cuyos rayos reflejados en las aguas se convierten en finísimos hilos argentados sobre el fondo de una canastilla azul... Parecen á los niños de la escuela que aprovechando las horas de recreo concedidas por el maestro, salen á correr y saltar alegremente por el patio infinito de la bóveda celeste... Observo que hacen un juego parecido al del reloj: pues aquella, dejando en pos de sí una cinta de plata, huye de su sitio perseguida con velocidad pasmosa por otra; y otra tercera viene á ocupar el sitio de la que huye; y todas corren y se mueven, parece una batalla en la que se emplean proyectiles diamantinos... Pero allá, aparece una cara de vieja que trae por toca un foco portentoso de luz: es la luna, la luz voltáica nocturna que viene á cuidar esa multitud de brillantes que deslumbran con sus azulados reflejos: es la vieja guardiana que viene á presenciar la batalla de las flores celestes, en la que cruzan ramilletes de zafiros blancos, arrojados desde el Carro de Santiago al palenque azul de los cielos... ¡Batalla constante é invariable, en la que los campeones son siempre los mismos!... ¡Hoy como ayer y ayer como mañana! ¡Siempre os rige la misma ley!... Sujetas hasta la destrucción del mundo á los mandatos imperativos é inmutables de vuestro soberano, ni siquiera esa luz opaca unas veces, viva otras, es vuestra, sinó que os la prestan con, animados reflejos: esas carreras veloces con que cruzais el

espacio, os son impuestas por una fuerza que os domina, os atrae, imprimiéndos un movimiento que no teneis... ¡Desgraciadas damas del palacio planetario!... ¡No teneis vida, ni luz, ni calor, ni movimiento!... (*) Os le dan como á un farol colocado en una esquina para que ilumine con su empañada luz las sombras de la noche. Este ha sido, es y será vuestro destino. Pero vuestra hermosura suple la pobreza de vuestra acción: sois las antorchas divinas que guiais al viajero perdido en el desierto, y no hay navegante que deje de observaros con suma atención, para deducir de vuestra posición la suya en el mar tenebroso. Y cuando los embates furiosos de las aguas frenéticamente arboladas, quieren sepultar el buque en el abismo infernal, basta distinguíros confusamente á través de los rasgones de una montaña nebulosa, para que el marino crea conjurado el peligro y lleveis el bálsamo del consuelo á su alma azorada y sin aliento. No han podido daros oficio más noble. Alentais con vuestra presencia el corazón del navegante perdido en alta mar apareciendo como tabla de salvación en sus frecuentes y repetidos peligros y como antorchas de la noche sois faros de segura derrota guiando con límpidos destellos por entre los escabrosos bancos de la obscuridad.....

.....
He entregado la guardia, y al pié de la escala me encuentro con dos *dandys* trasnochadores que, con mucha parsimonia y diplomacia, me han asediado á preguntas.

Poco á poco he ido desentendiéndome de sus impertinencias, y al despedirme de ellos, avistóse un islote solitario á larga distancia.

—¿Qué es aquéll?—me pregunta uno.

—Pulo Jarra. Comunmente se conoce con el nombre de La Coliflor, porque su forma no se difiere en nada de la de esta planta; además de ser tan pequeña, que difícilmente tendrían cabida en su extensión veinte personas.

(*) Olvido las leyes astronómicas; pues las estrellas tienen luz y movimiento propios; siendo estos astros otros tantos soles semejantes al nuestro, y muy verosímil que cada uno de ellos sea centro de un sistema planetario.

—¡Qué poético—ha dicho el otro importuno—quedarse en esa islita á lo Robinson! Y diga V.—continuó—¿Qué nos pasaría si diésemos una embestida á La Coliflor?

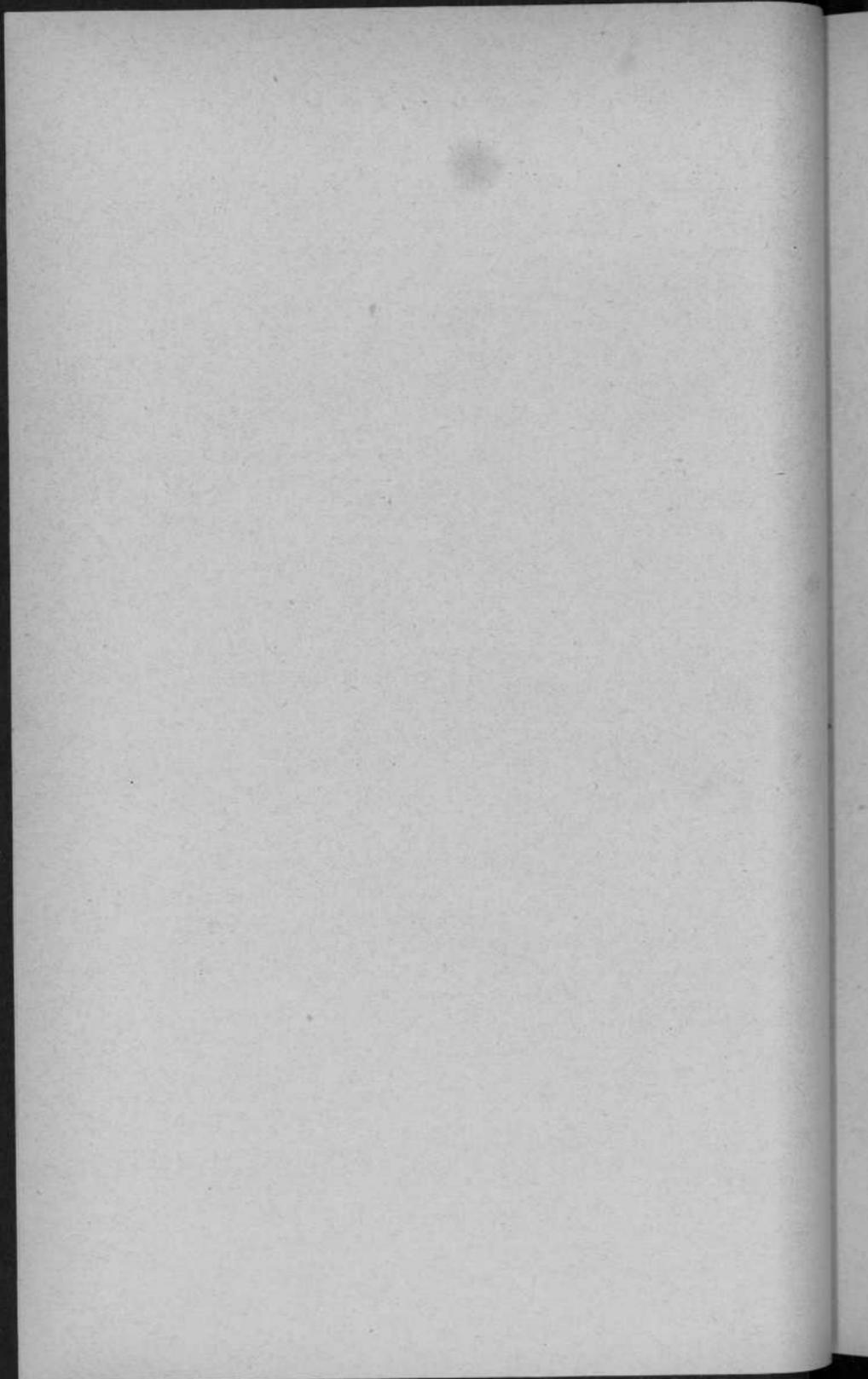
—Pues que se rompería V. el cráneo.

—¿Nosotros?—replicó—Nosotros no: si acaso el barco.

Con esta contestación de *pié de banco*, ha dado fin la sesión. Les he mirado de un modo muy significativo, he tenido la fuerza de voluntad de estrechar su mano á ver si por el simple contacto de la epidermis se les ha inoculado algo de sentido común, y me retiro á descansar...

En el Océano Indico.

—



Día 11

He abandonado el lecho á las cuatro de la mañana, y afortunadamente me felicito de esta madrugada. Así presencié la aparición de la parte más bella del mundo, coronada con la diadema que le presta la aurora de la mañana.

¡Colombo!... La perla del Asia, según le llaman algunos escritores: sitio donde debió estar el paraíso terrenal, según otros; población de flores y de alegría.

Una muralla de árboles corpulentos con frondosas ramas desgajadas por el peso de abundantes y sabrosos frutos, constituye la defensa de la más bella porción de la India. Canelos gigantes parecen servir de trono á las nubes, cuyas hojas impregnadas de rocío brillan al herirles los primeros rayos de un sol matutinal, con reflejos más vivos que los espejos de Arquímedes...

¡Colombo!, donde se encuentra la temperatura dulce y templada del Yemen; los metales preciosos del Catay; los frutos del Hegiar; la fertilidad y belleza de la Siria; la abundancia en aromas y flores;... donde cada roca nacida á orilla de sus costas, presenta el aspecto de una perla encerrada en un anillo verdoso que le defiende de los bravos ataques de las olas;... donde las plantas marinas salvan una profundidad de cien brazas, y aparece su copa flotando en la superficie, teniendo su pié en el abismo y mostrando la faz risueña del fruto

á la acción benévola del sol indio... ¡No puede darse vegetación más exhuberantel...

Atraído por los aromas que procedentes de la población embalsaman el puerto, salto á tierra después de amarrado el buque á la boya, y abandono el mercado malayo establecido en cubierta. En diez minutos he llegado al muelle, y me interno en la ciudad por entre calles de palmeras y cocoteros. Toda la población europea, bastante numerosa, puede decirse constituye un *boulevard* delicioso y de una extensión considerable. Las calles, formadas por verjas que encierran lindos jardines donde se exhiben todas las flores conocidas, se hallan perfectamente delineadas y aromatizadas por perfumes que la naturaleza, en exceso pródiga, no ha reparado en derramar sobre su suelo; sombreadas por árboles extraños de los que penden delicados *mangostanes*, y cubiertas por un tejado de ramas enlazadas á manera de arcos de follage, á través de las cuales se divisa el cielo límpido y sereno de la isla de Ceylan. Para ver las elegantes construcciones que bordan el suelo colombino, es preciso que la vista atraviese una pared de verdura, escudriñando con ávida mirada, para distinguir lo blanco de algún esbelto *chalet* escondido entre frondosas palmas y cubriendo sus paredes los colores verde y amarillo de los plátanos. Alguna vez aparece por una ventana, cuyo marco le forma un rosal de fino y delicado color, la cabeza rubia de una inglesa con su cara displicente, ó la cobriza de una malaya, indignas, á mí entender, de recibir los aromas y favores de los jardines que tienen la dicha de habitar; porque la una no siente ni padece; con esa frialdad de espíritu, nota característica por naturaleza de su raza, se encuentra indiferente ante tal portento de belleza, y ni siquiera se ocupa en refrescar el cáliz de sus flores cuando alguna nube, desatendiendo los ruegos de sus macilentos pétalos, pasa de largo tan altiva como orgullosa sin dignarse depositar en su seno una gota de agua; la otra, la malaya, habiendo nacido entre ellas, y toda la vida respirando sus perfumes, es natural que le pase lo que al confitero: aborrecer el dulce. «Siempre dá Dios nueces al que no tiene muelas.»

Andando por entre calles, que por las verjas he podido comprender están llenas de lindísimos hoteles, he ido á parar á una especie de callejón sin salida. Delante de mí se extendía un bosque á la vista sin límites, donde se confundían en armonioso abrazo, árboles gigantescos guardando bajo áspera corteza maderas codiciadas y valiosas, como ébano, sándalo, canela sin rival en el mundo, *mangas* cuyo fruto amarillento excitan el apetito, y plantas herbáceas que crecen en competencia con la esbelta palmera. Flores campestres más hermosas que las cultivadas por la diligente mano del jardinero, se agrupan en derredor del tronco de un naranjo colosal, y cobijadas bajo una cubierta de follaje, despiertan al aparecer en el Oriente la resplandeciente faz del sol; reciben sus tiernas caricias á través de las hojas que las cubren, se mueven y le buscan, abren el seno húmedo del rocío á sus rayos vivificadores, se embriagan de su hálito penetrante, le siguen durante el día en su carrera, y no se cierran por fin hasta la tarde á la hora en que desapareciendo el astro les priva de su presencia y de sus dones.

Penetré un poco por el interior del bosque siempre con la yerba al nivel de los ojos, no dejando de sobrecojerme grandes círculos formados al ser hollada la yerba, como si fuera la cama recientemente abandonada de algún reptil inmenso, y proporcionándome idéntica impresión los árboles descarnados, efecto sin duda de los brutales dientes de algún tigre.

Yo, con mucho, pero muchísimo miedo, iba avanzando lentamente, teniendo que abrirme paso con las manos como si apartara el agua para nadar. Cada ruido producido por mis pasos, me hacía abrir desmesuradamente los ojos y volver atrás la cabeza, creyendo ver de un momento á otro la real melena de un león y que nos íbamos á divertir; es decir, él.

Atraído por tanta grandeza, no quería retroceder sin llevarme algún recuerdo de mi expuesta excursión, hasta que por fin me encuentro en una explanada cubierta de ligero césped, elevándose en el centro un grandísimo canelo. Corté unas cuantas varitas, y pareciéndome aquel escampado una

sala donde tenían sus juntas las fieras del bosque, *viré* de pronto, si acaso tenían la *feliz* ocurrencia de constituirse en sesión y hacíanme actuar de secretario.

Creía encontrarme á unas dos leguas en el interior, y al regresar por el camino dejado expedito anteriormente, he tenido el desencanto, para mi muy satisfactorio, de hallarme libre de trabas á la hora, en el sitio por donde había entrado.

Después de sacudidas las yerbas que traía encima, y arreglado á ciegas mi ropa, menos un siete elevado al cubo, *rasgado* trofeo producido en parte vistosa del pantalón, llego otra vez á la ciudad con el haz de leña á la espalda, llamando la atención de los pasajeros que, como yo, curioseaban admirando este país privilegiado. Como es natural, me detienen para preguntarme: «¿Qué lleva V.?» Canela, les contesto. Y allá marchan una veintena de ellos, creyendo encontrarlo en seguida. ¡Buen viaje llevan! Por supuesto, que se fueron tan decididos, porque no quise desprenderme de algunas varitas, que me pidieron con el mayor descaro del mundo. Así que hallándome tan *atento* y *complaciente*, no tuvieron otro remedio que buscarlas por su cuenta. Afortunadamente, hallo un marinero que dirigíase á bordo y le entrego mi carga de canela.

No he podido menos de complacerme al recibir los rayos del sol, porque la humedad del bosque me había resfriado bastante; su césped era tan húmedo y su vegetación tan abundante, que jamás el sol ha debido penetrar en su suelo.

Me perdí en una calle limpia de todo edificio, pero admirando á mi derecha una llanura tan extensa y azulada que me pareció el mar, fijo mi atención, y observo que aquel mar, ó no es de agua, ó las personas que andan de un lado para otro tienen la propiedad de ser insumergibles. Quiero convencerme por mi mismo, y allá dirijo mis pasos ya vacilantes por el cansancio. Llego al lugar objeto de mi curiosa visita, y me encuentro con un inglés capitaneando una cuadrilla de obreros malayos. «¿*You Spánich?*», exclama al verme llegar á él. «*Yes*», le contesto. Y él en mal español y yo en peor inglés, logramos entendernos, satisfaciendo ampliamente el

deseo encerrado en mis preguntas, que él tenía que descifrar con su *calma*, haciendo yo lo mismo con sus respuestas.

Resultado de la conferencia fué, que lo que tanto había llamado mi atención, no era otra cosa que una dilatada llanura donde se cultiva una planta tamaño del lino español, y que produce una flor del mismo color que la de la susodicha planta española; flor que se llama *azul yndigo*, y que constituye una de las riquezas de la India, que lo exporta únicamente á Inglaterra, con lo que fabrican ese tinte azul que tienen los codiciados paños ingleses, haciéndoles superiores á los de toda otra nación.

Despedido atentamente por el agricultor británico, comienzo mi regreso á bordo completamente rendido, después de haber andado por los terrenos de Colombo, de seis de la mañana á seis de la tarde.

Todavía he llegado á tiempo de presenciar el mercado malayo, y los tipos mujeriles de los mercaderes más notables. Usan estos, una falda de toda clase de colores sumamente ajustada; mejor dicho, es un pedazo de tela de la misma forma que se la dan en el comercio ó como ellos le fabrican, arrollada desde la cintura hasta los pies, llevando debajo un pantalón blanco, ó mejor aún, un calzoncillo cortada la pierna por la mitad; una chaqueta muy fina á la europea, y por cierto que las codician, pues por americanas viejas que les dan los viajeros, pagan en objetos del país de ningún valor, pero curiosos. El pelo, de un negro incomparable, peinado con esmero y en demasía perfumado, lo recojen á la nuca en forma de moño, ó todo echado atrás, sujeto por una peineta semicircular, de carey, que ocupa media cabeza. Muchos, usan pendientes, y por lo que son idólatras, es por llevar los dedos cubiertos de anillos, algunos de los cuales, ostentan piedras de valor inapreciable formando combinaciones churriguerescas. Llevan su sedosa barba de un negro azulado, bastante larga y cuidada con esmero; son listos en exceso, y ladrones como ellos solos; capaces son de robar á uno la peluca, sin quitarle el sombrero de la cabeza; llegando al colmo de la admiración en su juegos malabares. No hay en el mundo quien les iguale

en destreza y agilidad. Entre otras muchas cosas, he visto á un malayo formar en cubierta un montón de arena,—arena que se le proporcionó á bordo de la empleada para limpiar la cubierta, y una jarra de agua.—Pues bien: en el centro de este montón, plantó una hojita de palma de un tamaño diminuto, que cubrió con el pañuelo de un pasajero. Comenzó después á regar la planta cada medio minuto, y veíamos crecer la hoja de un modo maravilloso. Un poco más de riego, y al cuarto de hora aparece una palma de una vara, que regaló al capitán. Y todos estábamos á un paso de él, y lo hizo en pleno día, sin la protección de la distancia y oscuridad de un escenario; sin aparatos, sentado en el suelo, sin que nadie viésemos absolutamente nada.

Hay otros que tienen el *gusto* de aletargar reptiles bastante grandes; se le rodean al cuello como si fuera un collar de perlas, y le duermen, despiertan, le vuelven á dormir con extraña y rara música originaria de una caña de sonido melancólico y lastimero, y, finalmente, se le guardan en un bolsillo *ad hoc* como si fuera un dulce. Otros, ofrecen al pasajero infinidad de piedras,—que ellos llaman *preciosas*—juntamente con objetos de ébano, sándalo, carey, y ricas telas de la India, por lo que llegan á pedir un capital; por eso hay que estar á la expectativa, y tener especial cuidado de no ofrecer más de la cuarta parte del valor que con descaro inaudito piden.

Además de esta *pillertia*, que yo llamo clase media, existe la clase baja, que todo su comercio consiste en frutas exquisitas adquiridas sin ningún género de trabajo. Estos, no cuidan ni perfuman su pelo, y la cabeza por completo pelada, cúbrenla con un gorro de la forma de un dedal, hecho de paja que tiñen con todos los colores conocidos, y también de hule, hoja de lata, ó la cáscara de medio coco colocada en el cogote. Estos *plebeyos* indios viven en el bosque, muchos en casas aéreas construidas de un árbol á otro, y sin más propiedad que una lancha hecha de una pieza de un tronco disforme. He notado la falta de mujeres, debido sin duda á la falta de consideración que con el sexo débil guardan, tanto en Ceylan como en toda la India.

No he podido ver más de este paraíso, pero he sentido y tocado con entusiasmo los efectos de sus plantas y aspirado el perfume de sus flores. El faro y luces del puerto, iluminando el mar y los bosques, han hecho recoger precipitadamente su tienda á los malayos, y á nosotros largar las amarras para alejarnos de Colombo y sus fértiles costas.

Todos los pasajeros han regresado, con seguridad condolidos de abandonar la tierra, pero no habrán podido resistir el mágico cuan brusco llamamiento del pito del buque iluminado por el potente faro.

Tenemos el ancla á bordo y continuamos nuestro viaje. Al dar la última pitada, parecía repercutir su ronco sonido en las entrañas del bosque, formando acorde armonía con los rugidos de las fieras entregadas á un reposo tan feroz como intranquilo.

¡Adiós...hermosa perla del Asia!...¡Volveré á verte? No sé. Pero siento abandonar tu campiña, envidiando el encanto y fertilidad de tu suelo como á tus insensibles habitantes.

A la vista de Punta de Gales.

que el agua en los rios y lagos
 cubren la mayor parte del territorio
 de esta zona, y solo en las montañas
 altas y en las partes elevadas de
 las llanuras se encuentran algunos
 rios y lagos que sirven para el riego.
 En las montañas altas se encuentran
 algunos rios que sirven para el riego
 de las partes bajas de las montañas.
 En las llanuras elevadas se encuentran
 algunos rios que sirven para el riego
 de las partes bajas de las llanuras.

En las partes bajas de las montañas
 y en las partes bajas de las llanuras
 se encuentran algunos rios que sirven
 para el riego de las partes altas
 de las montañas y de las partes
 altas de las llanuras. En las partes
 altas de las montañas y en las partes
 altas de las llanuras se encuentran
 algunos rios que sirven para el riego
 de las partes bajas de las montañas
 y de las partes bajas de las llanuras.
 En las partes bajas de las montañas
 y en las partes bajas de las llanuras
 se encuentran algunos rios que sirven
 para el riego de las partes altas
 de las montañas y de las partes
 altas de las llanuras.

1. A. H. S. P. 2. 1. 1.

Día 17

Al amanecer, he creído navegar por entre murallas de maleza. Los palos del *San Ignacio* casi enlazaban con las ramas que en forma de abanico se balancean fuera de los pequeños montes que constituyen el Estrecho de Singapore. ¡Qué pintoresco!... Navegar por entre árboles llenos de sávia, en la plenitud de su vida y plagados de florecitas, como quien regresa en landó de una excursión campestre... Navegar, no por entre casas que los chinos sobre cuatro gruesas cañas edifican á la entrada del puerto, pero sí tan próximo á ellas, que una flecha de papel lanzada desde la borda podría clavarse en su tejado, aunque de caña, impenetrable al agua y al viento... ¡Qué cuadro más delicioso!...

Hemos ido surcando á un cuarto de máquina las dormidas aguas del bonito Estrecho, y á las ocho quedó el *San Ignacio* sujeto al muelle por fuertes y bien tesadas *estachas*. Me ha parecido la población, más que una ciudad enclavada en China, una ciudad europea. ¡Qué comercio, qué movimiento, qué almacenes, que mercado chino, y sobre todo, qué cosmopolitismo! No acierto á coordinar todo lo que han visto mis ojos. A la imaginación se agolpa todo formando una masa común de ideas, siéndome imposible desenredarlas para un estudio minucioso. Declaro mi ineptitud, y sirviéndome acaso

de fundamento una imitación, empiezo por transcribir del Sr. Galiano, parte de su descripción al hablar de Singapore.

Dice este eruditísimo escritor: «Que Singapore significa ciudad de los leones, aunque nunca los hubo. Se hablan allí tantas lenguas, que se creyó había al pié de la Torre de Babel.» Habla de su idioma, y dice que no les entran las *erres*. Y continúa: «El budhismo ha conquistado 500 millones de sectarios y al que los primeros misioneros del Tibet llamaban el cristianismo del diablo, creyendo que Satanás había falsificado la religión de Cristo, para perder al género humano. En esta población faltan las mujeres, porque los chinos son cocineras, los paris modistos y los khing lavanderas. Cuando se vé una china por la calle, más masculina por el traje y por la cara que los mismos chinos, ó una malaya con andar de reina, ó una selika escultural, se toma nota y se siente el regocijo del hallazgo. Los chinos, escriben á renglón seguido, que según los abanicos y maqueados nos figuramos como una especie de *clowns* con campanillas, con colorines de papagayos, cabezas cónicas terminadas en cola y caras triangulares, engañables como chinos y tratables á puntapiés, sin Césares, Alejandro y Napoleones, con pocos ruidos y muchas nueces, han sabido apoderarse poco á poco de la mayor y mejor parte del universo. Son cosmopolitas y en cualquier parte y de cualquiera manera. Tienen diez y ocho provincias como diez y ocho Inglaterra, y cinco regiones cada una como un continente. Cuando nació el antiquísimo Egipto, China era ya vieja. Murieron los imperios asiáticos, Roma y Grecia, y China vive fuerte como en los primitivos tiempos de Chun y de Sao. Son más supersticiosos que creyentes. Hablan lo mismo que Confucio 500 años antes de Jesucristo, y su lengua está viva y son lenguas muertas muchas de las que se formaron después.»

Me propuse que este párrafo sirviérame de punto de partida, y creo que ya voy uniformando y desenvolviendo mis ideas. En primer lugar, han desfilado ante mi vista ejemplares individuales de todo el mundo. El estirado y flemático inglés con el desaliñado é iracundo chino; la agudeza del malayo con

el salvajismo del Indostán; la falsedad del indio con la nobleza española; los grandes bigotes rusos con las patillas mejicanas; la fealdad portuguesa con la belleza oriental; el árabe y el judío; el alemán brusco y el galante francés; la sensual italiana y la frialdad neoyorkina; en fin, preciso sería enumerar las naciones todas del globo, pues pocas dejarán de tener una representación más ó menos granada en este lugar del Celeste Imperio. Aquí halláanse reunidas parejas de todos los países, predominando, como es natural, los hijos del sol. Estos son los encargados de aprovisionar de carbón los barcos, con su eterno trotillo y palanca de la que suspenden un canasto capaz de contener 70 ú 80 libras, y entre dos lo conducen á bordo. Debe ser en ellos máxima que no infringen, el respeto á los viejos; porque al frente de esta cuerda de carne humana, se hallaba un viejo que sin compasión invitábales á trabajar con solemnes correazos y sendos palos. Les pega, llénales de apóstrofes y se callan. Esclavos verdaderamente del trabajo, no osan emplear su actividad en los oficios más bajos y denigrantes, hasta convertirse en burros de tiro, cuyo *cargo* desempeñan por las calles de la población, confundidos con los carruajes que constantemente cruzan por el centro y afueras de la ciudad. Deseando saber que efecto produciría en mi ánimo el ser trasportado desde el muelle al interior de la población por la fuerza de una bestia humana, subí á un cochecito muy *decente y caprichoso*; un cajón con dos ruedas de un metro de diámetro, una capota de hule embreado y capaz y única exclusivamente para dos personas. Un forzudo chino se metió en *varas*, y después de entregarme un látigo flexible y bastante fuerte, comenzó *aparejarse* su collera, tirantes, cincha y todos los arreos que en tales casos necesita un *macho*. Yo sabía que impunemente podía hacer uso del látigo, y por medio de sus *vivos mandatos* obligar al *chino-mula* á ponerse al paso, al trote ó media rienda, pero me repugnaba que un ser con alma, inteligencia y una voluntad *á toda prueba*, fuese maltratado por un semejante como un miserable *rocin*. Compadecido de él, dejé escapar el látigo de mi mano evitando así una mala tentación, y dejarle en libertad de

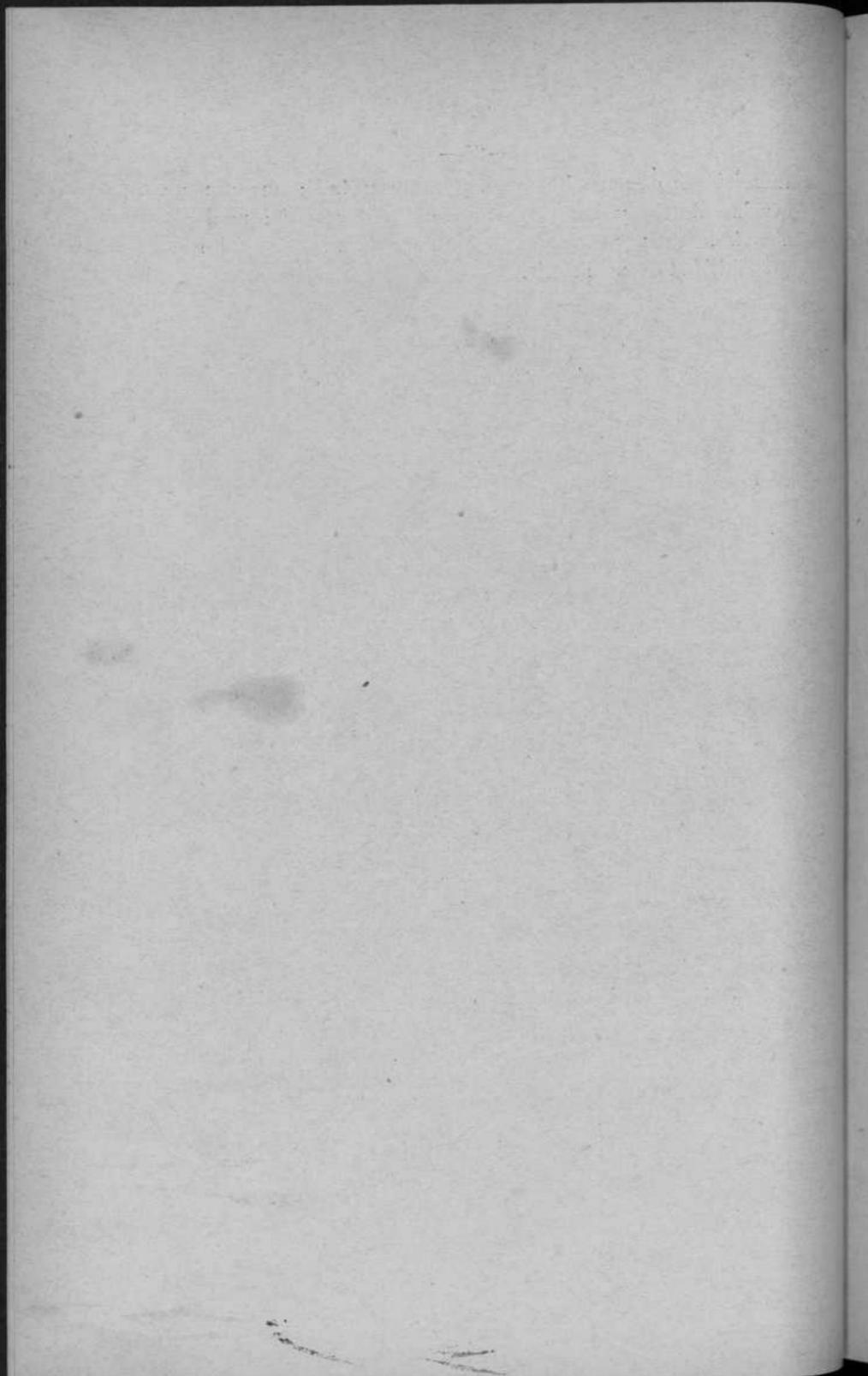
correr ó pararse. Peco acostumbrados deben estar á ser tratados con cariño, porque ha vuelto varias veces la cabeza, como admirado de que haya una persona que no se ha complacido en formar en su espalda un *consistorio*. Por eso, sin duda, al terminar el recorrido y pagarle con exceso su trabajo, me miró con ojos de agradecimiento, y pude entenderle en mal español: —¿Me *quelo* *siño*?— Contesté negativamente por la impresión desagradable que me produjo la bajeza y oficio miserable que desempeñan para lograr el sustento diario del arroz que comen con sus imprescindibles palitos, y alimentar el vicio del cigarro, compuesto de tabaco turco y gran cantidad de ópio. Comprendo que es la raza peor del globo; vengativos aunque para la venganza tengan que esperar años para realizarla; desleales, no abrigan idea buena; pero ¿qué razón hay, prescindiendo de la maldad de sus acciones, para escarnecerles, pisotearlos y no hablarles en otro lenguaje que el de la vara? Es que todos tendemos generalmente al abuso de la superioridad bien sea de la fuerza, de la ilustración, del mando ó del dinero. Por eso se desconsidera á estos seres, que si no desprovistos de inteligencia, le sumen en el embrutecimiento olvidando su personalidad, rebajando su ser y empleando en el trabajo medios tan *animales*, que ellos mismos son causa de que se les trate como aparecen y no como deberían ser.

También estoy convencido que estos chinos que yo tenía por modelo de sencillez é infelicidad, saben, como vulgarmente se dice, dónde les aprieta el zapato, aunque no lo usan; pues su sistema en la venta, es vender mucho más barato á los españoles que van á Filipinas que á los españoles que vuelven, todas sus *chuchertas*, modelos acabados de perfección y sobre todo de paciencia.

En fin, ahí os dejo habitantes del cielo ó celícolas, ó como os llameis, que empiezo á impresionarme con mi proximidad al archipiélago filipino, y la imaginación se aparta de vuestro suelo sin que sea capaz de inducirla á que represente el aspecto topográfico, quizá también porque está muy reciente el recuerdo de Colombo, al que no llega vuestra ciudad, más co-

mercial pero menos hermosa. ¿Descansaré!, sí; que aún me quedan dulces y amargas emociones que resistir; unas con alegría infantil, y otras con la entereza de un héroe é imperturbabilidad de un mártir.

En el Mar de la China.



Día 23

He llegado á Manila después de 32 días de navegación. ¡Qué tranquilidad reina en todo el buque!... A los pasajeros les ha faltado tiempo para abandonarnos, abandono de que los tripulantes nos felicitamos, libres de sus constantes asedios é impertinencias. Desapareció la cansada etiqueta de las buenas formas y atenciones, así cómo la estricta observancia del reglamento, que no permite tomar un caldo fuera del comedor subcubierto y caldeado, para establecer nuestra mesa en cubierta, protegida por dobles toldos, que le defienden de los constantes rayos filipinos. Hoy hemos hecho nuestra comida en medio de la mayor fraternidad y compañerismo; sin testigos de vista y sin tener que hacer á nadie la consecuyente pregunta: «¿Se marea V.? ¿Cómo se encuentra su señora?» En una palabra; estamos con tanta satisfacción como el niño cuando le quitan la ropa de paseo, permitiéndole que se tire al suelo. ¡Pero me asalta un recuerdo que en toda la travesía se me ha ocurrido!... Me disculpo, porque las emociones fuertes y repetidas borran hasta el recuerdo de la familia. No me acordaba, que á tres días por mar de la capital filipina tengo un tío á quien no conozco... No sabe que estoy embarcado, porque no tuve tiempo de comunicárselo... Lo mejor será escribirle dándole cuenta de mi feliz arribo, y seguro como estoy de su cariño, no demorará el viaje; teniendo el placer

inmenso de abrazar á mi segundo padre... ¡Qué alegría, recibir las caricias de un sér de la familia á 2.584 leguas de la madre patria!... ¿Me engañará el corazón ante presentimiento tan halagüeño?... En fin; le escribiré una carta cariñosísima, esperando con avidez sus resultados... Todavía me restan quince días de fondo en esta bahía, que se frien hasta los mosquitos, á los cuales place chupar la sangre pura y llena de vida de los españoles recién llegados. En este tiempo, puede muy bien salvarse la distancia que existe desde Manila á Iloilo, suponiendo que la carta emplee el doble de lo que realmente debía emplear... Sí; me pondré en el peor caso, porque, según tengo entendido, los correos por el interior del archipiélago andan de cualquier manera, resultando un abandono absoluto en parte tan interesante y necesaria como son los medios de comunicación. Así no me extraña que zarpe de estas aguas sin tener noticias tuyas, y viceversa... Mientras tanto, aunque mi plan venga al suelo como una casa de naipes, me entregaré al dulce lenitivo que producen en el corazón las palabras «confiar y esperar», y cuando se desvanezcan por la fuerza imperiosa de los hechos, entonces cederé convencido de mi desgracia. Pero aún puedo tener esperanza durante muchos meses, años tal vez; porque si la vida no me falta, todavía veré cómo el ancla del *San Ignacio* llena sus uñas de fango, afanosa por retener la quilla que ha de hender, segunda, tercera ó cuarta vez, las aguas de la bahía más grande que existe en los mares todos del universo.

En la bahía de Manila.

Día 5 de Septiembre

El buque va alijando la mayor parte del cargamento, pero yo no desalojo el peso de la pena que embarga mi corazón, cuando pienso que han transcurrido doce días desde mi carta y no he tenido contestación ni visita... ¿Levaré anclas sin recibir en mis brazos y estrechar contra mi pecho al sér que tan extenso lugar ocupa con su cariño en mi alma agradecida?... No sé si será obsesión de mi confianza ilimitada, pero aún espero verle en los cuatro días que permaneceré fondeado en estas aguas, vivienda de numerosa prole de tiburones... ¿Por qué desesperar si me quedan noventa y seis horas de risueñas ilusiones en que puede mi alma ahogar sus pesares en la fuente consoladora de la esperanza, embriagándose con el néctar que exhala el «ya vendrá»?... No; sería necesario que yo fuese una excepción de la humanidad para que antes de acabar el término esperado para la realización ó desaparición de un deseo, me abandonara al dolor de ver frustradas mis tentativas. La esperanza es ley universal de la naturaleza humana, y conceptuándome dentro de esa ley, espero y esperaré hasta el fin.

He saltado á tierra pasando un calor insoportable. Apenas puse la planta en las calles sucias y llenas de inmundicia de la capital, creí que llegaba á presenciar el incendio de toda ella; pues no veía por todos los sitios más que indios y mestizos

con la camisa fuera, pantalón blanco y descalzos, enteramente lo mismo que si sus casas estuvieran siendo pasto de las llamas, y sorprendidos en la cama, le abandonarían buscando refugio en la calle. Este es el traje clásico, inalterable y perpetuo de los naturales, sencillo por demás, y que á través de su camisa de nipsis, se distingue el color aceitunado de su pecho y espalda. No ha dejado de excitarme la risa como una novedad para mí cuando he visto este traje no sé si á la *négligé* ó *fin du siècle*, contrastando de un modo carnalesco con negro sombrero hongo de paja ó corcho. Pero me han llamado más la atención las mujeres, con la espalda, parte del pecho y hombros al descubierto; una falda ceñida cuyo vuelo recojen por delante á la cintura, y unas babuchas de paja en que no caben materialmente más que los dedos, llevando toda la suela arrastrando. Al exterior llevan también uno ó dos escapularios, un rosario, crucifijos, etc., etc., y al mostrar estos atributos de la religión, que los frailes con mucho trabajo han conseguido imbuirles, van al mismo tiempo fumando un gran tabaco de su fabricación y cosecha, y echando por la boca, no humo, sinó... sapos y culebras. Esto no lo hacen todas, pero sí muchas, la generalidad.

Además de gastarme unos cuantos pesos, mejicanos, he estado á punto de romperme un brazo ó una pierna en los *deliciosos* coches que manejan los indios. Los *quiles*, *carromatas* ó *calesas*, como ellos les llaman, son una *bendición...* del diablo. Cuando iba en uno de estos carruajes, algunos del tiempo de Magallanes, miraba constantemente al suelo escogiendo el sitio más apropósito para una caída. En un trayecto de unos cien metros, ha descendido del pescante la figura del auriga otras tantas veces para recoger los ramalillos, enganchar los tirantes, colocar las riendas, y hasta con un canto apretar la herradura al caballo ó encajar los radios de la rueda que poco le faltaba para escapar del eje. ¡Y pagar cinco reales fuertes cada hora por tener el *valor* de usar estos cajones de la arrendataria con ruedas!... Lo peor es que no hay otro remedio. No puede darse un paso por este Manila sin hacer el sacrificio de meterse en uno de estos coches-juguetes.

De coche en coche he pasado la mayor parte de los días que me ha durado la observación del aspecto que presenta este segundo Venecia abandonado. ¡Qué descuido!... Nada falta en la población para convertirle en otro Venecia, sustituyendo las cloacas infecciosas y ríos hediondos que cruzan la ciudad, por canales limpios y saludables jardines que perfumen este ambiente cargado de... *electricidad micróbica*. La naturaleza espera, en vano por desgracia, que llegue un día en que se reunan y repartan los beneficios pródigamente depositados en la capital filipina. Mas la naturaleza se afana en amontonar sus delicias, y los encargados de aprovechar su esplendidez, se afanan por no hacer caso de los primores con que constantemente les brinda y pone de manifiesto. Calles, ó mejor dicho, callejuelas hay en que no pueden los transeúntes aproximarse á los edificios, sopena de exponerse á que los escrementos de los vecinos le *rebajen* el sombrero. Y esto, hecho sin intención; porque los *cientos* sobresalen de la casa como un balcón ó mirador, teniendo su desagüe perpendicular á la calle; encargándose de la limpieza de callejuelas tan *perfumadas* los chinos, no los del celeste imperio, sinó los terrenales. Por eso existe cierta prevención á comer tocino en Manila; yo estaba noticioso anteriormente de tal alimento en los *productores* del jamón, y ni por favor ha entrado un átomo en mi estómago. Así que me nutro de *mangas*, fruta la más sabrosa que se conoce, y que tan exquisita no se cría en lugar alguno del globo; pues entre ésta y el *mango* de Cuba hay notable diferencia; lo mismo que de la de Colombo.

Manila es precioso; con poco trabajo se le transformaría en un paraíso; pero me ha parecido un lirio nacido en el fondo de un estercolero.

En mis excursiones, he adquirido muchas y curiosas noticias. Los indios son capaces de aprender todos los oficios conocidos y no ejercer ninguno. Con el mismo cuchillo que llaman *bolo*, hacen labores finísimas en madera, lo mismo que el plato más delicado de cocina; y con el mismo reducen á astillas el árbol más corpulento. Aprenden en quince días el oficio de sastre, y al poco tiempo se les ve en una zapatería,

de donde salen para dedicarse á lavaderos ó planchadores, lo que verifican con una perfección mayor que la doncella más instruida. Se cansan de todos estos oficios, y se dedican á carpinteros, ó guiar una carreta tirada por *carabaos*, é igualmente se convierten en hábiles bordadores, que afamados cocineros, pero muy sucios, porque como sucios... ni que lo hubieran ganado en concurso. De suerte, que el que la tiene, de cojer un criado de éstos, puede hacerse el cargo que tiene en su casa una enciclopedia de artes y oficios; pues lo mismo le compone el carruaje que le dá una pasada al pantalón, ó le presenta unos macarrones á la italiana. Pero no todo es santidad y destreza. Son muchos los defectos que encierran en medio de su asombrosa habilidad. No puede dejárseles al alcance de su mano ni un céntimo ú objeto alguno de valor. En su furibunda pasión por las peleas de gallos, no es raro se lleven al circo gallístico las botas del señorito, ó las enaguas de la señora á no hallar otra cosa, y lo apuesten contra dos ó tres pesos, siendo capaces de apostarse la mujer é hijos, contrariados por la suerte ó cegados por frecuentes pérdidas. Otro de sus vicios, del que no es posible arrancarles, es la baraja; contados serán los que salgan de su casa sin un *librito* en el bolsillo.

Aquí todo es ejercido por los hombres; las mujeres puede decirse no hacen absolutamente nada; excepción hecha del juego, al que también rinden culto en alto grado, y del abuso del tabaco. Tienen un orgullo tan marcado, que es lo primero que en ellas se descubre con solo fijarse en su andar perezoso y lento y el afán de componerse; como que á los *castilas* nos miran con desprecio. No he visto mujeres más feas, pero tampoco más pagadas de sí mismas. Su cara, no es cara, es... cualquier cosa; y el cuerpo, un palo con un baño de... *huevos podridos*.

La mayor parte del comercio se halla en manos de los chinos; parecen los *señores indispensables* del archipiélago. Puede asegurarse que el número de los hijos del sol, quizá sobrepuje al de españoles é indios. Vienen dispuestos á formar un capital, y en cuanto lo consiguen, á disfrutarle y hacerle

productivo á su tierra, en compañía de la familia, pues ni una china ha llegado jamás á sentar su planta en Filipinas. Hoy los capitales mayores que en Manila se conocen son de los pocos chinos que quedan. También los ingleses van metiendo la cabeza, como en todo los sitios donde haya un sólo sér viiente.

En los barrios bastante distantes de la ciudad, donde sólo habitan los indios, viven en función constante de *juegos artificiales*. Los incendios se suceden sin interrupción, pero quedando á veces barrios enteros reducidos á ceniza. Por tres días no he presenciado la quema de 4.200 casas. La cifra parecerá exorbitante, y yo también la creí excesiva, pero convencido por mí mismo y sabiendo las causas en virtud de las cuales estos incendios se producen, lo creo y me parece razonable. En primer lugar, atendida la materia empleada en su construcción, que es la *nipa* (caña) desde el cimiento al tejado, se explica perfecta y físicamente al mismo tiempo, la propagación rápida del voraz elemento. Incendiada una casa, ó mejor, una choza, como la caña conserva en su seno bastante cantidad de agua, y sus fibras se hallan impregnadas de jugo abundante, el fuego convierte este líquido en vapor, y la fuerza expansiva de este pugna por salir de la caña que le aprisiona entre nudo y nudo, hasta que logrando estallar, lanza las cañas ardiendo á regulares distancias, que como cohetes cruzan el espacio, y cayendo en los tejados contiguos, tenemos ya una, dos ó veinte casas despidiendo cohetes y cañas incendiarias. Teniendo en cuenta que tales viviendas están construidas entre árboles frondosos, y que como la máxima de los indios en la edificación es, sobre cuatro pies derechos de gruesa caña comenzar el primer y último piso, dejando entre éste y el suelo una altura en claro de dos ó tres metros, resulta, que la casa casi aérea, se eleva á tanta altura como la de los árboles, no pudiendo impedir éstos de este modo, que la caña cruce el aire con amplia y entera libertad; mientras que si la casa, choza ó perrera, estuviese no en contacto con la tierra para evitar la pronta destrucción del material por la humedad, pero sí á unos dos piés de elevación,

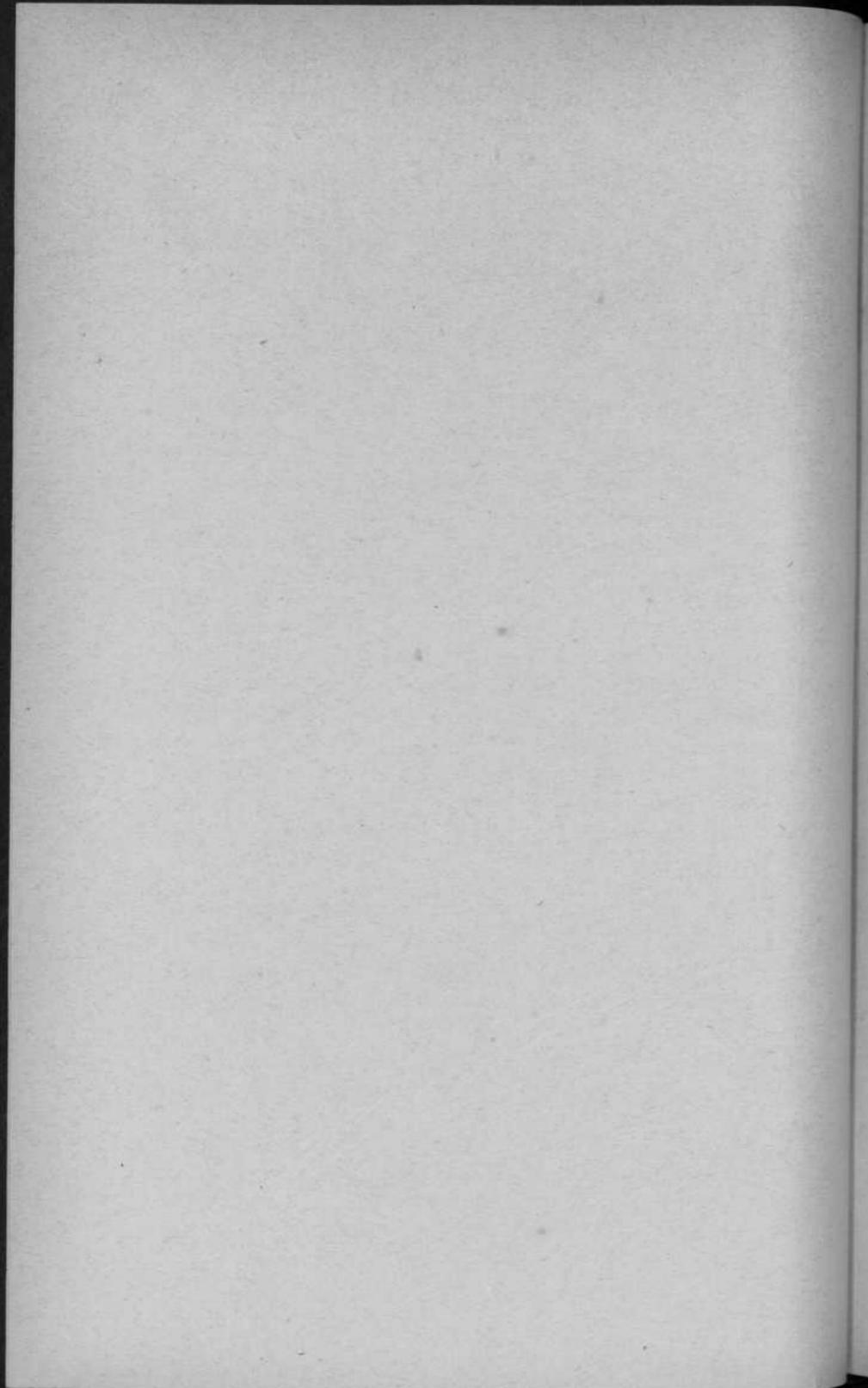
entonces las plantas del bosque servirían en muchos casos de escudo, y allí chocarían las cañas al comenzar su carrera de propaganda destructora. Esto por lo que respecta á la causa propagadora. Pero lo que más me ha sorprendido, lo que me ha hecho formar idea de la bajeza é intención depravada de los indios y su astucia dañina y ofensiva, ha sido la causa productora de los incendios. Muchos indios se dedican al comercio de la caña para construir viviendas en las afueras de la población, en pequeñas embarcaciones llamadas *cascos* y *lorchas*; que como para su obtención no tienen que aplicar más que la fuerza natural de su trabajo, constantemente se ven una veintena de embarcaciones amarradas al muelle del río esperando ocasión propicia para dar salida á su mercancía, acumulada por entonces en sus *lorchas*, sin alcanzar un resultado lucrativo. Para dar una solución pronta á esta paralización de su comercio, yo creía, como todo el mundo, que esperarían resignados las circunstancias favorables de una buena *demanda* para expender su caña. ¡Crédulo de mí!... No solamente no esperan, sinó que esa paciencia proverbial que poseen compatible con la de los chinos, se agota, y ellos se encargan de provocar la *oferta* y la *demanda* con poco trabajo y sin ninguna palabra, de la manera siguiente:

Cuando el río de Manila hállase materialmente obstruido por un número considerable de embarcaciones menores abarrotadas de caña, se oye con frecuencia exclamar á los conocedores del país y de la gente: «Pronto hay incendio». Y efectivamente, no tarda. Auxiliados por la sombra de la noche, salen uno ó dos de estos *comerciantes incendiarios* y pegan fuego á su misma choza ó á la que hallan más próxima á su mano criminal. Al momento, los *cohetes-cañas* vuelan, la propaganda es súbita, el incendio se hace general, y estos astutos traficantes se frotan las manos, porque al día siguiente van á llover pedidos sobre su almacenada mercancía. ¿Pero será posible, he preguntado varias veces, que estos indios, de aspecto tímido, que hablan con respeto y bajan la vista al mirarles cara á cara, abriguen en su pecho ideas tan malévolas, astucia tan refinada, y más todavía, nociva y peligrosa?...

Desgraciadamente, estoy por completo convencido de la evidencia. Personas muy competentes me lo han asegurado; así como también que los daños no son tan considerables como á primera vista se descubre. Casa habrá que no le haya costado al dueño más de un peso; y creo existirán muchas que el coste no ha excedido de dos pesetas. Y lo comprendo muy bien. Quince días hace se abrasaron 4.200 casas; he visto el lugar, mejor dicho, los lugares del siniestro, y ya están en pié casi más de la mitad. Esta rapidez en la construcción, es la que me ha hecho formar más claro concepto de la especialidad y *solidez* de tales *edificios*. ¡Cómo serán!...

El peligro tampoco es tan inminente; porque estas quemas son tan distantes de la población, que no es fácil se propague al interior. Pero si continúo atenuando de este modo los efectos de su obra, terminaré por hacer con ellos causa común con mi manera de pensar, y hasta dar la razón á los traficantes *cañeros*, que en cuanto ven limpio el fondo de su *casco*, largan la única vela también de caña, y después de poco tiempo, regresan con nuevo cargamento dispuestos á repetir su operación *mercantil-incendiaria*.

En la bahía de Manila.



Día 9

¡Con cuánto dolor he abandonado las aguas de la bahía filipina!... ¡Qué pesar se apoderó de mi sér al perderse las altas torres de los templos con sus cúpulas de pizarra despidiendo vivos reflejos al recibir oblícuaamente los rayos refulgentes de un sol tropical!... ¡Qué decepción!... ¿Dicen que el corazón no engaña cuando presiente las horas del bien? Del primer caso me desentiendo; pero puedo asegurar que he presentido el bien y me ha engañado el corazón.

Ya me hallo fuera de Manila, y la anhelada visita no han tenido mis ojos la dicha de verla. Y como si esto fuera poco, ni ese dulce consuelo que mitiga las penas entre ausentes: una carta. ¡Parece que hasta el viento se conjura contra mí y se afana por alejarme apagando el más pequeño rayo de luz de mi esperanza!... ¡Sopla, sopla austro furioso, é hinchando la lona de las velas, ayuda al vapor en su faena haciendo caminar al buque con extraordinaria rapidez; que si tu intención es apartarme del deseo esperado quitándome toda posibilidad de alcanzarle, esa misma intención te bendigo porque así me harás llegar más pronto á las costas españolas!

Sepultaré temporalmente mi esperanza hasta tanto que la proa del *San Ignacio* vuelva otra vez á surcar las aguas donde fondearon las naves veleras de Magallanes. Pero tengo mis ideas encerradas en un círculo tan pequeño, que no puedo se-

pararlas del centro, volviendo siempre á lo mismo: al recuerdo del pariente. Por eso, para indagar el por qué de su silencio, he tenido que valerme de los pasajeros hasta encontrar un conocido suyo que relativamente me ha tranquilizado diciendo: «Que no extrañe su silencio, pues se halla hace veinte días fuera del pueblo de su residencia habitual, tomando aguas necesarias á su salud.» De salud le sirva, he dicho, porque sólo una fatalidad de esta especie ha podido ser causa, no de hacerme dudar de su cariño, pero sí de la intranquilidad y violencia que han morado en mí durante quince días.

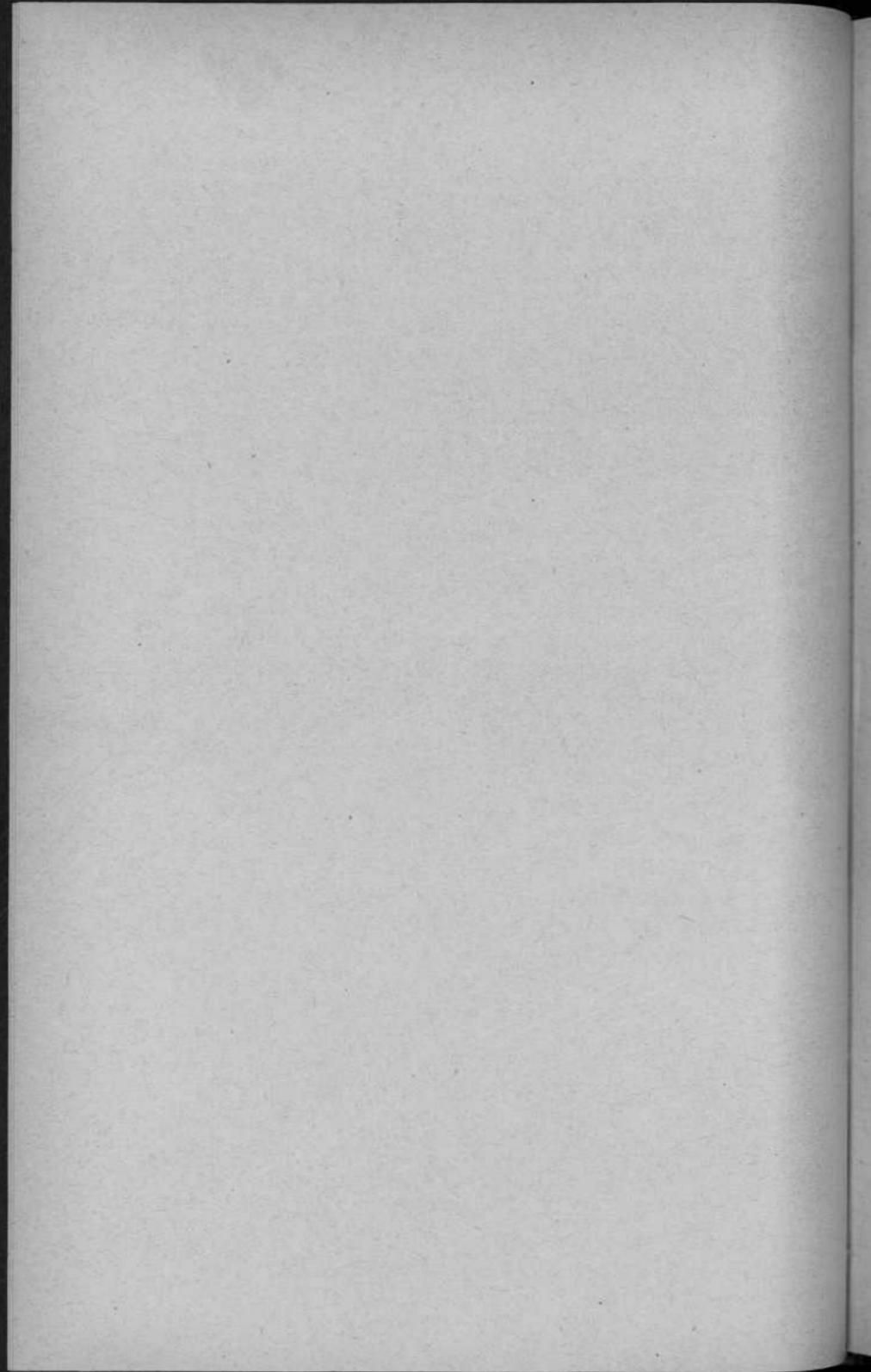
No ha sido todo esto suficiente para que el recuerdo del que solo conservaba ligeras reminiscencias al presenciar el embarque en Barcelona, háyase reproducido, bien que con escenas completamente opuestas, al presenciar el de Manila. Allí todo era lágrimas; aquí todo ha sido alegría; ví allí constituciones robustas, llenas de vida y buenos colores que sentían perderlos; aquí caras enfermizas y de palidez cadavérica, que saltan de gozo con el pensamiento del regreso al seno de la patria, que como buena madre les devolverá la salud brindándoles con las salutíferas aguas de sus fuentes cristalinas; allá, se embarcaron con la esperanza de constituir un capitulito; acá, se han embarcado (sin capital) pero con la gozosa idea de fortalecer su vida y recobrar la salud, el mayor de los capitales; en fin, aquéllos venían á padecer, éstos regresan para vivir. Con indecible satisfacción revelada en su semblante, han extendido la mano como si fueran obispos, y desde la cubierta, han *absolvido* la tierra que abandonan. Primeramente, se han ocupado los camarotes con el pasaje; después se ha llenado la cubierta de *chirimolos* hasta bajarlos á la bodega. Pocos ó ninguno ha dejado de traerse para España algún objeto ó bicho raro. He visto una señora que traía consigo un mono, una jaula en cada mano con pájaros de todas las *familias*, y en el hombro un avechicho que me pareció una gallina. Detrás venía un militar con seis lanzas, un machete y dos sables; armas usadas por los moros de Mindanao y Joló. Otro caballero traía consigo un *bata* (criado) cargado de bastones y pedazos de madera en bruto; en fin,

que si á pagar fueran el flete de esta carga, muchos tendrían que abonar un segundo pasaje.

Entre el barullo ocasionado al tiempo del embarque, me ha llamado la atención un caballero que solo ha introducido á bordo una maleta, como aquel que emprende un viaje de dos ó tres días en ferrocarril. Verle y hacérseme simpático, ha sido simultáneo. Apesar de que su cabeza se halla matizada de abundantes cabellos blancos, y las arrugas que surcan su frente le dan un aspecto venerable, sin embargo, le he tenido y tengo compasión, porque he sorprendido en la viveza de sus ojos, en la agilidad y buen color, que la vida, ingrata con él, le ha causado una decrepitud prematura, aunque latiendo en su pecho un corazón de joven existencia y plena vida. Todos los marinos (mercantes) tenemos fama de bruscos y poco complacientes, pero cuando se me acercó con el billete de primera preguntando dónde se hallaba tal cámara, no he podido resistir el influjo de su mirada y mágica simpatía leido en su semblante, y he destruido el calificativo que nos dá la genté de tierra, acompañándole á su camarote, aunque tal oficio no era de mi incumbencia. Creo que nos hemos entendido; lo que nuevamente hace aferrarme á la convicción de que su alma es joven; pues lo regular y ordenado en la vida, hace se junten las edades, si no iguales aproximadas, pero nunca ó rara vez la juventud con la vejez.

¡Qué contrariedades deben haber afectado el corazón de éste, que desde ahora llamo mi amigo, aunque no vuelva á hablarle en toda la travesía!

Al perder de vista Corregidor.



Día 15.

¡Qué días me esperan!... Uno hace que hemos salido de Singapore y llevamos rumbo á Aden... Mucho lo siento... No tocamos en Colombo y no puedo admirar por segunda vez sus innumerables atractivos... La monzón fuerte del Sur que sopla esta temporada en el Índico, me lo prohíbe, me obliga á sufrir este cautiverio estético... ¡Pero en cambio!... En cambio voy á pasar quince días sin que mi vista perciba un poco tierra; sin que aparezca la confusa sombra de un barco en el horizonte y sin que un faro se destaque sobre las aguas retratando su luz en la inmensa cámara de esta horrible soledad... Pero tendré, con ligeras intermitencias, quince días de chubascos, turbonadas, calimas, negros nubarrones y un sol abrasador. ¡Y esta es la vida del mar!... Volver hoy por donde se fué ayer; con el mismo cielo, el mismo panorama, idénticos peligros, el mismo drama con iguales ó parecidos personajes... ¡El protagonista siempre el mismo!... el mar; amenazador, rugiente, y brindando con la hermosura de su falsa calma á representar la obra que siempre destruye con su bárbaro accionar.

Según he podido ver en la carta, nos vamos por el Sur del Ecuador buscando las calmas; de aquí la carencia absoluta de visiones hasta... hasta no sé donde, pues nada será nuevo para mí. Eso que la primera guardia de esa larga travesía no

ha sido mala. Quizá la más grata desde que embarqué. Tenía ánsia, deseo de hablar con cariño, romper esta monotonía que hábame sumido en un austerismo bruto, hasta he tenido momentos que me han hablado sin dignarme contestar. Pero anoche, cuando todo dormía á bordo sintiéndose sólo el ruido acompasado de los pistones de la máquina, el loco girar del árbol y el suave choque de las ondas contra el acerado casco, sentí una voz agradable y simpática que me llamaba al pié de la escala y pedía permiso para acompañarme. No sé entonces lo que pasó por mí. Sin pensar que mi permiso constituía una infracción del Reglamento, le otorgué sin saber á quien, porque la obscuridad de la noche no lo permitía. Esperé la subida de mi visita, tan intempestiva como deseada, y á la amortiguada luz de la bitácora, recibí la cariñosa sorpresa de hallarme frente á mi amigo, el joven de los cabellos blancos, que no había vuelto á ver desde que embarcó en Manila.

Después de saludarme con extremada afabilidad y rogarme le perdonara lo inconveniente de su petición, pues sabía no estaba permitido, entablamos el siguiente diálogo:

—¿Qué tal, Oficial? ¿Tendremos agua?

—Hoy ni mañana no. Pero el 18 empezarán los chubascos, durando hasta dos días antes de llegar á Aden.

—Lo creo—ha contestado—porque la monzón en esta época es completamente chubascosa y aturbonada. Además que en estos días nos coge el cambio de estación y de luna, lo cual, como V. sabe, influye poderosamente en el tiempo tan cerrado en aguas que vamos á llevar.

—Cierto es, he dicho. ¿Pero V. ha debido cruzar estos mares muchas veces al explicarse con tal seguridad y tecnicismo?

—Estos y todos los del universo.

—¿Luego V. es?...

—Sí, soy marino mercante desde la edad de catorce años.

—¡Oh!... ¡Cuánto debe V. haber sufrido en el mar!... Pues á pesar de su aspecto venerable, entreveo en V. una vida joven y en la plenitud de sus fuerzas.

—Es verdad—dijo.—Tengo treinta y dos años y todavía

no sé lo que es vivir gozando; no conozco la dicha, el placer, la felicidad; soy joven en edad, y viejo, muy viejo, en el sufrimiento y la desgracia.

¡Cómo me ha enternecido esta declaración tan espontánea de mi querido colega! Por si mis consejos pudieran servirle de algo, no he podido menos de preguntar: —¿Acaso alguna contrariedad en un negocio de los muchos que con la esperanza de lucro emprende el hombre, ha reducido á V. ese estado de postración y decaimiento?

—Sí; V. lo ha dicho, joven amigo; y permítame este tratamiento que es el primero que doy con verdadera afición y simpatía.

—Le acepto con toda la efusión de mi alma y con la franqueza que V. sabe caracteriza á los de nuestro peligroso oficio.

—Pues bien, amigo mío,—continuó,—realmente, un negocio como el que V. ha dicho muy bien, pero un negocio, no de intereses materiales, sinó negocio en el que jugaba la dicha de mi alma y la tranquilidad del corazón, me hace llevar esta existencia desesperada con las huellas del dolor impresas en mi rostro prematuramente envejecido, y cuando aún podía sonreirme la fortuna navegando dichoso con la posición que me he captado por el mar de la vida y del placer...

—Querido amigo; perdón si le interrumpo; pero en todas esas frases tan impregnadas de amargura, creo descubrir una historia en la que indudablemente figuran dos personajes igualmente interesados, y no sé si igualmente perjudicados: uno V.; el otro... *ella*; que no sé quién será.

—Será V. el primero en saberlo—continuó,—porque nadie hasta ahora me ha inspirado confianza para hacerle partícipe de mis sentimientos. Sólo V. sabrá esa historia que fundadamente presume. Una historia cuyo prólogo empezó hace diez y ocho años, y que el epílogo no ha llegado aún ni sé cuál será su desenlace.

—No quiero—he interrumpido—comience V. su relato sin antes darle las gracias más expresivas por la manifestación tan sincera de confianza que acaba V. de hacerme, atreviéndome á suplicar al mismo tiempo, que puesto que no quedan más

que quince minutos de guardia, suspenda V. la historia de sus desdichas, y mañana de doce á cuatro de la madrugada, oiré, ecompañándole en su dolor, esa parte de su vida que durante tantos años tan ingrata se le ha mostrado.

—Pareciéndome acertada su opinión—ha dicho,—sólo pido cuenta á X... como el mejor de sus amigos.

—Sobremanera compláceme su amistad; y espero que durante la travesía, tendré ocasión de poner á sus órdenes, sin restricción alguna, mis servicios de á bordo.

—Mil gracias y hasta mañana.

—Adios X...

Me ha dicho su nombre y apellido, pero como he formado intención de trasladar á mi Diario esa historia que sin conocer me interesa, sería villana acción quebrantar la confianza que le he inspirado, estampando descaradamente su nombre.

A la vista de Sumatra.

Día 16.

¡Pobre amigo mío!... ¡Qué triste es el comienzo de su vida!... ¡Cómo me han enternecido sus lágrimas al deslizarse por la curtida piel de sus mejillas tostadas por el sol y el viento!...

He terminado mi guardia impresionado con el abrazo de despedida que nos hemos dado, sin más testigos que las estrellas y la opaca luz del astro nocturno. Creo hemos vinculado nuestra amistad de un modo imperecedero...

Me ha permitido transcribir esta etapa de su vida; pero estoy en este momento sosteniendo una lucha titánica porque pareceme impropio que figure en un Diario de Navegación... ¿Impropio?... No. Ocúrreseme una idea, pudiendo salvar esta que á mí me parece impropiedad. ¿No se trata de un marino?... ¿No es parte de la navegación de mi amigo por el mundo?... Pues que de un marino se trata, me decido á anotar entre la situación y tiempo que corre mi buque, el naufragio del corazón de mi simpático marino y el de su inolvidable M...; nombres para mí sagrados y que procuraré olvidar, aunque acompañándoles siempre en su desventura.

No ha faltado mi amigo X... á la cita. A las doce en punto le he visto venir por cubierta con la agilidad propia de un marino consumado; ha subido la escala del puente y, después de abrazarnos como hermanos, ha comenzado su triste historia, no sin haber antes concertado el tratarnos como si hu-

biésemos vivido juntos desde los primeros albores de nuestra vida.

—Vamos, amigo—le he dicho—empieza; exterioriza tu dolor, que ya sabes disminuye la pena cuando se lanza fuera del alma para hacer partícipe de su aflicción á otra alma que se asocia á sus sufrimientos.

Un suspiro prolongado á manera de exordio ha sido su contestación, y después de apoyar nuestros codos en la incómoda barandilla, comenzó á depositar en mí el secreto de su vida.

—En el pueblo de Z...—principió mi querido acompañante,—puerto el más pintoresco que bañan constantemente las azuladas ondas del inquieto Cantábrico, vivía yo tranquilo y feliz entregado á la ruda tarea de pescador, pues era el oficio de mis pobres pero honrados padres. El cura, que era la única persona algún tanto ilustrada del pueblo, indicó á mis padres que descubría en mí aptitudes poco comunes en niños de mi edad, que era entonces de once años, y que debían sacarme del trabajo tan penoso que llevaba, pues había de embrutecer mi inteligencia, llamada, según él, á ser empleada en algún estudio. No fueron sordos mis padres á los consejos del sacerdote, y á los pocos días trasladamos á nuestra lancha tres sillas, una mesa, algunas redes y aparejos de pesca, lo que constituía el mueblaje de nuestra pobre choza, y nos fuimos por mar á una villa próxima donde había Escuela Náutica. Aquí ayudaba á mis padres en las faenas de la pesca y estudiaba al mismo tiempo, pagando libros y matrículas con sus escasos productos.

¡Ay amigo!... ¡Cómo se reían de mí los demás alumnos cuando entraba en clase con el pantalón á la rodilla, descalzo, en mangas de camisa y con mi sombrero de hule!... ¡Pero después!... después respetaban mis once años y se admiraban al verme lleno de tiza de piés á cabeza resolver en el encerrado los más árduos problemas de la ciencia náutica y astronómica. ¡Cuántas veces el fondo de mi lancha se transformaba en aula infantil é íbamos fuera del puerto á estudiar y observar prácticamente bajo mi *pequeña* dirección!... ¡Qué

feliz era yo entonces!... Pero el tiempo es mutable, movable y con él camina la humanidad sujeta indefectiblemente á sus cambios y mudanzas.

Pasaron mis tres años de estudio y regresamos nuevamente á nuestro pueblo natal, ocupando la pobre choza tres años abandonada y que esperaba solitaria á orillas del mar la vuelta de sus moradores. Instalados de nuevo en este lugar, yo no contaba, desgraciadamente, con recursos suficientes para pagar mi manutención en barco de vela ó vapor, ni tampoco contaba con valiosas influencias para ingresar en la Transatlántica, única empresa que permite hacer gratis en sus barcos los viajes de práctica.

En situación tan triste, ¿sabes qué hice?

—¿Dedicarte—interrumpí—y coadyuvar con tu trabajo al oficio de tus padres?

—Sí;—continuó mi amigo.— Esperando circunstancias favorables para mi embarque ó el favor del cielo, seguí ejerciendo tan penoso trabajo hasta el verano de 187... Entonces tenía yo quince años.

Por esta época, la fatalidad del destino trajo al pueblo á Don S... de C..., un americano ó indiano millonario, que trabajando desde su juventud en Uruguay volvía á su tierra á vivir tranquilamente retirado de los negocios y disfrutar, en la suntuosa morada que de antemano había edificado en la playa, de sus fabulosas rentas.

Todos los pescadores le conocían, pues sus padres, al regreso de él difuntos, no habían tenido otros medios de subsistencia que la pesca aprisionada entre las apretadas mallas de las redes, y que él, más de cuatro veces, había ido á vender á los pueblos comarcanos.

Era contemporáneo de mi padre, y amigo, en la poca amistad que puede haber entre dos que tanto se diferenciaban por su posición.

Pero no venía sólo. ¡Ojalá hubiese venido! Acompañábale una niña de mi edad.

—Creo presentir—he dicho—el desenlace de tu historia, querido amigo.

—Le presentirás —continuó,—porque el nudo no se presta á enredos novelescos. Pero forja en tu mente todos los horrores que quieras y no lograrás llegar á los pormenores que han concurrido...—iba á decir á su triste fin;—pero te repito que aún no lo sé. Reanudaré el curso de mis penas:

El tal señor era, como la generalidad de los que de la nada elévanse á la opulencia, orgulloso, despótico y despreciativo para con la clase en que él había nacido y de la cual procedía. Su afición favorita eran los paseos por mar. La lancha de mi padre, tripulada por él y por mí, era la encargada de proporcionar esa distracción á su reducida familia. Estos paseos se repetían dos veces al día permitiéndolo el estado del mar.

Un día, el más feliz entonces y después el más aciago, salimos á un pueblecito de la costa cuando el sol ocultaba su luz en el seno del Cantábrico. Un cielo límpido y sereno, esmaltado de brillantes estrellas juguetonas, nos acompañaba al regreso. La brisa de la noche, suavizada de un fresco plácido, henchía la vela de nuestra barquilla retratando su sombra en las ondas por la luz plateada de espléndida luna.

Divisamos ya á corta distancia las luces de las chozas situadas en la playa, cuando de pronto la brisa se convierte en viento frescachón, luego en viento duro, la luna se empaña con negras nubes, el azul del cielo le surcan nubarrones aglomerados, que empujándose unos á otros, llevaban la destrucción en su acelerada carrera. Nuestra barca al recibir el viento de proa ó á *fil de roda*, se para. Mi padre lanza una maldición y yo aferro nuestra vela. La galerna se presentaba como siempre: sin indicios, repentinamente. Pronto empezamos á sentir sus efectos. Las primeras ráfagas del huracán, jugaban con nuestra débil embarcación: una la tumbaba, otra volvía á levantar, aquella la elevaba; parecía una bolita de cristal en el centro de un surtidor. La marejada aumentaba á medida del viento, y convertida en olas llenó nuestra lancha de agua. Inauditos esfuerzos costábanos á mi padre y á mí el manejo del timón, y mantener el rumbo á la playa. Pero no pudimos más. Veo que á lo lejos cabrillea el mar efecto de una racha

muy dura, arrollando en su tempestuosa carrera ola tras ola, y abandono la *caña*, tomo á M... en mis brazos, y me lanzo al agua.....

Después no sé lo que pasó. Había pasado la galerna. La luna y el cielo brillaban como antes, y me encontré á orillas de la playa con un ángel en mis brazos que me sonreía, y que me apresuré á dejar en los de su padre, salvado por el mío.

A la mañana siguiente, todo nuestro capital estaba hecho astillas en las arenas de la playa. Solo un objeto se hallaba intacto entre los restos de la lancha: la cinta que sujetaba el pelo de M... y que me apresuré á recoger.

Afortunadamente todos salimos ilesos sin más que el susto consiguiente. Pero nuestra situación era desesperada. ¿Cómo atender á nuestro sustento si los medios con que contábamos habían sido destruidos por el mar?... Fuíme á llevar la cinta á M... y su padre, con una altivez é ingratitud sin ejemplo, me dijo:—Dí á tu padre, que le hago el *favor* de *prestarle* dinero para que compre una lancha, y tú en el mes de Septiembre, embarcarás en un barco de vela de mi propiedad para hacer tus viajes de práctica.

—Muchas gracias, señor—me atreví á decir todavía con voz entrecortada.—Me dió una *peseta*, creo que hasta como limosna, y atravesé con el corazón oprimido los amplios jardines que rodeaban el elegante hotel. Mas al llegar á la gran verja de hierro que separaba el jardín de la calle, sentí una voz que pareció bajada del cielo y que con acento de tierna compasión repetía con insistencia: «¡X!... ¡X!...» Volví la cabeza y en una de las ventanas del edificio se hallaba M... que con su mano hacíame señal para que me aproximara donde ella estaba. Yo sentí algo, que entonces no pude explicarme, é impelido por una fuerza ciega llegué hasta su ventana.

—Toma—me dijo,—esto te lo doy para tí, no tengo más. Y dejó caer á mis piés desnudos la cinta que, salvada del naufragio, acababa de entregar.

—Dios se lo pague, señorita; dije emocionado y asomando las lágrimas á mis ojos.

—No...—me contestó,— sinó te lo doy como limosna; es un recuerdo de nuestra salvación.

Cuando oí la palabra salvación percibí los primeros indicios de otra tormenta que se cernía en mi corazón, y que pronto sería la causa de mi eterna melancolía.

¡Ay, amigo mío!... Aquellos tres años de constante y afanoso estudio despertaron en mi alma pasiones desconocidas que jamás hubieran tomado asiento en mi ser si no hubieranme arrancado de mi triste oficio. El cultivo de mi inteligencia fructificó, es verdad, pero en vez de frutos sabrosos, produjo espinas amargas tan clavadas en mi pecho, que soy incapaz de arrancarlas.

Yo trabajaba como un hombre y me divertía como un niño. Al caer de la tarde y cuando me hallaba libre de mis fatigosas ocupaciones, iba á la playa á jugar con los demás niños de la aldea. M..., aunque respetada por los demás niños, se mezclaba con ellos, tratando siempre de que desapareciera la diferencia de su posición igualándose con todos. ¡No parecía hija de tal padre!...

Jugábamos, es cierto; pero un atractivo que ella no conocía ni yo tampoco, nos impelía instintivamente á separarnos de nuestros compañeros y caminábamos playa adelante enlazadas nuestras manos con la inocencia de la niñez, en busca de conchas que el mar depositaba en la orilla y con que yo solícito obsequiaba á M... Cuantas veces, cuando descalzo me internaba un poco en el mar, sentía su voz suplicante que vibrando en las ondas con sonido argentino, exclamaba: «¡Ven, X!... ¡No quiero conchas!» Pero yo no cejaba hasta que no salía con mi sombrero de lona embreada lleno de viviendas de diminutos moluscos, que dejaba en el delantal de M... con satisfacción indecible. Entonces nos sentábamos en la arena y parecía que los débiles quejidos de las aguas aplaudían aquel idilio vespertino, mientras que el sol nos dirigía el último rayo de su luz, iluminando, embelleciendo por contraste, la riqueza de sus vestidos y la pobreza y rotura de los míos.

Después, cuando he sido hombre, he comprendido una verdad que entonces no adivinaba. Ahora comprendo que

aquel verano pasó como las nubes de este tiempo, porque los minutos de alegría no tienen más que dos segundos.

Pero pasó desgraciadamente, y con él el fin de mi dicha. Apenas nacido, comencé á ser desgraciado.

La tarde antes de mi embarque, paseando como de costumbre, me atreví á decir á M...: —Mañana me marchó.

—¡Oh, no!... Entonces yo no pasearé más ni nadie me traerá conchas.

—Conchas, no—le contesté;—pero cuando regrese de esos países encantadores que voy á recorrer, te traeré cosas de valor y más bonitas.

—No quiero—me dijo:—se lo diré á tu padre que es mejor que tú.

Ya ves, amigo mío, qué personajes seríamos para explicarnos de una manera tan niña. Pues bien; yo insistía, y como reprochándome, exhaló su corazón una amarga queja, en sus coralinos labios se dibujó una triste sonrisa, y su cabecita guarnecida de hilitos de oro, se inclinó lánguidamente sobre su angelical pecho, para esconder un río de perlas desprendido de sus celestes ojos. Aquella tarde fué muy triste. Yo también lloraba, procurando consolarla aunque inútilmente.

Por fin....

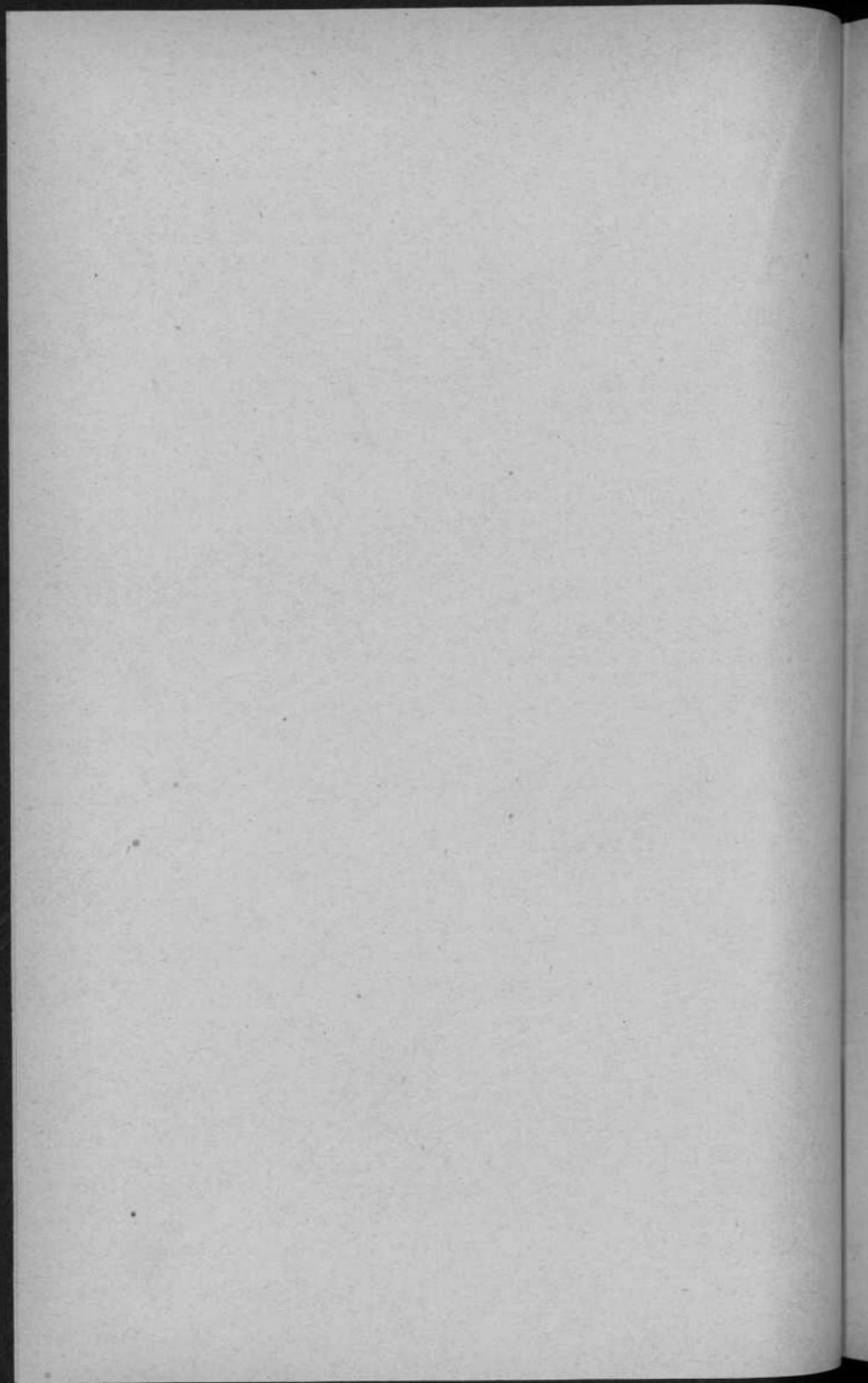
—Un momento:—interrumpí á mi amigo.—Supongo llegas ya al día del embarque, y si te place suspende tu relato; pues casi lloro contigo, y además, mira: allí viene un chubasco de los que llamamos *arqueados*, que sabes llegan sin avisar, y te vas á poner como una sopa.

—Es verdad. Pues entonces, buena guardia, y descansar.

—Adios, y duerme tranquilo.

Héme *encapillado* el capotón y casi no ha podido resistir medio chubasco, pues el otro medio ha sido para el oficial que me ha relevado durante este diluvio nocturno.

En el Índico.



Día 20

¡Gracias á Dios que amaneció un día tranquilo!... ¡Tres días sin despojarme de las botas de agua y el capotón!... ¡Qué vida!...

No he podido comunicarme con mi amigo ni un solo momento. Las cataratas del cielo han estado constantemente abiertas. No se descuidó X..., y quedamos convenidos en que, en la guardia de ocho á doce de la noche, continuaría (con permiso del agua) su triste historia.

Afortunadamente, la noche se presentó serena y despejada, y á la hora convenida, el desgraciado marino continuó:

—¿Me parece, querido amigo, que llegaba al fatal día del embarque? ¿Verdad?

—Sí; me acuerdo perfectamente.

—Pues bien; prosigo; La *Esperanza*, que era el nombre que en su popa ostentaba el barco del padre de M..., debía zarpar al romper el alba. De la lona de una vela vieja, me hizo mi pobre madre un saco, y allí llevaba yo toda mi destrozada ropa, en la que abundaba más el hule y la brea, que la tela y el paño. Salimos de nuestra choza cruzando con un silencio mortuorio las tortuosas calles de la aldea, y al llegar frente al palacio de M..., la campana de la Iglesia despertó á sus feligreses con el toque del *Angelus*. Y como íbamos sólo; como nadie, sinó mis padres iban á despedirme, hincamos la rodilla

en la playa, murmurando una ferviente plegaria. Y al levantar nuestra frente para hacer la señal de la cruz y emprender nuestra silenciosa marcha, allá, oculta entre las fuertes verjas de su jardín, estaba M... arrodillada y rezando las Avemarías, destacándose la blancura de sus vestidos entre el obscuro follaje, coma la espuma de una mar arbolada entre los negros celajes del horizonte. Esto me hizo vislumbrar para lo futuro, que siempre tendría á mi lado un ángel tutelar que velara por mí y llevara á feliz término la lucha tan desigual como titánica entre el hombre y el agua. Lucha en la que tantos sucumben; pelea en la que yo saldría vencedor, pues si en la tierra no hay justicia, Dios es justo, y los ruegos angelicales de M... como tales, no podían menos de llegar al trono del Supremo Hacedor. Así ha sido en efecto: muchas veces cuando á merced de los violentos ataques del temporal se desgarraban nuestras velas y los palos parecían venirse *guarda á abajo* amenazando nuestras vidas, llamaba en mi auxilio á M..., y entonces, creyendo ver su nombre escrito en las puertas del cielo con letras de oro, creía también conjurada la tempestad.

Nada te diré de la vida del mar en un barco de vela por espacio de diez y ocho meses, pues ya la conoces.

Zarpó la *Esperanza* del puerto con rumbo á Buenos Aires, y desde aquí, recorrí todos los puertos principales de ambas Américas.

Las prácticas, como sabes, son en barco de vela más cortas que en vapor, y al arribar á la Habana, pedí exámen y fuéme concedido, obteniendo el título de Piloto con brillante nota. La fortuna hizo que viniéramos desde New York sin Piloto, y el Capitán, al ver mi disposición y aptitudes náuticas, me propuso ocupar la plaza, que acepté loco de contento. «¡Ya gano algo!» fué la primera exclamación que pronuncié. Pero yo sentía algo más interiormente que no sé describir. Con mi brillante título y vislumbrando porvenir tan lisonjero, me creía dueño del mundo. Sólo una sombra muy oscura empañaba con siniestro aspecto mi alegría: el recuerdo de M... ¿Qué será de ella?, me preguntaba á cada momento; por-

que desde el día que la ví elevando sus ruegos al cielo entre las plantas que rodeaban su casa, no tenía ninguna noticia suya; pues los únicos que podían proporcionármela eran todos mis compañeros de pesca, y éstos, como mis padres, no sabían escribir más que con los remos humedecidos en las aguas, que quizá fueron las primeras en bautizarnos. ¡Ojalá yo tampoco hubiera aprendido! ¡Qué dichoso sería yo en estos momentos sumido en la ignorancia más crasa de toda cultura! No hubiera aprendido á sentir, y por consecuencia, no hubiera sufrido por lo que jamás habría soñado. Comprende, pues, mis torturas por espacio de diez y siete meses por la carencia absoluta de noticias. En primer lugar, ¡qué sería de mis padres, ya ancianos y sin la ayuda de los fuertes brazos de su hijo; después M...! Creo habrás hallado justa la preterición hecha á favor de mis padres, porque las afecciones que la naturaleza comunica desde los comienzos de la existencia del hombre, deben sobreponerse á las adquiridas por la pasión. Y sin embargo, por alguna fuerza mágica que no sé explicarte, mi primer recuerdo era para ella; es decir, el de dulzura suyo, y el de lástima para mis viejecillos. Siendo esto tan cierto, que sólo pensaba en que fuera para éstos lo poco que yo ganara durante mi viaje á España. Por fin llegó el día de zarpar, y ya fuera de puntas, largamos todo nuestro aparejo con rumbo á Canarias. El Capitán era uno de esos lobos de mar antiguos que todavía usaba el antiquísimo astrolabio, capaces de producir errores lo mismo de un grado que de diez. Muchas veces en la derrota servíanle de guía las estrellas como á los reyes magos. No podía menos de condolerme sobremanera, que navegando con viento á las diez cuartas y viendo nuestras velas afanosas de devolvernos salvos y prontos á nuestro hogar, hiéramos tan pocas millas. Híceselo notar con toda sumisión al Capitán pidiéndole autorización para trazar la derrota según los adelantos náuticos habíanme enseñado, y teniendo en cuenta las corrientes, conseguimos por la noche hacer once millas. ¡Qué orgullo sentía cuando desde el Contra maestre al último grumete decían que nunca la *Esperanza* había caminado tanto! El Capitán, que por sus años le importaba muy

poco apropiarse lo que no era suyo, y que no satisfacíanle ya ninguna clase de ilusiones de esas que tanto halagan el amor propio de la juventud, hizo correr la voz entre los diez hombres que componían la tripulación, que todo era obra mía, del niño, como me llamaba. Desde entonces, puedo decir que fui, si no moralmente, por el trabajo y dirección de á bordo, el Capitán del barco. Todos aquellos hombres de caras feroces, cambiaban su dura expresión en simpática dulzura al hablar á su pequeño Capitán. Si temían que escaseara algo de provisión antes de terminar el viaje, que nunca faltara para mí; y yo lo primero que atendía eran mis marineros. ¿Qué hubiera yo hecho sin ellos y sin ganar su cariño?

¡Qué viaje más feliz, amigo mío! Siempre con viento favorable y reinando en nuestro barco la cordialidad de padres é hijos, llegamos á Canarias. Dos días fué lo bastante para verificar la descarga y nuevamente pusimos la proa con rumbo á España.

Entonces comenzó en mí esa lucha feroz que se entabla cuando uno cree llegar á la dicha soñada; unas veces la veía muy próxima, creía no hallar obstáculo alguno; otras, la más pequeña marejada convertíala mi imaginación en desecha borrasca, que amenazaba sepultar mi *Esperanza*. Cuando más próximo estaba el fin, más lejano me le figuraba. Confieso que llegué á tener miedo. Miraba al cielo, y la más ténue nebulilla, me parecía signo precursor é infalible de horrible tormenta, aunque anunciase buen tiempo. La mayor parte del día pasábale con la vista clavada en el barómetro y el cielo. El Sextante llegué á estropearle; observaba el sol durante el día un millar de veces; llegaba la noche y no dejaba tranquila la luna ni las estrellas, todo era blanco de mis observaciones. Las cartas de derrota parecían cualquier cosa; allí no había más que rayas por todos los sitios y agujeros; apreciaba hasta los cuartos de milla. Llegó ocasión de decir los marineros entre sí que el niño se había vuelto loco. Cuantas veces iba á descancar un momento y las pisadas que desde el camarote sentía, hacíanme levantar despavorido, creyendo que velas y palos se venían abajo efecto de alguna racha de viento duro.

Algunas veces (las menos) me entregaba por completo en brazos de esa dulce tranquilidad que uno mismo se crea, dándose seguridades de alcanzar el fin que se persigue. Llegó un día en que, estando de guardia, fui á mandar cargar el *juanete*, y grito con toda la fuerza de mis pulmones: «¡¡Mañana la veo!!...»

—¿Te ríes de mí? ¿Verdad?

—No; amigo, te compadezco. Ya sé que esa exclamación no era debida sinó á lo que se llama ley de emisión del pensamiento; que aquello que más preocupa se enuncia lo primero. Continúa.

—Pues bien; después de tanto sobresalto é inquietud, al día siguiente de mi exclamación divisamos el puerto; mi pueblo; la cuna de mis padres. ¿Quiéres que te diga lo que sentí? No sé. Lloraba y refa; con ayuda del anteojo, iba enumerando uno por uno los parajes cuyo recuerdo más habíanme martirizado. Allí, la choza de mis padres, la playa, las conchas, el paseo; al otro lado el palacio, el avemaría, el jardín, M..., muchas traineras...; todo esto acudía á mi mente en confuso tropel, siéndome imposible en aquel momento desenredar tal madeja de ideas.

Después se sucedieron todas esas preguntas aisladas, sin ilación, que siempre se hacen cuando uno vuelve al lugar del que ha faltado largo tiempo. Pero yo me detuve solamente en dos. ¿Cómo estarían mis viejecillos? ¿Se acordará M... de su salvador? Muy pronto iba á salir de la duda, que cual cáncer gangrenoso, tanto habíame atormentado durante diez y ocho meses.

La distancia que nos separaba del puerto había ido acortándose, y acordándome que todos mis compañeros estarían contemplando nuestra entrada y manera de dar fondo, procuré hacer una entrada majestuosa con todo aparejo largo, para en el momento de estar en medio de bahía, dejar que nuestra ancla se enterrase en el fango para retener con sus uñas la quilla de la *Esperanza* en las aguas que tantas veces me arrullaron y culpables más tarde de mi pasión.

Todo salió como lo había previsto: el capitán me dió un

abrazo lleno de entusiasmo por aquella gallarda muestra de experiencia náutica que había realizado, y el ruido de las ondas en su agitado choque me parecían aplausos de la multitud. Solo entonces, convencido de la realidad de nuestra feliz llegada, me sentía tranquilo.

La Sanidad del puerto nos admitió á libre plática, y el arriar nuestra bandera amarilla, fué señal de que podían ir á estrecharnos en sus brazos, á unos las madres, á otros sus esposas.

El primero que pisó la cubierta de la *Esperanza* fué el padre de M... Su primer saludo, fué para el capitán, al que estrechó la mano de un modo afectuoso. Pocas palabras cruzaron, pero comprendí me tributaba elogios mi capitán. Después al verle que se dirigía donde yo estaba, salí á su encuentro, y al tenderle mi mano, tuvo á bien no aceptarla; pero en cambio, con una nota muy marcada de ironía, me preguntó:

—¿Qué tal? marino afamado. Veo—continuó—que para *todo* tienes mucha experiencia á pesar de tus pocos años.

Como recalcó demasiado la palabra *todo*, adiviné que se había descubierto lo que ni M... ni yo nos habíamos dicho aún y que estábamos entre las uñas del león. Pero no era yo el que há tiempo había recibido una peseta como premio de una vida salvada, y repliqué:—Nací en y para el mar; él me enseñó á ser experto; pero solo en esto; lo añadido por usted es un elogio que no merezco y por tanto no puedo enorgullecerme ni agradecerlo. La guerra estaba declarada; á él correspondía mandar el *ultimatum*.

Así lo comprendió, porque temblorosos los labios por la ira, y queriendo destruirme con la vista que como dardo venenoso clavó en mí, me dijo:

—Está bien: á las ocho de la noche te espero en mi casa.

—No faltaré.

Durante se cruzaron tan breves palabras, trataba yo de distinguir entre los botes que cruzaban la bahía, el que condujera á mis viejecillos, surcando las lágrimas sus arrugadas mejillas, para recibir con trasportes de júbilo al sosten de su vejez. Pero no distinguiendo ninguno salté á tierra, y allí

entre apretones y abrazos de los amigos, solo se oía una frase: «¿Cómo están mis padres?» Buenos, me contestaban. Entonces cruzando presuroso aquellas calles que hacía 18 meses no pisaba y por las que ellos me acompañaron el día de mi embarque, me dirigí á nuestra casita, y allí estaban los dos, recibiendo el sol sentados en toscos bancos, y parecidos á los restos de un árbol que fué frondoso, pero que los años le han dejado como recuerdo de su lozanía, el tronco seco y agrietado. No tuve que dudar quién había de recibir mi primer abrazo. Estaban tan juntos, que sus cabezas fueron atraídas sobre mi pecho al mismo tiempo, y al mismo tiempo recibieron mis besos,

—¡Hijo mío!...

—¡Padre, madre mía!

—¡Cómo has crecido! ¡Si estás hecho un hombre!—me decían.

—Si, madre: un hombre que hará se termine la miseria que al parecer os rodea. Yo recogeré desde ahora esos bucles de blanca y respetuosa decrepitud que cubren vuestras frentes, dándoos la nueva vida que los años os han robado.

—¡Cuánto hemos sufrido, hijo mío! Hemos vivido varios días de la caridad pública... llorando al recibir alguna limosna, porque recordábamos los pasados tiempos en que el mar nos proporcionaba un alimento sobrante y desahogado. Un día pasaron por esta puerta Don S. de C. con su hija y el único consuelo que llegó á proporcionarnos, fué decirnos que luego llegarías, sacándonos de todos nuestros apuros; pero M... con esos sentimientos impregnados de angelical dulzura, al separarse de nosotros arrojó á nuestros pies un papelito; lo recogimos y hallamos dentro un billete de 20 duros. Jamás, hijo mío, llegó más á tiempo la caridad. Pretendía entonces el tío Pedro (*camarón*) como le llamamos en el pueblo, *mercar* una trainera para dedicarla á la pesca, y le propusimos emplear nuestro pequeño capital en la compra, dándonos las ganancias correspondientes. Así seguimos manteniéndonos hasta ahora que cambiará nuestra situación. ¿Verdad, hijo mío?

—No pude contestar; pero las lágrimas que asomaron á mis ojos fué la contestación más elocuente. Deposité en su regazo todas mis economías y jamás sentí mayor satisfacción que al levantar de su asiento á mis pobres padres, y penetrar en el interior de la choza para renovar allí nuestras caricias al compas armonioso de las olas y los besos.

Luego fueron llegando todos los pescadores de la aldea, mis contemporáneos y los de mi padre; pasándose la tarde relatando á cada uno que llegaba mi largo viaje, sin preocuparme para nada de la cita que había contraído. Así, que fiel á mi palabra, con la frente muy alta y sin temor alguno, á las ocho en punto penetré por el jardín de M..., de tan grato recuerdo un tiempo, hoy todo erizado de punzantes espinas.

Uno de sus criados anunció mi llegada y...

—Perdona un momento—he interrumpido:—Diviso una luz en el horizonte que al parecer está inmóvil.

—¿Será algún faro?

—No; en la derrota que llevamos no se halla ninguno. Hace varios días que no se vé más que agua; el cielo está siempre cubierto y amenazando.

—Desvíate un poco del rumbo al aproximarnos y nos venceremos.

—Tendremos que aproximarnos á la fuerza.

—¿Por qué?

—Mira; me parece ver luces rojas y blancas en demanda de auxilio.

—Sí, efectivamente.

—Retírate, amigo mío. Voy á avisar al Capitán.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta el 23, que seguiremos, en la guardia de doce á cuatro de la mañana.

—Adiós... ¡hermano mío!

—No me enterezcas, por si tengo que estar fuerte ante la presencia de un siniestro horroroso. Adiós.

He mandado aviso al Capitán, y entre tanto observaba la clase de avería que aquellas luces indicaban, mas sin llegar á comprenderlo claramente por la mucha distancia. Pero al cabo

de un rato, un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, cuando con auxilio de los gemelos he visto indicar: «fuego á bordo».

—¿Qué ocurre?—preguntó el Capitán, que acababa de llegar en este momento.

—Un buque á la vista con fuego á bordo.

—Que avisen á los oficiales.

—¡Guardia!... Llame V. á los oficiales y al primer maquinista.

—Proa al barco—dijo el Capitán.

—Timonel; ponga V. el rumbo hácia aquellas luces.

—Buena noche está para prestar auxilio; en calma sí, pero no se ven los dedos de la mano.

—Debe ser el *steamer* inglés *Alexandra*—he dicho—que salió diez y seis horas antes que nosotros de Singapore con cargamento de algodones y sedas.

—Pero si está con la proa al E. N. E.

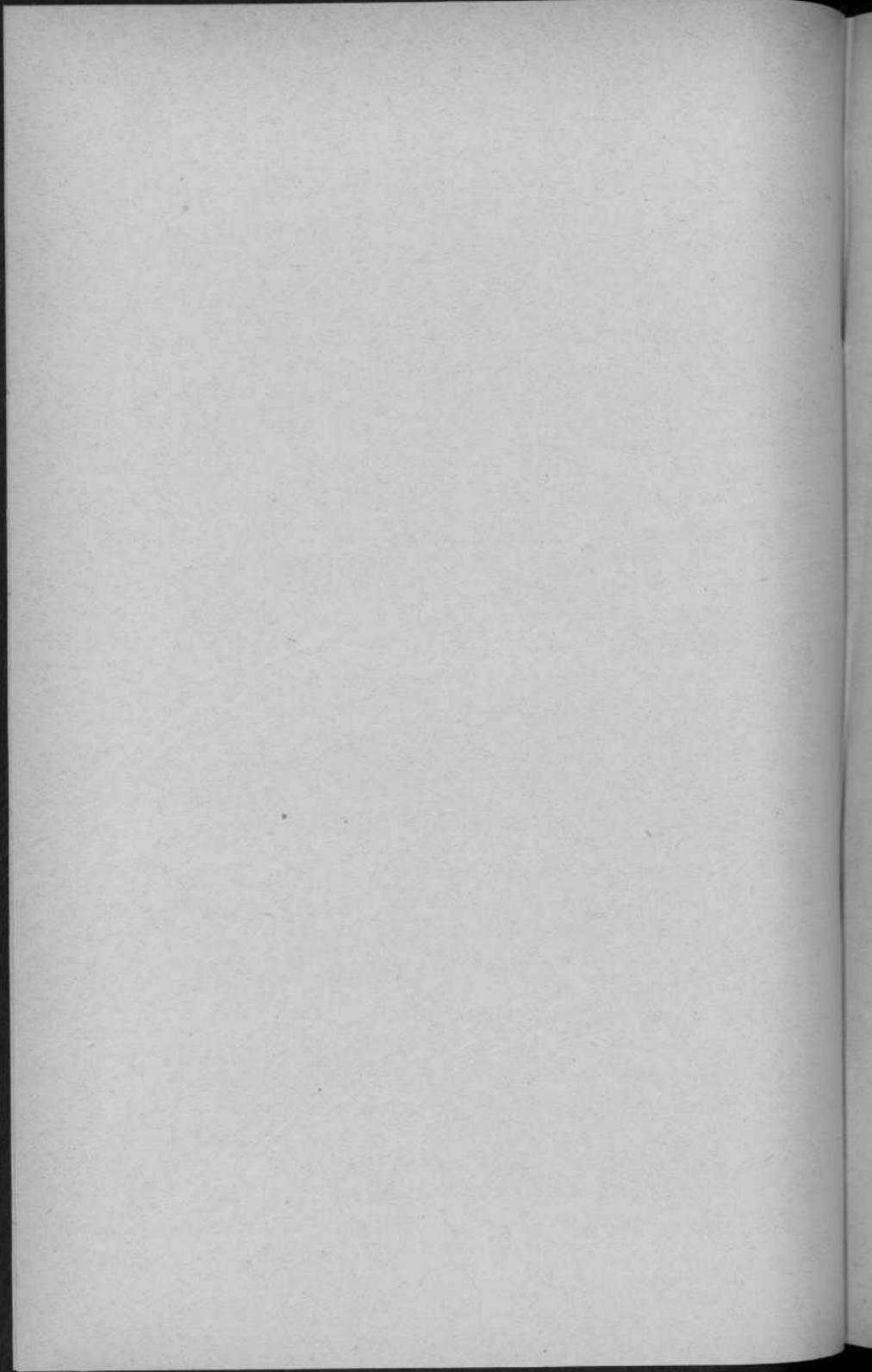
—Quizá al iniciarse el fuego haya virado, con la esperanza de ganar la tierra de Pulo Brasses que es la más cercana que podía hallar, ó para colocarse en este punto que es el cruce más frecuente de los barcos que se dirijen de China á la India.

—Y tiene también averfa en la máquina—me hizo notar el Capitán.—Mire V. las luces blancas situadas á igual distancia una de otra. Ahora se explica que esté como una boya sin hacer por nosotros.

—Pues no le falta al barquito ese—he dicho—más que el *tifus* y las *viruelas*. Tiene de todo.

Una carcajada del Capitán y la llegada de los oficiales ha puesto fin á nuestro diálogo; y como en aquel momento la campana de proa *picó* las doce con un sonido que me pareció tocaba á muerto, hice entrega de la guardia por pura fórmula, pues toda la noche la pasé lo mismo que los *pinos*.

En el Índico.



Día 22

¡Qué cuadro más horroroso!... ¡Gritos, ayes, cuerpos desnudos, caras desencajadas por el terror, golpes cuyo estruendo causaban espanto!...

Con estas notas de terrorífica armonía comenzó el día 21; con la noche en calma, el cielo poblado de negruzcos cúmulos, ni una estrella, sereno el mar, presenciando con fingida tranquilidad el drama desarrollado en su ondulosa superficie.

A las doce de la noche separábanos del buque incendiado una distancia de seis millas, y como llegara á percibirse una claridad súbita, lo mismo que si el fuego hasta entonces encerrado en las bodegas hiciera su aparición en cubierta, el Capitán ordenó forzar la marcha.

—¿Funcionan los dos dinamos?—preguntó al primer maquinista.

—A esta hora uno nada más.

—Pues darle vapor al otro y colocar tres focos de luz, á popa, en el centro y á proa; á estribor. Y ustedes—dijo al oficial primero y á mí,—con el Contramaestre y doce hombres á poner listos tres botes de la banda de estribor. Dos marineros—continuó—á las puertas de las cámaras con orden de no dejar salir á ningún pasajero, pues todo lo mejor que pueden hacer es estorbar.

No eran sobradas de necesidad órdenes tan rápidas, y se imponía á toda costa un pronto auxilio, porque la sirena del *Alexandra* habíanos llamado dos veces con acento desesperado, reclamando favor.

Mas el fuego debía presentarse haciendo alarde de la fuerza de toda su voracidad destructora; al menos así nos lo indicó un fuerte cañonazo que en su percusión á través de las ondas, se tradujo por mis oídos en un «¡¡venid pronto!!...» Por eso el *San Ignacio*, hendiendo con su quilla las aguas, caminaba con extremada velocidad en auxilio de su *colega* invadido ya por las llamas en su centro, y que desde lejos, redeando el *trinquete*, parecían disputarse esta presa para no faltarles cebo donde continuar la obra.

Como la previsión no está reñida con la caridad, al estar á media milla de distancia, nos pusimos al habla por medio de luces y contestando á preguntas nuestras, nos dijeron: «Que no había ningún explosivo á bordo; y comprendiendo desde los primeros momentos la ineficacia de sus esfuerzos para dominar el elemento, habían apagado los fuegos y desahogado las calderas, por haber comenzado el fuego en la bodega de popa junto á la máquina; no habiendo ni una libra de vapor, y libres por tanto de los estragos de una explosión.» Que era lo único que temíamos.

Con esta seguridad, paramos nuestra máquina á un cable del *Alexandra*; aproximarnos más hubiera sido temerario.

Desde popa al centro del *steamer* no había más dueño que el fuego.

Nuestra llegada se saludó con un ¡¡hurra!! angustioso, terrible, que partió del fondo de aquellas almas, expuestas, si no á sucumbir abrasadas, sí á que el agua para epilogar la obra, despertara de su efímero sueño, comenzando por jugar con bárbaramente con las débiles embarcaciones que les refugiaban para después aumentar en su negro fondo el catálogo de nuevas víctimas.

Está probado por infinidad de casos prácticos, que el temor, la falta de serenidad en la razón, la ofuscación de facultades y otras muchas causas, dan lugar á que se sucedan muertes,

donde no habría ni simples rozaduras; lo mismo tratándose de accidentes terrestres que marítimos. En éstos, por desgracia, es donde más falta la calma, por lo mismo que es más necesaria.

Dos botes llenos de pasajeros y tripulantes hallábanse á nuestro costado con los víveres correspondientes para correr la suerte que el cielo les deparara y éstos nos dijeron: —Que en el momento de aparecer las llamas en cubierta, habíanse arrojado al mar tres individuos sin que nadie supiera qué había sido de ellos.

Cincuenta pasajeros y veinte tripulantes llevaba el *Alexandra*, pues era barco de carga más que de pasaje, y quedarían á bordo unos veinte con el capitán.

Arriados dos de nuestros botes, suficientes para verificar la salvación de los restantes, atracamos á la proa del buque inglés, libre todavía del fuego, y por una escala de *gato* fueron descendiendo hasta estar todos salvados. ¡Con qué alegría pisaban el fondo de la pequeña embarcación!... Todos querían tomar al mismo tiempo la escala; hubo sus empujones y atropellos; lamentos y clamores; brazos al aire demandando preterición de socorro, y dominando esta tumultuosa lucha por la vida, el acento británico del Capitán imponiendo orden y recomendando calma. Este fué el último que descendió; y á la luz de nuestros focos eléctricos y la viva llama del incendio, señora de casi todo el buque, pude contemplar una escena, que no lloré por ser inoportuno en aquel momento. Indiferente á nuestros llamamientos estaba el Capitán del *Alexandra* en el castillo de proa, en actitud arrogante; inmóvil como una estatua, la frente erguida y cruzados sus brazos, parecía desafiar al fuego á que destruyera su vida, como destruía su porvenir y abrasaba su pan y el de su familia. De repente, avanza con paso firme y decidido hasta el palo mayor, y se abraza una, dos, tres veces á su grueso pié; abrazos que todos entendimos como despedida de su querido buque. Después, dirigiendo sus miradas de popa á proa, é indicando su paso perezoso el dolor que le producía el abandono de aquella cubierta que ya le quemaba los piés, llegó hasta nuestro bote,

donde cayó en mis brazos anegado en llanto como una niña cuando se le rompe la casa de sus muñecas.

Todos se han salvado. Pero sorprendidos en el primer sueño, había muchos hombres en paños menores, y varias señoras, víctimas de su precipitación, iban en el bote sin más abrigo que la camisa, por lo que tuvimos que cubrir algunas con las blusas de los marineros.

Debe pasarse una especie de locura cuando la vida se halla gravemente amenazada y por una casualidad se prolonga la existencia. Seguro que hasta el criminal más feroz y empedernido, abrazaría al verdugo y á los jueces sentenciadores, si en el momento de sentir en su cuello el frío de la argolla se le perdonara la vida.

No puedo olvidar á una señora alemana, alta, huesosa, que al recibirla en el bote salvador, se abrazó á mí con alegría indescriptible y me llenaba de besos y abrazos como si fuera su hijo; varias veces se levantó de su asiento y volvía á repetir las caricias durante la conducción á bordo, acompañando su acción con palabras kilométricas plagadas de consonantes. Al ver aquel montón de huesos (que no era más tal señora), coronados por una peluca blanca y cubiertos por solo su camisa, me parecía la muerte queriendo ahogarme con sus descarnados brazos por haber librado de su fúnebre guadaña tantas almas.

Por fin, todos estaban á bordo del *San Ignacio*; y lo primero que se hizo, fué una requisita general entre los pasajeros para proporcionar ropas á muchos que, con sobra de tiempo, el terror no habíales dejado vestir.

Salvadas las personas, toda mi atención se reconcentró en la cosa. Ni el temporal más deshecho ofrecerá el cuadro horrible que presentaba el *Alexandra*. De popa á proa no había más que una sola llama; me parecía una tormenta de fuego, que en vez de montañas de espuma, se producían de luz. A un cable de distancia continuaba el *San Ignacio* y no podía resistirse; el calor asfixiaba; á doble distancia aún se sentía. ¡Cómo se recreaban las llamas campaneando en el aire sus raras formas considerándose dueñas y señoras absolutas del

buque!... Sus lenguas de fuego penetraban por un lado, salían por otro, retrocedían, y siempre destruyendo en su corta carrera. Dos gigantes con sus enormes brazos extendidos, desafiaban aún su poderío: el palo mayor y trinquete que el fuego no había vencido, y que después, abrasados en su parte baja, se precipitaron con sus vergas sobre cubierta con estrépito terrible; á semejanza de los toros de antaño que, segadas sus patas, caían vencidos en el redondel á los pies del matador. Pero las llamas seguían lo mismo; parecía que el infierno rompía capas y capas de agua, hacía su aparición en la superficie.

Como prolongar más nuestra contemplación era añadir un nuevo dolor á los tripulantes y pasajeros del *steamer*, decidió el Capitán continuar nuestro interrumpido viaje. Pero el ex-capitán del *Alexandra*, un inglés excesivamente encariñado con su buque, y por rara coincidencia demasiado impresionable, presenciaba desde el puente el curso del siniestro, y comprendiendo que aquello era muy largo, dijo en inglés:

—Me parece el barco un sér humano en la agonía retorciéndose en horribles convulsiones y que al fin ha de perecer. Así—continuó,—mi deseo sería acortar esos sufrimientos. Es muy probable que una vez abrasado el maderamen y carga, quede el casco flotando y las corrientes le arrastren, siendo causa que alguna noche cerrada como ésta, si antes no llega un temporal, choque con algún buque y origine desgracias. El *San Ignacio*—dijo—como correo, ¿tendrá algún cañón?

—Sí—contestó nuestro Capitán,—tiene dos Hontorias de nueve centímetros.

—Pues ruego á V. que le disparen unos cuantos cañonazos para echarlo á pique.

—Nada más fácil—contestó.—A ver; ¿El cabo de cañón? Que cargue la pieza de estribor y le mande unas *peladillas* al *Alexandra*.

Cumplida puntualmente la orden, el cabo, que había servido muchos años en la Armada como artillero de primera, comenzó su faena disparando cinco proyectiles contra el casco y á flor de agua. Los focos eléctricos y la vivísima claridad

del fuego, hiciéronle apuntar con la seguridad de no errar el tiro. A pesar de esto, permanecimos media hora en observación, pudiendo apreciar una sumersión como de medio metro. Visto por el Capitán el feliz resultado de la puntería, mandó se repitiera con otros tres proyectiles, y seguidamente para no retrasar más el viaje, ordenó el abandono de aquel lugar tristísimo, alejándonos á toda máquina.

Las llamas, conocían al parecer la poca vida que las quedaba, pues redoblaban su esfuerzo abrasando con voraz ímpetu lo poco que les restaba destruir. Y al divisar casi en el horizonte el desastroso fin del *Alexandra*, desapareció á nuestra vista aquel conjunto de lenguas horrorosas, sepultándose donde parecían haber nacido.

Cuando apareció la aurora de la mañana con su túnica rosada, me figuré ver aún la silueta roja del *steamer* que nos perseguía con ademanes siniestros.

En el Índico.

Día 24

¡Qué diversidad de sensaciones sufre el sér humano en la carrera de su vida!... De lo trágico á lo bufo; del llanto á la risa; del terror á la calma; del dolor al placer; del amor á la vida, al de una maleta llena de alhajas. «Todo según el color del cristal conque se mira».

Ayer tenía delante de mí un cristal muy negro; sentía amargamente los horrores de una catástrofe; un drama marítimo, en que el escenario ardiendo se hundió en un foso. Hoy, aquel cristal es claro, limpio, trasparente, y los personajes que á través de su espesura distingo, me excitan la risa.

He pasado la mayor parte del día analizando apariciones nuevas de los viajeros que hubo que vestir. Una inglesa, como el palo de un telégrafo de larga, se ha presentado en cubierta con una falda hasta poco más abajo de las rodillas, y en cambio de cuerpo le sobraba para otro; luciendo la mitad de sus *robustos* brazos, y con unas zapatillas en que sólo podía meter los dedos, porque aquello no eran pies, eran dos botes de pesca. Otro británico, grande y mofetudo, llevaba los brazos como si tuviera golondrinos, pues las mangas eran embudos en aquellos brazos, rematados con unas manos como soplillos.

En fin; he dado al más pequeño y flaco de todos ellos un pantalón, y cuando le ví, he creído que le había pintado de blanco, pues enseñaba por todas partes los calzoncillos como si le hubiera cogido un veragüeño.

¿Y yo qué habré hecho para que Dios me trate tan mal? Porque la buena alemana es un castigo que Él me ha enviado. Apenas me echa la vista encima, ya siento sus manos descarnadas que me tocan la cara. Hasta en el comedor, cuando más descuidado estoy, me mete la barba por la nuca y deja colgar de mis hombros sus brazos como si fueran dos espátulas. Le han dado una chaqueta de hombre y porque la sofocaba, ha arrancado las mangas; así que está la señora, que si no se ha vuelto loca y sigue lo mismo, un día... la arrojo al agua. ¡Si me parece mi visabuela que ha surgido de la tumba para tener el gusto de conocerme...! Lo peor es, si un día en lugar de abrazarme, me aprieta demasiado el cuello y me ahoga... ¿Será miembro de alguna sociedad de estranguladores de la India?

Para desechar la preocupación causada por los abrazos de la alemana, y favorecido por la placidez de la noche aumentada por un cielo limpio, quise situarme por observaciones á las estrellas, y cuando tenía convenientemente enfocado el pequeño astro, siento que me tocan el hombro. La primera idea fué volverme rápidamente con intención de cometer una atrocidad, y al intentarlo, me hallé con la cara simpática de mi amigo X... que se refa de mi sobresalto.

—¿Te has asustado?—me preguntó.

—Tanto como eso, no. Pero he creído que era la sombra mortuoria de la alemana, que ni en este lugar, casi sagrado para mí, me dejaba tranquilo.

—Pues tranquilízate. Porque tal señora está loca rematada.

—Ahora mucho menos podré estarlo. ¿Tú sabes las ideas que abrigará contra mí? Hasta hoy á nadie se ha dirigido.

—Vaya, no te acuerdes de eso. ¿Qué hacías? ¿Situarte?

—Sí; pero si obro más de ligero, te sitúo el sextante en la cabeza.

—¿Te has enfadado conmigo?

—No; querido mío. ¿Cómo voy á enfadarme cuando con tu sincera amistad me ayudas á sobrellevar el aburrimiento mal humorado que causa esta guardia? Es más, no sé cómo te decides á venir aquí, porque este puente es una fragua.

—No importa, Alfredo. Ya sabes que mi vida ha de figurar anónimamente en tus memorias, y he contraído la deuda de llegar hasta el fin.

—Pues continúa, porque si no me engaño, van á pasar muchos días sin acompañarme.

—¿Por qué?

—Mira la derrota que llevamos. No podemos derivarnos más al Sur por no alargar un día ó más el viaje, y creo que nuestra proximidad á las costas de Colombo, nos hará sentir los efectos de la *monzón* comenzando á dar *tumbos* continuos hasta Aden. Conque así, empieza tu entrevista con el padre de M..., que es donde llegamos. ¿Verdad?

—Sí; hoy también yo me acordaba, y últimamente te decía que al ordenar á uno de sus criados que me franquease la entrada, sentí como una especie de valerosa decisión, armada con ese mismo valor que presta la razón de la causa que se defiende. No me asustaban los salones que hube de cruzar hasta llegar á su estancia, adornados con lujo exajerado y sin la menor ornamentación artística; no se veían en aquellas paredes groseramente colgadas, el gusto y arte que presta la costumbre natural y antigua del poseedor; ni un pergamino, ni un cuadro que enseñara á la posteridad la procedencia sucesiva y genealógica de nobles antepasados; ni un retrato de esos que al mirar las líneas severas del rostro, se siente un respeto digno de servicios pasados; todas aquellas paredes, desnudas de heráldicos emblemas, parecían animarme con sus recientes y grotescas pinturas, á ser el hombre que habla con un igual, sin temer que de ellas surgiera la figura noble y armada del fundador de la guerrera raza, dispuesto á defender á su descendiente de los insultos que le serían devueltos apenas pronunciados por el amo y señor de la castellana morada.

Así que, al llegar á la puerta de su gabinete, con voz muy serena, pregunté: —¿Se puede pasar?

—Adelante—contestó el padre de M...

No hubo saludo alguno, y lo primero que hice fué ponerme á su disposición, teniendo la osadía de tomar asiento yo mismo, porque ni esto me fué ofrecido, creyendo sin duda

que iba á hablar con alguno de sus criados. En resumen; nuestra entrevista quedó reducida poco más ó menos á lo siguiente:

—¿Supongo—dijo Don S...—que adivinarás para qué te he hecho venir?

—Si V. no se explica con más claridad, no puedo ni podré suponerlo.

—Pues ha sido—replicó—para que me devuelvas la paz y tranquilidad de mi casa, que á espaldas mías has usurpado.

—Para la realización de imposibles—contesté—no nos puso Dios en el mundo, y tal es lo que V. pide; ni yo ni nadie puede dar lo que no tiene.

—¿No tienes el corazón y el alma de mi hija, arrebatado de un modo rastroso á orillas del mar, y valido infamemente de su infantil inocencia? ¿No he visto yo una mancha en sus labios, que es el beso que le arrancaste el día que tuve la simple debilidad de permitirte embarcar en la *Esperanza*? ¿No has hecho enfermar á mi hija?

Entonces—dijo mi amigo—ya no pude contenerme, y con el mismo tono de voz por él empleado, contesté:

—Si los azares más ó menos limpios de su vida le han encumbrado, jamás llevarán anejo el derecho al vilipendio. Pero V. es como una grúa que levanta un peso determinado, y en cuanto es aumentado se derrumba; V. no nació más que para trabajar como una máquina, no para comprender; la inteligencia por lo que se refiere á penetrar en los sentimientos humanos, ha desaparecido bajo la capa sistemática del negocio; ahora necesita V. de su ilustración para vivir en sociedad, y lo mismo que la grúa, se derrumba V., porque al querer salir de ese oscuro círculo, no vé V., y dá contra las paredes.

—¿Olvidas—contestó hecho una hiena—que estás en mi casa y puedo arrojarte á palos?

—También V. debe tener presente que á los diez y ocho años ya se sabe lo que es honra, y antes de que nadie deje caer en ella la más leve mancha, se dispone de una vida llena de ardor juvenil para defenderla.

—¿Y sin duda—dijo—por esa acrisolada honradez, alimentas la quimérica idea de hacerte amar por mi hija? ¿En qué fundas—continuó—tan descabellada ilusión? ¿Con qué títulos cuentas para aspiración tan absurda? Entiendes el mundo muy á la antigua. Desapareció aquella época en que las grandes señoras se entregaban locas de amor en brazos de sus escuderos, hoy sólo se entregan al sonido de los escudos. Conque, así, desecha toda esperanza y olvídate de la existencia de M...

—Me dá pena—le dije—escucharle, por la ignorancia que demuestra. ¿Qué resultado obtendría V. con bajar á su jardín y deshojar todas las flores para que murieran las plantas? ¿Lo conseguiría V.? No; mataría V. un elemento secundario; el esencial, viviría, aunque con aspecto de muerte hasta arrancar la raíz. Pues bien; si yo, que nunca tuve el atrevimiento de dirigir á su hija ni una palabra amorosa, me olvidara de su vida, viviría, sí, pero su alma estaría conmigo; sería un cuerpo muerto. Porque esta afección ha nacido espontáneamente; sin hablar nos entendimos; uniéndonos como los árboles de una alameda que de pequeñitos se miran, y con el tiempo, sus ramas se enlazan y se besan. V. me obligó á que hablara, y ya sabe V. más que M... ¡Quizá le haya V. arrancado con la violencia su inocente confesión!... Ya sabe V. la mía que es igual.

—Pues ten entendido—dijo, revolviéndose en su butaca como una fiera en el lazo—que antes la veré muerta, que unida á un triste pescador.

—No sé, querido amigo,—dijo X...—lo que entonces pasó por mí. Sólo puedo decirte, que quise levantarme y me hallé con las uñas clavadas al asiento. Una nube obscureció mi vista y la sangre brotó de mis labios. Por fin, con palabra mal dominada por la ira, le dije:

—Ha olvidado V. su cuna, y de ninguna manera se ve más palpable la bajeza de alma é innobles sentimientos del hombre que no se acuerda de la clase en que nació. Aunque á V. le pese, aún se ven sus manos callosas y curtidas por el manejo del remo y las redes, en compañía de mi padre y demás ancianos de la aldea; todavía parece que sus ropas despiden el

olor salitroso de la pesca, guardando el color verdoso que produce la acción constante del agua del mar...; el sabor de la brea se respira por todos los ámbitos de esta casa y la lona cubre sus paredes...; en este momento, ese cordón que su negra mano empuña para llamar á la servidumbre, me parece la cuerda de una vela que va V. amarrar á la borda...; solo le falta tener una langosta en la boca para que con sus garras le destruya la lengua.

—¡¡Infame!!—gritó con toda la fuerza de su aborrecible alma.

—No; si aún no he concluido; si ha de oirme V. hasta el fin; si además quiere V. convertirse por voluntad propia en un sér anónimo, porque al olvidar los brazos que le mecieron, reniega V. de su padre y de su madre..., y se hace V. un expósito...; y ofuscado por la miseria de sus riquezas, quiere V. proceder del montón hediondo de los hijos del crimen... Ahora—continué—llame V. á sus criados, que oirán lo que acaso ignoren. Pero antes de que V. me eche, salgo yo mismo.

El tigre más feroz—continuó mi amigo—no hubiera dado salto más pronto para estrangular á su presa; pero yo, que adiviné algo, esperé la acometida cruzado de brazos, y aquél hombre quedó parado en medio de la habitación, causando horror mirar su cara, pues lo mismo que el domador domina á la fiera con la vista, así había dominado al señor de C... con la mía. Comprendí que le había vencido y humillado.

Después de un rato de silencio, me dijo:

—Ahí tienes la puerta.

—Por la que salgo—contesté—alegre, porque su presencia me es horrible, pero con el pesar de no haber visto á M...

—Ni la verás nunca.

—Está V. equivocado, porque la estoy viendo en este momento con los ojos del alma, arrodillada y rogando á Dios le libre de las manos de su verdugo; la veo descolorida, surcando las lágrimas sus mejillas y agobiada quizá por los síntomas de terrible enfermedad...; esa mancha que antes dijo usted había visto en sus lábios, será algún esputo sanguinolento que sin fuerza para arrojarle se ha secado en ellos...; así

estoy viendo á ese ángel. Y sepa V. que si antes oponía fuerte dique á este amor que naturalmente nació, por la enorme diferencia que de ella me separaba, hoy le rompo, amándola á la faz del mundo, y cuando el río corra hacia el lugar de su nacimiento entonces me olvidaré de su vida.

—¡Y yo también te querré siempre!...—exclamó una voz á mi espalda que al instante conocí. Era M... que apareció por una puerta falsa, pálida como un cadáver, con los ojos llorosos, y esparcida su dorada cabellera.

—¿Quién te ha mandado entrar aquí?—Gritó con voz de trueno su padre que avanzó hácia ella para castigarla. Pero yo me interpuse, y conteniéndole con la vista, comprendió sin duda mi decisión de lanzarme sobre él.

—Yo—dijo M...—que todo lo he oído desde mi encierro. Porque sábelo, X...; desde el día que me arrancó el secreto de nuestro cariño á fuerza de martirizarme, guiado por mi tristeza, ahí me ha tenido encerrada hace ¡diez meses! Él viene á buscarme á las horas de comer, y vuelve de nuevo á encerrarme; llega la noche, y ya acostada, también él duerme en la cama que allí ha hecho colocar; y para que, ni las brisas del mar penetren por la ventana refrescando mi frente calenturienta, ha clavado sus marcos como si se tratase de una presidaria empedernida. Estas manos tan curtidas y negras—continuó M... cogiendo las mías—son más hermosas y limpias que su alma.

Entonces quise arrojarme sobre aquel monstruoso verdugo, pero la víctima me detuvo diciendo:

—¡Es mi padre!

—¿Qué quiere V.?—continuó yo—¿Oro, mucho oro? Pues sabré adquirirlo.

Y Don S..., avergonzado de sí mismo, sin que su alma sintiera herida la fibra, inerte para él, del cariño paternal, con la cabeza inclinada y mirando al suelo, contestó:

—Sí; hazte rico, trabaja, y cuando lo seas, acaso cambie.

—Ya lo oyes—dije á M...:—voy hacerme rico para tí, á trabajar, y sólo para tí.

—Si yo no lo necesito—contestó con infantil candidez.

—Pero es el castigo que nos impone tu *buen* padre.

—Vaya—dijo el señor de C...,—hemos terminado.

—Y V. ¿ha terminado también de martirizar á su hija?

—Pregunté al mismo tiempo.

Pero M... no le dejó contestar, y llevándome de la mano á un balcón, me dijo:

—¿Ves aquella cruz que se eleva sobre aquellas tapias?... Pues allí te espero si continúa mi martirio.

Cuando salí de aquella casa, tenía una sed abrasadora; la sed del oro. La misma noche, soñé que tenía delante de mí un inmenso montón de monedas cuyo sonido me embriagaba.

Apenas el alba mostró los encantos de un día espléndido, me dirigí á la *Esperanza* para verificar la descarga; pero los perversos instintos que con carta de naturaleza moraban en el espíritu de Don S..., habían madrugado más; pues casi mis pies no pisaron la cubierta, cuando el Capitán me entregó un volante bajo sobre, en que el mónstruo me participaba mi separación del barco; puesto que,—decía—«para hacerse rico, hay que luchar con graves contratiempos.» No se me ocurrió otra cosa que ir á suplicarle no me imposibilitase, porque, enseguida vi retratada en mi mente la cruz que me enseñó M... Pero mi amor propio se sobrepuso al amor ajeno, y no quise humillarme, después de haberle humillado á él. Así, que, fuíme al camarote, y reuniendo en aquel saco de lona que me hizo mi madre para el viaje, toda la poca y modesta ropa que poseía, dije á un marinero que lo condujera al bote, mientras me despedía del capitán y demás compañeros de navegación, que para mi todos lo eran.

Buscando una solución para el difícil problema del porvenir, iba yo bahía adelante, sin percatarme que detrás venía otro bote, remando con presuroso afán por darme alcance. Notado que fué por mí, paró la primera embarcación, y ya reunidos, abarqué de una mirada lo inesperado del suceso. ¡Toda la tripulación!... también con sus sacos, me seguía presidida por el anciano capitán.

—A los niños—dijo este secamente—no se les puede dejar solos.

—¡Viva nuestro *pequeño* y futuro capitán!—gritó el con-
tramaestre.

Todos los marineros contestaron, y yo, enternecido hasta saltárseme las lágrimas por aquella espontánea demostración de fraternal cariño, me trasladé á su bote, y fuíles abrazando á todos, y todos llorábamos. ¡Era digno de contemplación, ver aquellos hombres duros y valientes llorar como niños!... El ruido de las ondas, me parecían gritos de júbilo festejando aquella fraternidad; y hasta la *Esperanza* que, solitaria se mecía en actitud gallarda, creí verla deslizarse suavemente en pos de la diminuta estela dejada por sus embarcaciones.

Ni ruegos, ni súplicas, les convencieron. Púseles de manifiesto los graves perjuicios que se irrogaban al comercio, ajeno en absoluto á los venenosos actos de un mal hijo del pueblo.

—Regresad—les dije—y cuando hayais verificado el alijo, venid á tierra si tal es vuestro deseo, y entonces, ya no nos separaremos.

—¡No, no!...—gritaron todos—¡Que nos busque!... Y ahora—dijo uno de ellos—vamos á cobrar.

—¡Por Dios!...—dije al Capitán—vaya V., no cometan algún atropello; y advierta V. al mismo tiempo que tal acto es *motu proprio*, sin ingerencia alguna por parte mía.

Con su carga de ropa embreada debajo del brazo, se dirigieron al hotel del *americano*, y luego supe por el Capitán, que tuvo la incomprensible calma de no preguntar qué significaba aquéllo. Les pagó sin hablar palabra y se retiraron á sus respectivas chozas.

¿Cómo pagaré yo—dijo mi amigo X...—la muestra de aprecio dada por esos hombres que aún navegan por los estrechos filipinos?

—Eso—he dicho—no podrás pagarlo nunca. ¿Y cómo te han dejado venir?

—Porque demasiado saben mi incapacidad para el engaño. Les he prometido que nos reuniremos otra vez allá ó en nuestro pueblo.

—Entonces, dime, ¿qué piensas?

—No lo sé; tengo que llegar á España para pensar algo. Porque hace dos años...

—No, no; no adelantes los sucesos por curiosidad é indiscrección mía; entérame cómo terminó esa sedición sin cabeza directiva, en la que todos se unieron sin concertarse.

—Pues que su decisión de no volver á bordo era tan firme, que al día siguiente, cuando de madrugada fuí á la playa para contemplar tristemente la soledad y abandono de la *Esperanza*, estaban todos reunidos, dejando *listos* los aparejos de pesca, para salir á ejercerla como en otro tiempo lo hicieron. Al ver entonces tal arraigo en su voluntad, me uní á ellos y volví á pescar. Y cada golpe que el remo daba en las aguas, parecía decirme: ¡Qué tranquila y apacible habrías deslizado tu vida, si no me hubieras dejado! Por eso aquel día cruzaba mi mente á cada paso el recuerdo del pasado, y al regreso no pude menos de exclamar: ¡Qué feliz he sido hoy, madre mía! Pero noto, amigo mío, que con mis sentimentales digresiones, me aparto del relato comenzado.

Varios días anduvo el soberbio millonario buscando trabajadores en el pueblo para descargar su barca, mas sus esfuerzos fueron inútiles, pues se estrellaron ante el odio y la conjura que habíase despertado contra él en la aldea; si bien es cierto, que ni la más pequeña obra de caridad le había hecho acreedor al respeto y sumisión de sus pobres habitantes.

Numerosas debieron ser las reclamaciones de los comerciantes, exigiendo la reparación de los perjuicios ocasionados por la tardanza en recibir sus mercancías, pues se vió obligado el señor de C... á verificar una excursión por los pueblos limítrofes en busca de trabajadores, y á fuerza de crecidos jornales consiguió alijar la *Esperanza*.

Después decidió ponerla en venta, y á poco llegó un naviero catalán, que enterado de las condiciones marineras, moderna y reciente construcción del brik-barca, no dudó en su adquisición, y ya dueño de ella, procedió á formar su tripulación, para lo cual avistóse con el capitán que siempre lo mandó, y con este nos reunimos todos otra vez en aquella

cubierta, que ya pedía nuestra limpieza y solicitud para hermosearla.

Por consejo del nuevo armador, se aumentó la tripulación hasta veinte hombres. ¡Veinte hermanos!... que nuevamente salíamos á luchar contra los peligros porque había de atravesar nuestra vida; pues todos éramos del pueblo, y seguramente bautizados en la misma pila; en el fondo de alguna trainera.

A los pocos días salimos con rumbo á Barcelona, y allí abarrotamos las bodegas de la *Esperanza*, saliendo para Filipinas por el Cabo, y según deseos del dueño, para quedarnos navegando en aquellos mares.

El viaje tuvo de todo; pero llegamos sanos y salvos á Manila; y nuestra navegación ha sido siempre entre China y el Archipiélago, lanzándonos varias veces á la India y al Pacífico y dos á Inglaterra.

Ahora, amigo mío, voy á ocuparme de mi solo.

—Bien—he dicho; —pero puedes dejarlo para otra ocasión, pues el relevo se acerca. Cuando la hora de guardia nos favorezca, te avisaré (si el tiempo lo permite). ¿Pero sabes —continué —que desde que has comenzado el relato de esta parte de tu vida, tienes más blanca la cabeza?

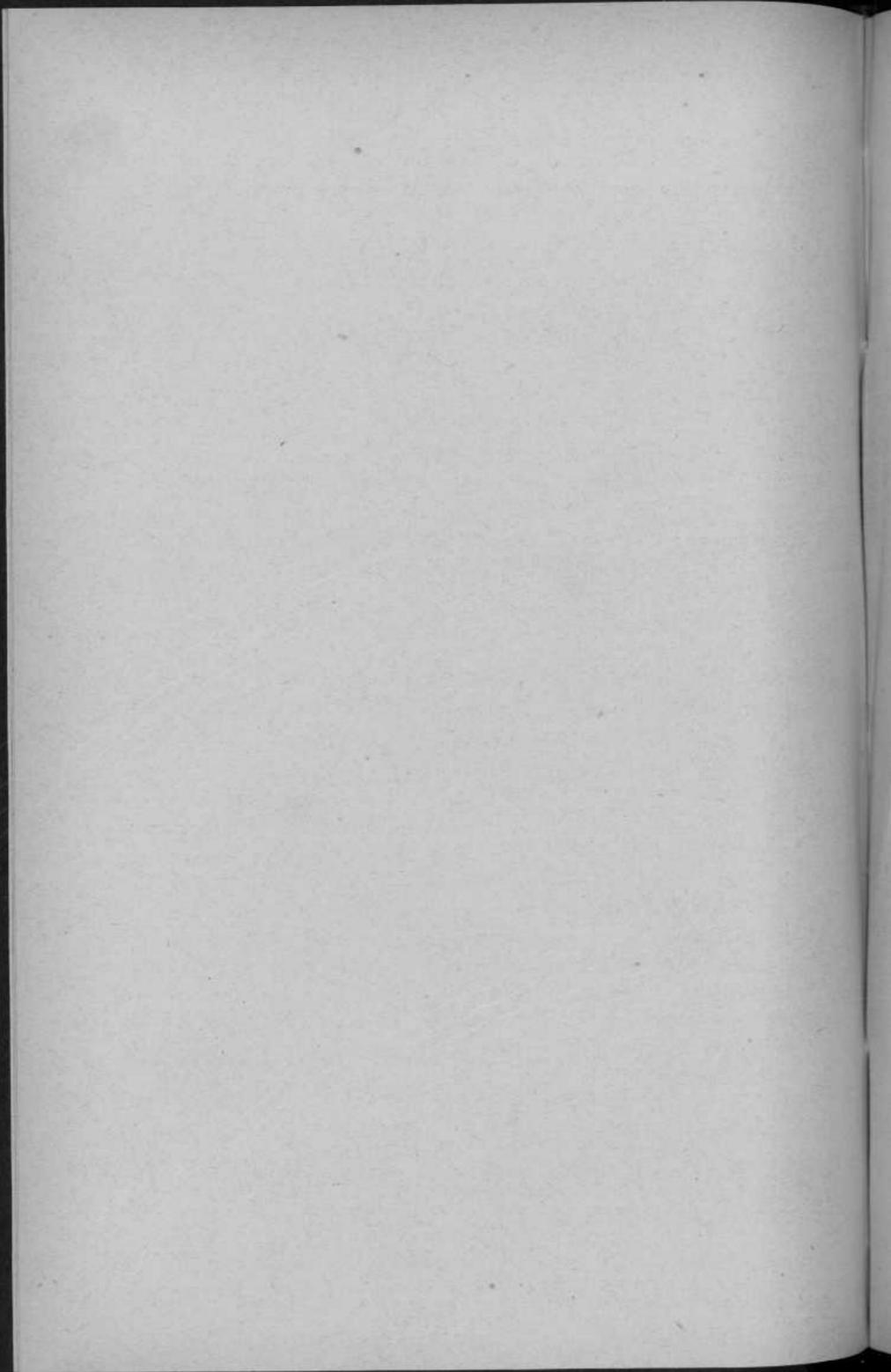
—No lo dudo, querido, pues también observo, —contestó amargamente —que una cosa que siento aquí dentro del pecho, cada día que pasa se mueve con menos vida y no late como hace catorce años.

Y después de quedarse un momento mirándome fijamente, exclamó:

—¡Qué dichoso eres!... Adiós.

—Adiós —contesté. —No pudiendo menos de dar cabida á la duda, de si yo tendría asegurada la dicha que él enviaba.

En el Índico.



Día 1.º de Octubre

No se puede ser profeta sin exponerse á sufrir lamentables errores, ó á que la profecía se cumpla en perjuicio de quien la puso en labios profanos.

Anuncié á mi amigo X... que quizá no podríamos renovar nuestras nocturnas sesiones hasta pasados varios días, y la fatalidad se ha hermanado con el acierto. No han cesado de embarcar frecuentes golpes de mar por la proa; los chubascos se han sucedido sin interrupción, y las noches más despejadas, han sido como el alma de don S..., á quien no puedo olvidar; es decir, á él sí: lo que no olvido son esos dos seres separados por él acaso para siempre, y como tengo tan presente esos *tristes efectos*, por lógica pura, tiene que aparecerse también la *brutal causa*. ¡No creí saber tanta metafísica! Pero como ésta es tan *sólida*, está reñida con el agua, que no tiene tal propiedad; y lo que á mi interesa recordar son cosas del agua ó sucesos ocurridos en ella. Así, por ejemplo; el gran pesar que se me ha quitado de encima, le debo al agua, porque en Adén he visto, como un bote impelido por el líquido azulado, conducía á tierra el esqueleto andante de la desgraciada alemana (ahora la compadezco), que no sé quién tuvo la *feliz* ocurrencia de enseñarla en español mi nombre y á decir maleta, porque en cuanto tenía ocasión propicia, ya estaba gritando: «¡Alfreto!... ¡mi maleta, mi maleta!», pues ultimamente había dado en la manía de decir que yo tenía su maleta. ¡Pobre señora! Ya puede volver al Índico, y dedi-

carse á la pesca, á ver si encuentra su maleta, alhajas y dinero, en el vientre de algún cetáceo.

¡Y qué descortesía la de los ingleses!... Contentos porque iban á pisar tierra de su nación, ni se han despedido. Voy á pedir una indemnización á su Gobierno, por los pantalones que se ha llevado uno de ellos. Esto cuando llegue á Inglaterra. Ahora lo que más roba mi atención es el desenlace de los amores de mi amigo, que francamente, no alcanzo á preveerle aunque sí su proximidad. Lô malo es que nos hallamos en el Mar Rojo y este punto no se presta á distracciones por lo peligroso de su fondo. He estado luchando entre avisarle ó no... Después he pensado que si me decido á reconcentrar todo mi cuidado en sólo la guardia, no vamos á poder terminar hasta salir de Port-Said, pues siempre tendremos el inconveniente del Mar Rojo... ¿Qué haré?... No, lo primero es cumplir con mi deber; además, administrarán esta noche el Viático á ese infeliz marinero enfermo de pulmonía, y conviene estar sólo. En una palabra; que me decidí á poner mis cinco sentidos en la derrota y pasar solito la guardia; no sin haber recibido en su trascurso la dolorosa impresión de ver al Capellán y dos marineros dirigirse á dar el Señor á un compañero en la flor de su vida, veinticinco años!... Al sentir por los oscuros callejones, cuando todo dormía á bordo, el agudo sonido de la campanilla, el timonel y yo nos descubrimos, implorando del cielo no permitiera el fin de una vida tan preciosa.

—¡Pobre Antonio!...—dijo el timonel.

—¿De dónde es ese chico?—pregunté.

—Del Grao. Vive sólo con su madre y él la mantiene.

Cuando terminé la guardia, me dirigí á la enfermería, y allí, entre férreas paredes, prestándole aire para respirar, y en estrecha litera, se hallaba un joven hace poco robusto, y entonces próximo á terminar su existencia.

Al salir de aquel triste recinto, las luces de á bordo me parecían velas fúnebres, y el choque de las ondas contra el casco, golpes de azada abriendo una sepultura.

En el Mar Rojo.

Día 3

¿Estaré predestinado al sufrimiento?... Todas aquellas impresiones que más dolor causan al espíritu, ¡me están reservadas!... Dios, no solo no tuvo á bien atender mi ruego, sino que me ha hecho presenciar el entierro del infeliz marinero, y asistir al inventario de su mísera hacienda.

Como estas escenas se ocultan siempre á la curiosidad de los pasajeros, á las diez de la noche, sin que nadie se apercibiera, salió el mortuario séquito de la enfermería, y á los pocos pasos depositó en la proa un saco con dos lingotes de hierro fuertemente amarrados. Cualquier ignorante, acerca de lo que contenía aquel ya bendito y pobre hábito, preguntaría: «¿Qué es eso? ¿Alguna mercancía averiada?» Y ciertamente que la pregunta no estaba fuera de lugar. Nadie podría sospechar que el interior de aquella lona guardase un cuerpo que con su expuesto trabajo era el sostén de su anciana madre... Nadie podría figurarse, que al amarrar una cuerda á los extremos de aquel bulto y comenzar á descenderle hasta la inmensa sepultura, fuera un cuerpo que su robustez causó envidia á la muerte, consiguiendo su destrucción por breve y aguda enfermedad... Nadie, al percibir el seco «arria» de los marineros, que maniobraban como si fueran á sondar para enterrarle en el negro panteón del abismo, hubiera creído se trataba del sepelio de un compañero... Pero si después llegó

á oír un «¡Dios te perdone!» que pronunció el contra maestre, y viera como las lágrimas corrían por la negra piel de los marineros al volver las cuerdas á bordo y hallarse sin la carga que arrojaron, y como fuera de la borda su cuerpo fijaban la vista en el lugar, en el hoyo, para darle el último adiós, entonces hubiérase convencido que no era un fardo echado á perder, no un barril reventado, no carne putrefacta, sinó un hombre que ha muerto, y le entierran en el mar; en el mejor nicho; en el cementerio libre de profanaciones humanas y de irreligiosas y fingidas visitas... Aquí es donde el día de todos los Santos descende celeste cuerda de ángeles, para sembrar flores y depositar coronas sobre las tumbas formadas por madreporas y corales, que guardan restos de los que en el mar nacieron y en él fueron enterrados, entre los breves responsos de un capellán y el dolor fraternal de sus compañeros.

¿Y quién será capaz de hacer entrega de la herencia á la madre que espera ansiosa el regreso de su hijo? ¿Cómo, cuando en el Grao se presente preguntando como otras veces «¿Dónde está Antonio?» se le vá á decir: «No ha llegado»... No seré yo. Aquel saco cuidadosamente guardado que contiene blusas y bombachos, será el que la participe la fatal noticia; allí hay tambien un pañuelito de seda que en Singapore le compró su hijo, y otros regalitos que con sus ahorros la llevaba... Eso es todo su capital. Ese saco le besará mil veces, y los vivos del pañuelo se trocarán en un negro terrible para indicar el luto que siempre llevará en su corazón por el hijo que tantas veces abrigó contra su pecho. Todos esos recuerdos serán tanto tormento para su alma como si estuviera constantemente sintiendo doblar las campanas por la agonía de ese sér amado... Y cuando la desgraciada vea mentalmente á su hijo, primero, en un oscuro y lóbrego camarote sin aire..., sin compañía..., velándole animaluchos asquerosos..., sin el bálsamo de sus besos para aliviar las congojas de fuertes dolores; que muchas veces exclamaría: «¡Ay madre!...» y ella á cientos de leguas, sin verle... sin acudir en su auxilio... Después, como ella le dió á luz, envuelto en una lona sin más cruces ni rosario que dos pedazos de plomo, echarle de á bordo

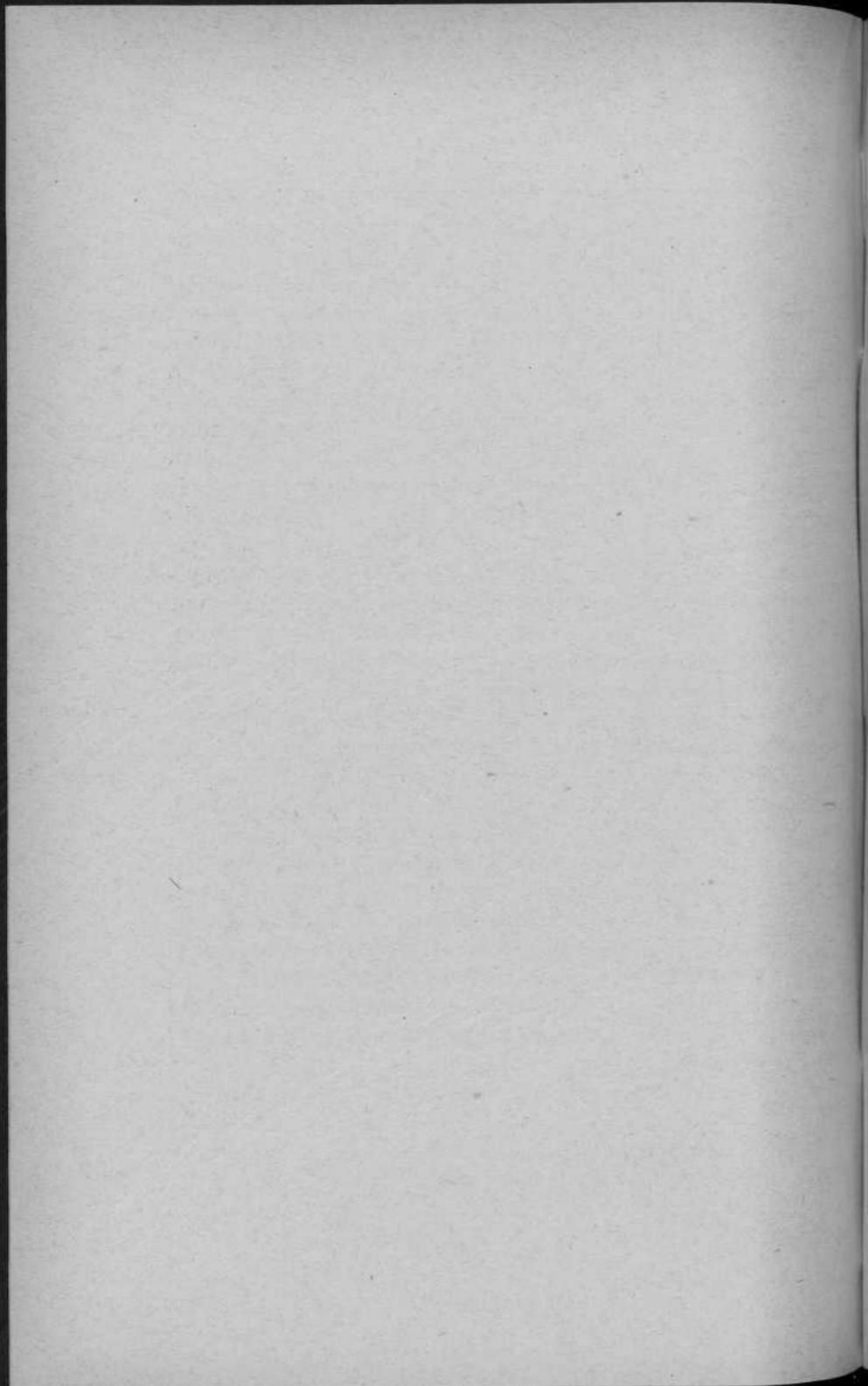
hasta tocar en el agua... Y por último, su pensamiento penetrará en el mar; le verá descender rápidamente buscando por su propio peso definitiva sepultura...; le verá chocar contra endurecidos bancos de arena, y de allí, precipitarse como una peña arrojada desde la cumbre de un monte hasta llegar á otra cuesta por la que bajará rebotando aquí y allá entre maleza y erizados peñascales... y seguirá bajando... y bajando... hasta tropezar con alguna planta marina que, débil para sostenerle, le arroje al fondo sobre dura roca aprisionándole entre sus brazos de granito... Y si su pensamiento ya excitado... hace que vea el sér tiernamente mecido en sus brazos rodeado de feroces anfitriones que cercando una mesa de ágatas se disponen á festejar el hallazgo con horrible banquete... y que cada cual, después de hambrienta lucha, se aleja con un pedazo del sér de sus entrañas, sus fuerzas se acabarán, se nublará su vista, y desgarrada su alma en torrentes de dolor, caerá desplomada en brazos... ¡en brazos del vacío!... porque no está allí su hijo para sostenerla.

Yo, si obligado me viera á darla la infausta nueva, reuniendo todas mis energías, cogería el Diario de Navegación de á bordo donde con un laconismo que dá pena, y como si fuese la cosa más natural del mundo, se halla estampado lo siguiente:

«A las nueve horas comenzó á soplar un viento fresco, con cielo y horizonte despejado, siguiendo sin novedad hasta las 10 h. 17 m., que fué arrojado al agua un marinero. A las 11 h. apareció por la proa un brik-barca que ciñe amura estribor con gavias y mayores.»

¡Esta es la única esquela de defunción que participa el término de una vida, anotada con glacial indiferencia entre un viento que sopla y unas velas que se ciñen!

En el Rojo.



Día 7.

Ya nos hallamos nuevamente con rumbo á Barcelona. Todas las caras han arrojado su expresión de monotonía, y la revisten de una satisfacción vivísima al recibir las brisas agradablemente frescas del Mediterráneo. Despojados los hombres de sus sencillos y blancos trajes de dril, les han reemplazado por otros genuinamente españoles. El bello sexo también abandona las telas voluptuosas y transparentes que han mal cubierto sus bellezas durante treinta días, y con dolor de algunos ojos atrevidos, ocultan su extremada *ligereza* bajo lanillas y percales oscuros é impenetrables á miradas curiosas. Cada cual va preparando su maleta, formando planes y echando cálculos de la hora, minutos y segundos en que su vista distinga las alturas del Monjuich ó la luz inquieta y viva de su faro.

Los que no se hablaron por pequeños disgustos, hijos del aburrimiento, durante la travesía, estrechan también sus manos, se dan golpecitos en el hombro y cambian familiarmente los «buenos días», evitando así, ó al menos atenuando, peligros *terrestres*. Aquellos amores *interinos* para hacer el viaje más llevadero, se van enfriando á medida que la temperatura baja, preparando la congelación completa para cuando el Capitán diga: «¡fondol!» no sentir los *calores* pasados.

En fin, que todos disfrutan ante la dulce perspectiva de salir del agua, de sacudirse, no el polvo, pero sí la humedad

salitrosa que habr ase impregnado en sus rostros en las noches de calma ecuatorial, durmiendo cara   la luna y sobre filipinas mecedoras.

Todos tienen   piensan alguna satisfacción al ver próximo el término de su viaje; todos, menos los que por nuestra desgracia tenemos que habitar sobre esta casa flotante   merced de la inseguridad de sus cimientos y expuestos   que el *casero* el día menos pensado se le antoje enviarnos unos cuantos *pisos* más abajo. Así que, por lo que   mi respecta, la indiferencia más lastimosa reina en mi espíritu; me sería igual que en este momento vir ara el *San Ignacio* poniendo su proa   Filipinas. Tan cierto es esto, que dentro de cinco días, cuando á todos vea alegres y contentos poner su planta en el muelle, mi sentimiento ser  grandísimo por haber arribado, porque me separo de mi amigo, de mi querido colega, de ese simpático marino que hacía fueran muy breves mis horas de guardia, oyéndole relatar con doloroso lenguaje la amarga etapa de su vida; pero también he de confesar que él se ha adelantado   la demostración del sentimiento previsto por mí con motivo de nuestra futura y cercana separación; porque todavía no pensaba yo en ella, cuando anoche, al reunirnos en el puente, se arrojó en mis brazos con todo el cariño de que es capaz su alma, y yo ¡ingrato! al ver tanta ternura en un hombre avezado   los peligros del mar, sin acordarme de otra cosa, pregunt :

—¿Has tenido alguna mala noticia en Port-Said?

—No:—me contest —si es que me duele mucho separarme de t ; porque tu has sido mi cariñoso confidente; mi hermano; mi único amigo, después de tantos años sin tener á quien participar mis sufrimientos...

—Gracias, amigo mío: pero rev stete de toda tu serenidad, y con calma, termina el compromiso que conmigo tienes adquirido.

—Si casi le tengo terminado. No se reduce más que   lo siguiente: llegamos   Manila, como te decía, y el río Pasig me pareció pequeño para contener las riquezas que soñaba; era un avaro, pero á mi entender digno de perdón. No era

para mí, como sabes, el tesoro que ambicionaba. Pues bien, ya dedicado por completo á las faenas marítimas, acometé toda clase de negocios mercantiles; con mi pequeño sueldo hacía compras en India y China, y como el flete no me costaba nada, pues mi camarote le convertía en bodega, siempre mis ganancias eran bastante decentes. Algunas veces, también introducía mis géneros de... (me dá vergüenza decirlo) de contrabando.

—No seas tan honradote—le he dicho,—pues aunque te hubieras dedicado única y exclusivamente á ejercer tal oficio en grande escala, ó hubieras sido temible bandido de monte, no digo toda, pero parte de la sociedad te hubiera aplaudido.

—No lo dudo, si sus ideas bebían en las mismas fuentes que nosotros.

—Aunque así no sucediera. ¿Si tendré que darte lecciones de mundo? Aplaudiría el acto presente, ignorando los motivos pasados para el aplauso. ¿Has presenciado tu alguna vez la expulsión del seno de la sociedad de individuos que en ella se han presentado ostentando riquezas de anónima adquisición ú obscura procedencia? Nunca; el fausto, los esplendores del lujo, las alhajas que deslumbran, tienden una capa sobre orígenes desconocidos, ó se la dan de opulenta procedencia. Y ¿para qué voy á decirte más? Si vas tú mismo á ser práctico en la materia. Te presentarás con tu riqueza delante del padre de M... y ya no serás el hijo de honrados pescadores, sino *Don X... opulento* Capitán de la Marina mercante. Borrará de su mente tu cuna, tu nacimiento, y hasta tratará, ¡qué absurdo! de hacer correr por tus venas otra sangre...

—¡Eso no!... Yo siempre seré el hijo del *tío* Fulano, y...

—Sí...; si tú lo pregonarás muy alto, pero si los sentimientos de tu alma fueran compatibles con el ingreso en la sociedad del gran mundo, oirías gritar constantemente: «¡no, no!», y después para desvirtuar la pureza de tu afirmación, diríanse unos á otros: «cosas tuyas..., es muy bromista».

—Entonces—dijo X...—¿En esta sociedad tienen cabida todos los crímenes?

—Sin excepción. Pero yo no he querido con esto ser cóm-

plice verbal de actos dignos de censura, sinó darte alas para que fielmente me comuniques todas tus obras, sin mostrar ante mí repugnancia alguna. Continúa.

—Pues bien, durante seis años estuve trabajando en pequeña escala, logrando reunir un pequeño capitalito. La suerte parecía favorecerme, porque pasado este tiempo, el Capitán, que como he dicho era muy viejo, se retiró á la vida privada, y fuí nombrado Capitán de la *Esperanza*, cuando tenía 22 años. Entonces que no tenía traba ninguna emprendí los negocios en grande, y si antes cometía algún fraude, desde este momento, desaparecieron por completo. Bastante era la economía en el flete. Cada viaje á China é Indias era una pingüe ganancia para M..., pues para ella trabajaba y me exponía. Nunca tomé ni un centimo de lo que mi trabajo me producía, Con el sueldo, atendía á mis pequeños gastos y al sustento de mis padres, remitiéndoles mensualmente mi paga. Y finalmente: aquí tienes—añadió mi amigo enseñándome una bonita cartera—todo el fruto de mi trabajo: sesenta y dos mil duros en letras y cheques para ofuscar al padre de M... si es que lo cree suficiente.

—¿Y si no se conformara?—pregunté.

—Entonces emplearía la violencia amparado por las leyes.

—Pero el bárbaro se exaltaría, prefiriendo quizá la muerte de su hija.

—¡Ah!... Su vida también sería muy breve.

—¡Pobre amigo mío!... Y tu perdición también segura.

—¿Sabes, Alfredo, que me estás asustando con tu fatídico lenguaje, pronosticando funestos acontecimientos?

—No es ese mi ánimo. ¿Qué más quisiera yo—continué—que al llegar á España se te abrieran aquellas puertas y entraras pisando una alfombra de flores sin que los abrojos te hicieran volver sobre tus pasos? Pero no quiero alarmarte con tristes augurios. Dime el desenlace, que ardo en deseos de saberle, ¿Qué ha sido de M... durante los catorce años que has estado navegando?

—Es cierto, que nada he dicho. ¡Pero qué voy á decir si hace catorce años que no sé nada!...

—¿Qué?...

—Escucha. Cuando salí de mi pueblo, dejé comisionado al Sr. Cura para que me escribiera dándome noticias de lo que ocurriera y sirviendo al mismo tiempo de embajador cerca de mis viejecillos. En todas sus cariñosas y paternas epístolas, me decía con laconismo para mí terrible: «de M... no sé nada, no la he visto.» Hace ocho años me participaba la muerte de mi adorado padre, y á continuación las mismas y terroríficas palabras. ¿Si también habrá muerto ella? pensaba; y esto ha hecho que mi cabeza se halle blanca como la de un anciano, y mi corazón no tenga más vida que la puramente necesaria para no morir. Esto es lo último que puedo decirte.

—¿Y no me prometes—he preguntado—que sabré toda la narración hasta lo último?

—¿Quién ha de saberlo más que tú? Mi primera carta será para tí; en ella sabrás el término de mis desgracias ó su eterna continuación. Ahora—continuó X...—vamos también nosotros á formar nuestro plan de campaña. ¿Dónde voy á escribirte?

—Para más seguridad, hazlo á Liverpool, á primeros de Noviembre, porque hemos de estar aquí todo este mes.

—¿Y cómo la dirijo?

—Aquí: «vapor *San Ignacio*, Compañía Trasatlántica, *Lancton dock (Bootle)*».

—Perfectamente. Voy á darte el último abrazo. No quiero despedirme de tí ante testigos que me vean llorar. Afíjeme en extremo la proximidad de nuestra llegada. Primero por no saber lo que allá me espera, después, nuestra separación.

—Pero nosotros somos jóvenes; ejercemos la misma profesión, y como andamos tanto, ¿quién duda que podremos hallarnos algún día?

—Es verdad. Pero observa, que aquellos seres que más anhelan por encontrarse, son generalmente empujados por la fatalidad del destino, en sentido contrario.

—Vaya, no hablemos de esto; y en cuanto á nuestra despedida, opino que debemos hacerlo cuando más gente haya, en el mismo *portalón*, pues así tendremos que ser valerosos á

la fuerza. Además, aún nos quedan cuatro días de viaje, y aunque nada tengas ya que contarme, alguna noche me acompañarás.

—Bien. Pero ocúrreseme en este momento pedirte una gracia que no me negarás. Quiero ver cómo has escrito mi historia en tu Diario de Navegación.

—Cóncedido; siempre que no te llesves mal rato.

—No sé si puedo prometerlo.

—Pues espérame en mi camarote; voy á terminar ya la guardia y te entregaré tu relato.

Cuando fui al camarote, ya él había revuelto todos mis libros, y leía con lágrimas en los ojos los primeros días de su infancia.

A la vista de la Isla de Gandía.

Día 21

Nunca hubiera pensado que la separación de un amigo fuera causa de sumirse el espíritu en el abandono y apatía. Las impresiones recibidas al desembarque en la capital del Principado; nuestra entrada en la ciudad de las flores; la población que baña el Turia con su Grao de bonita avanzada, nada ha influido para sacudir la pereza, haciéndome sentir los encantos de sus cientos de torres filigranadas que, como peripétuos gigantes, defienden los edificios que bordan su suelo.

Mas como quiera que las manifestaciones físicas de la humanidad no son eternas en su dolor, aunque dejen pequeñas reminiscencias, siempre, más tarde ó más temprano, dejan que el sér recobre su estado habitual. Por esto sin duda puedo estampar con relativa tranquilidad, las variadas impresiones que hace días tengo hacinadas en mi mente, y que mientras las unas causaron espanto en mi ánimo, otras recreáronme con su carácter marcadamente bufo.

En efecto; el día 11 faltábannos veinte horas para fondear en Barcelona. Los pasajeros lo hallaban

*todo muy bonito,
muy arregladito;*

però no contaron con la huéspedea, ó si contaron, creyéronla de mejores sentimientos.

Al amanecer este día con la costa de Cerdeña á la vista, me hallaba en el puente con el primer oficial, y apenas la cla-

ridad del día mostró, no sus encantos, sino agrupados nubarrones de color negruzo y ceniciento con viento frescachón del NO., y mar gruesa del mismo, me dijo:

—Preludios del Golfo. Llevo diez años haciendo esta travesía y, poco ó mucho, nunca el Golfo de León ha dejado de darnos una paliza.

Y el timonel, con mucha seguridad, hija sin duda de su mucha práctica, y con cierto respeto, continuó:

—Pues ésta va á ser buena, Don José.

Y ciertamente, lo ha sido.

Fuera del abrigo de la costa de Cerdeña, la mar era cada vez más gruesa y arbolada del SO., y el viento duro con frecuentes chubascos del mismo.

Las aguas del Golfo comenzaron á removerse preparándose para el ataque. El Capitán, que ya sabía con quién se las iba á entender, también se preparó. Nadie estaba allí desprevenido. ¡Qué contraste!... Unos momentos antes, los pasajeros se preparaban para abandonarnos, y después, nos preparábamos nosotros para que salvada su vida, pudieran verificar el abandono de sus salvadores.

La mar gruesa del O., hacía dar al buque grandes cabezadas y bandazos, y la cubierta estaba inundada de golpes de mar que sin interrupción embarcaban por la proa. Hasta el anochecer, el agua sólo formaba grandes surcos; ya entrada la noche, el viento duro saltó al NO., y cerrado en chubascos, se perdía la vista en profundas hondonaduras que las olas levantaban en su terrible carrera. ¡Noche horrorosa! Cinco hombres en el puente y veinte en cubierta cegados por la lluvia, arrojados al suelo con feroz ímpetu y levantados con nuevos bríos para la lucha, son los únicos que defienden esta fortaleza ambulante de los ataques de todo un elemento, de un mundo acuoso.

El *San Ignacio* resistía todos los ataques deslizándose pausadamente sobre las tenebrosas ondulaciones de los valles que el agua formaba, recibía el empuje de aquellas montañas rompiendo con su afilada proa las acometidas, ó como ágil boxeador, tumbábase de costado para esquivar el golpe y lan-

zarse nuevamente contra su enemigo. Pero el mar quería una presa, deseaba víctimas, y cada vez redoblaba más bárbaramente sus acometidas. Los gritos de terror de hombres y mujeres encerrados en las cámaras, eran ahogados por los bramidos espantosos del mar que, como horda salvaje, celebraba el miedo de los que ya creía suyos para siempre. Mas el *San Ignacio* que entre paredes de hierro y acero guardaba tanta vida, hacía alarde de sus hermosísimas condiciones marineras. Su mole, era elevada y volvía á descender como un globito cautivo en manos de un niño. Tan pronto se veían sus palos rasgando las nubes, como arrojado violentamente, clavar su quilla en un inmenso valle sin fondo para después llegar otra vez á la cumbre sacudiendo su carga de agua, como sacude el perro de Terranova sus melenas después de arrancar á la corriente el cuerpo de su amo. Pero el mar no cejaba; el tiempo continuaba empeorando; viéndonos en grave aprieto al amanecer el día 12, que el viento muy duro fué rolando al N. Entonces se puso á un cuarto la máquina, y el Capitán dispuso ponerle la proa al viento. En grave riesgo nos vimos al verificarlo, pues entonces la furia del temporal estaba en su apogeo. Al verificar esta maniobra, una ola inmensa, terrible, que como infinito tabique quiso separarnos del mundo de los vivos, elevó al *San Ignacio* á una altura que nos hizo estremecer; y al precipitarse vertiginosamente en el fondo, se nos echeba encima otra todavía mayor; el buque que parecía ya rendido, se clavó allá abajo, muy abajo... diciendo entonces el Capitán: «¡Se cuele!» Y llegó la ola y nos vimos arrojados al suelo y escupidos rabiosamente envueltos en agua y separados; unos bajamos rodando del puente, y otros arrollados hasta dejarles en los ángulos del mismo. Al levantarnos, oímos en cubierta un grito terrible: «¡hombre al agua!» gritó un marinero; y nuestra vista se clavó en las olas; vimos dos montes que se perseguían, los que nos habían escarnecido; y en la blanca cumbre del último, una cosa negra que se agitaba; un cuerpo; un hombre que hacía poco formaba parte de la tripulación, que había sido arrancado de nuestros brazos por el enemigo que, débil para vencer, llevábanos un amigo como

venganza, un compañero á quien no podíamos socorrer; y por esto nos le mostraba á veces como diciendo: «venid por él», y nosotros imposibilitados de auxiliarle, viéndole cómo pugnaba por desasirse de aquellos brazos tratando de aproximarse; ¡cómo luchaba!... parecía vérselo nadar desesperadamente; bajar, volver á subir, revolverse con ademanes desconsoladores... Después, rendido su cuerpo, pediría energías á su alma y clamaría, sí... clamaría favor, y sus voces se perderían en lo inmenso llevándolas en sentido contrario. Y ronco de gritar, apagada su voz por el agua y perdida toda esperanza de salvación, habrá visto alejarse la fortaleza, la casa que con tanto ardor defendía y de la que fué arrancado en un momento de confusión; en el último y decisivo ataque. Por último, habrása desplomado la ola que le sostenía, y, arrastrándole consigo, se habrá encargado otra de tapar la fosa ocultando el crimen de su compañera. El auxilio á su cuerpo era imposible; si parecía que, al aproximarnos á popa con intentos salvadores, las aguas se alejaban presurosas enseñándonos á nuestro marinero con sarcasmo y como desafiándonos á que fuéramos por él. Pero su alma necesitaba algo; por esto el Capitán nos invitó á rezar un Padre Nuestro, y que al verificarlo, me parecía que las rachas de viento duro que silbando penetraban por entre jarcias y vergas haciendo chocar las cuerdas unas con otras, era el choque de velas que se repartían para un entierro, y los bramidos del mar, las roncadas notas de un órgano.

Preferible hubiera sido la continuación de la lucha á la pérdida de esa vida, pues con ella pareció que el mar había saciado su apetito, porque comenzó á batirse en retirada y haciendo un último y supremo esfuerzo, penetró en nuestro buque como bárbara avalancha y nos llevó los gallineros y jaulas de ganado, ocasionando pequeños desperfectos en la obra muerta.

A las doce de la mañana comenzó á quedarse algo el mar y el viento, y puesta la proa al N. 50° O., pudimos navegar á toda máquina, dando el cangrejo, mayor y trinquetilla.

A la una de la tarde que se avistó el faro de la Calilla, ya

el tiempo había abonanzado y el mar se extendía rastrero á nuestros pies, á los de sus vencedores, que conducían como trofeo de la victoria un gallardo trasatlántico pisando orgulloso la faz de su encarnizado enemigo. ¡Bien puesto ha dejado el pabellón de la flota á que pertenece!

Cuando de la bravura del temporal no quedaba más que un viento fresco con pequeña marejada, todos los pasajeros asomaron la cabeza con timidez en la puerta que daba acceso á la cubierta, y viendo la desaparición del peligro, se lanzaron á *toda máquina* al pié del puente preguntando si tendríamos tiempo de llegar á Barcelona antes de llegar la noche. El Capitán contestó que haría todo lo posible, dudando de conseguirlo; mas no dejó de transmitir orden al maquinista para que apretara lo que pudiera: en cubierta también se ayudó largando todo el aparejo.

Pero nuestros intentos y los deseos del pasaje se vieron frustrados, porque las luces del Llobregat y Monjuich fueron avistadas anocheado, y por tanto, tuvimos que pasar la noche aguantándonos á la vista del puerto hasta el amanecer que comenzamos á navegar á toda máquina en su demanda para dar fondo á las seis de la mañana.

¡Qué alegría se experimenta al entrar en un puerto por entre calles de vapores amigos! Primero se saludan; después, la tripulación, unos en la borda y la oficialidad en el puente, preguntan qué tal se ha hecho la travesía; si el buque trae algún trofeo de lucha como el *San Ignacio*, con grandes ramalazos blanquecinos en la chimenea de los golpes de mar que allí llegaron, entonces, como cosa corriente del *oficio*, dicen en tono de broma: «¿La habeis corrido?... ¿Ha habido *galop* final?...» Y se contesta con la sonrisa en los labios, orgullosos—para qué negarlo—de que adivinen la lucha atribuyendo á los que entran la victoria. Recuerdo que nuestro Capitán contestó al del *Antonio López*: «¡Sí; hemos tenido *galop* con música de *viruto*, pero queda esperando fuera de puntas!»

Amarrado el buque á las boyas, y cumplidos los preceptos sanitarios marítimos, llenóse totalmente la cubierta de personas que esperaban con los brazos abiertos la llegada de pa-

rientes y amigos. Ahora se reproduce con caracteres antagónicos la escena del embarque; allí todo eran lástimas; hoy todas son alegrías. Todos hablan, todos preguntan y ninguno se entiende. Los boteros asedian el buque solicitando ser los primeros para conducir los pasajeros á tierra, y gritan y preguntan por Don Fulano y Don Mengano, aunque no le hayan visto en su vida. Otrós más precavidos que temen quedarse sin embarcación, preguntan desde abajo por alguna persona allegada.

—¿Ha venido Don Fulano?—dicen.

—No señor.

—Pues le esperábamos. ¿Acaso ha muerto?—continúan.

—Sí señor; se le ha tirado al agua.

—¿En dónde?

—En el Índico.

—¿En qué sitio?

—¿Quiére V. saberlo—interrumpe algún chusco—para trasladar los restos? Pues aquel Gobernador no lo permite.

Luego, los pasajeros se amontonan en el portalón deseosos de ganar la escala para trasladarse á tierra y arrojan desde cubierta la maleta á los boteros, y éstos pelean por llevársela; las embarcaciones chocan, y los hombres caen y se levantan con los remos en las manos para castigar al autor de la *catástrofe*.

¡Y cómo me ha excitado la risa el estado y aspecto de los viajeros! Como para ellos todo era «oro molido», con día y medio de anticipación habianse vestido con la ropa que habían de lucir Rambla arriba el día del desembarque; pero como esas 36 horas las llevaron dando tumbos, saliendo de un camarote y entrando en otro de cabeza, ó como les cogiera el balance, vomitando hasta por los ojos, sin comer y descoloridos del miedo que aún no les había salido del cuerpo, en vez de salir de «trapillo», lucían grandes lamparones efectos del mareo; ajada la ropa y llena de pelusa de las dos noches que pasaron sin acostarse.

Es costumbre reglamentaria, que la víspera de terminar el viaje, se anuncie en la cámara al pasaje, interesándoles para

que entreguen al Sobrecargo el tabaco que lleven para el pago de derechos en la Aduana. Pero todos, ó la mayor parte, se mudan «á la calle del sordo». De aquí que se sorprendan al pasar por ciertos camarotes diálogos familiares como el siguiente:

—¡Pero por Dios, Celedonio! ¿cómo quieres que la niña y yo nos pongamos pantalones con el calor que hace este mes en Barcelona?

—No hay más remedio.—dice el papá—Este tabaco tiene que salir de *ocultis*. Yo no pago. Tú puedes guardar estas dos docenas de cajetillas y doscientos tabacos; y la niña lo mismo. También yo guardaré algo debajo del sombrero.

—¿Tendremos que ir de pie en el bote?—observa la señora.

—O tumbadas—contesta mal humorado el *tirano*;—la cuestión es salir adelante.

Y salen, ya lo creo que salen; cargados como una gabarra.

No podré olvidar la conversación que sostenían dos pasajeros listos ya para el desembarque.

—¿Cómo ha engordado V. de ayer á hoy?

—Calle V. hombre. Si llevo los brazos vendados de pañuelos de seda y al cuerpo un mantón de Manila.

—¡Pues si viera V. á mi esposa!... En este momento se está colocando una colcha que hemos comprado en Singapore, y las borlas, mire V., las llevo yo en el bolsillo.

Cuando estaba despidiéndome de mi querido amigo, pasó por delante un teniente de Infantería, ya entrado en años, con el pantalón sumamente ajustado, los cordones de la guerrera desabrochados y el ros bailando en la cabeza.

—Mira ese—dije á X...—va enseñando unas cintas por debajo de la guerrera.

—Avísale, que le van á coger con la «mano en la masa».

—¡Mi teniente!...—grité—que se le ven á V. las cintas.

—Se me habrá olvidado atarme los calzoncillos—contestó.

Fué á bajarse y no pudo; marchando azorado á *estivar* la carga para que no se le *corriera*.

A la hora del almuerzo quedamos solos los de *casa*, en familia, comentando el viaje y causándonos risa el recuerdo de

algún medroso exagerado que se había creído en el vientre de alguna ballena como Jonás.

Después dejamos la carga consignada para la capital, y vuelta otra vez al mar; yo sin amigo y sin que nadie me diera la bienvenida con un abrazo, como á casi todos se la dieron sus familias apenas fuimos admitidos á libre plática. Pero más tarde, de noche ya y camino de Valencia, recibí en alta mar la visita de un amigo de la infancia. El Ebro venía á visitarme á una milla de su desembocadura. Si al pasar de través con la luz del Cabo Tortosa no hubiera sentido unas brisas cuyo ambiente me halagaba, quizá no hubiera correspondido á la visita; pero como me parecieran aquellas mismas que yo de pequeñito respiraba en las montañas que el Ebro riega serpenteando entre sus estribaciones, acudió á mi imaginación el recuerdo del pasado, no pudiendo menos de solazarme que después de tantos años nos reuniéramos en un mismo punto. ¡Pero qué diferencia! Cuando yo cubierto con mi sombrerito de paja y cobijado por un sauce me entregaba confiado en su seno, él entonces, saltando de cantito en cantito, venía á lamer mis pequeños pies, acariciándome el rostro con sus cristalinas y limpias aguas, mientras yo hacía diminutas presas para detenerle porque me mojaba muy poquito; era un pequeñuelo travieso que á poco de nacer ya se lanzaba por entre peñas y riscos; á tres leguas de su nacimiento, jugaba con él; no había crecido aún, era muy pequeñito para mí. Pero hoy es muy grande, está desconocido; ya no viene hasta mí formando pequeñas cascadas, no me acaricia, sinó que corrompidas sus aguas, se une á otras que le enseñarán á destruir, á romper y bramar con impetuoso coraje. Ayer no me mojaba, quizá algún día me moje demasiado, y nuestra infantil amistad se convierta en lucha encarnizada. Hace muchos años que no nos veíamos; así que ya no encuentro en él la pura transparencia de sus aguas, porque durante su larga carrera, se ha unido á *malas compañías* que le han pervertido, como mi alma tampoco conserva la pureza de la niñez, porque he crecido como él, y como á él me pervirtieron las compañías, el trato social de la vida.

Herido como estaba por la falta de mi colega, no hice más que dirigir un saludo muy triste, recordando el pasado feliz y tranquilo, al amigo inesperado que me visitaba después de tantos años de mútua ausencia. Así que zarpamos de Valencia sin que nada llegara á interesarme. He pasado el Estrecho, y sólo asomó á mi rostro una especie de sonrojo de patriótica vergüenza al contemplar el baldón que defiende aquellas aguas y que se llama Gibraltar. Después, parecieron revivir todas las fibras del patriotismo al pasar gobernando á regular distancia del Cabo Trafalgar. Aquí no veía nada que hiciera bajar la frente; no se respiraba más que gloria.

Cerrada ya la noche y al rebasar el Cabo San Vicente, comenzó á soplar un viento fresquito del O. con marejada, y ciertamente, como el paraje no era lo más tranquilizador, tampoco yo lo estaba, pues acudió á mi mente la confesión de un viejo marinero horas antes de morir.

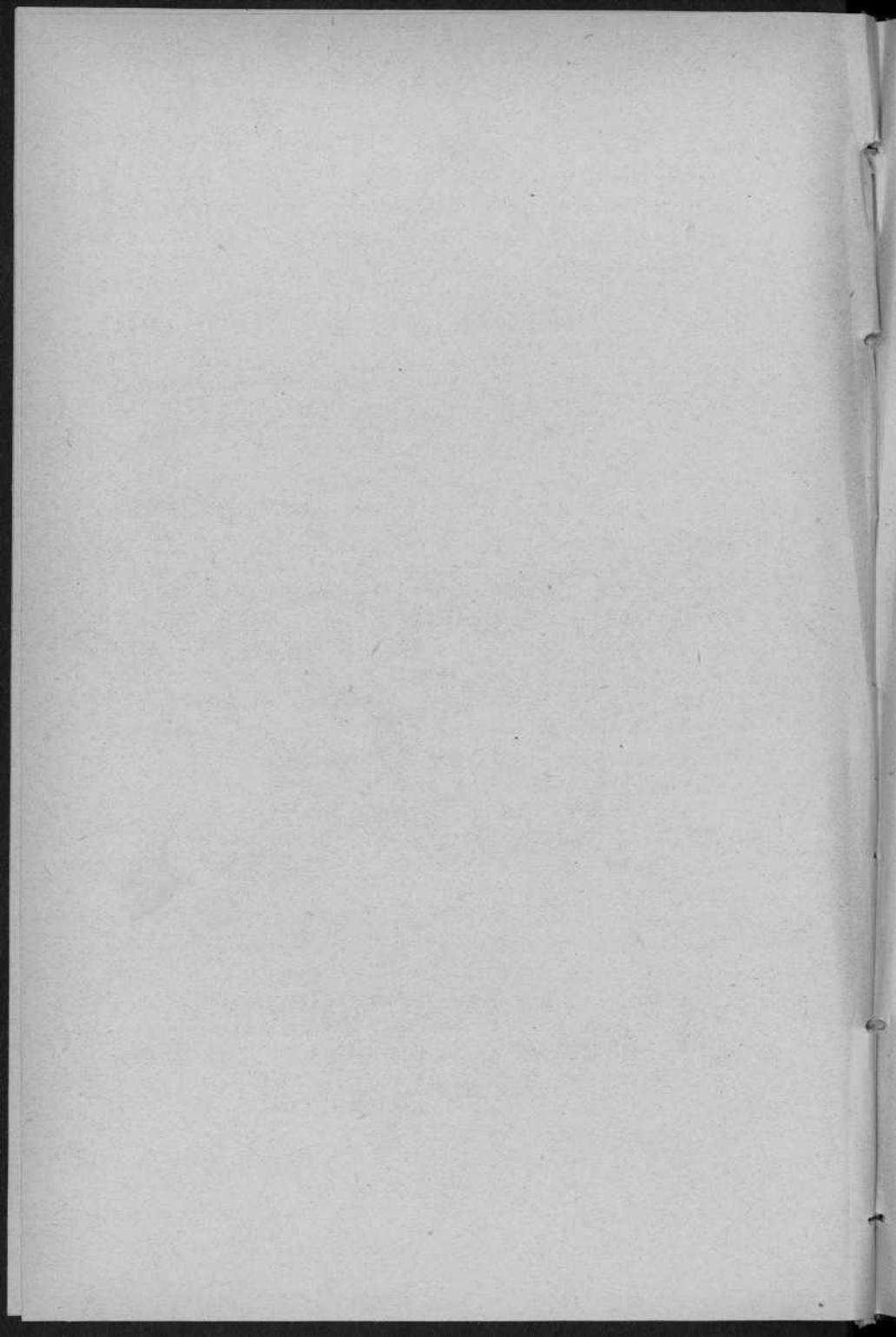
Como le costára mucho otorgar el perdón á todos los enemigos que en vida había tenido, menudeaban las súplicas del confesor para que no llevara consigo esa carga abrumadora.

—Perdónalos á todos; hijo mío.—le decía el sacerdote— Dios también perdonó á sus enemigos.

Y el marinero, accediendo á las cariñosas exhortaciones del confesor, contestó:

—Bien, padre; á todos los perdono, á todos... menos á la costa de Portugal.

A la vista de las Berlingas.



Día 8 de Noviembre.

Una semana hace que estamos amarrados al muelle y dudo si estoy en Liverpool; creo que nos hemos *pasado*; me parece vivir en uno de los polos durante los seis meses de noche, pues aún no he visto el sol ni la luna, y casi no veo los dedos de la mano. Aquí no hay más que niebla desde el día de año nuevo hasta San Silvestre. Ni siquiera la refracción atmosférica, la aurora boreal ó la luna, vienen á reflejar alguna luz sobre este suelo húmedo y triste.

Yo no sé que significación tendrá el nombre de esta población, pero caprichosa y libremente traducido, Liverpool debe significar... *libre de polvo*; y ciertamente que carece de ello, en lo cual se vé una sabia disposición de la Providencia que no ha querido que sus habitantes *mastiquen* arena, más difícil de digerir que la niebla, lo que estarían verificando constantemente dado el asombroso movimiento que á primera vista se descubre. Indudablemente que aquí existe el *movimiento continuo*. Sólo en los muelles... pero vamos por partes, como dicen en las novelas.

Lo primero que debe hacerse es justificar la llegada á un lugar narrando lo ocurrido durante el viaje, y sin duda que yo me olvidaba de esto porque en mi imaginación se iba oscureciendo el recuerdo de lo pasado, como se oscurece el cielo de esta *alegre* tierra si alguna vez lo tuvo despejado.

La travesía desde el Norte de España á las Islas Británicas

no puede ser más expuesta; comenzando una serie no interrumpida de peligros, evitados con cuidado solícito, al rebasar la Isla de Oueasaut, en que la niebla, el terrible *fog*, que llaman los ingleses, se extiende con aspecto que infunde terror por todas las costas inglesas. Preferible es, he oído repetidas veces á ilustrados Capitanes y Oficiales de la Trasatlántica, uno ó dos temporales deshechos y continuados, á solo unas horas de niebla en parajes que por su frecuente navegación figuran á la cabeza de todos los lugares marítimos del globo, como sucede en el Canal de la Mancha y de San Jorge.

Al pasar de través con la luz de Wolf Rock, seguidamente cubierta por la cerrazón, hubo que moderar la marcha, comenzando á *hacer mucho ruido* para llamar la atención de los *transeuntes*. Tal ruido se produce con todos los *instrumentos sonoros* que hay á bordo, estableciendo una desarmonía que infunde cuidado al ánimo, con los *acordes* roncós de otros buques que llevan el mismo ó contrario rumbo. Las luces huelgan en la navegación durante la noche, y el rumbo se abandona con frecuencia por el día. Hay que guiarse por el *sonido*.

Échase encima la niebla espesamente cerrada, y ya está el pito funcionando constantemente alternando con la campana y la sirena que taladra los oídos con su chillar agudo y penetrante. Esto solo de *casa*, que después comienzan las *contestaciones* de los *forasteros*, capaces de volver loca la cabeza mejor sentada. Además de lo que marea la niebla, lo mismo en tierra que en agua, el reconcentrar el oficial de guardia toda su atención en una sola cosa usando solo el oído, hace que todo le parezcan fuertes pitadas y que constantemente esté ordenando: «á estribor, á babor, rumbo», para que á los dos minutos tenga que repetir la operación. El capitán es el que no descansa; desde que la niebla aparece formando un círculo en derredor del buque para envolverle en sus blanquecinos y húmedos pañales, hasta que se retira mostrando entre los rasgones de su espesor, un poco de mar ó un pedazo de cielo, no abandona el puente; allí, con ojo avizor, digo, con fino oído, dirige el buque á través de la neblina, salva obstáculos, evita

funestos y terribles encuentros, sirviéndole de rosa náutica las impresiones sonoras que recibe. Por fin se aboca la ría y después de embarcado el práctico, bajo sus órdenes, comienza una molesta y pesadísima serie de cumplimientos *policiaco-marítimos*, reducidos á levar y echar anclas varias veces, hasta quedar definitivamente colocados guardando turno, en espera de que se abran por la presión del agua, las inmensas puertas que han de franquearnos la entrada, para que dos remolcadores con sus potentes máquinas nos conduzcan por entre un laberinto de *docks*, al señalado de antemano por la administración del puerto. Así que, tanto fondear, levar anclas y vuelta otra vez á dar fondo en la ría, produce cansancio, mareo, dolor de cabeza, pues todo viene unido á esas 24 horas que puede decirse no se navega, sinó que se anda á ciegas, con los ojos vendados lo mismo que los chiquillos cuando juegan á la gallinita. Todo puede darse por bien empleado, pues como recompensa viene después la admiración, el asombro del que por primera vez entra en el puerto número uno de todos los mares por su movimiento marítimo.

Robando terrenos que un tiempo fueron del absoluto dominio de las olas, ha llegado la industria humana á conseguir que el agua penetre, aprisionada por entre fuertes murallones, hasta las calles de la ciudad, para que en sus inmensos docks, alijen su carga buques de todas las naciones y estados del universo. No se puede pasar indiferente ante el trabajo de titanes que supone la no muy antigua habilitación del puerto. La ría, que ha poco tocaríase su fondo á pocos pies de profundidad, puede hoy admitir, á fuerza de un continuo dragado y obras exteriores en la barra, todos los grillètes de cadena que haya á bordo, sin perjuicio de no encontrar fondo en algunos parajes.

Los últimos y más modernos adelantos en materia de construcción naval, tienen perfecta y desahogada cabida en sus innumerables muelles. Esas moles de cerca de 200 metros de eslora, como el *Campania* y *Lucania* que posee la Compañía Cunard, son amarrados entre murallas y tejados, como si fueran embarcaciones de cabotaje; y á su paso se abren,

giran y desaparecen los puentes que comunican un dock con otro, para al poco rato dar paso á cientos de personas que han quedado detenidas á uno y otro lado, junto con camiones y carros de especial construcción llenos de mercancía, que caminan presurosos para ganar el tiempo perdido, ó porque en aquel segundo puente van á ser detenidos por otro buque monstruo que llega á cortarles el paso. Y los buques siguen su camino haciendo desaparecer puentes; y los carros, siguen, obstruido su paso por cadenas, porque cruza un tren; y por encima de este infernal movimiento pasan de continuo trenes y tranvías eléctricos con la velocidad del rayo; y silban locomotoras, se oyen bocinas, atruenan el espacio los vapores, y fuera de muelles y *docks* choca un carro con un tranvía, se escapa del eje la rueda de un camión que lleva encima una torre de géneros, y por allí cerca, andando por las calles, la locomotora-grúa que levanta el vehículo y encaja la rueda sin necesidad de hacer descarga alguna; y todo se verifica simultáneamente, y todo ocurre entre una nube de humo, que formando compacta masa con esta niebla perpétua, ocultan á la vista lo grande, lo hermoso de este laberinto industrial, que con cielo despejado parecería una cadena sin fin formada por hombres y máquinas.

Esta contemplación puramente mercantil, compensa lo penoso de la travesía, logrando disipar la niebla en que parece envuelta la mente por simpatía sin duda con la condición climatológica del suelo.

Mas, para que en este pais todo sea nebuloso ó las cosas se presenten con tal carácter, no bien se ha librado uno de la verdadera niebla, invade el barco otra *niebla humana* de carabineros de mar y tierra, que registran y miran desde quilla á perilla y de popa á proa, como si estuvieran buscando agujas; todo por el tabaco. Y tan rígidos son, tanto temen la introducción fraudulenta, que ni siquiera podemos disponer de lo nuestro; porque no nos dejan más tabaco que lo que racionalmente creen es capaz de fumar un hombre durante una semana, sellando el estanco de á bordo, lo mismo que los del Santo Oficio sellaban las puertas de los tachados de

herejes, brujas y demás marcados con el sello de la irreligión; pero no es solo el tabaco, sinó que también se meten en la comida, y no dejan fuera más que lo que suponen puede comer la tripulación en otra semana; y enseguida á sellar la *gambuza* (despensa) y el que tenga hambre que se aguante, pues atreverse á romper uno ú otro sello, sería incurrir en una multa terrible, teniendo en cuenta que por fumar un pitillo entre *docks* ó á bordo, como quien dice en su misma casa, le largan á uno una libra esterlina de multa por tan *horrendo* delito. En una palabra, que estamos divertidos con tanta precaución. Si tenemos ganas de fumar, además de hacer un reparto equitativo para la semana, hemos de salirnos fuera de *casa* para poder hechar humo á nuestro gusto ó hacerlo á escondidas como tímidos colegiales. No podré olvidar la noche del cinco del actual, en que un oficial de á bordo, *demasiado* vizcaino, acababa de regresar del paseo y sentóse á fumar un pitillo muy tranquilo en su camarote, con la luz encendida. Apenas se había recreado con las primeras chupadas, apareció en la puerta del camarote la *grandísima* figura del *policeman*, retratada en su semblante esa sonrisa forzada y burlona que parece decir: «¡te cogí!» Y en efecto, le cogió; pues con aire de triunfo, según él nos lo ha contado, le dijo:—¡Oh!... *You Smoke*...—¡No!...—contestó el otro—si no fumo—; y al mismo tiempo arrojó el cigarro por la ventanilla del camarote que daba frente al muelle, cayendo á los mismísimos pies de un *police-officer*, que aguardaba á su inferior con el resultado de la visita nocturna á nuestra *casa*. ¡Resultado, que después de viva discusión entre el oficial y el policía, digna de haberse oído, pues el uno hablaba en vascuence y el otro en inglés, se convenció el agente por las razones incontrovertibles de un vaso de ron; porque bueno es que se sepa todo; nos parece que la policía española es la única fácil de ser vendida, y todos de común acuerdo censuramos y criticamos amargamente por lo mismo que de España se trata; pues bien, en los barcos españoles se fuma, porque aunque ocurra el caso citado, no digo por unas copas de ron, por un vaso de vino tinto se perdona la infracción. Pero esta vez no valió á mi compañero el

exquisito *jamaica*; pues cuando salió de á bordo el *policeman*, ya el otro tenía en la mano el cigarro que cayó á sus piés encendido, y al día siguiente le enviaron el *gallo* (multa) de ¡una libra!... por, 1.º fumar á bordo y 2.º tener luz encendida pasadas las once de la noche, porque tampoco esto está permitido. Ha pagado sus cinco duros y pico, jurando y prometiendo á fé de buen vizcaíno que se ha de cobrar. Y se cobra; ¡vaya si se cobra!; porque lo que discurre tratándose de diabluras no lo discurre nadie.

Tal lujo de precauciones da origen á frecuentes episodios excesivamente cómicos. De día no nos sorprenden con facilidad, porque apenas el marinero del portalón vé un policía, dá la voz de «¡Agua!...» y esta palabra va corriendo de boca en boca como especial contraseña, y fuera cigarros. La sorpresa es sumamente fácil de noche, pues teniendo entrada libre en todos los departamentos del vapor aparecen como fantasmas á cualquiera hora. El mes pasado, el capitán del *Isla de Mindanao* fué sorprendido; enseguida echó mano á sus escogidas botellas y llenando un vaso de medio cuartillo, se le apuró el agente de un trago. No bien había terminado de ver el fondo de la vasija, comenzó á gritar como un energúmeno: «¡Agua!... ¡Aguaaaa!...» retorciéndose en horribles convulsiones por fuertes dolores de vientre. El capitán asustado encendió luz, y al llamar al médico, quiso la casualidad que se fijara en las botellas, abarcando de una mirada lo sucedido. En la travesía de Coruña á este puerto, habían corrido un temporal muy duro, recibiendo el capitán una fuerte contusión en una pierna, donde aun se aplicaba frecuentes paños de árnica, y esto fué lo que dió de beber al policía, para salvar la sorpresa. Pues no le sucedió nada; al cuarto de hora estaba tan alegre y risueño, no sin haberse despedido con medio caneco de ginebra para refrescar su abrasado estómago.

Podrá creerse que hay en esto una exagerada invención, y nada más lejos de lo cierto. Quien nunca á salido de Inglaterra y tiene ocasión de probar nuestros vinos tintos y generosos sin salir de su nación, sobre todo sin costarles un *penny*, no se harta nunca; para ellos no hay mejor gratificación ni re-

galo que el vino de Rivera ó Navarra. Llega el cartero, y todas las cartas de á bordo que podrían valerle unos dos chelines, las deja por un vaso de vino. Tambien si les mandaran rodar, lo harían por una cajetilla de cuarenta, que se fuman de un tirón, después de terminado el trabajo cuando salen fuera de *docks*, pues entre los miles de hombres que se ocupan en la carga y alijo de los vapores durante el día, ni uno se atreve á fumar un cigarrillo; así, que, repugna el paso por algunos muelles, porque se va constantemente pisando una alfombra de saliva ásquerosa, producto del muchísimo tabaco, mejor dicho troncos, que siempre están masticando; sin perjuicio de regresar á bordo con el calzado y ropa hecho una lástima, que también escupen por el colmillo como por acá.

Es lo que hasta la fecha puedo escribir en mi diario y esto por suceder y verlo á la puerta de *casa*, con solo asomarme á la *ventana*; y desde este sitio hasta que me vaya acostumbrando, he podido reirme á mi gusto de la mayor parte de los obreros que, si no se les viera trabajando, confundiríaseles con señoritos rentistas; por un lado se les ve cambiando de cañón las estachas de los barcos muy peripuestos de chaquet y bombín, sin prescindir de la corbata; otros trabajan en la vía y á los golpes de azada se les enredan los faldones en las piernas; los otros descargan sacos de trigo y para no mancharse, se colocan debajo otro saco, que es como aquel que para no manchar los pantalones se sienta en un papel lleno de grasa.

Esto desde luego es una costumbre como otra cualquiera; mas no es el traje del trabajador; es sencillamente muy bufo que un albañil esté blanqueando una fachada con chaquet ó una americana hasta los talones. Puede argüirse que también en España los ciegos de mendicidad usan levitas; es cierto, pero porque se las dan de limosna y no pueden gastar otra indumentaria. El obrero inglés gana el que menos tres ó cuatro chelines diarios y no necesita vestir de limosna, se lo compra él y bueno. Hasta he visto esta mañana una trapera que rebuscaba en los montones de basura del muelle con un sombrero lleno de flores y la ropa hecha pedazos. ¡El colmo de la ridiculez!

Basta por hoy; dentro de unos días me dejará libre la escotilla, y entonces podré ver y observar á mi gusto; esperando que, sucesos inesperados, vengan en mi ayuda para no apartarme de la veracidad que campea en todos los hechos trasladados fielmente á mi Diario de navegación.

A bordo del San Ignacio (Liverpool).

Día 25

No sé si será ofuscación de mi mente, pero creo haber perdido toda noción de lo bello. Cuando hoy, después de traspasar las aguas inglesas, se apareció á mi vista el cielo azul y despejado, no sentí entusiasmo alguno; y le he visto, sí, pero para mi alma ha pasado desapercibido. ¡Tiene tanto en qué pensar!... Una carta, sólo una carta y hubiera despertado de su letargo. ¿Qué habrá sido de mi buen marino? ¿Será ya dichoso y su dicha le habrá hecho olvidarme? ¿Acaso el martirio que esté sufriendo le impedirá coger la pluma?

Han transcurrido cuarenta y dos días desde nuestra separación; los mismos que la duda, ese estado anormal del sér, ha estado disponiendo á su antojo de mis acciones, destruyendo mis planes y casi haciéndome olvidar lo que, aún apuntado, había hecho formal intención de desmenuzar, amenizando á mi manera la descripción de impresiones con comentarios más ó ménos acertados. Pero lejos ya de mi ánimo floreatos empalagosos que desde luego serían malos y pesados, transcribo solo lo esencial, el hecho tal como es en sí, como lo he visto, que no por esto dejará de ser verdadero.

Cuando se pone el santo de espaldas (frase obligada de los revisteros taurinos), claro es que todo sale mal; por una parte la falta de noticias de X..., y por otra el frío que se ha dejado sentir, me ha tenido disgustado y, sobre todo, muy *frío*. No me llegó á contagiar el ejemplo de los ingleses que un día que se vió el sol así como del tamaño de un queso, toda la ropa

les estorbaba y quejábanse del mucho calor, cuando yo tenía puestos dos pantalones é igual número de americanas y daba diente con diente. ¡Y vaya una noche la que pasamos nada más salir de Liverpool en el canal de San Jorge! Un viento duro y racheado con contínuos chubascos de granizo, que donde caían quedaban pegados como si tuvieran cola de carpintero. Sufriendo este tiroteo de hielo de doce á cuatro de la madrugada, está expuesto uno á quedarse convertido en otro granizo. A la máquina tuve que bajar á quitarme el capotón y poder devolver la acción á mis entumecidos miembros. Y después de todo ¿qué le importará á nadie que yo me hubiese helado? En fin, ya es hora de contar algo de los ingleses.

A los pocos días de quedar amarrados al doque y apenas recogidas mis primeras impresiones, confiaba en sucesos casuales que vinieran en auxilio de mi imaginación, pero éstos no han llegado y me veo en la triste precisión de relatar muy someramente lo poco que mis ocupaciones me han permitido ver y observar.

Necesario sería un volúmen de mil páginas para en él escribir sólo la parte concerniente á fabricación y comercio existentes en esta ciudad. Esto puede hacerlo quien sólo viaja por pura distracción; puede visitar fábricas y talleres; comercios y almacenes; diques y astilleros; calles y callejuelas; pero los que estamos sujetos todo el día al pie de la escotilla anotando carga y descarga sin disponer de un día completo, excepción de los domingos y unas tres horas diarias por la noche, nos hallamos imposibilitados para hacer descripciones largas y minuciosas, teniendo que concretarnos á lo que el acaso nos pone delante de la vista y á las refencias de personas autorizadas.

Sobrados de razón se hallaban mis compañeros cuando deseaban que ojalá no se tocára nunca en puerto alguno; se vive mejor en el mar, menos ocupaciones sobre todo, y más tiempo para poder dedicarse, por ejemplo, á la tarea que por amistosa complacencia me he impuesto. Veintitres días en puerto y no he tenido tiempo de ver siquiera mi Diario. De

día á trabajar por obligación, y de noche á observar por curiosidad.

Todos los extranjeros al recorrer diversas naciones, les llama la atención la variedad de costumbres, y comparándolas con las de su país, las clasifican como ventajosas ó perjudiciales, ridículas ó serias.

Por lo que á mi respecta, la clasificación está hecha en pocas palabras: «No he hallado en Inglaterra más que costumbres que hacen reir y hechos que causan repugnancia.» Y no digo esto por caprichosa animadversión, sinó que muy al contrario; admiro sus adelantos en todos los ramos y causa asombro la altura á que ha sabido colocarse en la comunidad internacional. Y como no basta reirse, sinó que es necesario probar, por falta de pruebas no será destruida mi apreciación.

Abandonemos el barrio de *Bootle*, donde se halla situado su nunca bien ponderado puerto, para penetrar en el interior de Liverpool, sobre todo un sábado por la noche. La primera observación del viajero será que en cada esquina y bocacalle hay hombres apostados que, haciéndose los desentendidos, entregan con todo sigilo una tarjetita, donde se hallan estampadas las señas de una casa y calle. Tómese la tarjeta y al final se verá con caracteres muy gruesos esta palabra: «*Boxing*» ó más claro: «Esta noche se rompen el bautismo dos individuos.» El que es aficionado á la novedad allá se encamina, como fui yo. Penetré por un callejón sumamente largo y oscuro y al final pagué la entrada para penetrar en un patio circular rodeado de lelevados tendidos de madera. Ocupé mi asiento y cuando todas las localidades estaban ocupadas por unas dos mil personas (sin alma) salieron los *bichos*. Apenas saltaron á la arena, me dirigí á la puerta por no presenciar acto tan bárbaro. A la puerta llegué, sí, pero no me permitieron la salida. «Aquí hay que ver el final» me dijeron. No dejó de sorprenderme esta exigencia; pero al momento comprendí el motivo.

En Inglaterra se halla terminantemente prohibido el *box*, pero también en España sanciona la ley la prohibición y castigo del juego, y ¿dónde no se juega? En un páramo si no hay puntos, que si los hay, sobre el césped ó en algún matorral se

formará la cabecera. Esto es, en España se castiga penalmente el juego, y sin embargo se juega en todos los sitios y á todas horas; en Inglaterra se prohíbe y pena al *boxer*, y sin embargo menudean los trompis; tácitamente está permitido; ó lo consienten á sabiendas, como á ciencia cierta permite la Autoridad é Inspectores de provincia se colorea la oreja á Jorge, mediante un *algo*, que tratándose de *algos*, lo mismo existe la debilidad *metálica* en los ingleses que en el resto del globo. No se crea que solo los españoles caemos postrados ante el sonido argentino de un peso ó la esmerada confección de un billete de banco.

¡Y qué espectáculo más repugnante y bárbaro!... Nunca podrán criticar, como lo hacen, nuestra fiesta nacional, existiendo entre ellos la lucha de hombres en circos secretos, donde se recibe con estrepitosos aplausos la rotura de un maxilar ó un vómito de sangre. A las corridas de toros se vá, y nunca se ocurre decir: «voy á ver como matan á Mazantini, que he apostado tanto á que en los toros de hoy alguno le envía al tendido.» Pues en estas *corridas de hombres* sucede esto precisamente; citan el nombre, porque conocen los puños del favorito y apuestan por la muerte del otro, del débil; que es lo mismo que desear constantemente la desaparición del mundo de los vivos del que menos puede; cruzándose las apuestas en voz alta, como en el frontón de Jai-Alai ó en el de Deusto. Todo lo hace la costumbre; ingleses hay que no pueden ver con calma (teniéndola proverbial) como un caballo dá dos ó tres vueltas al redondel con las tripas colgando, y sin embargo reciben con gritos de júbilo el golpe certero que su hombre favorito atiza al otro desgraciado, que rueda por el tablado mal herido y con el escarnio y risa de los espectadores.

No; una vez más repito, que las corridas de toros no son humana ni moralmente tan bárbaras como el boxeo. Los toros son un espectáculo en que se admira la destreza, el valor, el modo cómo un hombre se defiende de una fiera, sin que una segura y ya prevista desgracia venga á turbar la natural alegría del público. Si necesariamente, en nuestra distracción

predilecta, viesemos hombres por el aire y sangre humana en la arena; con toda seguridad, no iríamos nadie. Si desgraciadamente ha ocurrido algún suceso desagradable, sabido es, que la mayor parte de las localidades han quedado vacías, retirándose todo el público tristemente, compadeciendo al desgraciado. Pues bien, en estas *corridas humanas* de la *civilizada* Inglaterra, se sabe, tiénese la persuasión de que ha de presenciarse algo extraño, algo grave que repugna, y sin embargo asiste el público ávido de emociones, no solo á contemplar la barbarie en silencio, sino á estimular al *bruto* á que concluya con la existencia de otro, que Dios no le hizo tan *animal*. En mi manera de pensar, la parte más salvaje del acto, son esas apuestas que se cruzan, envolviendo en sí por solo el hecho, el deseo, el interés que tiene el que apuesta, de ver unas narices trasladadas al cogote de un vigoroso puñetazo, y que caiga de una vez el que menos puede con la boca limpia de huesos, ó la cabeza hecha una oblea como si le hubieran cogido entre los topes de wagón. Y se aplaude y discute una mutilación, con el mismo entusiasmo que lo haríamos nosotros por un par de banderillas ó un revés del chiquito de Abando. Esto ocurre en la nación que ostenta el primado de la civilización. Y su espectáculo favorito no se reduce á una sola lucha, sino que en cuanto cae uno de ellos reventado, efecto de algún puñetazo en el vientre, entonces crece su entusiasmo, y al compás de palmas y gritos, como nosotros pedimos «¡Caba...llos! ¡Caba...llos!» ellos piden «¡Hombres, hombres!» Y salen, sí, señor, y se llevan pegada á la suela de los zapatos la sangre humana de su infortunado semejante, como los chiquillos en la puerta de arrastre mojan en sangre animal el cáñamo de las alpargatas para alargar su duración. ¿Qué tal?

Me parece queda bastante demostrado el calificativo de bárbaro y sepugnante que dí á su diversión.

Pero no es esto sólo, hay otros actos de la misma especie abyectos y denigrantes, que revistiendo el carácter de degradación y barbarie, pugnan con lo natural y ordenado de las cosas. Encuentran dos individuos el medio de *razonar* sus disensiones á puñetazo limpio, verificándolo en la calle ante in-

menso gentío, que hace con ellos lo que con los carneros; les empujan para que se *topen*. El *policeman*, si lo vé, se aleja; pero en cambio allí mismo, á corta distancia, un carretero empieza por animar á los caballos para arrastrar su pesada carga, terminando por castigarlos con algún golpe; y entonces el mismo público le increpa duramente, y el mismo *policeman* le castiga con el *gallo*. De manera que ni por humanidad socorren á las personas, pero en cambio se ponen al lado de las caballerías; si dos individuos se rompen la crisma, aplausos; si se pega á un caballo, multa y detención. Todos nos compadecemos, es verdad, de un triste jumento castigado con ó sin razón por su dueño; yo mismo comprendo que el animal puesto al servicio del hombre merece protección, pero aquí del andaluz que mandó hacer unas espuelas que sonaran mucho y que cuando se las puso no pudo menos de exclamar: «Bueno que *zuenen* pero no tanto». ¡Y cuánto habrá escondido para los que todo tenemos que tomarlo y observar á vista de pájaro! El *tourist* de profesión es quien únicamente puede hacer análisis detenidos y meterse en todas partes.

Continuemos el rápido estudio de las costumbres populares, de aquello que constantemente está á la vista de todo el que pisa su suelo por primera vez, ora por distracción ora por necesidad ú obligación, y hallará con frecuencia escenas marcadamente bufas é irrisorias. Verá á matrimonios jornaleros penetrar en el *market-house* un sábado después de cobrar su jornal bastante retribuido, y una vez hecha la compra para toda la semana, saldrá el marido llevando la cesta y la mujer colgada de su brazo muy peripuesta de sombrero. *¿Spectatum admissi, risum teneatis amici?* Pues esto no es más que el prólogo, el epílogo ocurre en una cervecería, donde es de necesidad acabar con las sobras del jornal aunque importen más que la compra. Aquí empiezan por copas de cerveza que parece tinta, y terminan por cántaros. «Maridito que nos perdemos», y entre copa y copa, una corteza de queso medio podrido y restos de galletas averiadas; pues es costumbre en estos establecimientos colocar unos cestitos de paja llenos de cortezas de queso y otras porquerías, que ni los ratones, perros

ni gatos lo comerían, y sin embargo, á los parroquianos les excita la sed y acaban con la cerveza y por coger una *merlusa* alta novedad. De la manera que sale el matrimonio puede figurárselo cualquiera. Yo les les he visto; primero, en los divanes cayéndose uno sobre otro, obsequiándose mutuamente y el sombrero de la señora flotando en el velador sobre un líquido negruzco, procedente de su estómago ó de los vasos; después salen de allí, ó mejor dicho les echan, porque á las once se cierra el establecimiento, y así como las parejas de bueyes y mulas se recuestan unos sobre otros cuando no quieren andar ó lo hacen con pereza, así se encaminan ellos á su casa, á la que no llegan, porque no es posible que lleguen; pero en cambio donde caen allí se quedan. La policía inglesa, sobre todo los sábados, no hace caso de borrachos, les vé y les deja que duerman tranquilamente al fresco; si fueran á recoger á todos los amantes de la *strong-beer* que le rinden culto en el día ya citado, no bastaba la policía de toda Inglaterra. Yo recomiendo eficazmente una visita á los *brewerys*, como ellos dicen, no para ver hombres solos, sino á verlos acompañados la mayor parte de sus amantísimas esposas, diciendo constantemente al *brewer*: «*Give us somes drinck*»; y sucede también que el *ale-conner* (inspector de cervecerías) entra á girar la visita y no sale hasta el día siguiente. También los sábados son destinados á entonar himnos protestantes y hacer propaganda una vez anochecido; para lo cual colocan un armonium á la puerta del templo (ó como se llame, que no tengo ni tuve interés en saberlo), y allí, en medio de la calle, se reúnen miles de prosélitos cantando versos y alabanzas desahoradamente, en medio de las risas, por supuesto á escondidas, de los muchísimos católicos que hay hoy día en Liverpool, porque allí puede gritar todo el que quiera; vá uno de paso, dá cuatro voces y se larga. ¿No es esto también una manera muy ridícula de pregonar su religión? No porque sea protestante, cismática hereje ó lo que quiera, que si la religión de Cristo se propagara tan ridículamente, lo mismo sería digno de censura y hasta llegaría á excitar la risa.

Diariamente se cierran los comercios y toda clase de esta-

blecimientos á las ocho, excepción de los sábados, que lo hacen á las once. He dicho que cierran y no debía decirlo, pues no puede llamarse cerrar, dejar todos los escaparates sin más defensa que los cristales y la puerta de entrada con solo un sencillo picaporte. Aquí no hay trampillas, ni barras, ni nada que se le parezca; se encomienda todo á la vigilancia de la policía, la que interviene en algunas compras, sobre todo tratándose de alhajas y piedras preciosas; basta hacerse acompañar de un *policeman* al entrar en una joyería para que presencie la compra, y si después de verificada resulta una piedra falsa ó defectuosa, él mismo se encarga de llevar á cabo la rescisión y de castigar severamente al comerciante si obró de mala fé. Esto sí que es digno de elogio; si bien es cierto, que la seriedad del comercio inglés no permite llegar á tal extremo; aquí no se engaña á nadie, á pesar de ganar un cincuenta por ciento menos que los comerciantes españoles. Con decir que no engañan ni aun los judíos, está dicho todo. Y ya que les menciono, no pasaré sin hacer una breve reseña del mayor comercio que existe en Inglaterra y quizá en el mundo entero. Es este el del judío *Lewis*, situado en el centro de Liverpool en *Road Street*. No puedo, sin incurrir tal vez en error, enumerar las dimensiones del edificio que ocupa, pero sí puede formarse idea con solo este detalle; en la fachada principal, á manera de un escudo heráldico que ostentara una casa feudal, se halla colocado un barco de hierro y madera que mide once metros de eslora, sin que tal dimensión altere lo más mínimo la relación proporcional de la distancia existente desde el centro á los extremos del edificio, ni tampoco, por la elevación de sus palos, la de los cimientos al tejado. Penetrando después en el interior, lo regular es perderse en un laberinto de pabellones donde se admira en cada uno de ellos el orden y esmero del ramo industrial á que se hallan destinados. Aquí hay de todo lo que necesita la humanidad para vivir y mucho que puede pasarse sin ello. Distribuidos en departamentos y para cada cosa una señorita encargada, se vé, sin que llegue á observarse dos especies diferentes reunidas, de todo lo que hasta la fecha ha sido capaz de fabricar la industria humana. Para que nada

falte, hay hasta un paseo subterráneo alumbrado con innumerables y potentes focos eléctricos, con su correspondiente estanque, fuentes y jardines y la indispensable cervecería. Y como si esto no fuera bastante, adosada al muro tiene una pequeña fábrica de cerillas, y formando ya parte del edificio principal, un taller de zapatería; taller y construcción de relojes; camisería; una sala para la confección de corbatas; separado por un mampero de lona, se halla la sastrería; después ropas marinas, ó sea botas de agua, capotones, impermeables, etc, etc...; luego un piso destinado solamente á confeccionar trajes y sombreros de señora; á continuación sombreros para caballeros; un pequeño departamento donde se halla instalada una máquina de hacer encaje y otra para bordar; doce guanteras trabajan en una habitación contigua á la en que se halla la barbería servida por mujeres; la agencia de cambio y banca se halla separada por verdes cortinones de Damasco, de la expendedoría de tabacos; de aquí se pasa á una hermosa joyería y platería que dá acceso al departamento de los tres chelines, esto es, que ninguna cosa de las que allí hay vale más cantidad ni menos tampoco, y consiste en figuritas de porcelana y china, adornos y cuadros de comedor; en resumen, que allí no falta nada en la acepción más lata de la palabra, hasta en la planta baja tienen ebanistería, carpintería y herrería, elegante restaurant, amplia y surtida tienda de comestibles con su correspondiente jamonería, salazones y embutidos; tienen por tener, un pequeño departamento donde expenden frutas y verduras, siendo el personal de sus oficinas tan numeroso como el de una Delegación de Hacienda de cualquiera provincia española. Después de cansarse uno de subir y bajar en ascensores, aun se puede ir... ¿á dónde? A tomar un coche de los que también tienen de alquiler y que le lleven á la casa de locos. Llegué también á conocer al dueño de este pueblo industrial y, al tiempo de verle, casi le digo «Dios le ampare,» pues con el sebo que llevaba encima de su mugrienta ropa podría fabricarse una arroba de velas. Y para que todo sea asombroso en este *comercio-mundo*, se halla guardando la puerta de entrada el hombre más alto que quizá exista en el

universo, un inglés que todo el año está de carnaval, pues con el único y exclusivo objeto de llamar la atención, un día le visten de negro salvaje con plumas en la cabeza, otro de blanco con levita y sombrero de copa, al siguiente de Luis XIV, después aparece como guerrero de la Edad Media ó con la túnica de los senadores romanos de la época de Ciceron, de soldado, de general, de clown, de... orangután; en fin, le dan un disfraz sin careta para cada día del año, además de la comida y dos libras semanales de sueldo. ¡Quién fuera *grande* en arrobas para eso de las dos libras! Y en cuanto á la *grandeza* de este portero monumental, baste decir, que tiene, para cuando muera, vendido su esqueleto á un museo anatómico de Londres.

Poco me queda que escribir de las impresiones recogidas durante mi estancia en Liverpool; pues los domingos, para mis observaciones los mejores días, no se ve alma viviente; ocupados sin duda en los ritos y rezos protestantes. Unicamente por la tarde acuden al *bark* de paseo, donde los hombres llevan á los niños en el coche y las mujeres se sientan ó pasean, sin que se las ocurra reemplazar al marido en su ridículo cargo. Lo que sí hacen es menudear sus visitas á unos toneles ambulantes llenos de cerveza situados en los extremos del paseo. Pero esto se vé á diario en todas las calles; tienen un sitio fijo y allí se acerca una señorona elegantemente vestida de sombrero, abrigo de terciopelo, boa y todas las prendas que hacen á una mujer elegante y distinguida; y en medio de la calle, se tira una copa al colete ó dos ó las que se tercién.

No quisiera tampoco pasar en silencio la exagerada libertad de que goza la mujer inglesa. Muchas hay que saldrán por la mañana de casa, y al volver ya de noche, no sé si dirán á su esposo lo que han hecho y dónde han estado, porque él se libraré muy bien de preguntarlo; es la mayor ofensa que le puede hacer. ¿Es esto digno de alabanza ó de vituperio? Lo que sí ensalzo, es el respeto que vá unido á la libertad. Mujeres se ven que andan por las calles completamente solas á altas horas la noche, bien por regresar de la tertulia, del teatro ó de cualquier sitio, y no hay cuidado que nadie las dirija la

más mínima palabra. ¡Lo mismo que en España! En cuanto pasan las diez de la noche, le dejan al hombre más valiente hasta sin camisa. ¿Cómo á las diez de la noche? A las diez de la mañana no está el transeunte seguro. Por esto me extrañaba que, al retirarse alguna *lady* ó *young lady* de la reunión donde habíamos sido amistosos contertulios, al ofrecer mi humilde persona para su compañía, me apartara mirándome con los ojos muy abiertos como si le causara miedo mi cumplida proposición. Decía yo: «¿Me rechazarán por ser español?» Luego ya supe que aunque hubiera sido griego, pues conceptúanse tan seguras, que el ir acompañadas de noche por un hombre extraño, aún inglés de pura raza, puede ser causa de acerbas críticas atentatorias á su honra.

¿Y qué diré de la libertad oratoria? Aquí el que no es orador será porque no le dá la gana. Un autor francés de literatura dice que la primera condición para ser orador es «atreverse». Pues bien; aquí todo el mundo se atreve. Va un individuo de paseo, ó individua, que lo mismo hablan, y repentinamente se siente con ganas de hablar; hace de tribuna un montón de piedras ó unos maderos, y allí empieza su discurso. Al principio no tiené oyentes; á los diez minutos los tiene á cientos; pero entre ellos hay uno que no le gusta la materia del discurso, y le dice: «A ver, tú, bájate de ahí, que no lo entiendes; verás como yo lo hago mejor». Y baja el uno y sube el otro, ó empiezan á charlar los dos á un tiempo; terminando por hablar todos los oyentes si el discurso se prolonga.

Unos días antes de zarpar, salí á dar un paseo y sobre unos machones, ví á una mujer que daba unos gritos desaforados y estaba hablando ella solita, pues aún no tenía quien la oyese. En seguida se reunió un público numeroso, y cuando más entusiasmada se hallaba en su peroración, cuando el furor de la inspiración había llegado al grado sublime, disertando contra la emigración á las Américas, la soltaron un cantazo con tan buen acierto, que no la dejaron diente sano. El agresor, ó mejor dicho agresora, pues fué una compatriota, apenas la vió rodar por los maderos, se avalanzó á ella, y si el público no se interpone, le saca de una vez todo el discurso

en la lengua. «¡La grandísima tal!... ¡La cual!...» ¡Qué sé yo las *flores* que cayeron sobre la infeliz disertante! La natural curiosidad hizo preguntar el motivo de tan estrepitoso *aplauzo*, y respondió echando espuma por la boca: «Decir, la habladora, que no vaya nadie á América!... ¡Que durante el viaje les matan de hambre y luego tienen que volver á su patria por no encontrar ocupación!...» —¡Y sí! ¡y sí!—decía la otra medio silbando, mientras guardaba los dientes en un sobre. —¿Pero eso qué tiene de particular?—argüían á la exaltada oyente. —¿Pues no ha de tener?—contestó—¿Si mi marido es agente y facilita pasaje á quien lo desee, y esta bribona con su manera de charlar nos quita el pan? Una carcajada general de aquel improvisado público puso fin á tan extraño espectáculo, y mientras la oradora se dirigiría á casa de un dentista, la desahogada contrincante contaríase al marido saboreando una taza de tila.

También creo que deben gozar de una libertad especial ciertas manifestaciones señaladamente bufas, que los dominicos recorren las calles de la ciudad. La más original que he visto ha sido una intitulada «Sociedad de no bebedores» y que su fin principal le indica el mismo título. Suelen llevar un estandarte, que á veces es la colcha de la cama, y á continuación, varios individuos tocando uno el acordeón, otro un bombardino, violines y flautas, y al compás de música tan original acompañada de fuertes redobles de tambor, entonan versos y coplas poniendo de manifiesto los defectos de los contrarios; de los que se dan á la cerveza fuerte y aunque sea floja. También este es el día elegido por los protestantes, para con la misma música y parecidas banderas, hacer propaganda pública de sus erróneas doctrinas; siendo muy frecuente ver reunidas ambas sociedades, defendiendo, una la abstención en la bebida y otra el ingreso en sus aborrecibles filas.

Esto es lo único que los días de fiesta puede presentarse á la contemplación del viajero en Liverpool y sus cercanías. Un día de estos hice una excursión al pueblo de Virchinnet, que así le llaman y tiene más habitantes que Madrid, pero fué con el exclusivo objeto de sentir la impresión que produciría en

mi ánimo, al caminar durante quince ó veinte minutos en un tren submarino. ¡Qué obra más colosal!... A 80 ó 100 metros de profundidad y teniendo encima de las bóvedas del túnel un mar, porque mar es la ría, se camina con una velocidad de cincuenta y tantos kilómetros por hora y con doble vía. El trayecto todo se halla iluminado por la electricidad, y así puede verse las bombas de monstruosa fuerza, que extraen las filtraciones ocurridas en el subsuelo, para conducir las á inmensos pozos instalados en el curso del túnel. Por su construcción, por la cantidad de agua que sostiene su bóveda, por la profundidad y longitud, es doblemente más importante esta obra, que la que existe, de la misma especie, bajo las aguas del Támesis. Cuando con velocidad pasmosa veía yo aquellas paredes despidiendo reflejos cristalinos, efecto del agua que por ellas se filtra, y aquellas bombas de aire comprimido para su saneamiento y el de los viajeros, no hacía más que tragar saliva, pero mucha saliva, para cerciorarme del buen estado de mis pulmones y que no tragaba agua salada. La verdad, vamos, que no estaba tranquilo, ni mucho menos, y aún no habíame salido del cuerpo el susto que me llevé en la estación de Liverpool. Después de tomar mi billete, entré en la sala de espera y me senté con otros tantos mortales que allí había. Cuando más descuidado estaba, se empieza á mover la sala, y viajeros, cuadros, anuncios y todo el piso completo incluso el techo, descendíamos con la velocidad de un tranvía; yo me agarraba al asiento, miraba la cara de los demás viajeros y viéndolos tan tranquilos, no pude menos de exclamar: «Pues esto no será tan malo cuando nadie se mueve». Además, en frente de mí estaba la sala de equipajes, y les veía descender juntamente con empleados y mozos, que continuaban trabajando con la mayor seguridad. Por fin llegamos allá abajo, y si no me sacan, no salgo; pues yo no veía más que cosas muy negras por todos los sitios. Al apear me en Virchinnet, no quise más salas móviles, seguí á unos viajeros que subían por unas escaleras y allá fui yo, pero creí que en el trayecto me quedaba, aquello no acababa nunca; tuve que sentarme más de veinte veces, y cuando llegué á ver la claridad del día, no

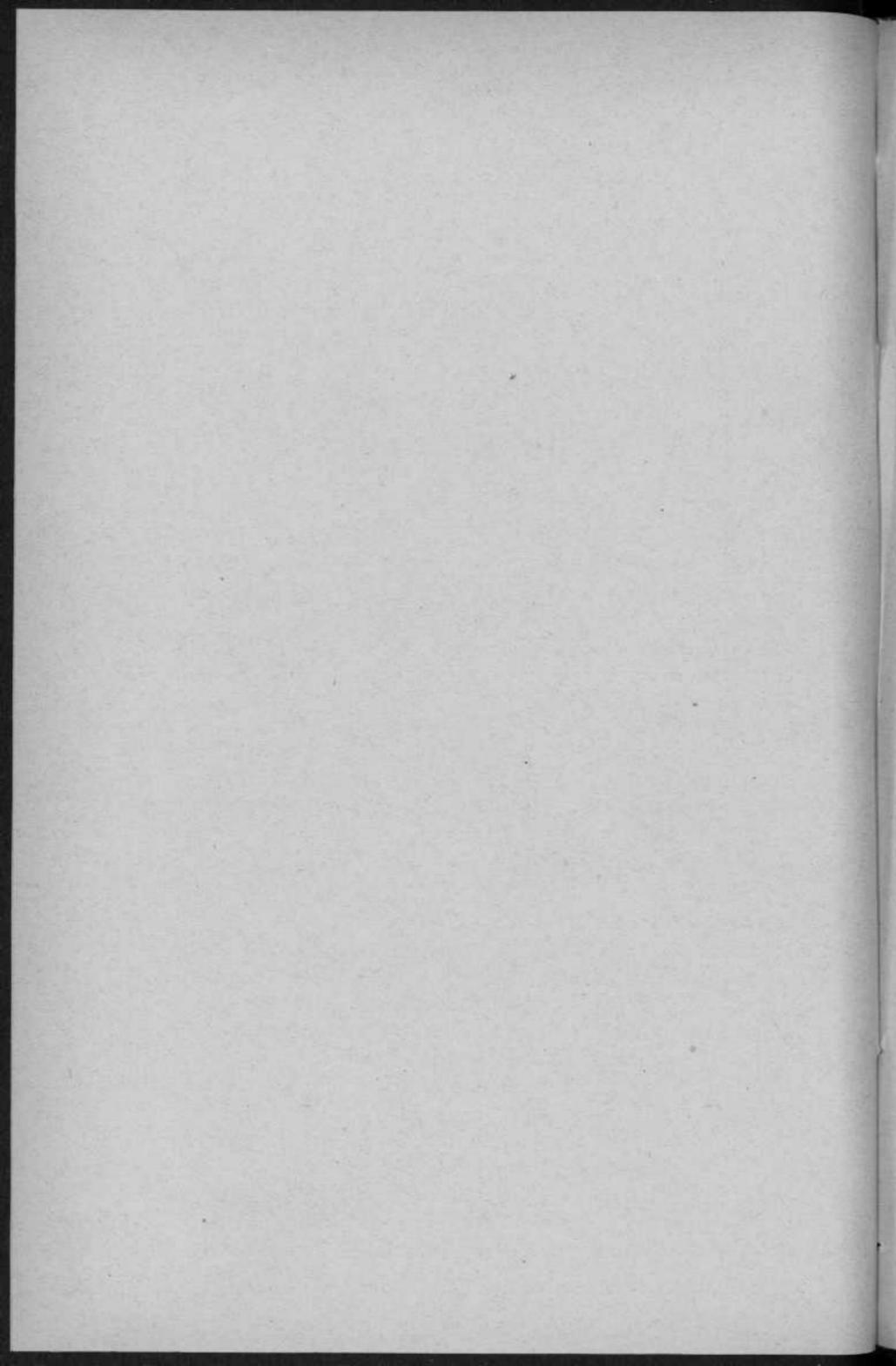
sabía respirar. Al regreso, que no tardé mucho, pues todo lo que tenía que hacer era aburrirme y esto lo hice en seguida, no quise salas que subieran ni bajaran, y me fui en uno de los vaporcitos que hacen la travesía por el río. Un detalle: á la inauguración de este ferrocarril submarino, concurrió el Príncipe de Gales, y al salvar el nuevo tren una pendiente situada en el mismo centro del túnel, en medio de la ría, se plantó la máquina y quieta que quieta; se avisó á Liverpool por telégrafo, por teléfono, por todos los medios de comunicación que hay instalados á lo largo del túnel, y vino otra máquina que empujó al tren por la cola; como si nó. Las máquinas bufaban, lanzando pitadas ensordecedoras, y llegó de Virchinnet otra máquina que, enganchada á la primera, consiguieron arrastrar el convoy. ¿Y qué hacían mientras tanto los miles de pasajeros que conducía? Pues nada; no se oyó ni un grito de alarma, ni una voz, ni una ventanilla turbó aquel silencio con el ruido de sus goznes. Ante tal serenidad, no he podido menos de preguntarme si sus almas serían inaccesibles al miedo y sus cuerpos sordos de nacimiento. Lo menos que yo me hubiera figurado, al sentir aquellas pitadas y escapes de vapor teniendo encima de mi cabeza el mar, que éste se desbordaba, y sus olas, en avalancha impetuosa, invadían el túnel para coger en aquella ratonera á los pasajeros, ahogando á todo sér viviente en menos tiempo que se cuenta.

Finalmente; que aquello no pasó de una avería para mí ignorada, como no pasó tampoco de ser un gran miedo todo lo claro y obscuro que yo veía durante el tiempo que duró mi curiosa excursión.

Por la popa del *San Ignacio* queda todo: industria, comercio, movimiento, hombres y máquinas; adelantos, civilización, costumbres y riqueza. La vida en pugna insensata con el tiempo; los inventos acabarán cuando la vida de la humanidad, con el fin del mundo. La cosa más pueril, es un libro de enseñanza, un curso de filosofía práctica. Está el hombre á disgusto en un sitio y se alegra al perderle de vista. ¡Insensato!... ¡Un paso más por la senda de la vida!... Una baza que el tiempo gana en la partida que tenemos empeñada

con él. Me alegro dejar en pos de la estela del buque nieblas y ciudades; ¡infeliz! y sin embargo, cuando vuelva á pisar el húmedo suelo de sus calles y plazas, seré más viejo. Acaso todo lo que ahora me ha parecido asombroso, lo crea después una ruindad; habrá cosas nuevas, inventos modernísimos, muchos más adelantos y todos los mortales caminando en pos de la novedad, alegrándonos, ¿de qué? De caminar al fin de la vida. Claro está, que aunque el hombre pensara de diferente manera, no por esto había de estacionarse el tiempo, pero con nuestras acciones, deseos, género de vida y modo de sentir, le acortamos insensiblemente. Esto es, nos alegramos de nuestro propio mal. Hacemos lo que el criminal que reconoce la maldad de sus actos y no se enmienda, sinó que á la primera ocasión que se presenta, vuelve á caer en la misma tentación. Yo mismo estoy deseando avistar la costa gallega, para zarpar enseguida y rebasando el cabo San Vicente, verme en Cadiz; pasar el estrecho y llegar á Cartagena aunque me entren las calenturas, pues con ellas y todo, pasaré de Valencia para otra vez fondear en Barcelona. ¿Y para qué? No sé: pues á pesar de tan vehementes deseos, siento un no sé qué, que no acierto á explicarme. Cuanto mayor es la velocidad de que vá animado el vapor, tanto mayor es la tristeza que empieza á embargar mi ánimo. ¿Se me habrá contagiado el *Spleeny* de los ingleses? Sin embargo, esto que yo siento, es algo así como presentimiento de una desgracia que atañe á mi solo. ¿Qué me estará preparando la fatalidad? Porque, ¡que pocas veces engaña el alma cuando se amilana ante los fatídicos pronósticos que prevé!... En fin; no puedo más; el espíritu se niega á sostener por más tiempo la fijeza en las ideas, y aunque pensaba dedicar á mi querido colega un pequeño recuerdo, que me perdone, como yo le perdono su silencio.

A la vista de las Sisargas.



Día 5 de Diciembre.

De poco tiempo á esta parte voy descubriendo en mí una *gracia* nada envidiable, cuya propiedad, hasta hoy desconocida, consiste en acertar todo lo malo que ha de sucederme. Juzgando por caprichosos presentimientos que en nada se fundan, llego siempre á la verdad de funestos resultados que particularmente me perjudican. ¿Qué no daría yo por hallarme en este momento ante la presencia de X?... «¡Qué dichoso eres!», me dijo una noche al terminar nuestra guardia, y yo me quedé con la duda de si sería cierta tanta dicha. ¡Ah!... soy bastante más digno de lástima que él. Hace pocos días me asustaba mi repentina tristeza y no cesaba de repetir maquinalmente: «Algo me va á suceder!»

En esta misma bahía, en el mismo sitio que amarró nuestro buque en el mes de marzo, la víspera de zarpar con rumbo á Port-Said, compadecía yo á las muchas madres que despedían á sus hijos; dentro de poco tendré yo que sufrir la tortura de verle partir, ahora yo seré quien desde el antepuerto, al oír el cañonazo de zarpa, exclame con acento desgarrador: «¡Adiós mi *San Ignacio!*»

Una hora, media, un segundo ha bastado para que lo más apreciable de la vida del sér, se tronche, arrojando al suelo todas sus ilusiones, la esperanza, lo que hace agradable la vida

á toda la humanidad. La cosa más insignificante es suficiente para atemorizar el espíritu; ni aún necesita el cuerpo esa insignificancia para matarle. ¡Y cómo se suceden las catástrofes!... Tiénelas encima el hombre y no las percibe. Las está sufriendo y no sabe que le ocurren.

Apenas el cabrestante desenterró del fango el ancla, dejando al *San Ignacio* caminar libremente por la pintoresca y amplia bahía de Vigo, y al pasar de través con Cabo Silleiro, me dijo el primer oficial:

—Están reparando la casa faro. Mire V.

Y miré, sí, pero no ví nada.

—¿No es cierto?, continuó.

—Sí, lo será, pero yo no lo veo.

—¿Que no lo vé usted?

Pero así nos quedamos, ni á él le llamó la atención ni á mí tampoco.

Llegó la noche, y á eso de las doce y media, se dirigió á la bitácora para marcar la demora del faro de Isla Berlinga.

—Márquele V. también, — me dijo.

—No puedo, — contesté.

—¿Por qué?

—Porque no le veo.

—¿Pero si solo estamos á dos millas de distancia?

Esto ya me dió que pensar, comenzando á disgustarme.

Al cabo de un rato me alargó los gemelos, diciéndome al mismo tiempo:

—Mire V. aquella luz que trae rumbo contrario. Me parece un barco de guerra portugués.

Cogí los gemelos y después de examinar el horizonte en todas direcciones, no pude menos de decirle:

—D. José, ¿tiene V. la propiedad de los murciélagos? ¿Si está una noche lo más obscura que he visto?

—¿Eh?—me dijo asombrado.—¿V. no está bueno? No falta una estrella en el firmamento y se puede leer el cuadro de faros al resplandor de la luna.

Entonces ya me puso en cuidado. Desde aquél momento empecé á mirar en todas direcciones y no veía mas que la

proa, dirigí atrás la vista y llegué á distinguir el palo de mesana.

—Pues, señor—dije—yo veo todo lo de á bordo, pero no alcanzo más, y lo que veo me parece se halla cubierto con tupidos velos.

—Pues V. tiene algo que de pronto se le ha presentado en la vista. ¿No ha notado V. nada hasta esta noche?

—Nada absolutamente.

—Consulte V. mañana con el doctor.

—No, quizá sea un fenómeno extraordinario y pasajero, yo mismo me observaré hasta que llegemos á Barcelona.

Al día siguiente, apenas la luz del día penetró con débil claridad en el camarote, faltóme tiempo para coger un libro y ponerme á leer con la ansiedad de aquél que en el libro encontrase su salvación. Con la sonrisa en los labios leía y releía acortando y alargando alternativamente la distancia, porque no conocía ningún defecto ni notaba cansancio, leía como siempre, me puse á escribir y lo mismo. Entonces quedé conforme y contento.

Aquí de mis lamentos respecto á los deseos inusitados é incomprensibles de que se sucedan con rapidez los acontecimientos, que detrás de una cosa venga otra y otra con rapidísima carrera para llegar cuanto antes al fin.

¿Qué duró mi conformidad y contento? Nada. Llegó la noche, y fuera del recinto del barco, no hay para mis ojos más que obscuridad y nebulosidades. En este estado llego otra vez á Barcelona, viendo poco de día y nada por la noche, la ceguera en perspectiva, mejor dicho ¡la miseria!...

Cuando hoy toda la oficialidad formada en el portalón esperaba á los Sres. Marqueses de Comillas, que venían á comer á bordo del *San Ignacio*, estuve por quitarme la gorra y sentándome en cubierta, alargar la mano diciendo: «Dios les conserve la vista. Para el pobre ciego.» Pero de pronto me asaltaron esas reflexiones lisonjeras nutridas de bienandanza, á las que siempre se entrega el ánimo más apocado en medio de sus infortunios. ¿Y si no me sucede? Si en estos dos días de descanso se pasa todo y el oculista me dá seguridades de una

curación pronta y radical, ¿qué habré adelantado con proporcionarme voluntariamente estos malos ratos?

Así discurre, cuando siento una voz interior que me fortalece diciendo: «Ánimo; soy la Esperanza». Quedo sumido en el mayor desconsuelo, cuando siento otra voz cavernosa acompañada de carcajadas burlonas diciéndome: «¡Soy el Mall!» Mas por encima de estos atributos, está la fé en uuestra amada Patrona, en la Virgen del Cármen que cobija bajo su manto á todos los católicos marinos. ¡Que se rían los incrédulos! Yo puedo decir, que cuando descolgaba de mi pecho la imágen que entre lágrimas y besos me entregó mi madre, y me frotaba los ojos con ella, entonces veía mejor. ¡Sugestión! — me dirán.— ¡Hermosa sugestión! la que debe poseer todo marino español; la de la fé en las creencias que nos legaron nuestros abuelos. Ofended á la Virgen del Cármen delante de un marino, y os cruzará el rostro con la misma ira que si hubierais ofendido á la madre que alimentó su ser.

Si la Excelsa Señora consiente que se me haga imposible la vida del mar por el mal estado de la vista, ¿quién sabe si algún día tendré que elevar hasta su trono mis humildes plegarias en acción de gracias? No impide tampoco mi conformidad, el que llegue á condolerme de mi suerte presente, porque la resignación cristiana no está en pugna con el común sentir de cada cual. Y esto, porque todos tenemos la presunción de saber, mejor que el Señor, lo que más nos conviene.

Yo por lo pronto, quietito al pié de mi escotilla; para esto todavía valgo. Mañana, Dios mediante, decidirá un mortal, un oculista, ó aunque sean media docena, acerca del porvenir que me espera.

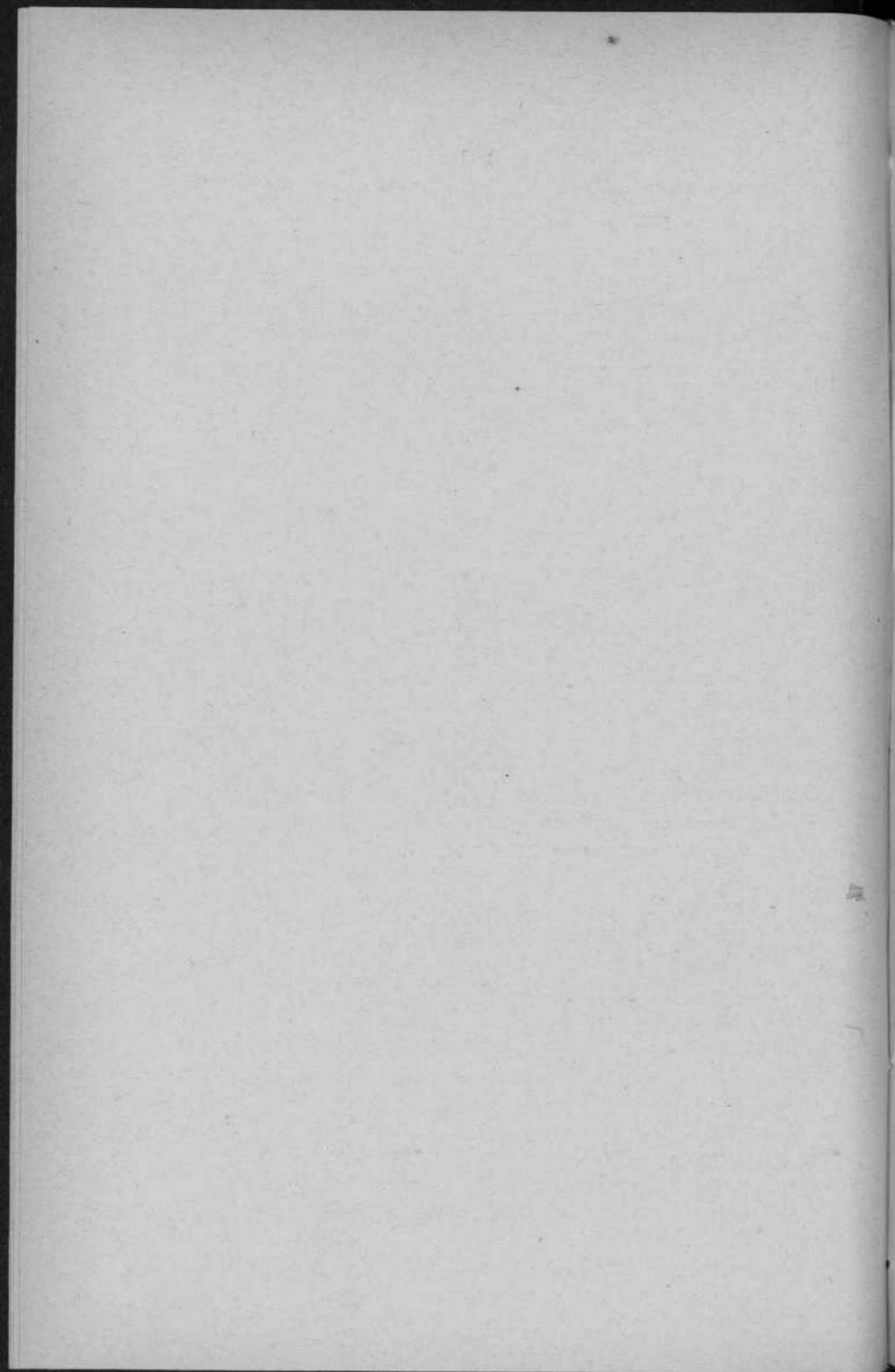
Enterada está ya toda la tripulación de que no veo, y ya me canso de repetir á todos las mismas palabras: «Estoy lo mismo. Muchas gracias.» Tengo que hacer excepción del camarero, que me cree ya y compara con un puente, es decir, que tengo ojos y no veo; porque esta mañana, al servirme el café, me dijo con la mejor buena fé del mundo: «¿Quiere usted que se lo dé yo?»

Y menos mal que en medio de los pesares que continua-

mente me afligen, conservo el buen humor. ¡Si pudiera decir esto mañana!...

Esta noche, me aplicaré la medicina que mi religión me ha recetado; pondré sobre mis ojos este bendito escapulario, y al saludarle con un Ave María cuando los albores matutinos iluminen con sus tintas rosadas la bahía, exclamaré aún lleno de gozo «¡Todavía veo el cielo!»

En la bahía de Barcelona.



Día 6

—¿Se puede pasar?

—Adelante.

Cuando ví que era el camarero, me figuré que venía á vestirme. Pero viendo mi extrañeza por aquel aviso tan de madrugada, prosiguió:

—Un caballero pregunta por V.

—¿Por mí?... Díle que pase. Mejor dicho, que aguarde; no le voy á recibir en paños menores.

Lo primero que hice al saltar de la litera, fué abrir la porta y mirar lejos, muy lejos; ví la claridad del sol, lo demás se hallaba cubierto de neblina.

Satisfecho de esta primera prueba, me dirigí al portalón, donde se hallaba un venerable anciano de luenga barba blanca, para mí completamente desconocido.

—Servidor de V.—le dije al llegar.

—¿Cómo? ¿No me conoces?

—No le he visto á V. en mi vida.

—Abrázame, hombre, abrázame;—y acompañando la acción á la palabra, se dirigió con los brazos extendidos para llevar á la práctica su cariñoso deseo.

—Que le abrace á V. su abuela—contesté amoscado.—Está de Dios que siempre me ha de tocar tratar con locos. ¿V. viene confundido?—prosegui.

—Pero ¿tan desconocido estoy?

—Diga: ¿V. tiene la cabeza en su sitio?

—Lo dudo—contestó.

—Vaya, amigo, yo bien decía. ¡Que V. se alivie!; y ya me disponía á cortar tan enojosa escena, cuando con voz suplicante insistió:

—¡Alfredo!... ¡No me creas loco como á la alemana!... ¡Soy tu buen amigo X...!

Entonces me aproximé, leí en sus ojos, le alargué la mano, y su contacto me comunicó una impresión tan placentera, que destruyendo todas mis dudas, hizo me abalanzara á su cuello pagándole de este modo el mal rato que indudablemente le había hecho pasar.

—Vamos; vámonos de aquí; en el camarote nos esconderemos, tú debajo de una litera, yo de otra; y allí lloraremos en silencio, muy bajito y muy ocultos; que nadie nos vea.

Una vez en mi reducida habitación, renovamos los abrazos, pasando en seguida á comunicarnos mutuamente nuestras penas, aderezadas con las lágrimas que sin cesar asomaban á nuestros ojos. Al mirarnos con las mejillas enrojecidas por el llanto, pareció darnos vergüenza nuestra debilidad, y repentinamente, aparecieron nuestros sentimientos varoniles para terminar nuestra providencial entrevista con la mayor serenidad.

—¿Pero tú no sabes—me decía—la causa de esa enfermedad?

—Ni lo sé, ni siquiera lo supongo.—Y como tan poco era lo que tenía que contarle de mi mal, pues con cuatro palabras estaba todo dicho, abordé en seguida el tema de sus sufrimientos morales: —Amigo mío—le dije—me alegraré mucho equivocarme, pero creo que no has pisado aquella alfombra de flores que yo te deseaba al llegar á tierra española; me parece que continúas lo mismo.

—No; estoy bastante peor. Tu mismo me lo has dado así á entender al no reconocerme. ¡Como habré cambiado cuando ni en el timbre de voz conocías á tu mejor amigo!... Esto por lo que á mi respecta. También á ti toca algo, porque por ahora terminó tu diario, no...

—¿Pues?...—interrumpí.

—Porque te repito las mismas palabras que en sus cartas me decía el virtuoso sacerdote de Z...; «de M... no sé nada.» Cuando llegué á la aldea, á tiempo aún de recibir el último beso y suspiro de mi anciana madre, me dediqué, pasado el primer y natural dolor, á inquirir su paradero, á recibir datos, alguna luz que me pusiera sobre la pista, y siempre el mismo resultado; la carencia más absoluta de noticias. Recorrí toda la costa cantábrica, y nada; penetré en el interior indagando en pueblos y ciudades, villas y aldeas, y ya desesperanzado, me dirigí á la mansión de los muertos, acordándome de aquellas tapias que sus descarnadas manos me enseñaron el día de la terrible entrevista con su iracundo y soberbio padre. En este sagrado recinto, no percibí ni una señal, ni una cruz con sencilla inscripción, ni una sepultura recientemente cubierta; miento; había una; ¡la de mi adorada madre!, donde hincado, recé por su alma una oración, para que ella desde el cielo proteja los pasos de su hijo en esta tierra infernal. Al regresar de mi triste excursión, hice formal propósito de llegar hasta el último extremo. Ayudado por dos robustos mocetones, pescadores de la aldea, forzamos una noche las puertas del hotel, que un tiempo habitó aquella santa criatura, y recorrimos todas las habitaciones sin encontrar ningún indicio de reciente partida, ni de pasada desgracia. Su habitación, donde me descubrí con respeto al penetrar en el interior, estaba intacta. La ventana, continuaba clavados sus marcos, y defendida por fortísimas rejas. Su cama, estaba también como recién hecha; á un lado y de la misma manera, la del verdugo. Si al salir me hubieras visto, con cuanta razón dirías; ¡está loco! El dolor, me hizo aparecer soberbio...

—De manera—interrumpí—¿que vienes á tomar pasaje para reunirme de nuevo con tu tripulación en Manila?

—Todo lo contrario; á estas horas navegarán en el *Isla Mindanao* con rumbo á España, según me dicen en este cablegrama, pues yo en otro les mandé que se vinieran, seguro ya de terminar mis días sin un sér que me acompañe, cuando el Señor me lleve de este mundo.

—Entonces, ¿á qué es debido tu venida?

—A que vuelvo á ser pescador.

—¿Y vienes á pescar á Barcelona?

—No; aquí vengo á comprar dos vaporcitos que hay de venta, para ejercer mi primitiva profesión en la aldea donde nací, que para esto vienen esos hombres, que todos son mis hermanos, y con los que viviré recibiendo siempre sus bendiciones.

—En resumen, querido amigo, que la única víctima de este intrincado laberinto soy yo.

—Explícate.

—Y en pocas palabras. Me quedo con un diario que tengo que arrojar al fuego, como no ponga en la última hoja de acaecimientos «se continuará», igual que en los folletines de un periódico. Además, me quedo sin vista y últimamente sin porvenir. Dime, ¿quién es más desgraciado de los dos.

—Yo. ¿Desconfías que Dios en su infinita bondad, puede hacer que llegue un día en que te comunique el desenlace de mi historia?

—Tu mismo me has dicho que no tienes ninguna esperanza.

—Es cierto; pero ¿sabes que me dá mucha pena el que te expliques así? ¡Parece que te importa más tu diario, que la desgracia de un amigo que tanto te quiere!

—No, hombre, no es eso; sabes de qué modo digo las cosas; siempre de buen humor, he querido decir, que si de lo malo malo, aun se puede aprovechar algo, eso se encuentra. Cuando se quema una casa, tu habrás visto que trata de aprovecharse lo mucho ó poco que queda, y si no queda nada, aún se aprovechan las cenizas. ¿Entiendes?

—Conforme. Pero mira, son las diez y media, y se acerca la hora de que vayas á la consulta.

—¿Me acompañarás?

—¿Y has creído que pudiera dejarte solo?

—Te he preguntado, porque no quería entretenerte, y por si tus asuntos requerían tu presencia.

—No tengo nada que hacer; si te hubiera encontrado como cuando terminamos el viaje, estaría ya á estas fechas

camino de mi tierra; porque mi intención era verte y despedirme al mismo tiempo. Hoy me quedo para acompañarte; y si es preciso un año, también.

—Gracias... amigo mío... ¡gracias!

—En lo que te vistes...

—No, dí en lo que me amortajo, que me parece voy en busca de la muerte.

—Chico, te creía más valiente. En fin, te decía que, en lo que te vistes, voy á leer lo que has escrito desde nuestra separación.

«.....»
«.....»

—Cuando gustes, X..., si has terminado.

—Hace un rato, pero estaba leyendo lo mío.

—Ya se te conoce en la cara.

—¿Estás ya listo?

—Sí.

—Pues andando.

Impresionado él con su reciente lectura y yo con el futuro diagnóstico del doctor, atravesamos la bahía sin cruzar una palabra y así caminábamos Rambla arriba hasta llegar frente al Siglo, que vimos pasar una elegante berlina ocupada por un anciano y dos personas más, que se nos figuraron recién casados. Yo no conocía á M... más que por la descripción hecha por mi apasionado amigo, pero al ver una rubia acompañada de un viejo y otro joven, para mí su marido, no pude menos de decir á X...:

—Mira qué fácil es forjar un desenlace novelesco.

—¿Lo dices como lo sientes?

—Desde luego que no; tú no le aceptarías ni yo tampoco. No sería ya historia, sinó una novela. Pero quiero decirte lo fácil que es hacer estas cosas. Voy á hacerte un resumen. Por ejemplo: ¿quién me impediría decir?: «Asuntos urgentes trajeron á mi amigo á Barcelona, y un día que el sol... los pájaros... las flores... un gentío inmenso, etc., etc., vió pasar un coche por la Plaza de Cataluña ocupado por una mujer rubia y un joven. Al verle, ciego por la ira y el despecho, se avalanzó

al estribo con ánimo de estrangular hasta al mismísimo cochero. La mujer dió un grito terrible que hizo bajar el dedo á Colón, desmayándose en brazos de su esposo, y «con los ojos cerrados miró al cielo.» X..., herido como estaba de muerte por su amor inmenso, cayó muerto de repente debajo de las ruedas, que le estropearon la nariz. Pero á pesar de su *muerte repentina* tuvo tiempo de encomendarme la venganza de aquella mujer infame, exigiéndome juramento. Si siempre se cumplen las últimas voluntades, ¿quién se atreve á no cumplir la palabra dada á un moribundo? Nadie: porque siempre se vería su sombra mortuoria vagando por las paredes de la alcoba del *infiel* pronunciando con voz cavernosa las mismas palabras: ¿«Qué has hecho de tu promesa?» Así que desde aquél momento empecé mi venganza, para lo cual me sirvió de mucho un mozo de cuerda que había oído mi juramento y que estaba en intimidades con la portera de la casa de M...

—¿Qué te va pareciendo?

—Estilo puro; y que siento no estar en tu camarote para reirme á mi gusto. Continúa, continúa.

—Pues bien; en relaciones con la portera, conseguí tener una entrevista con M..., tan á punto, que nos sorprendió su marido y no tuve más remedio que contárselo todo, porque me amenazó con un revólver de siete tiros. Desde entonces, aquella casa era un infierno, porque el marido no podía vivir con una mujer sin corazón. Yo que estaba delicado de la vista, efecto sin duda del susto del revólver, me quedé ciego y no pude vengarme, pero sí tuve que ponerme á pedir limosna.

Un día que estaba yo acurrucado en el quicio de la puerta de la Iglesia de Sta. Mónica, llegó una criada y me preguntó:

—¿Es V. don Fulano de Tal?

—Sí, señora.

—Pues ha dicho mi señorita que se venga V. conmigo.

Y allá me fuí; ya te supondrás que era M... Bueno; la encontré viuda, ¡asómbrate! y me propuso instalarme en su casa, y que ella sería mi lazarillo. Yo, para *vengarme*, acepté, y todas las tardes, una señora de aspecto distinguidísimo y un ciego elegante, se dirigen al Campo Santo, depositando rami-

lletes de flores ante una tumba sencilla, (la tuya, ¿eh?) mientras que al pasar por delante de un soberbio panteón, murmuraba la señora con acento de indiferencia: «No supiste amar-me, ¡ingrato!...»

—¿Te ha gustado?

—Mucho—me contestó riendo,—pero me gusta más tu humor. Te envidio. Yo no sé pensar más que en lo mío.

—Pues mira; yo, suceda lo que suceda, esto nadie me lo quita. Después vendrán las lamentaciones.

—Tienes razón. Pues vete ya preparando, que hemos llegado. Aquí es. «Dr. Cernaba, oculista.»

—Chico; ¡me está entrando un miedo!... ¿No subes?

—No; te esperaré aquí.

—¡Sube!... que ante sala habrá, y allí puedes esperarme.

—Vaya, pues vamos.

Y me agarré á su brazo, porque al subir las escaleras las piernas me flaqueaban.

—Ya estoy en *capilla* —le dije,—y dándome ánimos y diciendo: —que hasta en el patíbulo se indulta á los reos,—me llegó el turno y entré.....

—Já... já, já já já já já...

—¡Alfredol... ¿De qué te ríes? ¡Que sea enhorabuena querido amigo! ¡No me digas más!...

—Calla, hombre, calla. Si este tío está loco.

—Pero, hombre, ¿para tí todos estamos locos? Lo mismo me dijiste á mí.

—Pero loco rematado. ¡Déjame reir!...

—¿Qué te ha dicho?

—Que tengo... já, já já já já... Vámonos, vámonos; ya te diré en la calle...

A X... debió parecerle un siglo el tiempo que tardamos en bajar, pues apenas pusimos los pies en la puerta, volvió á decirme otra vez apretándome el brazo:

—Vamos, anda, dime.

—Ten calma; que ya te lo diré todo de una vez. Ahora voy á ver á otro médico, al Dr. Sirga, que vive en esta misma calle, allí, mira,—y eché á correr dejándole en medio de la acera como quien vé visiones.....

.....
.....

—Qué serio vienes ahora—me dijo al llegar.—Este no te ha dado por lo visto seguridades de éxito.

—Tampoco el otro; pero como le creí demente...

—Y éste, ¿no lo está?

—También debe estar algo tocado.

—Pero en resumen: ¿qué te han dicho? El que te cree ahora loco, soy yo; es decir, tienes la manía de creerlo así.

—¡Manía dices!... No ignoras que la mayoría de los inventos que han servido de progreso al arte y á la civilización, tienen su origen ó han sucedido por una casualidad. Pues bien; hay muchos pensamientos que no han sido *pensados*, y quedan después en la historia como axiomas indiscutibles. ¿Quién te ha dicho á tí que á fuerza de creer locos á todos no siente una teoría universal?

—Entonces, ¿qué dejas para los declarados locos por la ciencia y el mundo?

—Les creo los únicos cuerdos.

—Pues yo te cuento entre los *cuerdos*—me ha dicho sonriendo.—Y ahora, te pido por favor que no me tengas impaciente por más tiempo.

—A la tercera va la vencida. Vámonos á la calle de Fernando.

—¿Cómo? ¿A ver á otro médico?

—Sí; y al último.

Entretenidos con nuestra conversación llegamos á la citada calle, y á pocos pasos, vimos un letrado que ocupando tres balcones, decía: «Foredal, oculista». Allá me encaminé con paso perezoso como aquel que va á recibir el desengaño seguro de su última esperanza, quedándose mi colega á la puerta en espera del resultado.

Este fué bien triste, por cierto, tanto, que al verme X... no hizo más que abrazarme, preguntándome al mismo tiempo,

—¿Porque lloras?

—Porque al primer médico, no le creí; del segundo dudé; y al tercero, le creo ya como artículo de fé. No tengo más remedio que inclinarme ante el destino, y... suplicarte vendas á ayudarme para hacer el baul.

—Pero hombre, ten calma.

—¿Que tenga calma? Lo que tengo es hambre; pues no sé si sabrás que estoy con un café desde las seis de la mañana, y es la una. Conque vámonos á bordo y tomaremos algo. Así tendré fuerzas para contarte la odisea de mis consultas.

—Y á ver si te entra la formalidad—me ha dicho, cogiéndose á mi brazo,—porque dudo, si ese alarde que haces de tranquilidad, es debido á una cristiana resignación ó á tu carácter despreocupado.

—¿De modo que no sabes lo que es?

—No.

—Es, ¡desesperación!, pero muy disimulada. No voy á ir pregonándolo por calles y plazas con mi llanto, y sobre todo hay que llegar á bordo muy sereno. Cuando estemos solos apareceré tal cual soy y como siento. Acompáñame ya á la casa de la Compañía Trasatlántica para que el Sr. Izaguirre me firme un volante de desembarque, mejor dicho, me extienda la papeleta de defunción.

Con ella en el bolsillo nos dirigimos al *San Ignacio*, y de gusto de mi compañero no hubiéramos reforzado el estómago, pues con interés que nunca pagaré lo bastante, deseaba lo primero saber mi estado; pero yo me hice autoridad y conseguí, comer primero y después... ¡después llorar!, porque lloré mucho y él conmigo. Cada cual vertía lágrimas por lo suyo, y así, sin darnos cuenta, nos acompañábamos.

—Te diré—le dije—cualquiera de las consultas, pues las tres han sido exactamente iguales. Después de los saludos de reglamento, yo mismo abordé la cuestión de la siguiente manera: —Doctor, es inútil me pregunte V. qué tengo, porque no lo sé; si le diré, que todos esos abecedarios, rayas, puntos

y demás objetos para probar el alcance de la vista, los leo y veo perfectamente, y es más, distingo lo que hacen en aquella habitación de la casa de enfrente. En una palabra, distingo de día lo que sucede en una circunferencia de unos cincuenta metros de diámetro, situado en el centro; en saliendo de este círculo, todo lo que veo es neblina, y de noche, ese diámetro queda reducido á la cuarta parte; después, todo es para mí obscurísimo. Ahora V. dirá.

—¿Dice V. que vé y lee perfectamente sin experimentar cansancio y lo mismo cuando escribe?

—Sí, señor.

—¿Ha experimentado V. transiciones excesivamente bruscas de temperatura?

—Pues desde el Mar Rojo á Liverpool.

—Bien, pero eso ha sido paulatinamente. Es necesario que esa transición para ser brusca y surtir efectos, se haya sucedido en un minuto, por ejemplo. ¿V. cuándo lo notó?

—El día 25 del pasado, por la noche.

—Pues haga V. memoria si, dos ó tres días antes, pasó usted repentinamente de alguna región calida á otra fría y vice-versa.

—Del camarote, que por este tiempo están caldeados á vapor, al puente.

—No es bastante, no sé como explicárselo á V., tiene que haber sido de una temperatura glacial, del hielo, por ejemplo, á otra región de fuego. Trate V. de recordar.....

.....
—¡Ah!...—dije, dándome una palmada en la frente.—Ya sé, doctor. El día 23 de Noviembre me tocó la guardia de doce á cuatro de la madrugada en el Canal de San Jorge; hacía un frío ártico, esto era lo de menos, pero á eso de las doce y media comenzaron á caer chubascos de granizo que, quedaban pegados donde caían. El agua con que venían mezclados, formaba una sogá inmensa, completamente congelada, que unía el mar con las nubes. El frío se hizo irresistible; y el viento además, dábanos de cara, dejándola completamente insensible. Así estuve cuatro horas. Al terminar la guardia,

tenía cejas y pestañas unidas y pegadas por una finísima capa de hielo; el capotón estaba completamente congelado; fui á quitármele y estaba tan aterido, que no pude. Entonces, bajé á la máquina, y poniéndome delante de doce hornos que ardían sin interrupción, conseguí restablecer la circulación en todo mi cuerpo. Todo esto trascurrió en menos de dos minutos.

—Que fué lo bastante—interrumpió el doctor:—tiene usted una tisis á la vista.

—¿Eh?—dije asombrado.

—Sí, señor; no se asombre V. Así como habrá V. oído hablar de tisis laringea, tisis pulmonar, etc., existe también la tisis de que he hecho mención.

—Pero, ¿no me curaré nunca?

—Desde luego aseguro á V. que sí: pero es necesario un poco tiempo: seis meses; y después, no volver á embarcarse.

—¿Pcr qué?—pregunté sobresaltado como si hubiera estallado una bomba encima de mi cabeza.

—Porque las transiciones bruscas de clima que constantemente sufren Vdes. los marinos, le perjudicaría notablemente y de una manera insensible. Ahora, por lo pronto, yo siento decírselo, pero está V. expuesto á quedarse ciego... ¡No se asuste V! afortunadamente estamos á tiempo, y con paciencia todo puede arreglarse.

Muy tranquilo en su casa, procurará V. pasarse los seis meses en una habitación, mantenida siempre á la misma temperatura; la que más le agrade, pero que siempre sea la misma.

¿Y en qué localidad?

—Donde V. quiera, y pasado ese tiempo, puede V. volver á la vida ordinaria en el Norte, en el Sur, ó en el Mediodía: todo menos embarcarse.

Cuando me repitió que no me embarcara, estuve si le doy un puñetazo en la cabeza, y se le meto en la barriga. Parece que se complacia en repetirlo.—Aquí tienes, querido X... lo que tanto interés tenías en saber. Y aquellas carcajadas que salí dando de la primera consulta, eran hijas de la incredulidad. ¡Decir que tenía una tisis en la vista!... Pero todos me

han dicho lo mismo, los tres me han recetado el mismo remedio y las mismas medicinas. ¡Hasta en el precio han estado acordes! Dime ahora ¿quién es más digno de compasión?

—No sé; eso lo trataremos, comparándolo, más tarde, aunque las comparaciones son siempre odiosas.

—Tienes razón. Dejémoslo, y puesto que en todo cuento con tu amistosa ayuda, comienza por meter en el baúl todos los libros, mientras yo arreglo la ropa. ¡Qué triste es—he dicho durante nuestra faena—salir de una casa donde todo el mundo me aprecia, y sin la esperanza de volverla á habitar!...

—¿Guardo también el diario?—ha dicho X...

—O tñrale por la ventanilla; lo mismo me dá; al fin sólo pierdo el tiempo que en él empleé; ¡más tiempo tardé en otras cosas que de nada ya me sirven!...

—Mira; aquí le pongo entre el sextante y las tablas de Mendoza.

—Ponle, sí; ponle muy adentro, que no le vea nunca, porque sólo con verle ahora, me dá una pena que me ahoga; y esconde también mucho esos instrumentos, que al verlos, me parecen todos de cirugía, dispuestos para estirparme el corazón; y... ¡y no puedo más! hazlo tú sólo, amigo mío; se me acabó el valor...

—Bueno, yo lo haré; y no trato de consolarte porque nada adelantaría; también tú tratabas de hacerlo conmigo, y sólo encontraba alivio en las lágrimas. Lloro tú también, que eso te sirve de bálsamo y dá alientos para luchar. ¿Dónde quieres que ponga el almanaque náutico y el cuaderno de cálculos?

—Ahí, entre esos cajones de cigarros; y si las dos gorras caben en una caja, en la que quede vacía, pones los puños y cuellos. El uniforme, dóblale bien, quiero conservarle como en los museos las banderas y pendones ganadas en rudas batallas. Termina tú, á tu gusto, que entre tanto voy á despedirme de todos.

—¿Pero no duermes aquí esta noche?

—No; de ningún modo, cada hora que paso bajo los *baos* del buque, es un suplicio; quiero salir, y salir cuanto antes.

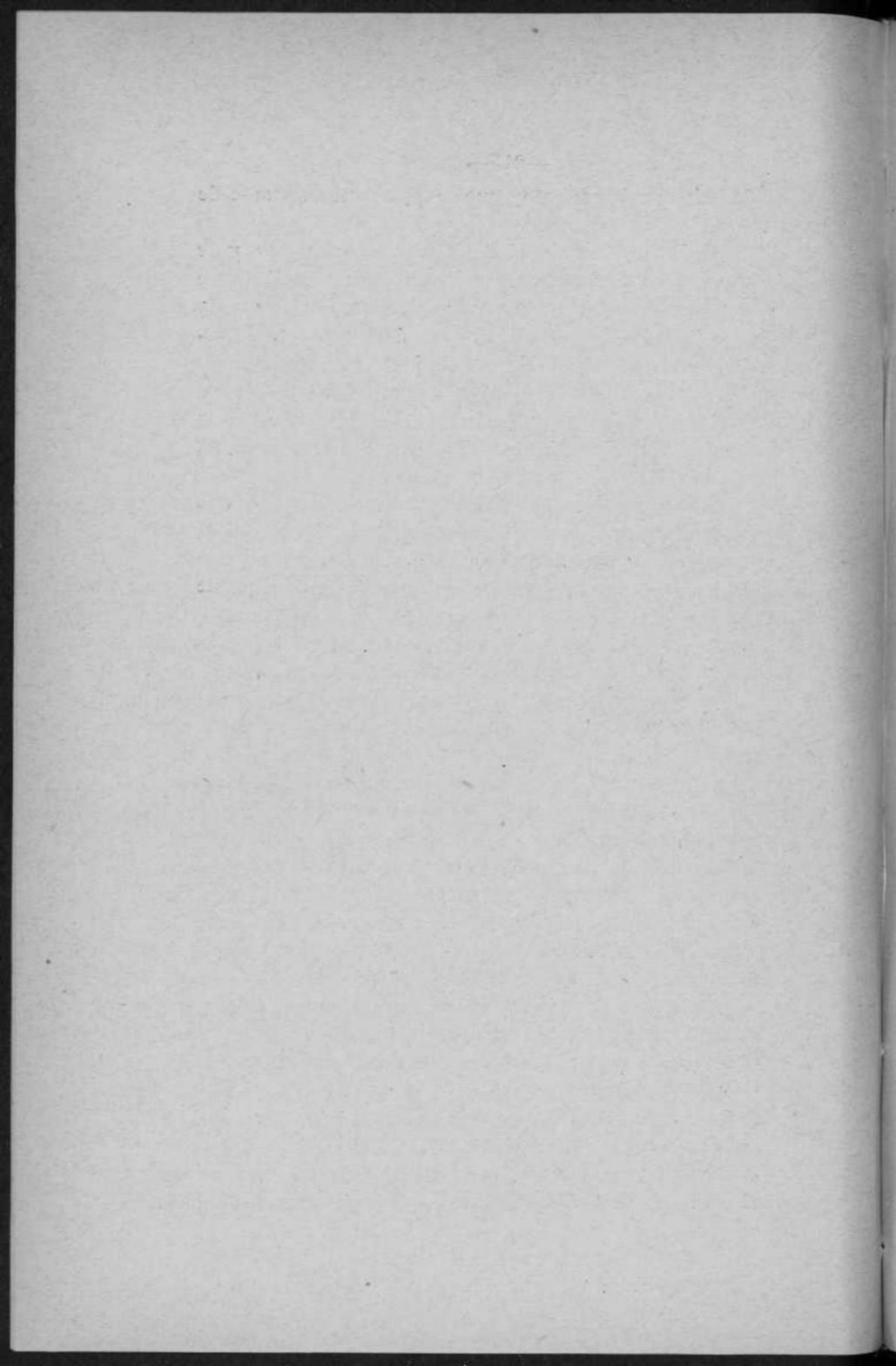
—Pues vete.

—Voy ahora mismo; antes que se pase este arranque de valor.

Afortunadamente, estaba el Capitán en su camarote, y de aquí fui recorriendo los de todo el personal, consolándome con las mismas ó parecidas palabras: «¡Lo sentimos muy de veras! Quizá algún día podamos volver á abrazarle... Volveremos á ser compañeros...» Y después de prometerles que les abrazaría otra vez pasado mañana á la hora de zarpar, hemos salido de á bordo con mi pequeño equipaje, y me puse en la lancha cara al *San Ignacio* para verle hasta donde pudiera, ¡hasta lo último!

Instalados en la Fonda Peninsular, no tuve alientos más que para acostarme; pensar un modo de salir de esta situación, buscar un porvenir reducido al pan de cada día, y confiando en Dios, pedirle fuerzas para mi segunda despedida, ¡la de zarpa!

En Barcelona.



Día 11

Reunido ya con mi familia, no basta su solicitud en el cuidado, para aliviar mi alma; están muy recientes las impresiones, fuertes y en extremo dolorosas, que recibió durante tres días consecutivos. Aquí, encerrado en mi pobre habitación, repaso mentalmente con la indiferencia del que nada espera, pasados sucesos, penas disimuladas, valor fingido, últimos adioses, neblinas, obscuridades, cascos, chimeneas, pitadas... todo en confuso montón; ¡el delirio de un calentamiento!...

Cuando, acompañado de mi madre, vi en el fondo del baul ciertos objetos de náutica, me parecieron tristes despojos de pasado bienestar, condenados á no recibir jamás el sol reflejado tantas veces en sus espejos. Allí apareció también mi Diario, con las pastas sin lustre y dobladas: «Ven—dije—á tí te pondré en un lugar escogido, quiero conservarte, pues mucho de lo que dicen tus hojas no me pertenece»; pero al guardarle tuve una inspiración; ¡todavía el Señor me protege conservándome alguna lucidez en las ideas! ¿Por qué no he de añadirle un día más?... ¿Que ya no estoy en el mar?... Es cierto; pero lo que tengo que escribir ha ocurrido en un puerto, entre lanchas y vapores, en una bahía, aun estaba yo pisando cubiertas y escalas; escribo en tierra ¡muy adentro! pero las cosas pertenecen al mar. ¿No hay marinos que están la mayor parte de su vida en tierra? ¿Dejan por esto de serlo? No; así que, animado con estas reflexiones, empecé á escribir,

por el orden en que sucedieron, las impresiones aglomeradas en la mente desde el día ocho, y conceptuando todavía mi Diario como de Navegación.

Acompañado siempre por el *otro* desgraciado, nos dirigimos á las tres de la tarde al muelle de la Paz, confundiéndonos con aquella apiñada multitud de que há pocos meses hacía yo especial mención, calificándolos de simples curiosos. Desde este momento empecé á sufrir. ¡Ya no ostentaba ningún distintivo! ¡nadie se fijaba en mí!; allí estaba el mismo botero que en otro tiempo me condujo á través de la bahía, y ahora solo se ocupaba en almacenar maletas en el reducido casco de su bote: «No hay sitio»—me dijo—y allí tuve que esperar *¡un sitio!*... Recordaba que en aquella masa humana abrí yo una brecha á fuerza de codazos, y llamando en mi auxilio á, *hé sido*, iba ya empezar; pero lo primero que me encontré fué con una catalana, que encarándose conmigo y como si tuviera la boca llena de papas, me dijo:—*¿Porta vosté molta prise?*—Tiene razón—dije para mis adentros—¡Ya no brilla el ancla en mi gorra!...

—Me dan ganas—dije á X...—no sé si de llorar ó de empezar á cachetes. ¡Vámonos de aquí!...

—No; allí viene el botero de á bordo y nos conducirá.

—Es cierto. *¡Moncho!*...—grité.

—¡Vengan ustedes, que no tengo viaje!...

—Y después de mucho trabajo y muchos pisotones, nos instalamos en su embarcación.

—Este bote, es nuestro;—dijo mi buen amigo—todo lo que V. pensara ganar hoy, se lo abonaré yo.

—Sí;—dije—págalo tu; porque á mi los oculistas me dejaron sin *lux* en los ojos y... en el bolsillo.

—Llegamos á bordo, y no sé que sentí al poner el pié en aquella escala, que con tanto gozo había subido y bajado cuando era ¡de la tripulación! Subía con pereza. Ya en el portalón, observaba que mis movimientos, carecían de libertad, encontrábame atado, ¡me creía un intruso! Esto, á pesar de los ánimos que me dió el marinero de guardia, mandando desatracar los botes al ver que yo llegaba;—¡Gracias!—grité desde

abajo, no pudiendo dominar por más tiempo mi gratitud.— ¡Aun me atienden los míos!

El reloj de la Capitanía del Puerto dió las cuatro, repitiéndose la escena de siempre: abrazos, lágrimas, adioses, gritos abajo, confusión arriba; y dominando tan ensordecedor murmullo, las tres pitadas del *San Ignacio*, el «¡fuera de aquí todo el mundo!» menos yo; tenía este último privilegio; podía subir con libertad al puente y despedirme de mi capitán; luego á proa; allí estaba el primero con parte de la tripulación echando el ancla á bordo; despues á contaduría, en seguida á la máquina; por último, á popa, donde el segundo oficial dejaba libre el buque cobrando las estachas que le amarraban á la boya; y así estuve dando y recibiendo abrazos, hasta que de popa y proa hicieron la señal de, ¡listos! Entonces abandoné el buque por la escala de gato, y caí en el bote llorando como un niño. Todavía seguí á su costado hasta el antepuerto; quería apurar hasta lo último el sufrimiento. Apenas comenzó su majestuoso balanceo, impulsado por las primeras revoluciones de la hélice, sonó un estampido terrible; ¡el cañonazo de zarpa! Todas las fibras de mi alma se estremecieron, y grité con energía desesperada:—¡Adiós!... ¡Adiós, todos!... ¡Buen viaje!...—¡Y me contestan!—dije á X... agarrándole la mano —Mira un pañuelo en el puente que me saluda; ¡dos!... ¡tres!... mira, mira,—le decía sin poder contener el llanto— aquel marinero me dice adiós con la gorra. ¡Que alegría!— Cuando aumentó su marcha, ya fuera de puntas, y nuestro bote quedaba muy distanciado, sentí tres pitadas que al momento traduje como especial saludo. ¡Es para mí! —dije;—no se ven barcos ni banderas, ni persona alguna. ¡Para mí, para mí!—repetí con la alegría de un pequeñuelo á quien enseñan un juguete.—Despues, reuniendo todas las fuerzas de mi alma bastante agotadas, grité con voz ronca:—¡¡Adiós... *San Ignacio!*... ¡¡Adiós, que...!! y mi voz se extinguió en aquellas ondas tranquilas que, tan lleno de bienandanzas, crucé en el vapor que ahora perdía de vista para siempre, llevándose consigo las ilusiones todas de mi juventud.

No he sido todo lo afortunado que deseaba, porque esa

neblina, existente sólo para mis ojos, me impidió verle caminar con gallardía mar adentro, hasta desaparecer en el horizonte confundidos sus penachos de humo con el cielo azul y despejado, que Dios quiera le acompañe en todos sus viajes, mostrándosele constantemente en sus largas travesías.

—¡Me quedé sólo!—murmuré.

—No; todavía estoy contigo, amigo mío—dijo X...

—Perdóname si te he olvidado; pero créeme; quisiera que tú también me hubieras dejado en este momento, para pasarlo todo de una vez.

Poco más fué lo que hablamos hasta llegar otra vez al muelle. Pagó espléndidamente al botero y nos dirigimos á la fonda, donde después de comer, nos encerramos en nuestra habitación, pasando la noche en comunicarnos mutuamente nuestros proyectos.

—De modo,—le dije—que persistes en tu empeño de ser otra vez pescador?

—Sí; y desde ahora te advierto, que no lograrás disuadirme de mi idea. ¿Qué tengo que hacer yo en este mundo? Todo lo doy ya por perdido, y al igual que tú, tampoco tengo ilusiones, esperanzas, ni...

—Alto ahí; amigo. Has abordado un tema con esa igualdad que sientas, y aunque me parece su desarrollo muy escabroso, voy á demostrarte que no tienes razón.

—Tú dirás.

—A eso voy. En primer lugar, establece el principio de la desigualdad que entre los dos existe, y cuya desigualdad se traduce en mi favor...

—¿Cómo? ¿tú eres más?...

—Ten paciencia. ¿Qué has perdido tú hasta la fecha?

—Todo.

—Nada. Fuiste á ganar un capital, y lo has conseguido; te dió el corazón una docena de latidos á *contra tiempo*, y te enamoraste; sí que puede costarte el pellejo, porque tu amor es un amor *modelo*, pero no puedes decir todavía que tu amor murió. Alimentas inconscientemente, créeme, la ilusión de que volverás á ver á M..., y quien tiene, aunque sólo sea una

esperanza, es más feliz, sin duda alguna, que el que las ha perdido todas.

—¿Y qué más me da á mí—ha dicho,—que viva ó muera, si ya no he de verla nunca?

—Tonto. ¿Has visto su cadáver? ¿Tienes seguridad que no has de verla *en jamás de los jamases*? Pues estate tranquilo, que como no haya muerto de una pulmonía, de amor ya no se muere nadie; ni creo haya ocurrido desde que Dios creó el sol, la luna y las estrellas; y si á quien temes es á su padre, que no cruce por tu mente la idea de que le habrá hecho una sangría suelta por el delito de quererte; *mu bruto*, según me has dicho, sí que debe de ser, pero si la *chica* se ha mantenido tiesa, ya habrá conseguido domarle; y el día menos pensado te los encuentras en la aldea, diciéndote Don S...: «Hé aquí mi hija».

—Me haces reír con tu lenguaje festivo, pero de continuar así, no lograremos entendernos.

—Déjame un rato de expansión, bastante he sufrido; ahora que puedo disfrutar, disfruto; y no te creas que, aunque te hable en otro sentido, variaré de modo de pensar; el fondo, la esencia, dirá lo mismo.

—Luego ¿tú crees?...

—Creo que aún puedes ser muy feliz.

—Tú también.

—¿Yo? Imposible. No sabes, y ojalá no lo sepas, lo que es perder de una vez y para siempre las lisongeras esperanzas que desde pequeñitos se sienten para labrarse un porvenir, y que todo desaparezca en la plenitud de la vida; cuando el hombre empieza á hacerse hombre. Acobardado el espíritu, se empezeza el cuerpo; faltan energías para luchar, porque se desconfía de la suerte, y sobre todo cuando faltan los medios. Una mole de hierro coronada por unos palos inmensos, has visto hace pocas horas, que se ha llevado mi salud, mi futuro bienestar, y que me deja abandonado al acaso, á lo que salga.

—Pero en cambio,—interrumpió X...—una vez pasado el dolor, vivirás tranquilo, habrá paz en tu alma, y poco á poco, cuando no sientas el choque de las ondas turbando el silencio

de la playa, irás olvidando el mar donde cifrabas tus sueños y tus anhelos.

—Tú, ¿podrás olvidar alguna vez á M...?—me apresuré á preguntar.

—Nunca: porque desde niño me hice la ilusión de ser suyo, y lo que de niño se aprende, tarde se olvida.

—Pues yo también desde niño adoro al mar, soy suyo, y, sin embargo, no lo seré nunca. Tú, puedes algún día recibir las caricias de M...; yo no recibiré jamás las caricias perladas del Atlántico. Ya ves si hay diferencia en nuestra situación moral; tú esperas aún: ¡que es muy dulce esperar! yo ya no espero nada; ¡que es lo último del desengaño y de la desilusión!

En cuanto á nuestra situación material—proseguí,—huelga toda comparación, ésta, es inútil cuando no hay términos hábiles para establecerla.

—Pero, ¿crees tú que yo soy algún Creso?...

—¿Quiéres que te sea franco?

—Sí.

—Pues me parece que la noche que me enseñaste aquellos cheques, me ocultastes la verdad, pues con aquella cantidad no se compran dos vaporcitos, y además...

—Te diré, aquí en silencio, en confianza, como de hermano á hermano, que tengo en el Banco de Londres.....

.....
—¿Y todo es tuyo?—pregunté admirado.

—No; sabes que hace muchos años prometí á M... trabajar para ella y sólo para ella; eso lo conceptúo como un depósito sagrado; no faltaré á mi palabra hasta que transcurra el tiempo que como término fatal me he impuesto.

—¿Y después?

—Después... lo emplearé en socorrer á los necesitados, haré mucho bien, y recibiré bendiciones sin cuento de los socorridos.

—Hombre; si fundas algún asilo, en una de las cláusulas de la fundación, crea una plaza vitalicia para mí.

—Para tí, tengo yo mi casa; ¿á que no eres capaz de venirte á vivir conmigo toda la vida?

—Gracias, por el ofrecimiento; pero tengo madre y hermana y obligación de atenderlas; tú, estás libre de obligaciones. ¡Hasta en esto te aventajo!

—Pero, en resúmen: ¿qué piensas hacer?

—¿Yo? pues cualquier cosa; lo primero, según llegue, buscar un sitio donde pueda ganarme como triste escribiente un par de pesetas; después, si la casualidad me proporciona algún conocimiento, solicitaré una credencial aunque sólo sea de 4.000 reales, con descuento, y si lo consigo, habré dejado de ser juguete de las olas y pasaré á serlo de los hombres, de esos que llaman políticos en general, y no lo son más que individualmente; unos me colocaran, (si me colocan), subirán los otros, y me levantarán... pero será del asiento. Y aquí tienes el porvenir que me espera. «Mira cómo subo, subo», yo que pensaba llegar á Capitán General, me quedo en *soldado* raso; y ni aún eso, porque ya me han dado la absoluta.

—Todas esas calamidades que prevees, están zanjadas con sólo que pronuncies un «sí»; vete á una Universidad; mi capital es tuyo; elige una carrera que aún eres joven y... ¿quién sabe?...

—¡Nunca! Eso sería enseñarme á ser un vago. ¡Es tan peligroso comer sin trabajar!... Ahora—continué—dime tus proyectos.

—Aún no he formado ninguno en concreto; si acaso...

—Sí; si acaso te salen como á mí, que no he realizado ninguno, más vale que no les formes; ya ves, quise ser marino y me *ahogué*; tuve grandísimos deseos de ver á mi tío en Manila y me quedé con las ganas; empecé un Diario, y porque ni aún esto me salga bien, sufres tú las consecuencias teniendo tu felicidad ó desventura pendiente de futuro é ignorado desenlace; si...

* —Perdona;—interrumpió mi generoso amigo—¿según te explicas, tienes un tío en Manila? Dime cómo se llama, porque conozco á casi todos los peninsulares del Archipiélago.

—No está en Manila; es un fraile agustino que está de cura párroco en Santa Bárbara, provincia de Iloilo.

—¿El Padre Fr. Fernando Llorente?

—El mismo.

—¡Cuántas veces hemos comido juntos en casa del Padre Blanco, en Iloilo! ¿Y es tío tuyo?

—Carnal.

—¡Cuánto se hubiera alegrado verte; después de treinta años que no ha visto á nadie de su familia!

—Pues hijo, ya no me verá; y maldito lo que pierde; pues para ver á un desgraciado, éstos se encuentran á puntapiés. Y si te parece, tratemos de descansar algo, pues son las tres de la madrugada y me quedan pocas horas de reposo.

—¿Por qué?

—Porque me marchó en el tren de las siete.

—Por Dios, ¡no seas loco!

—Lo que oyes; no te molestes; no quiero estar más tiempo sintiendo el ruido del mar y de los barcos; cada pitada que sentía esta tarde, me producía un escalofrío que recorría todo mi cuerpo de pies á cabeza como si tuviera calenturas.

—Veo tu determinación y no insisto; pero hasta Zaragoza te acompaño.

—¿Ese es tu camino?

—No; yo regreso aquí otra vez hasta que llegue el *Isla de Mindanao*, recojo mis marineros, y en los vaporcitos que he comprado para dedicarnos á la pesca, nos vamos á la aldea.

—¡Y tan felices que pasareis la vida! Pero yo te suplico que me dejes solo, no quiero, lo oyes, que bajes ni á la estación. Esta es mi última palabra.

Volví la espalda á tan verdadero amigo, y pude conciliar el sueño, hasta que me despertó la presión, que las manos de X..., hacían en mis brazos.

—¡Alfredo! ¡Alfredo!—gritaba—¡despierta!

—¿Qué? ¿Es ya la hora?—pregunté sobresaltado.

—No; es que te marchabas de la cama. ¿Qué soñabas?

—Un sueño muy agradable; soñaba, que estaba en el *San Ignacio*, y que habíame llamado el sereno de á bordo para ir de guardia... ¡Ay... Dios mío!... ¿Qué hora es?

—Voy á encender una luz.....

..... Las seis.

—Pues arriba, y tengamos valor... No te muevas—dije á X..., que ya sollozaba tapándose la cara con la sábana.

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando llamaron á la puerta: «señorito, que espera el omnibus» ¡señorito!—reflexioné;—y puede que dentro de ocho días tenga que ponerme á limpiar botas.

—Conque... escribe...me en cuanto sepas algo. ¡¡Adiós!!

—Pero, ¿dónde te voy á escribir?

—A Burgos; ya te comunicaré la llegada indicándote la dirección de... la bohardilla que habite.

—¿No me abrazas?

—Si... no puedo, amigo de mi alma; ¡no puedo! esto si que es lo último que me restaba pasar.

Y nos dimos no uno, ¡cien abrazos! y besos también, como si fuéramos dos doncellas; terminando con un ¡¡adiós!! nacido de lo más íntimo del corazón, un adiós profundo, lleno de cariño, como el que se dan dos amigos cuando lo son de verdad.

Y allí se quedó él, sólo, y sólo me fui yo también. ¡Sólos los dos, y separados!... ¿Para siempre? ¡Tal vez!...

Sin incidencia alguna hice mi triste viaje, pero siempre acordándome de aquellos suaves balanceos del *San Ignacio*, al recibir la incómoda trepidación del ferrocarril. ¡Qué diferencia! Las pitadas que percibía al llegar á una estación, me parecían ridículas, chillonas, carecían de la majestad solemne que abundaban en aquellas potentes y roncadas con que el buque me despidió por última vez. Únicamente al pararse el tren, es cuando me creía embarcado; entonces buscaba algo que hiciera más completa mi grata ilusión, y en vez de lo grande del mar con su cielo azul, lleno de caprichosas nubes que cual blondas inmensas, bordaban el firmamento hasta tocar sus finísimos encajes con el azul del agua, me encontraba con edificios negruzcos, árboles sin hojas, un cielo triste, sin luz, sin nada hermoso... ¡sin poesía!...

Por fin, terminaba mi viaje, y montes, llanuras, carreteras, caballos, diligencias, todo lo encontraba lo mismo, igual se hallaba todo; sólo yo, por mi desgracia, había cambiado.

También en mi casa lo he hallado todo en el mismo es-

tado; miento; todo no; mi madre está más vieja, tiene casi el pelo blanco por lo mucho que ha sufrido durante la ausencia de su hijo; y se alegra, sí, se alegra de mi mal, porque así me tendrá siempre á su lado; y yo, ¡ingrato! no correspondo á su cariño con toda la afección que es capaz mi alma, porque le tengo repartido entre X... y el puente del *San Ignacio*.

En mi casa de Burgos.

DÍA ÚLTIMO.

19 de Septiembre de 1898

Treinta y tres meses y días transcurrían ya desde la separación de aquel amigo todo él bondad; el más absoluto silencio durante este lapso de tiempo, se iba sucediendo un mes y otro mes, un día y otro día; pero siempre me quedaba lo que queda á todo el que no está conforme con su suerte; el «tal vez mañana». Pues á pesar de una conducta tan incomprensible, jamás asaltó á mi mente la idea del reproche, nunca tuve para su silenciosa ausencia una duda que momentáneamente hiciérame desconfiar de su fraternal amistad. Tenía la persuasión de que no me faltaba, y no me ha faltado. Le participé mi feliz y triste llegada al seno de la familia, y... ¡nada!; repetí confirmándole todo lo que le anuncié en nuestra última entrevista por lo que á mi suerte se refería, y... ¡silencio! Pero hoy es día de fiesta en mi humilde casa; hoy se celebra, como si la felicidad se hubiera entrado de improviso por la ventana disfrazada de rayo solar, para sorprender á los favorecidos.

No exagero al asegurar que desde el día que me vi encerrado entre estas cuatro paredes, la risa ha sido un ejercicio prohibido á mis labios. Pero hoy, cuando me preparaba á ganar el sustento diario, aseándome para largarme á la calle,

me puse á cantar con música de petenera vieja, aquello de la canción de Espronceda:

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,

.....
.....

y cuando más recreado estaba con

Que es mi barco mi tesoro,

Que es mi Dios.....

entra mi madre diciéndome: —Toma, una carta.— Y en camiseta, según estaba, no hice más que ver el sobre, y con la agitación producida por la alegría, rasgué sobre y carta. Empecé á leer y desde el principio me fuí al fin; luego al medio; leí sólo cuatro palabras y comencé á gritar como un desesperado: —¡Olé mi madre!... ¡Viva el cartero! y... todos los empleados de correos.

—Pero ¿qué es ello?—me decían.—¿Te han hecho subsecretario?

—¿Subsecretario?... Ni aunque me hubieran hecho inspector de la Trasatlántica me pondría tan contento.

Y con la carta en la mano agitándola á los cuatro vientos, he estado dando saltos por toda la casa, tirando las sillas y corriendo de aquí para allá, hasta que tropecé con mi hermana que venía comiendo un plato de patatas fritas, y patatas y hermana rodaron por el suelo víctimas de mis alegres furores.

—¡El Diario...! ¡Mi Diario!... A ver, ¿dónde está?—repetía maquinalmente entrando por una puerta y saliendo por otra, hasta que, tanto dar vueltas, acerté al cuarto oscuro, y revolviendo baúles y cajones, tropecé con el de los instrumentos, ¡el de los tristes recuerdos! (no lo puedo olvidar). Por fin, dí con él, lleno de polvo y desencuadrado.

—¡Pobrecillo!—dije.—Y entonces mi madre y hermana, que asistían á esta escena indescifrable para ellas, no pudieron menos de preguntar:

—¡Pero, criatura!... ¿qué te sucede?

—¡Que me ha escrito X...!

—¿Y quién es ese X?...

—Una letra del abecedario, digo, un amigo del mar.

—Pues ni el mar, ni el abecedario, ni el amigo, valen el susto que nos has dado.

—Que X... no vale?—repliqué enfadado.

—Sí; diez--dijo mi hermana.—¿Y para qué quieres ese librote si no tiene hojas?

—¿Que no tiene hojas?...

—Las he arrancado casi todas.

—¿Para qué?

—Pues... figúratelo.

—¡Te mató!...—y eché á correr detrás de ella hojeando al propio tiempo el Diario, y al momento grité:— ¡Estás perdonada!—Pues las hojas que había arrancado eran del otro que solo contenía las situaciones diarias de las singladuras.

Al fin, todo quedó en paz, y renunciando por hoy el misero jornal, me pongo, apenas recibida, á transcribir la carta por tanto tiempo esperada, para terminar mi Diario de Navegación.

«Z*** Stbre. 17/98.

Inolvidable amigo y querido hermano: ¿Me permites el tratamiento después de haberte tenido pendiente casi tres años de deseadas noticias? Sí; tú no puedes guardar rencor á quien se guió, para obrar así, de tus consejos y acertadas ideas. Tus cartas han sido todas en mi poder, y si á ninguna contesté, no era pereza ni olvido, solo fué la falta de noticias que transmitirte. Me decías en nuestra última entrevista: «¡espera!», y acordándome de lo mucho que el alma se crece con la esperanza, no me ha parecido oportuno escribirte diciéndote: «no sé nada», pues te hubiera matado esa ilusión que indudablemente habrás abrigado, y que se reducía á saber el desenlace de mi historia. ¿Te le supones? No; es imposible, y cuando yo voy recordando las circunstancias que han concurrido, lloro, pero es de alegría, con la poca que me queda, porque ya mis fuerzas y aquella agilidad que poseía á pesar de mi aparente vejez, han desaparecido, convirtiéndome en un viejo

verdad. Sincerado ante tí respecto á mi silencio, paso á relatarte lo más importante para los dos.

A los cuatro días de separarnos en Barcelona, llegó el *Isla de Mindanao*, y, como te anuncié, allí venían mis veinte hombres, que apenas pisaron tierra nos trasladamos á los vaporcitos, y al siguiente día zarpamos para ésta. La travesía fué feliz, la llegada horrible, considerada desde el aspecto moral que en mi alma produjeron las noticias que recibí.

Debajo del mismo techo que cobijó mi niñez me hallaba contemplando al siguiente día de mi llegada cómo la marejada bautizaba á los nuevos huéspedes que asentaban la quilla sobre sus aguas, cuando llegó el peatón y me entregó una carta; traía el sobre negro, negro el sello de la República de Uruguay, negro el sello de correos, negra ¡la tinta!... ¡todo negro!, hasta mi vista se nubló ¡negra también! Viéndolo todo tan tenebroso y lúgubre, me acobardé, no me atreví á rasgar el sobre. Después de mi turbación pedí fuerzas á nuestra Patrona, y abierta ya tan fúnebre epístola, lo primero que buscaron mis ojos fué la firma; te costaría creerlo si otro lo dijera, pues la carta procedía del padre de M..., muy corta, excesivamente lacónica, con ese laconismo aterrador compañero inseparable de la propagación de los desastres.

«X..., — me decía— los infortunios que aquejan con frecuencia á todos los mortales, la mayor parte de las veces son hijos de los errores en la apreciación de los sucesos por lo finito de nuestra inteligencia; no nos les envía Dios, les buscamos nosotros. Así que, hoy que me encuentro solo en este mundo, acudo á tí pidiéndote el perdón de los ultrajes que te hice y de las dañinas intenciones que contra tí abrigué, traducidas en obstáculos para logarte un porvenir. ¡Feliz tú que no tienes que implorar mi perdón!... Si sigues amando á M... olvídala, ¡olvídala!... sí, que para mi eterno remordimiento, á tí te bendecirá desde el cielo al mismo tiempo que acaso maldiga á su padre. Mi representante en la villa próxima á nuestra querida aldea me participó tu regreso, y yo me apresuro á escribirte, desahogando así mi pena y buscando consuelo á esta soledad en pronunciar y escribir tu nombre. Seis

años hace que la tierra cubrió el cuerpo de aquél ángel querido en el cementerio donde tu puedes ir todos los días á rezar por ella, suplicándole al mismo tiempo que también me perdone. Comprendo que tendrás prevención hacia mí y que acaso dudes; pero si así es, pregunta á *Pacorro* y al *Tío Colmena* y te darán detalles.

Ten valor y resignación, y por si en esa puedo encontrar la relativa tranquilidad que mi espíritu necesita, pronto te abrazará quien tanto te ha hecho padecer.»

Lo menos crearás que al terminar de leer, ó mejor dicho cuando llegué á la fatal noticia, caería redondo como una pelota; pues no fué así; apenas terminé la lectura, me dirigí en busca de los individuos que me citaba, y les dije:

—¿Es cierto esto?

—Sí, señor; á su lado precisamente está enterrada su madre.

—¿Pero como es—les pregunté—que en la aldea nadie sabe una palabra?

—Porque la noche del día que murió, nosotros, á cambio de doscientos duros que nos dió á cada uno, la enterramos levantando el césped con mucho cuidado, y volviéndole á colocar para que nada se notara.

No quise saber más; ¿y querrás creer que convencido como quedé, no asomé á mis ojos una lágrima ni un recuerdo de ternura? Frío, sí, le sentía en mi alma, que es el que más mata. Llegué á la puerta de mi casita, y con la vista extraviada miraba al cielo y al mar, las lanchas y los vapores; pero sin fijarme en nada; no me asaltaba ningún recuerdo; lo que me faltaba era aire, me ahogaba, apesar de refrescarme el rostro las brisas del Cantábrico; después asomé á mis labios la risa del idiota, luego el corazón me martillaba el pecho, mis puños se crisparon, y dí un berrido espantoso; había vuelto en mí; el torrente de lágrimas retenidas por mi inconsciente serenidad, se desbordó, salvándome acaso de un idiotismo vitalicio. ¡Cuántas veces maldije aquellas lágrimas que despejaron mis facultades cognoscitivas!, pero solo para el sufrimiento.

Yo tenía que cumplir una palabra: «trabajaré solo para tí»

le dije un día, y obcecado con la idea de su muerte, pensé: —Pues para tí será:—y sin atreverme á remover aquella tierra, levanté encima el panteon más grandioso que puedes imaginar; hoy la cúpula que remata el monumento, sirve de faro á los pescadores que regresan de su peligrosa faena. Así cumplí mi palabra. ¡Qué tranquilidad se disfruta con la práctica del bien!... A los pocos días de recibir la triste nueva, comencé á meditar mi plan. Al año le ví realizado. Primero, un asilo-hospital; luego, escuelas para los niños; más tarde, las paredes del cementerio; y por último, lo que más agradable estúvome haciendo la vida; una fila de casas á orilla de la playa, donde viven mis veinte compañeros de pesca; todas de un solo piso, y en medio, la que yo habito con un piso más de elevación. En una palabra, que de mi fortuna solo me restan unos cuantos miles, que reservaba para las contingencias de la vida, pues vivía de la pesca; los vaporcitos dábannos un resultado muy lisonjero. Cuando al caer la tarde nos reuníamos después de nuestras tareas á las puertas de las viviendas, al toque de oraciones, rezábamos todos por el alma de M... y por los pescadores arrebatados del hogar por las garras de las borrascas. Una de estas, con que el Cantábrico brinda constantemente á los moradores de sus costas, fué la encargada de hacer cambiar la faz de los sucesos.

Hoy hace precisamente un año que salimos á pescar cuando el sol con su salida disipaba las nubes que habían acompañado á la aurora, y dije á mi gente:—Hoy no nos largaremos mucho del puerto.—Y efectivamente, nuestra previsión evitó algunas catástrofes, menos la de la trainera donde servía *Pacorro* como forzudo pescador, que más madrugadora no se le pudo advertir el peligro. A la media tarde comenzó la marejada del N. y pronto se convirtió en furioso temporal; la trainera única que faltaba, también anticipó el regreso, pero ya tarde. Frente al cementerio, luchaba con verdadera maestría por ganar el puerto que ya poco le faltaba, pero un golpe de mar le rompió el timón, y sin gobierno, fué arrojada contra las rocas, deshaciéndose en mil pedazos. Nosotros que preventivamente nos habíamos acercado con aparatos lanzacabos de

mi propiedad, salvamos á tres hombres y á *Pacorro* gravemente herido con una brecha en la cabeza y un pedazo de madera clavado en el bajo vientre. Depositado en tierra, se veía morir por momentos, y al aproximarme prodigándole mis consuelos, me dijo:—Me siento morir, y no quiero llevar al otro mundo la conciencia vendida por decir una mentira. Mientras estuvo usted en Barcelona llegó aquí un señor que nos hizo la proposición que usted sabe, para que digéramos que había muerto la hija de D. S...; esto no es verdad. Ahora perdóneme usted.

—Sí, *Pacorro*; yo te perdono; pero tén ánimos que no te mueres.

No quise molestarle más, y corriendo de mi cuenta su curación, hoy está otra vez luchando á brazo partido con el mar. Después supe que el mismo D. S... había escrito á su representante indicándole á quiénes había de seducir. ¡Pobrecillos! les cuesta tanto trabajo ganarlo, que no es extraño se encuentre siempre un Judas entre esta gente tan honrada. Conque, ¿qué te va pareciendo? ¿Se necesita un temple de alma privilegiado ó nó para resistir embates tan encontrados?

Y no creas que llegó á convencerme en absoluto la confesión del moribundo pescador, que después de pasado el peligro, insistí, y entonces, al oír la confirmación, me lancé á mí mismo todos los epítetos que hallé á mano por mi falta de penetración.

El señor cura, sólo hacía cuatro años que Dios le llevó á la mansión de los justos, y por lo tanto al escribirme como lo hacía, me lo hubiera participado. ¡Cómo iba á ser cómplice de las maldades humanas!... Por otra parte, pensé después, no la iban á enterrar como á un perro, sin auxilio espiritual de ninguna clase, pues éste se le hubieran prestado en esta Iglesia. En fin, chico, que cuando uno se obsesiona para el mal, nada despierta el letargo de los sentidos hasta que la Fortuna, vistiéndose de blanco y convertida en cariñosa amiga, llega de pronto diciendo: «¡necio!... despierta, que eso que sueñas es una mentira».

Y ya voy á terminar, amigo mío, diciéndote que no en-

vidio la felicidad terrestre de ningún hombre. ¡Quiera Dios que tú puedas escribirme algún día en el mismo sentido!

Diez y ocho años sufriendo el martirio de la duda, ya merecía una recompensa en relación con lo pasado. El premio le recibí hace tres meses.

Acabábamos como siempre de elevar al cielo nuestra vespertina plegaria, y recibí el aviso de que en su hotel me esperaba D. S...—¡Gracias, Dios mío!—exclamé sin poder dominar mi alegría. Pero ¿quieres que te sea franco?; pues lo seré. No tenía aún confianza plena en mi antiguo amo y quise probarle hasta lo último. Me encapillé el sudeste y el chaquetón, una pipa en la boca y me dirigí á su morada por el mismo camino que un día llevé acompañado de mis padres (q. e. p. d.), cuando embarqué en la *Esperanza*. No sé si en el trayecto me rejuvenecería, pero me sentía más ágil, el corazón latía con más fuerza, mis huesos parece que dieron un chasquido y se enderezó el cuerpo; únicamente la ansiedad del gozo me ahogaba. Llegué, la puerta de la verja estaba cerrada; el mismo criado que me recibió hace diez y ocho años me franqueó la entrada; atravesé el jardín donde ella rezó de pequeñita con su vestidito blanco; subí escaleras, pasé habitaciones, llegué á la en que él me había arrojado, y á la puerta me abrazó llorando un venerable anciano, su barba blanca se enlazó con la mía, nuestras lágrimas se unieron.—¿Dónde está M?...—¡¡Aquí!!—contestó una voz para mí bajada del cielo,—y se abrió una puerta y apareció una mujer joven y hermosa saliendo de la misma habitación donde había sido martirizada, y después tres cabezas juntas y tres seres unidos por un abrazo, después las manos enlazadas y arrodillados ante un crucifijo, y entre roncós y mal disimulados sollozos,—«¡Dios os bendiga, hijos míos!»—pronunció el anciano, y últimamente á llorar ¡á llorar mucho! para después de pasada la ceguera de las lágrimas, mirarnos mucho también.

Todavía me enternezco al recordar la escena, y siendo ya bastantes las emociones sufridas en poco tiempo, suspendimos el natural deseo del saber hasta el día siguiente. Allí me instalé desde por la mañana, y al participar á mi futuro padre

político mi vida y actual situación, me interrumpió diciendo:

—Lo sé todo, no tienes que decirme ni una palabra. Así es como yo quería verte, como eras, para que no dudarás ya de mi cambio en la manera de pensar.

—¿Y esta carta?—dije, enseñándola.

—¿Qué carta?—preguntó M...

—Esta,—y se la entregué.*

—De eso no está ella enterada. Pero primero te diré que si en un tiempo castigué á mi hija y la martiricé, no era por tu posición; erais los dos unos chiquillos y M..., si algún día tu cambiabas de parecer, hubiérase acaso marchitado antes de conocer el mundo. Adoro á mi hija y solo buscaba la seguridad de su dicha. Al ver que con castigos nada adelantaba, á los cinco años de tu ausencia comenzamos una serie de viajes por Europa para distraer su atención amorosa, y terminamos por instalarnos otra vez en la tierra donde había nacido. Yo le hablaba de que tu no te acordabas ya de ella, que eras un hombre versado en las miserias del mundo y que no pensara en tí; pero siempre me daba la misma contestación: «Este no me engaña», decía, poniendo la mano en su corazón. En resumen, que de nada me ha servido mi lucha, pues me ha vencido, y si la ves tan joven y hermosa, ha sido desde hace poco tiempo que le dije: «Hija mía: X... se halla en España, vamos á buscarle en la tranquilidad de la aldea, y sed felices si el Señor así lo ha dispuesto.» Entonces te escribí yo esa carta sin que M... lo supiera, porque quería cerciorarme de tu cariño; debido á que un padre nunca es excesivamente celoso cuando se trata de la dicha de sus hijos, y quería ver cómo empleabas el capital que con tanto trabajo prometiste aquí mismo adquirirte para mi hija. Ahora sólo me resta pedir os perdón á los dos por lo que os hice sufrir y que el cielo os colme de bendiciones.

Después le expuse yo que pudiera haberme originado la muerte con su carta, y ¿sabes lo que contestó?, lo mismo que tú: «Que de amor no se muere nadie.»

No te quise participar mi futuro enlace verificado hace dos meses, porque tu sorpresa fuera mayor; perdóname en gracia

á la buena fé que me ha guiado. Se me olvidaba decirte que mi regalo de boda ha consistido en aquella cinta que sujetaba su pelo el día que la salvé de los furores de la galerna, y que convertida en corbata no se aparta de su cuello.

También está en pormenores de nuestra entrañable amistad, y ¡cuánto te recordamos! «Estimo igual que tú á Alfredo, sin conocerle»—me dice con frecuencia,—y une sus ruegos á los míos para que vengas. Yo te lo suplico y ella te ruega. Vén, hermano mío, vén y verás cómo se deslizan las horas en apacible tranquilidad, contemplando en este rincón de la costa cantábrica lo que constituía tu anhelo: el mar. Si no accedes á nuestras súplicas, creeré que no te importa ya la felicidad de tu amigo, ó que, y ¡ojalá que así sea!, tienes bastante con la tuya. Pero si te decides, verás un palacio, de tristes recuerdos, convertido en Escuela de Náutica para que gratuitamente estudien los hijos de todos los pescadores de este pueblecillo, y cuyos gastos todos corren de cuenta de Don S..., mejor dicho de la nuestra, pues todo su capital nos lo ha entregado, y vive con nosotros entre los pescadores.

Conque, adiós, anímate y te recrearás contemplando una hilera de casitas blancas como azucenas, salpicadas en sus cimientos por estas inquietas aguas y despidiendo vivos reflejos las pizarras de sus tejados, al disipar el sol de la mañana las emanaciones salitrosas del mar desprendidas durante la noche. Verás con qué alegría cuando las velas de las traineras se dibujen con tintes rosados en el horizonte, oyes exclamar á un viejo y á un ángel: «¡Ya vienen!» Y después, mientras cuelgan las redes y el crepúsculo desaparece en lo infinito y sólo se turbe esta calma por los quejidos del mar y el sonido de la campana invitando á rezar el *Angelus*, sentado entre los dos, y estimulado por los aplausos aleteados de las gaviotas que danzarán sobre nuestras cabezas, leerás á M... tu *Diario de Navegación*.

X...»

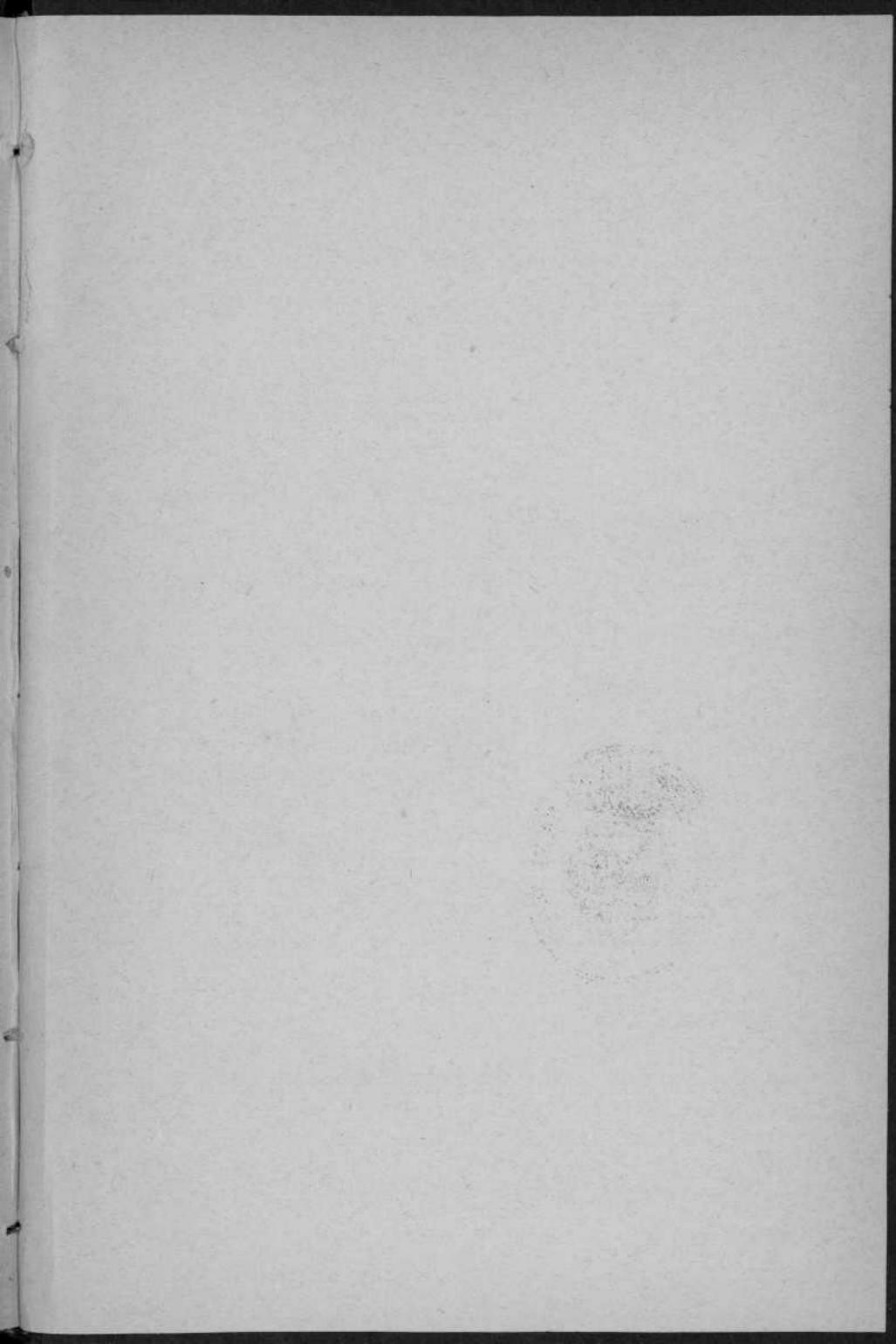


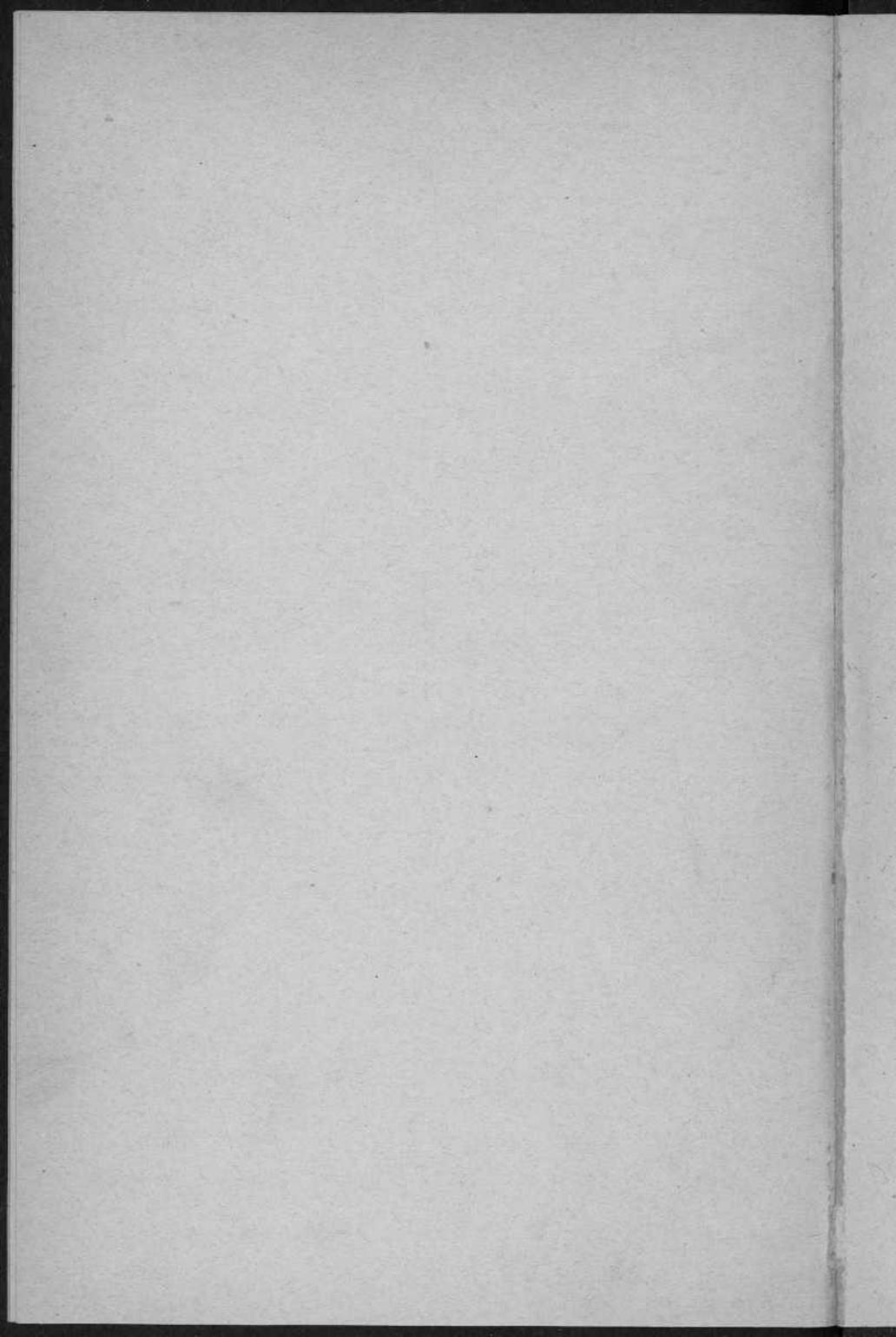
ÍNDICE.

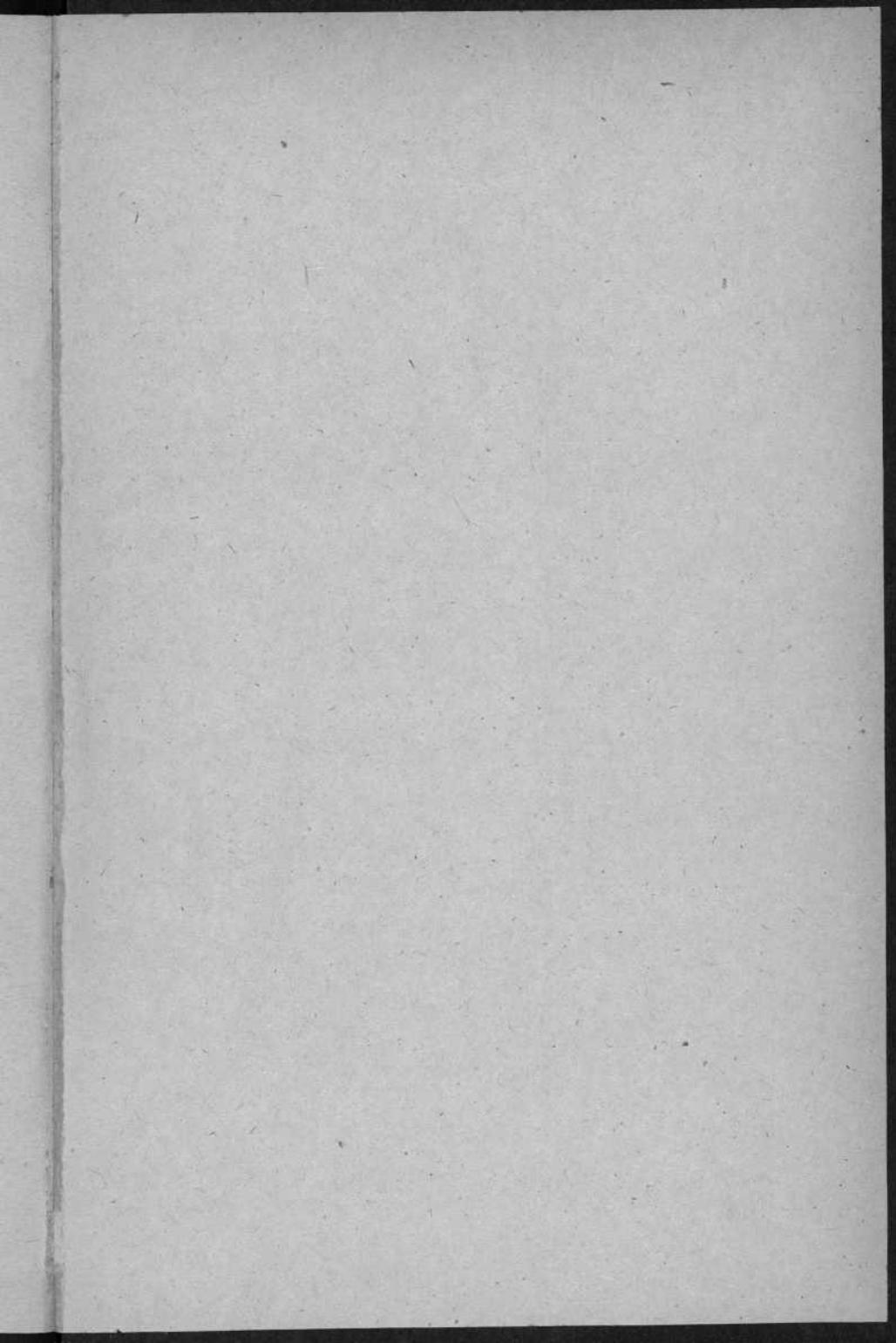
	<i>Páginas.</i>
Dedicatoria.....	5
Dos palabras	7
Día 22 de Julio de 1895.—(<i>En el Mediterráneo</i>)	9
Día 23.—(<i>A la altura de Cerdeña</i>)	17
Día 24.—(<i>En el Mediterráneo</i>)	21
Día 26.—(<i>A la vista de la Costa Africana</i>)	35
Día 28.—(<i>En el Canal de Suez</i>)	41
Día 29.—(<i>En la bahía de Suez</i>)	49
Día 30.—(<i>En la desembocadura del Estrecho de Jubal</i>)	53
Día 1.º de Agosto.—(<i>En el Mar Rojo</i>)	57
Día 3.—(<i>A la vista de Ras Axir</i>)	69
Día 7.—(<i>En el Océano Índico</i>)	75
Día 11.—(<i>A la vista de Punta de Gales</i>)	83
Día 17.—(<i>En el Mar de la China</i>)	91
Día 23.—(<i>En la bahía de Manila</i>).....	97
Día 5 de Septiembre.—(<i>id</i>).....	99
Día 9.—(<i>Al perder de vista Corregidor</i>)	107
Día 15.—(<i>A la vista de Sumatra</i>)	111
Día 16.—(<i>En el Índico</i>)	115
Día 20.—(<i>Id</i>)	123
Día 22.—(<i>Id</i>)	133
Día 24.—(<i>Id</i>)	139
Día 1.º de Octubre.—(<i>En el Mar Rojo</i>).....	151
Día 3.—(<i>Id</i>).....	153

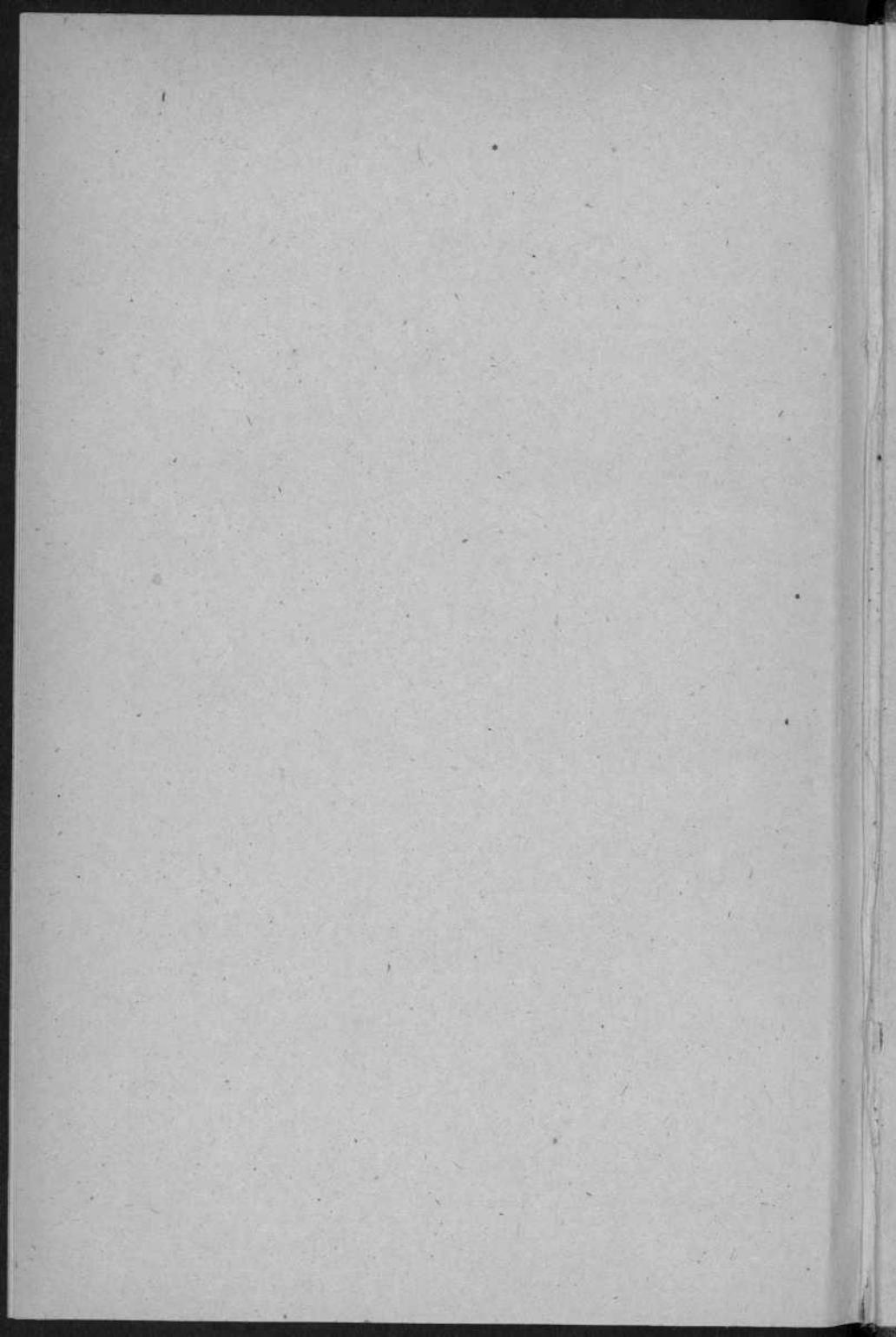
Día 7.—(<i>A la vista de la Isla de Gandía</i>)	157
Día 21.—(<i>A la vista de las Berlingas</i>)	163
Día 8 de Noviembre.—(<i>Liverpool</i>).....	173
Día 25.—(<i>A la vista de las Lisargas</i>).....	181
Día 5 de Diciembre.—(<i>En la bahía de Barcelona</i>)	197
Día 6.—(<i>En Barcelona</i>)	203
Día 11.—(<i>En mi casa de Burgos</i>)	217
Día último, 19 de Septiembre de 1898	227

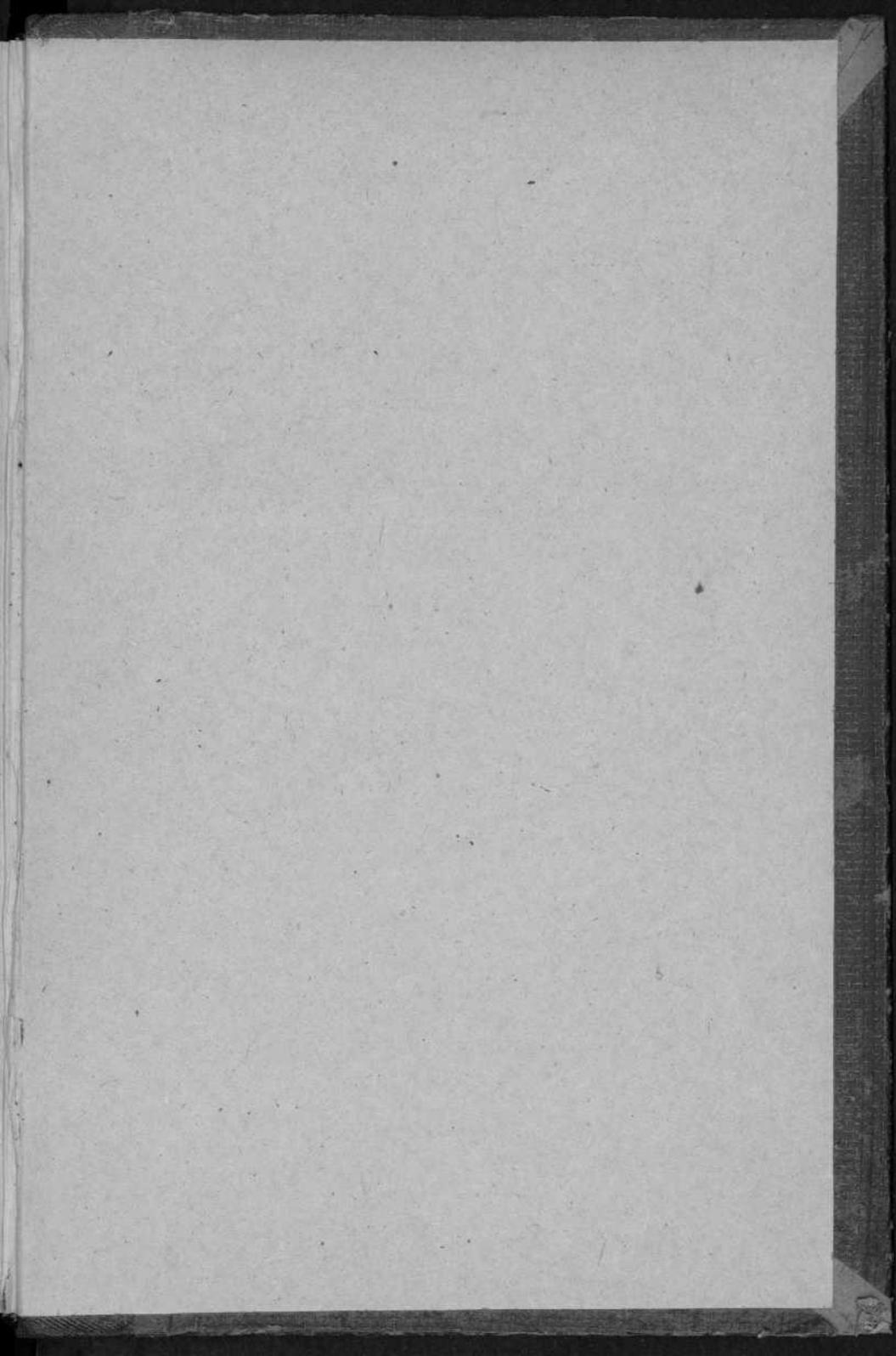


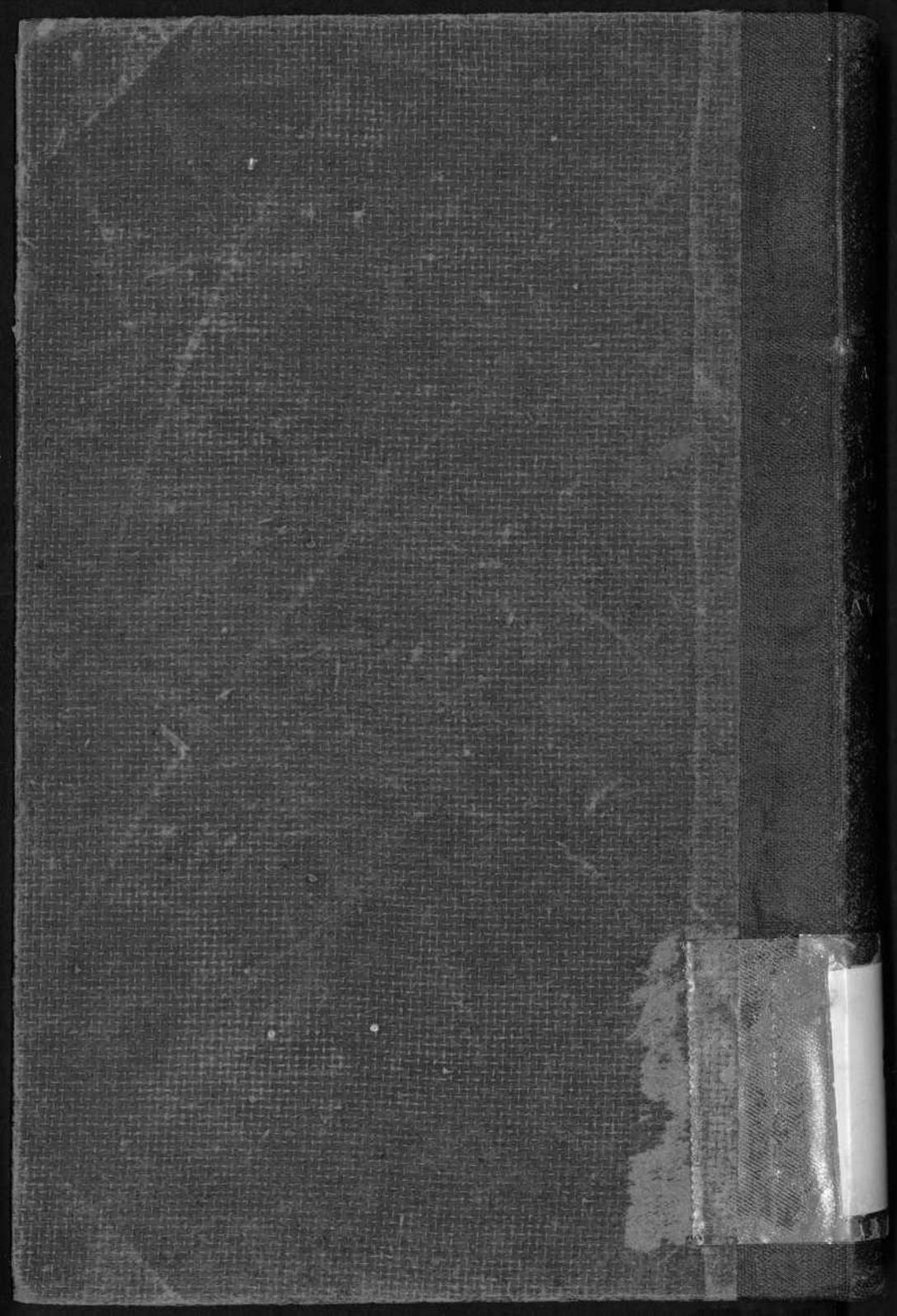












1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

1954

BU

878